



se

JOHN DICKSON CARR

**LA LLAMADA
DEL MUERTO**

Lectulandia

Este conocido autor de novelas detectivescas, que nuestra colección se complace hoy en ofrecer a sus lectores, es el creador del personaje Dr. Gedeón Fell.

El Dr. Fell es invitado por el director del Queen's College para investigar un extraño suceso. Tras la puerta del gimnasio cerrada por dentro encuentran el cadáver de Rosa, con un puñal clavado en el pecho. Las autoridades, tras los interrogatorios de rigor, determinan que ha sido suicidio; pero los profesores saben que se trata de un crimen, aunque para el buen nombre de la escuela no quieren divulgar el secreto.

Mark Ruthven, profesor de Literatura Inglesa de la Institución, ha notado que el método de cometer un crimen y dejar la puerta cerrada por dentro, está claramente explicado en uno de sus libros de bibliófilo, de mano de un escritor victoriano sobre el cual él escribe una biografía.

Lectulandia

John Dickson Carr

La llamada para el muerto

Gideon Fell - 21

ePub r1.1

Titivillus 15.01.2018

Título original: *The Dead Man's Knock*
John Dickson Carr, 1958
Traducción: María Dolores Raich

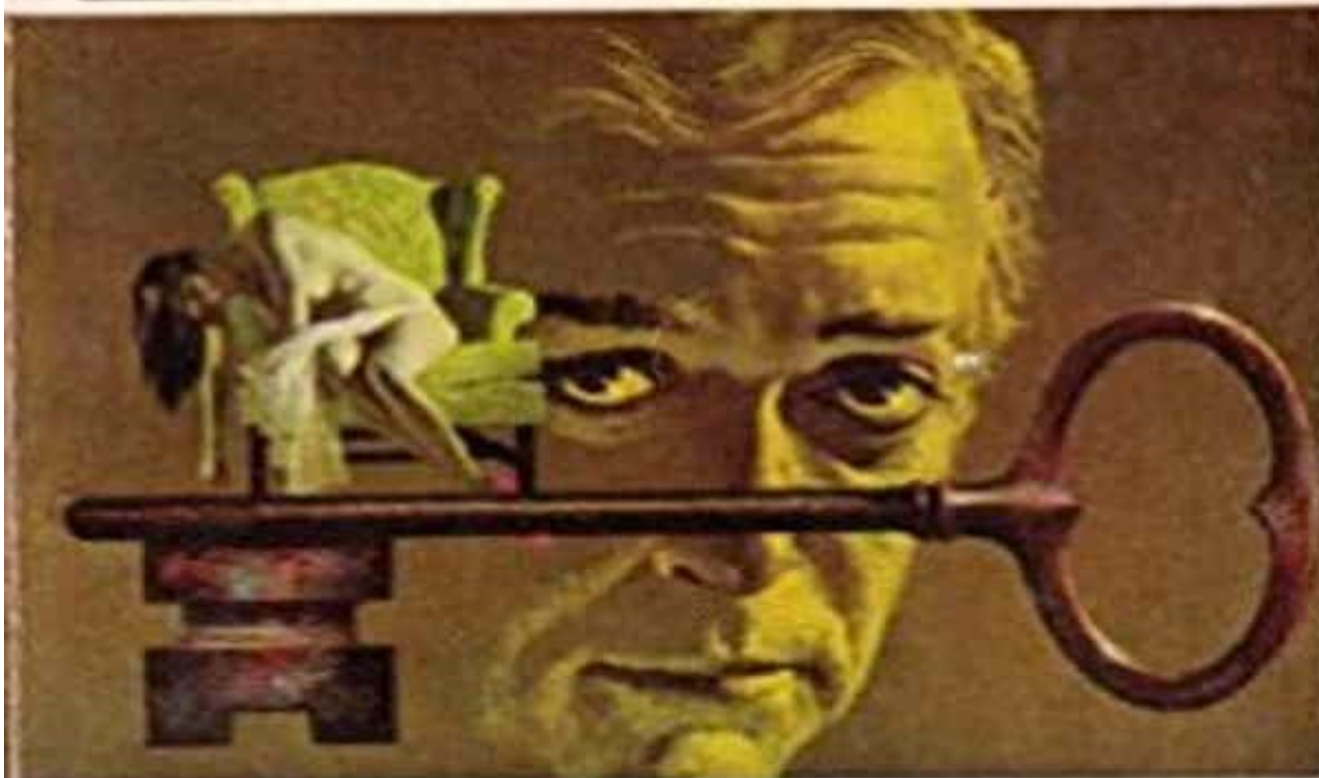
Editor digital: Titivillus
Retoque de portada: Preigad
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

72157 * 50¢ * A BANTAM BOOK

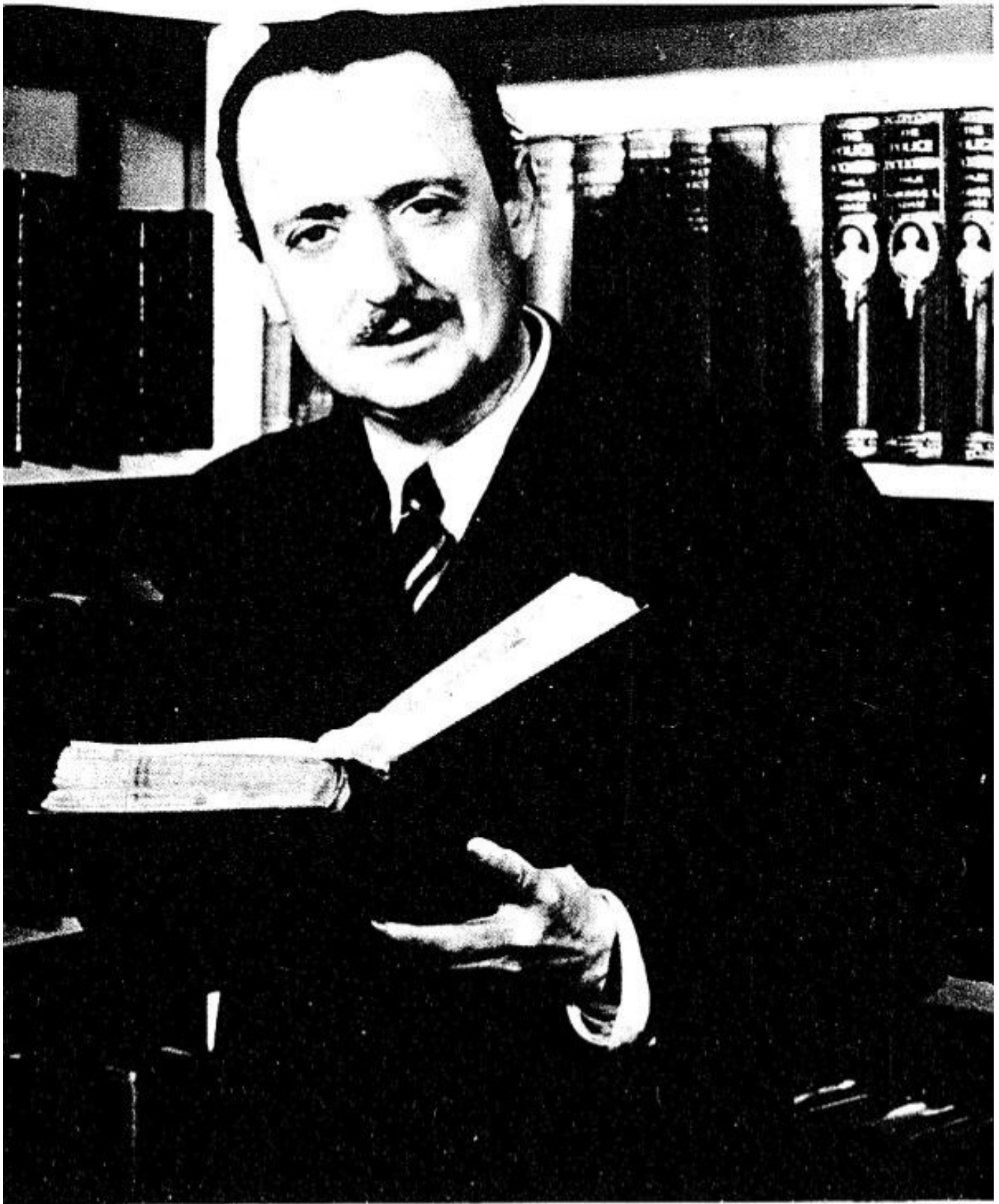
"The Grand Master of Mystery"

John Dickson Carr



The Dead Man's Knock

*The Incomparable Dr. Gideon Fell
Follows a Trail of Sin and Scandal
All the Way to MURDER...*



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

PRÓLOGO^[1]

CARTER DICKSON

Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.

Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.

Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.

Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.

A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.

Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.

Sherlock Holmes, D'Artagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.

A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.

Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.

Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.

Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.

En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.

En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.

Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol

con su abuela materna.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

SALVADOR BORDOY LUQUE

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

BARNEY: Dueño de una modesta farmacia.

BILLINGS: Sargento de policía.

COLE (Billy): Jefe de los guardianes del *Queen's College*.

CHADWIGK (Frank): Joven calavera y enamoradizo y muy buen amigo de Brenda Ruthven.

FELL (Gideon): Doctor, detective norteamericano.

GRIFFITHS (Jane): Una íntima amiga de Brenda.

HARDING (Dorothy): Enfermera de Judith Walker.

HENDERSON: Teniente detective.

HEWITT (Arnold): Rector del *Queen's College*.

JOHNSON (George): Guardián nocturno del citado colegio.

JOHNSON (Hubert): Muchacho de 16 años, nieto del anterior.

KENT (Carolina): Prometida de Toby Saunders y muy amiga del matrimonio Ruthven.

KENT (Leonora): Madre de la anterior y esposa de,

KENT (Samuel): Doctor y profesor de Historia del ya nombrado centro pedagógico.

LESTRANGE (Rosa): Una joven elegante y atractiva, muy moderna. Asesinada.

MARACOT (Phil): Médico de Judith.

MASON (Dr. Suther): Médico.

PARTRIDGE: Mujer de hacer faenas en casa de los Ruthven.

RUTHVEN (Brenda): Joven y bella esposa de,

RUTHVEN (Mark): Profesor de Literatura en el *Queen's College*.

SAUNDERS (Toby): Prometido de Carolina Kent y uno de los historiadores empleados en el Pentágono.

WALKER (Judith): Joven y bella viuda de Dan Walker, que fue uno de los jefes del *Queen's College*.

PRIMERA PARTE

MUJER VOLUNTARIOSAS

*Renuncia, renuncia ya, siquiera por dignidad;
eso no la conmové, no le causaré efecto;
si por si misma no quiere amar,
nada al amor la inducirá:
¡que el diablo se la lleve!*

*Sir John Suckling
«Aglaura»*

CAPÍTULO PRIMERO

Brenda cerró tras de sí la puerta del dormitorio, procurando girar el tirador con suavidad para evitar todo ruido. Luego, quedóse de pie en el pasillo del piso, con el oído atento.

No sin enojo, reprimió su primer impulso, esto es, el de andar de puntillas. Forzosamente, debía pasar ante la puerta del despacho de Mark, y éste la oiría. Además (su enfado arreció al hacerse esta reflexión), aquello era ridículo. Todo cuanto se proponía era *salir*.

Si Mark le preguntaba algo, le respondería que iba a ver a Carolina.

Mentira número uno.

La mortecina luz del pasillo de arriba iluminaba vagamente el suelo de madera, el papel crema y gris que revestía las paredes, y las puertas pintadas de blanco con tiradores de vidrio. La ventana situada en la parte anterior del vestíbulo hallábase abierta de par en par, con la persiana amarrada en su sitio.

Allí, en pleno campo de Virginia, a la orilla derecha del río, apenas se daba uno cuenta de hallarse a diez millas escasas de Washington. Para Brenda, Washington significaba Frank Chadwick, y nada más que Frank Chadwick.

La puerta del despacho de Mark, a la sazón cerrada, estaba sita en el fondo del corredor, cerca de la escalera que conducía a la planta baja. Con frecuencia, el suelo crujía y chirriaba en su porción anterior a aquella puerta.

Brenda seguía aguardando, experimentando la premura del silencio. La noche de julio, en extremo calurosa y, no obstante, suave y turbadora, envolvíala con su aliento. Percibíase el canto de los millos, que emitían su metálico susurro lenta y soñolientamente. Pero Brenda tan sólo oía los latidos de su corazón.

Su cólera hallábase cruzada por un sentimiento de culpabilidad del que la mujer tenía plena conciencia; y esto, desde luego, intensificaba su enojo.

¡Era absurdo! ¡No había hecho nada de qué avergonzarse! Al menos... hasta entonces.

Con un brusco ademán, abrió el bolso y, sacando una polvera de su interior, ladeó el espejo hacia la débil luz. Brenda contaba treinta y dos años, pero parecía más joven. El reflejo de sus ojos, de un tono gris intenso y luminoso y muy separados entre sí, traicionaba todos los secretos de su dueña.

Tras cerrar la polvera, Brenda volvió a meterla en su bolso, y luego de aguardar treinta segundos, contándolos en tensión, dirigióse al despacho de su marido y llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —profirió una voz familiar, amortiguada.

Brenda abrió la puerta. Mark, con una vieja americana de deporte, permanecía sentado ante un escritorio lleno de papeles en desorden, instalado entre las dos ventanas del fondo de la estancia. Al verla entrar, Mark levantó los ojos y miróla fijamente, con expresión cortés pero indiferente.

La luz de una lámpara con pantalla de cristal verde sita sobre el escritorio caía sobre su espeso cabello negro. Aunque Mark cumpliría sólo cuarenta años en su próximo aniversario, ostentaba ya sendas arrugas verticales, muy acentuadas, bajo las mejillas.

—Oye, Mark —murmuró Brenda—. Voy a salir.

Mark limitóse a asentir, en silencio, en tanto seguía mirándola con mirada inexpresiva, con las manos extendidas sobre un libro abierto en la superficie del escritorio.

—Voy a ver a Carolina —prosiguió Brenda, levantando la voz—. ¿Estás trabajando?

—No. Estaba leyendo una novela policíaca.

—¡Ah, vaya! ¿Es... es buena?

—No sé. Está bastante bien escrita. Pero no podré decir si es buena hasta que la termine.

—Es natural. Bien, voy a casa de Carolina. No estaré allí más de una o dos horas. No pases cuidado por mí.

La voz de Mark, recia y pausada, creció también en intensidad.

—¿Qué estás diciendo, querida? ¿Por qué diablos supones que había de pasar temores por ti?

Brenda se humedeció los labios, consciente, acaso con una sensibilidad exacerbada, de todas las cosas familiares que la rodeaban. El olor a alfombras, a madera bruñida y a libros viejos. Las abiertas ventanas, con el murmullo monótono de los grillos en el exterior. Los jardines del *Queen's College*, nombre impuesto en honor de la reina Ana de Inglaterra unos doscientos cincuenta años atrás. Y, sobre todo, el coche de Frank Chadwick, aguardándola en la oscuridad.

—¿Por qué había de pasar ansia, por ti, querida? —repitió Mark.

—¡Sería ilógico! Me he limitado a repetir un lugar común. Eso es todo.

—Comprendo. Perdóname.

—Atiende, Mark. ¿Sabes que, a veces, eres capaz de sacar de tino a cualquiera?

—Sí. Supongo que todos somos capaces de sacar de quicio a los demás, en un momento dado.

—Pero contigo nadie puede. No parece reparar en las personas ni en las cosas. Nada te turba.

El ruido que llegó entonces a sus oídos, sobresaltóles a ambos ligeramente, si bien ninguno de los dos dio muestras de haberlo percibido.

No era un ruido fuerte o estridente, sino generador de una sola nota, más bien apagada, como si alguien hubiese rozado, muy rápidamente, el botón de la bocina de un automóvil, con breves y furtivas pulsaciones.

Brenda notó que la carne se le ponía ardiente y fría, a la vez. Por si acaso Mark lo había oído, era preferible no marcharse en seguida, aunque, de hecho, saltaba a la vista que su marido no se había dado cuenta de nada.

Las fuertes manos de Mark descansaban negligentemente sobre el libro. Pero el hombre bajó los ojos. La luz superior ponía de manifiesto, con implacable claridad, las arrugas de su frente y los pliegues de su rostro. Mark podía ser amable, satírico, imaginativo y completamente olvidadizo: todo a la vez, se dijo Brenda, y en perfecta confusión.

Lo que Mark Ruth ven veía ante sí, a su vez, era una mujer aparentemente tan serena como él. Y, no obstante, en aquella habitación con dos mil libros oscuros embutidos en altas estanterías que llegaban hasta el techo, la belleza de Brenda denotaba un rubor, cierta animación, algo indefinido.

Su cabello, de un precioso tono castaño, caíale hasta los hombros. No era alta. Tenía la frente despejada, los ojos separados sobre una corta nariz, que creaba la ilusión de unos pómulos elevados. Su ancha boca, al igual que sus ojos, revelaba un sentido del humor velado, al presente, por algún otro sentimiento.

Ataviada con un ligero vestido de seda blanca, con un ajustada cinturón escarlata, sin medias, y unos zapatos haciendo juego con el cinturón, la joven permanecía de pie en el marco de la puerta abierta, asiendo el tirador con una mano y un bolso rojo oscuro con la otra.

Echando una ojeada a la novela que estaba leyendo, Mark Ruthven, volvió una página. Entonces, él y su mujer se pusieron a hablar los dos a la vez.

—Mark, yo...

—Brenda, querida...

—¿Qué? —inquirió Brenda, sacudiendo la cabeza como, para echarse el pelo hacia atrás.

—Si vas a casa de Carolina Kent, ¿te importaría ir un poco más allá a entregar un libro a *miss* Lestrangle?

Los ojos grises de Brenda, de negras pupilas y luminosas escleróticas, se redondearon, como si se sorprendiera. De improviso, cobraron su forma habitual.

—¿Te refieres a Rosa Lestrangle? —interrogó la joven—. ¿Esa horrible mujer?

—La verdad es que no te has esmerado en elegir las palabras —gruñó su marido, enarcando las cejas.

—¡Bah, palabras! Ni siquiera sabía que la conocieses.

—Pues sí, la conozco. En cuanto a las habladurías que corren...

—¡Me tiene sin cuidado su moralidad, gracias! —interrumpióle Brenda, riendo—. ¿Qué es todo esto del libro?

Por el rostro de Mark pasó un destello de exasperación. Sus dedos temblaban ligeramente.

—He conocido a *miss* Lestrangle esta mañana, en la avenida de la Universidad. Quiere que le preste un ejemplar de *Armadale*.

—¡Ah, caramba! ¿Y no podrías llevárselo tú mismo?

—Desde luego. Puedo hacerlo mañana. Siento haberte molestado.

Entre los dos semejó pasar una especie de corriente eléctrica, a través de la

habitación. Brenda, que había hecho ya ademán de alejarse, volvióse de nuevo a su marido.

—Escucha, Mark. Comprendo que es mucho pedir. Pero, en estos alrededores, están ocurriendo cosas espantosas relacionadas con esa mujer. ¿Te importaría mucho que nouviésemos ningún trato con ella, ni siquiera para visitarla o prestarle libros?

Mark Ruthven, profesor de Literatura Inglesa en el *Queen's College*, levantó la cabeza.

—¿Has decidido ya, Brenda, qué es lo que quieres en el aspecto que sea?

Fue como si le hubiese propinado una bofetada. Un intenso rubor apareció bajo los ojos de la joven, aquellos ojos orlados de ojeras, con el iris gris y las pupilas negras; a poco, el sonrojo desapareció. El ligero, corpiño de su vestido subía y bajaba al ritmo de una anhelosa respiración.

—¿No te importará, verdad?

—¿Importarme qué, querida? —preguntó Mark, cortésmente.

—Un minuto atrás, no estaba decidida —explicó Brenda—. Pero, ahora, sí lo estoy. Y no estará de más que te lo diga. No voy a casa de Carolina Kent, como te he dicho hace un momento. Voy con Frank Chadwick, a su piso de Washington.

—¡Cuánto me sorprendes! —exclamó Mark, sonriente.

Era una sonrisa más bien amedrentadora, pero Brenda no la captó. Si el primer bofetón había sido duro, pese a lo cortés, éste la encolerizó aún más. Por espacio de unos veinte segundos, guardó silencio, reprimiendo su jadeo y agarrando con fuerza el tirador de la puerta.

—¿Lo sabías?

—Sí.

—En este caso —exclamó Brenda—, todo cuanto puedo decirte es que no te tengo en un concepto muy alto por ello.

Su marido volvió a arquear las cejas.

—¿Te lamentas de mis puntos de vista morales, querida? ¿No entraba en el juego que yo lo supiese y me lo callase?

No había, forma de discutir con él cuando estaba de aquel talante. Parecía un espadachín pinchando, ante la impotencia de su contrincante.

—Frank lleva meses enamorado de mí. Aún... aún no hemos decidido nada. Pero Frank desea que me divorcie de ti y me case con él.

—En otros, tiempos, querida, habría sido considerado un hombre de honor.

—No tienes ningún derecho a retenerme contra mi voluntad —protestó Brenda—. Yo te amaba. Profundamente. Pero todo se acabó y no podemos hacer retroceder las agujas del reloj. Yo pregunto, ¿tienes derecho a retenerme?

Mark se puso en pie: de estatura algo más que regular, aparecía corpulento y fuerte bajo su vieja americana de deporte. A juzgar por su expresión, diríase que reflexionaba.

—Hablar de derechos en el matrimonio, Brenda, es un gran error.

—Sí, no lo dudo. Lo es.

—Atiende. Llevamos cinco años casados, punto siempre peligroso en todo matrimonio; Crees estar hasta la coronilla de mi pequeño círculo de vida académica, y sabes que estás también harta de mí. Pero, ¿no se te ha ocurrido nunca, querida —agregó el hombre, cortésmente—, que a mí puede sucederme otro tanto?

—¿En qué sentido?

—Respecto a ti.

En el cursó de un silencio equivalente al tiempo de contar hasta diez, Brenda le miró de hito en hito.

—Sabiendo lo que sabes de mí, Brenda, ¿de veras se te antoja tan extraño?

—Pues...

—¿De veras?

Brenda avanzó un paso. Luego, vaciló. Su presencia física jamás había sido tan deseable y turbadora, suponiendo que su marido hubiese estado en disposición de dejarse turbar por ella.

—A propósito, Mark —aventuró la joven, dominándose Ja voz—. ¿De quién se trata? ¿Quién es la mujer?

—Eso no tiene gran importancia, ¿no te parece?

—En efecto, no tiene importancia. Ni la más leve importancia. Con todo, si alguna cualquiera te ha echado el ojo, como muchas han deseado hacer —añadió Brenda, con dignidad—, es justo que me lo digas. Al fin y al cabo, tengo derecho...

—¡Vamos, querida! ¿Otro derecho?

Brenda abrió la boca para replicar, pero se contuvo. Débilmente, en la lejanía, volvió a sonar la nota de la bocina. Llamaba a través de la noche, con sonos insistentes y un poco impacientes.

Por espacio de unos instantes, Brenda siguió mirando a su marido, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. Su rostro estaba pálido, pero bajo sus ojos persistía una nota de color.

Por último, alejose precipitadamente del despacho, cerrando la puerta de golpe. Mark percibió un vivo taconeo en la madera del pasillo, unos pasos más suaves en la alfombrada escalera, y otros, más amortiguados, de nuevo sobre madera. Después, abrióse la puerta de la entrada y, casi simultáneamente, se cerró con un portazo.

Sus vibraciones repercutieron por toda la pequeña casa. Un momento más tarde, alguien puso en marcha el motor de un automóvil en la avenida de la Universidad. El zumbido del motor adquirió intensidad, y, tras cobrar un ritmo uniforme, extinguióse en el silencio.

Mark Ruthven salió de detrás de su escritorio, con los pausados ademanes que le caracterizaban, y, luego de una rápida mirada a su reloj de pulsera, echó una ojeada al exterior de la ventana del fondo del aposento.

Detrás de la casa, a unas trescientas yardas de distancia, en un lugar donde un tupido follaje recortábase extensamente en el fondo más claro del cielo, centelleaban

varias luciérnagas bajo los árboles. Ni en el apogeo del verano cabía considerar desierto el *Queen's College*. Unas pocas luces mortecinas lucían entre los olmos y sicómoros. Pero era un edificio muy reducido, con una cabida inferior a quinientos estudiantes; y aquella desanimación conferíale un aspecto desolado.

El decrepito y viejo reloj del Vestíbulo del Fundador inició las campanadas de las diez. Una vez más, Mark, consultó su reloj de pulsera. Lentamente, dio una mirada circular a las paredes atestadas de libros hasta el techo, y al gran archivó con todo el material inédito para su biografía de Wilkie Collins^[2].

Luego bajó a la planta baja, y, en el teléfono instalado en el fondo del vestíbulo, marcó el número de la villa de Rosa LeStrange, en Harley Lane.

Antes del segundo toque de llamada, Rosa se puso al aparato.

—¿Dígame? —profirió su grave y ronca voz, acariciando incluso aquella breve palabra.

Mark titubeó. Invadióle una súbita visión de la mujer, con la misma claridad que si la tuviese allí, en el vestíbulo, al alcance de la mano. Vio el lustroso cabello negro, suave y denso como la lana, el provocativo gesto, la vaga y atractiva sonrisa.

Rosa LeStrange no tenía nada que hacer allí. Turbaba y excitaba la mente de los hombres a su antojo. Era a un tiempo taimada y atrevida, con un exhibicionismo rayano en la locura. Algo más de un mes atrás, había promovido un escándalo en una enfermería, el cual comentóse sólo *sotto voce* en el *Queen's College*, acaso por lo muy grotesco e incongruente que resultaba en aquel ambiente.

Y, sin embargo... sin embargo...

—¿Dígame? —susurró la insistente voz de Rosa en el teléfono—. ¿Eres tú, querido? Te he estado aguardando.

En aquel preciso momento, el timbre de la puerta de la entrada lanzó una llamada de advertencia a través del vestíbulo.

—¿Dígame? —repitió la voz de Rosa, por tercera vez, en un tono distinto, más seco—. ¿Dígame? ¿Quién está al aparato, por favor?

Una vez más, el timbre de la puerta resonó, a la manera de advertencia. Mark permaneció inmóvil, con el auricular en el oído y la cabeza vuelta hacia la entrada. Las luces del recibidor estaban encendidas, así como las de la salita, a su izquierda, y las del comedor, a su derecha. Imposible no atender a la llamada de sus visitantes.

Suavemente, colgó el teléfono. El receptor emitió un tenue chasquido, cortando la voz de Rosa y, con ella, la atracción de su personalidad. Mark Ruthven ajustóse la americana de deporte, y, tras arreglarse ligeramente la corbata, fue a abrir la puerta.

CAPÍTULO II

—Buenas noches, Carolina —murmuró.

Carolina Kent miróle con cierta aprensión, al pie del peldaño que ponía fin al sendero de piedras irregulares.

Carolina era una «sensata» muchacha, que, apenas su prometido abría la boca para quejarse, tomaba tan al pie de la letra sus observaciones que exasperaba a cuantos la rodeaban. El hecho no obedecía a falta de inteligencia; la joven tenía un motivo que justificaba su actitud. Como hija del doctor Samuel Kent, jefe de la sección de Historia, habíase visto obligada, durante muchos años, a cuidar de un padre de espíritu poco práctico como el que más, y de una madre que acaso aventajaba a su consorte en tal sentido.

Lindando ya en los treinta, esbelta y bien proporcionada, Carolina era una joven muy atractiva, pese a no tener nada de bonita. Sus ojos castaños hacían gala de una franca mirada, y su cabello rubio ondulábase naturalmente. Aun cuando; a veces, semejaba apagada comparada con su jovial prometido, a Carolina encantábale ser dominada y satisfacía todos los caprichos de Toby Saunders.

Con cierta demora, Mark encendió la luz exterior, instalada, sobre la puerta.

—¡Carolina! —exclamó—. ¿Qué le ocurre a usted?

—¡Nada! ¡Nada en absoluto! Sólo que...

El césped frente a la fachada de la casa, descolorido bajo el tenue reflejo de la luz eléctrica, extendíase hasta un seto de escasa altura, donde la avenida de la Universidad describía una curva bajo su bóveda de grandes árboles. El nuevo Chevrolet de Toby Saunders, modelo de aquel año 1948, hallábase estacionado al otro lado del seto. En el momento en que Carolina volvióse instintivamente a echarle una ojeada, Toby manipulaba una de las portezuelas.

—No es preciso que la cierres con llave, Toby —gritóle Mark, que nunca cerraba su propio Chevrolet.

Y, con voz más recia de lo que se proponía, repitió:

—¿Qué le ocurre, Carolina? Pase usted.

—En realidad, no sé si debemos entrar —comentó la muchacha—. No quisiéramos molestarle estando usted como está trabajando tan intensamente en la biografía. Pero *se trata* de algo muy importante, y mi padre ha rogado a Toby que acudiese a verle.

—¿Su padre?

—Eso es. ¿Dónde está Brenda?

—Siento decirle que ha salido.

—Bien; por una parte, será mejor así. No... no tome usted la palabra *mejor* en sentido literal —apresuróse a agregar Carolina—. En realidad, a quien nos interesaba ver era a usted.

Toby Saunders, con un traje de color de cervato y la corbata flotando fuera de la

americana, ascendió rápidamente por el sendero, en dirección a ellos. Toby, que contaba más o menos la misma edad que Mark, era uno de los historiadores empleados en el Pentágono, encargados de preparar una historia de la Segunda Guerra Mundial antes de que otro grupo de colegas hubiese podido dar fin a la de la Primera Guerra Mundial. Toby mantenía la cabeza baja; en consecuencia, Mark sólo acertaba a ver su rapado cabello castaño, mas no su enjuto, agudo, y expresivo rostro.

—¿De veras no le molestamos, Mark? —insistió Carolina.

—No he trabajado en toda la noche. Pasen ustedes.

Mark cerró la puerta tras ellos y les condujo a la salita. A sus oídos llegaba el resuello de Toby.

En la sala, lugar donde poníase de manifiesto el buen gusto de Brenda a través de unas butacas con fundas blancas, unas paredes verde pálido y una alfombra oscura adaptada al suelo enmaderado, las persianas estaban echadas. Tras una vacilación, Carolina instalóse en el sofá dispuesto junto al mirador. Mark observaba a su compañero.

Pese a ser delgado y no muy alto, Toby hacía alarde de una intensa y vigorosa vitalidad que dominaba cuanto le rodeaba. Sus ojos, de un sagaz y escudriñador tono azul, vagaron por la habitación antes de posarse en Mark.

—La cosa ha sido mantenida en secreto —dijo, bruscamente—, porque nadie sabe qué significa. Pero el caso es que, de una semana a esta parte, la Universidad se ha convertido en un verdadero infierno.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—En una época del año en que no hay ningún estudiante por aquí —explicó Toby—, alguien se ha entretenido gastando bromas estudiantiles entre nosotros. Sólo que... no fueron exactamente bromas. Más bien parecen, repare en que digo *parecen*, auténticas tentativas de asesinato.

Carolina abrió la boca para protestar. El resplandor de una lámpara con pantalla de pergamino iluminaba sus tensos ojos castaños.

—¿Asesinato? —exclamó Mark—. ¿Está al corriente la policía?

—¿La policía, aquí? ¡Pero, hombre, por Dios! ¡Sé sensato! El *Queen's College* acogería con más gusto a la peste bubónica y hasta a la propia Muerte Negra^[3].

—¿Entonces qué ha sucedido, Toby? Siéntate y cuéntame lo que hace al caso.

Toby obedeció, dejándose caer en el sofá, al lado de Carolina. Seguía percibiéndose su afanosa respiración. En una baja mesita instalada ante ellos, había una cigarrera de plata. Mark la abrió y empujóla hacia sus visitantes.

Carolina meneó la cabeza, rápida e impacientemente. En cuanto a Toby, ni siquiera reparó en ella.

—En el año de gracia de 1710... —empezó este último.

—¿Es necesario remontarse a esas lejanas fechas para iniciar el relato?

—Cierra el pico —ordenó Toby, levantando la cabeza con jactancia.

Luego, con la misma rapidez con que había abandonado su pomposa oratoria,

volvió a declamarla, con estas palabras:

—Como iba diciendo, en el año de gracia de 1710, cuando el Estado de Virginia era la colonia de Virginia de Su Majestad, la reina de Inglaterra, un tal Septimus Hewitt fundó una academia para muchachos. Edificóla en las afueras de Belhaven, actualmente conocida por el nombre de Alexandria. La colonia no pecaba de grande, y, por tanto, nadie creyó en la prosperidad de la escuela de Hewitt. Pero los plantadores enviaron a sus hijos al nuevo establecimiento, y éste prosperó.

»A los veinte años, cesó de ser una escuela para niños. El *Queen's College* instruía, o cuando menos albergaba, a jóvenes caballeros de Virginia. Septimus Hewitt murió. En medio de lo que nunca llamamos claustro, sino siempre El Prado, erigieronle un monumento: una estatua con ondeante peluca, chaqueta con faldón y demás zarandajas. Recuerda esa estatua. Es importante.

Toby se interrumpió, reprimiendo el sarcasmo de su voz.

—Si te cuento la historia, Mark, como si no supieras una palabra del lugar donde ejerces tu labor docente, ¿aceptarás el hecho de que tengo buena razón para ello?

—Naturalmente.

—Pero tal vez no debiera contarla yo. En muchos sentidos, soy un extraño. ¿Y si lo hiciera Carolina...?

—No —repuso ésta, tendiendo una mano para tocar la suya—. *Tú*, Toby. Siempre tú.

Pese a su impasible aspecto, Carolina solía ser casi tan vehemente como Toby. Este dirigióle una rápida mirada. Semejaba tan turbado como ella, pero, al punto, reanudó su relato.

—Un descendiente directo del primitivo Septimus Hewitt ostenta ahora el cargo de Rector del *Queen's*. (Nunca el Presidente, por favor, llámadle el Rector). Pero, en cuanto nos sea posible, olvidemos el pasado. Prestemos atención a un personaje llamado George.

Y, volviéndose a Carolina, inquirió:

—¿Conoces a George?

—¡Toby! ¡No en balde he vivido aquí toda mi vida...!

—Si no cesas de tomarte las cosas tan al pie de la letra, angelito...

Aun en medio de su turbación, Carolina dirigió a Mark una rápida, sonrisita, como diciendo:

—No le haga usted caso: no lo dice en serio.

Por su parte, Toby sentíase, como de costumbre, presa de momentáneo arrepentimiento. El amor que se profesaba aquella morigerada pareja (Toby era más puritano que otra cosa, pese a todo su parloteo) era tan firme y sincero que Mark Ruthven sintió una especie de puñalada, como hija de la envidia.

—El personaje llamado George —prosiguió Toby— es casi una institución. Tiene unos setenta años. Durante las vacaciones estivales, todas las tardes, antes de anochecer, recorre los diversos edificios para cerciorarse de que todo está en orden

antes de cerrar con llave para la noche.

»Recorre todos los departamentos, a excepción de la Biblioteca, el Seminario de Ciencia, y la enfermería. La Biblioteca y el Seminario de Ciencias permanecen abiertos, hasta mucho más tarde. La enfermería, situada a bastante distancia de allí, está cerrada durante el verano. Pero olvidemos la enfermería; sólo la relaciono con un hecho concreto.

Toby titubeó, frunciendo el ceño.

—¡Bien, vamos al grano! El primer «incidente», nombre que daremos a estos sucesos, sucedió el viernes, 9 de julio, a última hora de la tarde. George había casi terminado su recorrido. El último edificio que inspeccionó fue el gimnasio.

»En el interior del mismo todo estaba en calma, ya que, después de anochecido, nadie lo utiliza debido a que, en verano, cortan la electricidad del lugar. Con todo, gracias al resplandor crepuscular que se filtraba por la claraboya, George podía ver los contornos de todo. El suelo hallábase casi por completo despejado. Las esteras, las barras paralelas y el caballo de madera para la práctica de salto hallábanse en la galería que discurre alrededor del gimnasio. Pero, en la pared oeste, pintarrajeado con pintura luminosa, veíase un tosco dibujo de la estatua de Septimus Hewitt.

De cuanto Mark podía imaginar, esto era lo que menos esperaba.

—¿Un dibujo de... qué?

—De la estatua del Fundador —repitió Toby, en tono agresivo—. ¡Recuérdalo bien! No había ningún mensaje, ni nada parecido, sino simplemente un croquis de la estatua con unos pocos detalles, de cosa de un metro de altura, trazado con un pincel fino y pintura luminosa.

»Sea como fuere, dio un susto mayúsculo al viejo guardián. Esta noche, el padre de Carolina ha insistido en preguntarle por qué. Al principio, George no parecía saber el motivo. Contestaba con evasivas y tartamudeos; finalmente, surgió la verdadera causa. Estaba anocheciendo —explicó el hombre— y, en el lugar, reinaba un ambiente raro; después, procedente de un rincón del gimnasio, llegó una risotada.

Carolina volvió la cabeza. Toby no se movió. Mark desechó los pensamientos que se agolpaban en su mente.

—¿Qué hizo George, entonces?

—Demostrar que es una persona escrupulosa. Con un trapo viejo, borró el dibujo lo mejor que pudo. A la mañana siguiente, dio cuenta del hecho en Secretaría. Todo el mundo supuso que el hombre lo había soñado o bien que estaba bebido. Es posible que George se hiciera la misma reflexión.

—¿Por qué?

—Porque, cuando volvió a efectuar su ronda el sábado por la noche, no había rastro de la pintura luminosa. Tanto el gimnasio como la piscina del sótano estaban desiertos. Los domingos por la tarde la Universidad está cerrada. George tuvo el día libre. El lunes 12 de julio, por la noche, sentíase mejor; esto es, hasta que entró en el gimnasio.

»La pintura de la estatua del Fundador había vuelto a aparecer, tan resplandeciente como siempre. Hallábase cerca de la pared sur, debajo del alero de la galería, y estaba pintada en el suelo.

»George perdió la cabeza. Lo único que se le ocurrió fue borrarla de nuevo, borrarla a toda costa, y, acercándose presurosamente al lugar, arrodillóse junto a la brillante pintura.

»A todo esto, alguien aguardaba en la galería, a cinco metros y medio de la cabeza de George. Ese alguien asomóse a la barandilla de la galería, armado con un recio peso de hierro arrancado de la polea de un aparato de ejercicio del gimnasio. El peso cayó como un plomo y fue a dar en el suelo, a dieciocho pulgadas del cráneo de George.

Toby hizo una pausa. Quedamente, sin apartar los ojos de Mark, tendió la mano para oprimir la de Carolina.

—No —prosiguió—, George no vio ni oyó a nadie. Primero oyó el estrépito; después, vio el peso de hierro que, afortunadamente, no le había alcanzado. Casi desfallecido de terror, salió del gimnasio, atribulado. El martes por la mañana, la pintura de la estatua del Fundador seguía allí, con el peso de hierro al lado.

»George no volvió por allí. En cuanto llegó a casa, contó la historia. Después de acostarle, su mujer llamó al médico. El martes por la noche, para que la cosa quedara entre familia, se hizo cargo de la tarea el nieto de George.

»El joven Hubert tiene dieciséis años y es un chico listo. Hubert hizo algo más que registrar el gimnasio. Por las tardes, o cuando podía, dedicábase a vigilar los alrededores. Y, por fin, llegamos a la fecha del último golpe.

»Vamos a ver: ¡sí! Hoy es sábado. A media tarde, a plena luz del día, Hubert procedía a dar una vuelta alrededor del gimnasio, por su parte exterior, y muy arrimado al muro. Desde el martes hasta el sábado, el muchacho no había visto ni oído nada, ni de día ni de noche. Pero entonces oyó un ruido, procedente del interior del edificio, un ruido extraño y, al punto, adivinó de qué se trataba.

»Precipitándose a la fachada norte, Hubert entró en el gimnasio. Inmediatamente, dirigióse abajo, a la piscina del sótano. No se había equivocado respecto al ruido. La piscina, que, según lo ordeñado, debe conservarse vacía, estaba llena.

»A juzgar por la rizada superficie del agua, acababan de llenarla. Un individuo llamado Billy Cole, el jefe de los guardianes, dice que puede llenarse fácilmente si se sabe dónde está el caño. Ese sótano suele estar siempre muy oscuro debido a que sus ventanas están al nivel del suelo y a los árboles del exterior. El agua alcanza una profundidad de tres metros en el extremo del trampolín, situado muy cerca de la puerta.

»Hubert avanzó. Vio agitarse el agua entre reflejos de baldosas blancas. Acercándose al extremo más profundo, inclinóse a mirar el fondo. En aquel momento, alguien, cuya presencia el chico no había advertido, dióle un violento, empujón en la espalda. Y Hubert no sabe nadar.

Toby hizo una nueva pausa. Su expresión, llena de odio por lo que tenía que contar, manteníase, no obstante, digna y hasta cuidadosa del movimiento de los labios. La abierta cigarrera, un encendedor de plata y un cenicero, también de plata, brillaban, con hipnótico efecto, sobre la mesita de café.

—¿Qué te ocurre, Mark? —agregó Toby, bruscamente—. Jamás te había visto tan descompuesto.

—De hecho, creo que nunca me sentí peor. ¿Vas a decirme que el muchacho murió allí? ¿Solo? ¿Cogido en la ratonera? ¿Sin nadie para ayudarle?

—¡No! —espetó Toby.

Luego, dominándose, explicó:

—Por pura casualidad, o acaso por la gracia de Dios, ese Billy Cole a que me he referido hace un momento, el jefe de los guardianes, acertó a pasar por allí. Al oír los gritos y el vapuleo del agua, Billy rompió de un puntapié el cristal de una ventana y metióse por ella. Cuando se zambulló en su búsqueda, Hubert habíase ido ya al fondo. Salváronle la vida mediante la respiración artificial, practicada allí mismo. Pero la cosa le vino de bien poco.

—¿Has dicho que esto sucedió esta tarde? ¿Se encuentra bien ahora ese muchacho?

—Todo lo bien que puede encontrarse una persona» después de estar a punto de ahogarse y de sufrir una conmoción como ésa.

—Oreo que conozco a ese Johnson: me refiero a Hubert. Obtuvo una beca para estudiar en el *Queen's*, a los dieciséis años. Nunca me habría imaginado que no sabía nadar.

—Nadie se lo imaginaba —gruñó Toby—. ¿Conque todo el mundo sabe nadar, eh? Ese es nuestro estupendo tópico americano, a Hubert le daba vergüenza no saber nadar, y por ello nunca se lo dijo, a nadie. ¡Vaya con el bromista que nos ha salido en el gimnasio! ¿Eh?

—¡Por Dios, Toby! —protestó Carolina—. ¿Por qué machacas tanto sobre ello?

—¡Porque sí! ¡Porque es preciso machacar! ¡De eso se trata precisamente!

Y, volviéndose a Mark, declaró:

—Esta historia ha corrido de boca en boca por todo Queenshaven desde que George enfermó. Pero, ahora, no bastan los comentarios; hay que tomar cartas en el asunto. El Decano y el Rector están de vacaciones. En cualquier institución moderna, contarían con ayuda para resolver esto. Pero aquí... ¡Quiá! ¡Ni hablar! En vista de ello, el padre de Carolina ha sido designado para investigar el caso.

Al llegar a este punto, Toby golpeó la mesita con los nudillos.

—No cabe duda —prosiguió— de que el doctor Kent es un hombre de valimiento, un historiador. Pero él tiene una opinión en este asunto y yo tengo otra; por consiguiente, hemos acordado que actúes tú de juez.

—Me siento muy honrado —agradeció Mark, con profunda sinceridad—. Y, por supuesto, estoy a vuestras órdenes si de veras creéis que puedo ayudaros.

—Sí, puedes. No te preocupes por esto. Límitate a escuchar mientras yo planteo el caso tal como parece ser.

—Soy todo oídos.

—A primera vista —empezó Toby—, diríase que en la Universidad o en Queenshaven hay una respetable persona, lunática y con instintos criminales, que ha intentado matar a dos personas, logrando casi su intento. ¿De acuerdo?

—A primera vista, sí.

—¡Bien! En este caso, el dibujo de la estatua del Fundador carece de sentido. Utilizase sólo como señuelo. Primero, el maniático lo dibujó en la pared oeste y soltó una risotada siniestra para asustar a George. Tal como se figuraba, George intentó borrar el dibujo. Así, pues, la cizaña estaba sembrada. El maniático dejó que George se preocupara un par de días. Luego, pintarrajeó el dibujo en el suelo, debajo de la galería. Cuando George se presentará allí, su cabeza constituiría un blanco excelente, teniendo por fondo la pintura luminosa.

»Lo mismo vale para Hubert: otra celada para asesinarle. El maniático llenó la piscina, con el propósito de utilizarla esta noche. A buen seguro, pensaba garabatear otro dibujo luminoso en el sótano, para atraer a Hubert al borde de la piscina. Pero esta tarde, Hubert oyó el rumor del agua en la habitación, lo cual brindó al maniático una oportunidad inesperada; y empujó a Hubert para que se ahogase. ¿Qué? ¿Te parece una buena exposición del caso?

—Sí —admitió Mark, exhalando un profundo suspiro—. Me parece excelente.

—¡De acuerdo! —exclamó Toby Saunders, poniéndose en pie—. En este caso, no tengo más remedio que decirte lo siguiente: no creo una palabra de ello. En mi opinión, el bromista jamás abrigó la intención de matar a nadie.

Carolina levantó la cabeza. Boquiabierta, con el cuerpo rígido y los ojos desencajados, miró a su novio, exclamando:

—¡Toby! ¿Hablas en serio? ¡Padre dice que fue así...!

—Ya sé. Pero todavía no has oído lo que digo yo. Y lo que digo yo es lo siguiente. Una vez más, Toby, de pie, miraba fijamente a Mark.

—Si el bromista se proponía matar a un viejo inofensivo como George, ¿por qué no lo hizo? Con un sólido peso de hierro y un blanco fácil, casi resultaba imposible fallar. Y, no obstante —declaró Toby, extendiendo las manos—, nuestro hombre falló por casi medio metro.

»Lo mismo puede decirse en el caso de Hubert. Admito que el bromista, aprovechando una oportunidad inesperada, empujase a Hubert al agua. ¿Pero matarle? ¡No! Y ya les he dado a usted los motivos en que me fundo para llegar a esta conclusión. ¿Quién sabía que Hubert no aprendió nunca a nadar? Sus padres, acaso sus abuelos; nadie más. Todos nosotros suponemos que cualquier chaval de dieciséis años, sano y fuerte, sabe nadar como un pez. ¿Digo verdad o mentira?

—Me figuro que verdad —comentó Mark.

—Es posible que el bromista sea un maniático; yo, personalmente, creo que lo es.

Cabe, asimismo, la posibilidad de que desease dar un susto de muerte a George y Hubert; y supongo que lo consiguió. Pero eso es todo.

Carolina, que acababa de ponerse de pie, aventuró:

—Si así es, Toby, ¿no te imaginas a una persona casi tan mala como un criminal loco?

—Quizá sí.

—Si ese individuo no quería matarles ni dañarles, ¿qué fines perseguía?

—Ahí está el caso —respondió Toby, desconcertado—. No tengo idea.

—¡Pero, Toby, eso es ridículo!

—Sí, reconozco que lo es. La verdad es que esta forma de jugar a los asesinatos, me horroriza tanto como un verdadero asesinato; lo cual es lo que, en realidad, tratas de insinuar. E incluso un bromista destornillado obra, impulsado por algún móvil. Lo cierto es que alguien, por algún motivo, se entretuvo haciendo dibujos de la estatua del Fundador. Y que ese mismo alguien, también por algún motivo, representó esos simulacros de asesinato. ¿Pero quién, por qué?

Los tres estaban tan abstraídos que no oyeron el suave rumor de la puerta de la entrada, que, por lo regular, no tenía echada la llave. Después de abierta, cerrose con la misma suavidad. Lo que sí oyeron fue un ruido de rápidos y firmes pasos que se acercaban a la sala, procedentes del vestíbulo. Mark volvióse en redondo.

En la puerta, con la cabeza muy erguida, hallábase Brenda.

CAPÍTULO III

¿Así, pues, no había ido con Frank Chadwick?

Con el rabillo del ojo, consultó su reloj de pulsera. Eran sólo las diez y veinticinco.

En el auto del joven *mister* Chadwick, la pareja debería haber atravesado Queenshaven, Alexandria y el puente, antes de habérselas con el tránsito de Washington. Por consiguiente, era imposible que Brenda hubiese estado en el piso de Frank, y más aún que le hubiera dado tiempo a ir y volver de allí.

Y, no obstante, dondequiera que hubiese estado, la joven aparecía muy distinta de la Brenda que había salido precipitadamente de la casa, dando un portazo.

Ahora, daba una sensación de equilibrio y seguridad, manteniendo la cabeza erguida y la expresión radiante, sin mirar siquiera a Mark. Con el blanco vestido sin mangas, ceñido a la cintura con un cinturón escarlata y de falda un poco acampanada, según la moda de 1948, todo su cuerpo resplandecía.

—¡Hola! —exclamó, jovialmente, dirigiéndose a Carolina; y Toby.

—No... no hemos oído su coche —balbució Carolina, desconcertada.

—Es que no me lo he llevado. Está en el garaje. He ido a Queenshaven y he vuelto andando. ¡Qué hermosa noche!

Y tomando una cajetilla roja, de cigarrillos, del interior de su bolso, también rojo, echó este último sobre una silla dispuesta junta al arco que daba paso al vestíbulo.

—De todos modos, será mejor que se lo diga a ustedes —agregó, dirigiéndose a Toby, y esbozando al mismo tiempo un ademán hacia las persianas echadas—. No me di cuenta de que había nadie aquí hasta que estuve cerca de la casa. Pensé que el coche estacionado ahí fuera era el nuestro, pero el caso es que usted, querido Toby, estaba hablando a grito pelado con todas las ventanas abiertas.

—Así, me figuro que lo ha oído usted todo —coligió Toby—. ¿Qué oyó usted?

—¡Oh, muchas cosas!

—¡Ojalá no hubiese oído usted nada, Brenda! —lamentóse Carolina, desolada.

—¿Por qué no, querida Carolina? En realidad, ya estaba enterada de casi todo por las habladurías que corren por aquí.

Toby no observó nada raro en su conducta, pero Carolina dirigióle una rápida mirada. Brenda atravesó la estancia, sin hacer caso de la presencia de Mark. Una vez instalada en una butaca dispuesta algo más allá de la lámpara, arrellanóse en la misma y cruzó las piernas.

—Esta historia del gimnasio resulta muy interesante, ¿verdad? —comentó.

—¿Interesante? —repitió Carolina, asombrada.

—Sí —exclamó Brenda, riendo jovialmente—. ¿Acaso no lo es? Confío en que Mark podrá ayudar a dilucidarla. Está al cabo de la calle de cualquier cuestión de índole académica. Puede decirles, qué canción cantaban las sirenas, por qué Shakespeare escribió *Macbeth*, y el argumento de la revolucionaria novela para

minorías que Wilkie Collins pensaba escribir en 1869. Pero en cuestiones prácticas... ¡ni hablar! Es como usted, Toby.

—¿Como yo?

—Sí, ¿no se había dado usted cuenta? No repara en las personas ni en las cosas.

—Es posible que le sorprendiese a usted saber lo que he observado —repuso Toby—. ¡Oye, Mark! ¡Te aseguro que estoy en lo cierto!

—¡Aguarda un momento! —instó Mark.

Su recia voz, que rara vez levantábase hasta aquel tono, resonó en la habitación.

—Es posible que estés en lo cierto, Toby; no lo niego, pero no enfocas el problema debidamente.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo. Sabemos muy poca cosa de los Johnson, esto es, de George y de Hubert...

—En general, no nos molestamos en saber mucho de la gente cuando ésta se halla en una posición «inferior» —observó. Toby, esbozando una sonrisa—. Pero yo sé una porción de cosas respecto a ellos.

—¿Hay alguien que odie a George y a Hubert, o que desee matarles?

—¿A toda la familia? —inquirió Toby, no sin sarcasmo—. Decididamente, la respuesta es no.

—Entonces, la malicia del bromista no iba dirigida contra ellos. Imposible buscar un móvil en ese sentido. Es como si el bromista deseara atraer deliberadamente la atención al gimnasio. Una especie de travesura estudiantil, como has dicho.

—Sí, y eso es lo que no comprendo —murmuró Toby, rascándose la mejilla—. ¡Ese bromista: su malicia! Malicia, o bien una mentalidad infantil que no se da cuenta de lo que hace.

La voz de Brenda dejóse oír, clara y suave como la seda:

—¿Por qué insiste usted en atribuir la hazaña a un «hombre»? ¿No podría haber sido, igualmente, una mujer?

Carolina volvióse a mirarla, palideciendo. Pero la reacción de Toby fue muy distinta. Tras un sorprendido silencio, el joven musitó, coa la mirada perdida en el vacío:

—¡Cielo santo! ¡Pero qué zoquete he sido!

—¡Un momento! —instó Mark, de repente.

Pero Toby no tenía espera. Dándose con los nudillos en la frente, exclamó:

—¡Pensar que lo barruntaba y, no obstante, estaba demasiado embotado para verlo! Incluso pensé en la enfermería, pero no se me ocurrió relacionarla con el gimnasio. ¡Pues claro! Sólo podía ser una persona: *Rosa LeStrange*.

Mark, que presentía esta salida, sentíase impotente. Algo rebulló en la habitación, como si la propia Rosa LeStrange acabase de entrar en ella.

—¡Qué interesante! —murmuró Brenda.

—Pero eso es absurdo —protestó. Carolina, con voz horrorizada—. ¿Una mujer?

¿Una mu... mujer en un gimnasio de hombres... y riendo?

—Eso es —asintió Toby, frunciendo el ceño—. Y riendo.

—Pero no es posible que...

—Eres demasiado inocente, angelito. Eso es precisamente lo que nuestra Rosa se complacería en hacer. Tal es su sentido del humor. ¿Qué decía yo? Una mentalidad maliciosa o una mentalidad infantil inconsciente de sus actos. Detesto aparecer poco galante, pero esa mujer participa de ambas mentalidades.

—¡Toby! —rugió Mark, casi a voz en grito—. ¿Quieres hacer el favor de escucharme?

—Sí, Toby —intervino Brenda, sin mirar a su marido—. ¡Tenga la bondad de escuchar a Mark!

—Sólo quisiera que me respondieras a una pregunta —rogó Mark—. ¿Por qué razón había Rosa Lestrangle de hacer todo esto?

—En este caso —replicó Toby—, permíteme que te formule yo otra pregunta, a mi vez. Explícame aquel asunto de la enfermería, acaecido hace cosa de un mes. Eso aclarará muchas cosas.

—¿Qué asunto de la enfermería? —interrogó Carolina, asombrada.

—Nuestra Rosa se dedicaba a recibir a un amigo allí, y nunca lo negó. Al ser acusada limitóse a echarse a reír, diciendo que nadie podía probar nada. Cesa ya de ruborizarte, angelito, y de poner esa cara de circunstancias. Brenda, apelo a usted.

—Estoy a su disposición —accedió Brenda, con voz clara.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez a Rosa Lestrangle de su tema favorito?

—No, creo que no.

—Antes de que la gente cesara de invitarla, soltó varias observaciones que despedían materialmente humo. Recuerdo, por ejemplo, una de ellas. Dijo textualmente qué le gustaría vivir una escena romántica en «un marcó extraño o desusado».

—Me figuro —comentó Brenda— que a algunos hombres les supo a gloria la ocurrencia.

—Sea como fuere, ésa es nuestra Rosa. Sepan ustedes que me tiene sin cuidado el número de amigos que pueda tener esa mujer, Pero, en cuanto a lo de la malignidad y picardía en el gimnasio...

—Precisamente es ahí donde se viene abajo tu teoría —interrumpióle Mark.

—¿Por qué? ¿En qué te fundas?

—En cierto modo, todos podemos comprender lo sucedido en la enfermería...

Con el rabillo del ojo, Mark vio la expresión de Brenda. Pero no cejó.

—... En cambio, lo otro resulta incomprensible. ¿Por qué razón había de dibujar la estatua del Fundador, o hacer tentativas, reales o fingidas, de matar a George y Hubert Johnson?

—Reconozco que no lo sé. A lo mejor, harta de su diversión favorita...

—Su diversión favorita no tiene nada que ver con esto. Supongo que no intentas

sugerir que está loca de atar...

—¡Qué raro, qué curioso que Mark la defienda! —exclamó Brenda, mirando al techo.

—¡Conste que no la defiendo! Me limito a...

—¡Por favor! —suplicó Carolina.

La tensión emotiva reinante en la habitación había alcanzado un extremo tal, que casi emitió un silbido como el fuego cuando Carolina intentó mitigarla.

Hasta la propia Carolina habíase tranquilizado un poco, pese a permanecer de pie junto al sofá, con el semblante arrebolado y un nudo en la garganta. Brenda parecía la menos afectada: la joven les contemplaba a todos con una mirada indiferente e impersonal. Sin embargo no cesaba de dar vueltas y más vueltas entre sus manos a la cajetilla de cigarrillos, todavía sin abrir.

—Per... perdónenme ustedes —disculpóse Carolina—. Pero es que hace una temporada que no oigo hablar de otra cosa. Mi madre, *mistress* Walker, todo el mundo habla de Rosa LeStrange. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué está haciendo aquí? Y así sucesivamente.

—¡Valientes preocupaciones! —refunfuñó Toby Saunders, nervioso.

—¡Y esa villa que posee en Harley Lane...!

—A principios del siglo dieciocho, muchacha, se llamaba calle de las Tristes Ruinas.

—No lo niego, querido; pero ahora no se llama así. La gente pregunta, ¿por qué le permitieron comprar la villa? ¡Estoy harta de Rosa LeStrange! Sólo la he hablado una vez. No es santo de mi devoción, pero no creo que sea tan mala como dice la gente. Tanto mi padre como el doctor Hewitt la tienen en buen concepto.

—¿El doctor Hewitt? —inquirió Toby—. ¿El doctor Arnold Hewitt?

—¡Pues claro! ¿Quién va a ser?

—¡Cáspita! —exclamó Toby, castañeteando los dedos, con súbita animación—. El doctor Hewitt, Rector del *Queen's*, es descendiente directo del primitivo Septimus Hewitt. ¿Será ésa la explicación de los dibujos de la estatua del Fundador? ¿Cabe la posibilidad de que el viejo Arnold Hewitt, en persona, ande mezclado en todo esto?

—¡Por Dios, Toby! Eso es ridículo.

—¡Sí, sí! Reconozco que lo es. Me parece la cosa más inverosímil del mundo. Sin embargo, es rarísimo.

—¡Qué va a serlo! —protestó Carolina, impaciente—. No sé expresarme muy bien, pero creo que lo que sucede es que tienes metida a *miss* LeStrange en la mollera y te parece verla en todas partes. No te sorprendería en lo más mínimo si en este momento atisbase por la ventana o llamase a la puerta.

Toby soltó un terno, sobresaltado. Brenda incorporóse en su asiento. El ruido, que acababan de oír no era, desde luego, el sonido del timbre de la puerta, sino el estridente y reiterado son del teléfono del vestíbulo inferior.

Con todo, en las cuatro mentes, obró a la manera de una sugestión. Por espacio de

unos diez segundos, nadie despegó, los labios. Brenda Ruthven se puso en pie y, tras echar sobre la butaca la cajetilla de pitillos, dirigióse con aire indiferente al arco que daba acceso al vestíbulo. Entonces, Mark se le adelantó.

Con un revuelo de faldas, Brenda avivó el paso. Mark echó a correr, y, al llegar junto a la mesita dispuesta algo más allá del pie de la escalera, posó la mano sobre el estridente receptor. Luego, se puso tras la mesa, contorneándola como aquel que guarda una barrera.

En cualquier otra época, aquel violento forcejeo habría resultado incongruente, hasta ridículo. No obstante, distaba mucho de ser ridículo, según comprobó Mark apenas levantó el receptor.

Brenda habíase detenido al pie de la escalera, frente a él, y allí permanecía con una mano apoyada en la barandilla. Mark vio su mirada, fija en él; sus escrutadores ojos, sombreados por negras pestañas, traicionaban sus emociones, dejándolas tan al desnudo como sus brazos. Vaga, enfadosamente, Mark presintió el alcance que podría haber tenido su actitud. Más allá de Brenda y la barandilla, al fondo del arco del vestíbulo, parecía ver a Toby, atisbando, y a Carolina con la cabeza vuelta hacia, allí.

Súbitamente, el timbre del teléfono volvió a sonar. Mark llevóse el receptor al oído; al punto, oyó una voz masculina.

—¡Ah! ¿Es usted, doctor Kent? —murmuró Mark.

Alguien suspiró con alivio. Por espacio de unos instantes, Mark quedóse desconcertado.

—¿... si hacen el favor de regresar aquí inmediatamente? —preguntó la voz.

—Pues claro, doctor Kent, no faltaba más —respondió Mark, reaccionando—. Supongo que no ocurre nada malo, ¿verdad?

—Cuando menos, nada que contribuya a agravar la situación —gruñó el padre de Carolina—. Pero el Rector ha regresado con cierta precipitación. Ahora está aquí, conmigo... A propósito, tengo entendido, mi querido Ruthven, que el lunes tendrá usted un huésped.

El doctor Samuel Travers Kent era inglés, pese a llevar treinta años en América. Tan sólo su voz, que podía ser llena y vibrante, o vaga como las famosas anécdotas de sus distracciones, se lo recordaba.

—¿Un huésped? —repitió Mark—. ¡Ah, sí! Un huésped distinguido: Gideon Fell.

—¿*Gideon Fell*? —exclamó Toby, precipitándose al vestíbulo.

—¡Quieto, Toby! —ordenó Mark, protegiendo el receptor con la mano.

Luego, retirándola, prosiguió:

—No, no. El doctor Fell no ha venido a América con ninguna misión detectivesca. Desea ver aquellas cartas que tuve la suerte de descubrir. Pero estoy seguro de que no tendría inconveniente en estudiar el asunto, si el doctor Hewitt lo desea. Sí, daré el recado a Carolina y Toby. Gracias. Adiós.

Mark colgó el receptor. Toby permanecía de pie bajo el arco, con Carolina a su

lado. Brenda no se había movido cerca de Mark.

—¡El doctor Gideon Fell! —repitió Toby—. ¿No es aquel individuo que aclara todas las situaciones difíciles y desentraña todos los misterios?

—Efectivamente.

—Ya me lo figuraba. Estará en su elemento, si a Rosa LeStrange se le ocurre cometer nuevos desaguisados en el gimnasio o la enfermería. Supongo que esta vez la puerta y las ventanas están todas cerradas.

—Atiende —rogó Mark, serenamente—. Esto tiene que acabarse.

—Lo mismo digo yo —convino el otro, con idéntica calma—. No obstante, tengo el presentimiento...

—¡Pues deséchalo! Eso es lo malo: que nos estamos haciendo mala sangre por nada.

A través del vestíbulo, a la derecha de Mark, sonó un tenue chasquido. El pomo de la puerta de la entrada giró lentamente, y, acto seguido, abrióse la puerta. Una mujer delgada de negra y lustrosa cabellera, con un pie en el umbral y otro en el sendero inferior, empujó la puerta con la mano izquierda, sujetando el cancel exterior con la derecha. Al ver cuatro personas en el vestíbulo, su furtiva expresión cambió instantáneamente. Sin esfuerzo, con fluida e inconsciente gracia, la recién llegada levantó el otro pie, y quedóse inmóvil en el umbral.

—¡Oh, cuánto lo siento! —disculpóse Rosa LeStrange, sonriendo—. La puerta no tenía echada la llave. Espero que no les importará...

CAPÍTULO IV

Debido al rápido curso de los acontecimientos acaecidos después, Mark Ruthven jamás pudo precisar las impresiones de aquel encuentro.

Tras sí, oyó cuchichear algo a Brenda, en un tono rayano en la indignación. Y, sin embargo, cuando Brenda avanzó, casi sin transición, al encuentro de la visitante, sus modales no eran hostiles ni acogedores, sino tan sólo indiferentes, corteses y expectantes.

—Buenas noches —profirió—. ¿Es usted *miss* LeStrange, verdad?

—¡La misma! —contestó la otra, abriendo más la puerta—. ¿Y usted es *mistress* Ruthven, no es eso?

Fue todo cuanto dijo. No dio ninguna explicación, ni se tomó la molestia de ofrecer más disculpas. Era una joven alta, especialmente con zapatos de tacón alto. Su sedosa cabellera negra caíale más abajo de los hombros. Sus ojos, capaces de aparecer astutos y soñadores, o de revelar secretos, y, al propio tiempo, ocultarlos, eran de un tono castaño claro, parecido al color de la avellana, moteados de verde al influjo de la luz.

Pero Rosa LeStrange era una de esas mujeres que llaman más la atención por su figura que por su rostro. Delgada y, no obstante, torneada, poseedora de una tez blanca realzada por una deliciosa palidez, llevaba un vestido de algodón amarillo pálido, con un generoso escote en pico y la falda cubriendo justamente las rodillas. Todos sus movimientos participaban de la misma gracia sinuosa; semejaba una persona en constante movimiento, llamando deliberadamente la atención sobre ello.

—Sus ojos cambiaron, de expresión, reflejando la sonrisa de una boca pequeña, carnosa y exenta de pintura, dirigida a Mark; y el ambiente cambió también.

—¡Cuánto molestia para usted! —comentó Brenda—. Siento que el timbre no funcione.

—Temo que, en efecto, esté estropeado —asintió Rosa, sonriendo.

E inclinándose hacia atrás, oprimió el botón del exterior. El timbre no sonó, pese a haber estado perfectamente tres cuartos de hora atrás.

—¿Es posible? —exclamó Brenda—. No lo sabía. Tendremos que mandarlo componer. Haga el favor de pasar. Creo que ya conoce usted a mi marido.

—¡Oh, sí!

—¿Y a *miss* Kent y ah doctor Saunders?

—A *miss* Kent le he hablado una vez. Al doctor Saunders le conozco un poco mejor.

Rosa LeStrange cerró la puerta. Era como si, incondicionalmente, se hallasen encerrados dentro con ella. El perfume que llevaba, intenso y no obstante discreto, sugestionaba el olfato. Poseedora de una indudable buena educación, acostumbrada a las cosas buenas de la vida, Rosa LeStrange por entonces hallábase en su elemento.

Carolina y Toby hicieron gala de los mismos buenos modales. Los que no

conocían la cara «oficial» de Toby, la que adoptaba en el Pentágono, habríanse sorprendido de su reserva.

—Siento decir que *miss* Kent y yo debemos marcharnos —declaró, dejando que Carolina le precediera, en tanto buscaba las llaves del coche en su bolsillo—. Supongo que ese mensaje telefónico era un requerimiento para que regresásemos a casa del doctor Kent.

—¡Ah! —exclamó *miss* Lestrangle, esbozando una nueva sonrisa—. ¿De modo que tienen ustedes el coche fuera? No me he dado cuenta.

Y volviéndose a Brenda, agregó:

—¿Sabe usted, *mistress* Ruthven? He conocido a su esposo esta mañana...

—Sí, así tengo entendido.

—¡Ah! ¿Lo sabía usted? Ha sido la primera vez que he tenido el gusto de saludarle...

—¿La primera vez? ¿Está usted segura?

(¡Cuidado! ¡Cuidado!).

—Sí, la primera —aseguróle Rosa, con un fervor y una inocencia angelicales—. Y prometió que me prestaría un ejemplar de *Armadale*.

—¿De modo que siente usted interés por Wilkie Collins, *miss* Lestrangle?

—Me avergüenza decir que, en principio, no, hasta que *mister* Ruthven se explicó. No me sorprende que *mister* Ruthven haga aparecer las cosas tan fascinantes a los ojos de sus alumnos.

—En este caso, Mark —decidió Brenda, volviéndose a su marido—, lo mejor que puedes hacer es ir arriba, a por el libro. No debemos entretener a *miss* Lestrangle.

—La que no debo molestarles soy yo. Reconozco que es una hora muy intempestiva. Lo que ocurre es que tiendo a olvidar esos detalles, acaso porque yo estoy siempre en casa para mis amigos. ¿Le importaría ir a buscar ese libro, *mister* Ruthven?

—¡Mark! ¿En qué estás pensando?

—En nada, querida. Discúlpame un momento.

Al dar media vuelta para alejarse, Mark vio, con el rabillo del ojo, el enjuto y afable rostro de Toby; pero, bajo su máscara de cortesía, alentaba un asomo de dureza. El joven semejaba decir: «No te preocupes, amigo, no te preocupes; déjalo en mis manos».

Mark subió la escalera todo lo despacio que pudo. Después, en su despacho, examinó rápidamente los estantes, pasando dos veces por alto el libro en cuestión, antes no vio el título. A sus oídos, llegaba el rumor de las voces de los reunidos abajo. Al propio tiempo, comprendió claramente que no era el hombre afable e insensible que pretendía ser.

Tomando *Armadale*, precipitóse a la puerta. Una vez allí, se contuvo, procurando bajar la escalera a paso moderado. Las voces semejaban un poco más animadas.

—Muchísimas gracias, doctor Saunders —decía Rosa—. Y a usted también, *miss*

Kent, Pero, en realidad, no es necesario que me lleven a casa. En línea recta, está apenas a trescientos metros de aquí. Además, tengo que contar una historia muy divertida a *mistress* Ruthven.

—¡Lo mejor que podría hacer es venirse usted con nosotros! —repuso Toby, manteniendo la puerta abierta—. Yo también tengo algo muy divertido que contarle.

El joven hablaba cortésmente. Con todo, había algo en su voz que indujo a Mark a intervenir, pese a su vehemente deseo de alejar a la mujer de la casa.

—Aquí tiene usted, *miss* Lestrangle —dijo, entregándole el libro—. No es la mejor novela de Collins; ni siquiera figura entre las tres, o cuatro mejores. Pero, si le gusta a usted la intriga bien urdida, es posible que la obra la distraiga.

—Eso es precisamente lo que me encanta —respondióle Rosa, con una sonrisa peculiar—. ¿Hay asesinatos? ¿Cree usted que me asustaré?

—¡Vaya! —exclamó Toby—. ¡Razón de más para que se venga usted con nosotros! Precisamente la historia que tengo que contarle es de ese tipo.

—¡Oh, doctor Saunders! ¿De cuál?

—De miedo —contestó Toby.

Al propio tiempo, abrió más la puerta. Carolina había salido ya y permanecía de pie en el sendero con su rizado cabello rubio aureolado de luz.

—Querido doctor Saunders —dijo Rosa Lestrangle, mirando a Toby desde el umbral—. Creo que, en resumidas cuentas, será mejor que acepte su ofrecimiento. Estoy segura de que *mistress* Ruthven me disculpará. A propósito, *mister* Ruthven, ¿no explica usted en sus clases los novelistas Victorianos?

—Sí, *miss* Lestrangle. Ya se lo he dicho esta mañana.

—Me encantan los Victorianos —declaró Rosa, echando una ojeada por encima de su hombro derecho.

Luego, mirando de nuevo, a Mark, prosiguió:

—¡Llevaban una vida tan mojigata en público, y escribían unos libros tan llenos de morbosidad! Constituye un placer y un deleite leer entre líneas ambos procederes. Buenas noches, *mistress* Ruthven. Buenas noches *mister* Ruthven. Muchísimas gracias por el libro.

Sus soñadores ojos miraron alternativamente a Mark y a Brenda, sin pizca de ironía, al tiempo que oprimía contra su corpiño amarillo el viejo libro, cuyas cubiertas purpúreas aparecían ahora casi negras. Graciosamente, bajó el peldaño del umbral, en tanto Toby empujaba el cancel exterior.

Este dio un golpecillo seco al cerrarse. Rosa, Carolina y Toby descendieron por el sendero. Mientras les contemplaba, y en el momento en que subían los tres al coche de Toby, Mark oyó la clara y argentina risa de Rosa. Tras, maniobrar en la calzada que conducía al garaje, Toby arrancó entre un innecesario estruendo del motor.

Mark siguió al acecho. La Avenida de la Universidad, bajo sus tupidos árboles, serpenteaba por espacio de casi media milla hasta morir ante las puertas y los blancos pilares de la casa del Rector. Pero sus amigos no llegarían allí. Tras recorrer unos

cincuenta metros, el auto viraría a la derecha, para meterse en la Harley Lane, en otro tiempo llamada calle de las Tristes Ruinas, la cual, a su vez, conducía a la carretera principal que llevaba a Queenshaven.

Las luces posteriores del automóvil desviáronse y desaparecieron Mark, consciente de que Brenda ya no estaba tras él, cerró la gran puerta.

Su mujer hallábase en la sala, con un cigarrillo encendido entre los labios. Al verle entrar, Brenda se abstuvo de mirarle y de pronunciar una palabra. La joven iba de un lado a otro, arreglando las fundas de los sillones, mullendo los cojines del sofá y poniendo orden donde no había necesidad.

El tenso y forzado silencio subsistió. Por fin, cuando Mark se disponía a subir a su despacho, Brenda dirigióle amablemente la palabra.

—De modo que ésa era la mujer —murmuró, en tono indiferente, enderezando la pantalla de una lámpara.

—¿Qué mujer?

—La mujer con quien andas liado. Rosa LeStrange.

—¿Dije yo tal cosa?

—Por favor, Mark, no seas hipócrita. No es propio de ti.

«*Dios mío* —pensó él—, ¿seré capaz de contenerme mucho tiempo más?».

—¿Por ventura necesitabas decir quién era? —prosiguió Brenda, con la misma frialdad—. ¿Necesitabas hacerlo, siendo así que, deliberadamente, sacaste a relucir su nombre en la conversación, con la excusa del libro, en cuanto te enteraste de que me proponía salir con Frank?

—Fue hablando de Frank Chadwick.

—No, señor. Frank no tiene nada que ver en todo esto.

—Pues a mí me pareció lo contrario. ¿Recuerdas exactamente lo que dije, Brenda?

La joven le miró, dando una pequeña sacudida a la pantalla de la lámpara, y, tras retirar el pitillo de sus labios, dijo, levantando la voz:

—Dijiste que estabas cansado de mí. Creo que es más que suficiente.

—Dije...

—Si estabas cansado de mí, ¿por qué no me lo decías antes, en lugar de enredarte con una pelandusca como ésa y humillarme en mi propia casa?

—Permíteme recordarte —repuso Mark, luchando por dominarse— lo que me dijiste *tú a mi*. Hablaste de tu gran amor por el joven Chadwick, manifestando que todo había terminado entre nosotros y que no podíamos atrasar las agujas del reloj. Declaraste, adoptando un aire de mártir, que no tenía derecho a retenerte contra tu voluntad.

—¿Y tú creíste que hablaba en serio? —lamentóse Brenda.

Durante un lapso de tiempo equivalente al necesario para contar hasta diez, Mark se la quedó mirando, mudando lentamente de expresión.

—¿Quieres decir con eso —musitó— que *no* hablabas en serio?

—Pues, yo...

—¡Respóndeme! ¡Deja ese cigarrillo y contéstame!

Brenda retrocedió, con las pupilas dilatadas. En cinco años de matrimonio, cuando creía conocer todas sus reacciones, era la primera vez que le oía hablar en aquel tono. Pero su temor no tardó en trocarse en ira.

—¡Está bien! —replicó, arrojando su cigarrillo sobre el borde de un cenicero con soporte, sin advertir que el pitillo caía a la alfombra, entre una lluvia de chispas, y allí se quedaba, con el fuego latente—. ¡Está bien! Es posible que saliera mucho con él. Es posible que... que pensara tener una aventura con él al comprobar que a ti no te importaba un comino que la tuviese o no.

—¿De veras creías que no me importaba?

—¡Bien! ¿Acaso te importaba?

—¡Sí! ¡Mucho más de lo que te figuras!

—Entonces... —balbució Brenda, con un ligero tartamudeo—, entonces, ¿por qué no me detenías?

—¿Te imaginas que iba a molestarte en competir con un petimetre ignorante cuyos únicos intereses sociales son su dinero y el llamado «círculo social»?

—¡Frank es encantador!

Y, al ver que la despectiva boca de su marido remedaba mudamente la palabra que ella acababa de emplear, la cólera de Brenda fue en aumento.

—¡Bah! Es posible que no entienda mucho de libros —espetó—. Según tú, ése es su defecto capital. En cuanto un hombre no es inteligente conforme a la particular visión que tú tienes de la inteligencia, tú y tu pandilla le tenéis por despreciable, ¿no es eso?

—Cuando da la casualidad de que el individuo en cuestión es un tipo como Chadwick, sí.

—¡Cuando *pienso* que...! —espetó Brenda—. Oye, Mark, ¿sabes por qué he regresado aquí esta noche, después de marcharme con él?

—No.

—Porque sentía haberte dicho lo que te dije. ¡Considéralo! Lo sentía porque no lo dije en serio.

La ironía, el desprecio de sí misma, agitábanla en el interior de su vestido blanco.

—Mi estúpida y necia conciencia me atormentaba. Frank tenía que efectuar una llamada telefónica muy importante a las diez, y, para ello, se detuvo en. Queenshaven y entró en una farmacia a telefonar. Entonces yo, aprovechando la ocasión, me bajé del coche y me vine andando, diciéndome que, a lo mejor, tú también estabas arrepentido de lo que *dijiste*.

Brenda tragó saliva, una y otra vez. Furiosamente, reprimió unas lágrimas que afluían a sus ojos.

—¡Pero, quiá! ¡Me equivocaba de medio a medio! No sólo flirteabas con esa horrible pelandusca, sino que llegaste al extremo de alabarla y defenderla delante de

mí.

—Es posible que te interese saber, Brenda, que no he estado flirteando con ella, ni se me ha ocurrido nunca semejante cosa. Lo que ha dicho *miss* LeStrange esta noche es la pura verdad. La he conocido esta mañana, cuando me ha interpelado en la Avenida de la Universidad; jamás había cambiado una palabra con ella con anterioridad.

Brenda clavó los ojos en él. Nunca había aparecido tan hermosa y deseable. Su generosidad y afectuosidad manifestábanse con frenesí, amor, incredulidad y algún otro sentimiento que él no acertaba a definir.

—¿Te *atreves* a decirme eso?

—¿Por qué no? Es la verdad.

—¡No lo creo!

—Entonces cree lo que te plazca —repuso Mark Ruthven, notando que se le subía a la garganta, como una náusea, una oleada de ironía, desprecio de sí mismo y también amor—. Deseaba ver si te gustaba el sabor de tu propia medicina. Eso es todo.

Brenda estaba pálida como la cera. Tan sólo una leve nota de color asomaba bajo sus ojos.

—¿Te *atreves* a decir semejante cosa, siendo así que, al sonar el teléfono, echaste a correr, pensando que era ella? *Corriste* para anticiparte a mí, a fin de que yo no me enterase.

—Me figuro que mi actitud dio esa impresión.

—¿Sólo «la dio»?

—Sí. Perdí la cabeza. Obré impulsado por un sentimiento de culpabilidad. De hecho, había intentado telefonarla un poco antes.

—¿Conque la telefoneaste? No obstante, me has dicho...

—¡He dicho que intenté, telefonarla! Eso fue inmediatamente después de tu partida. Me proponía ir a su casa a llevarle el libro que deseaba, en un pueril intento por «vengarme» de ti; eso es todo. Pero, a juzgar por lo que dijo, aguardaba a otra persona. Y, antes de que pudiera explicarme, llamaron a la puerta Toby y Carolina.

—¿Y te *atreves* a decir que eso es todo, cuando... cuando...?

Brenda quedóse materialmente sin habla, incapaz de pronunciar las palabras que se agolpaban en su garganta. Entonces, echó a correr. Frenéticamente, salió de la habitación. Mark corrió tras ella. El cigarrillo caído en el suelo, con un ardiente núcleo, roía la alfombra, entre un picante humo.

Brenda precipitóse a la puerta de la entrada. Entonces, mudando de parecer, volvióse en redondo, temblando de pies a cabeza.

—¿De modo que sólo intentaste telefonarla, verdad?

—¡Sí!

—No lleva ni seis meses aquí. Su nombre no figura en la guía telefónica. ¿Cómo supiste su número?

—El número de la villa ha sido siempre el 13 de Queenshaven, y tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Ah, sí? ¿Ah, sí?

Brenda abrió la puerta de un tirón. Luego, empujando el cancel exterior con el codo, buscó a tientas algo, situado a la izquierda. Un largo timbrazo resonó por toda la casa. El son cesó, volvió a empezar... Y así, una y otra vez, emitiendo un clamor inhumano que ponía los nervios de punta.

—¡Brenda! ¡Basta ya!

Percibióse el portazo del cancel, seguido del de la puerta. Pese a estar, si cabe, aún más pálida —una palidez que alcanzaba al color de sus ojos— Brenda habló sosegadamente.

—El timbre funciona. En realidad, no lo oprimió. Limitóse a pulsarlo. No ha dicho más que mentiras. Lo mismo que tú. Sabía que yo había salido esta noche y se vino acá, solapadamente, para traicionarme contigo en nuestra propia casa. Lo he leído en su cara.

Y, con la voz reducida a un susurro, la joven masculó:

—¡Oh, cielos! ¡De buena gana la mataría!

—¡Basta ya, Brenda!

—¿Serás capaz de negar lo que acabo de decir?

—¡Sí! ¡Todo cuanto te he dicho es la pura verdad!

—¡De acuerdo! Ahora que me consta que eres un embustero, además de un estúpido y un presumido cuyo único fin es hacerme todo el daño posible, he tomado una determinación. Esta noche, saldré de esta casa. Voy a prepararme una maleta e iré en el coche a casa de Jane Griffiths, en Washington. Mañana, pediré disculpas a Frank Chadwick y haré todo lo que él quiera. ¡Y veremos qué pasa si intentas detenerme!

—He sido un necio, Brenda. Siento en el alma lo que he hecho...

—Así, ¿reconoces que has estado flirteando con ella?

—¡No reconozco nada de eso! Y, si te empeñas en ser una estúpida, allá tú. ¡Ve adonde te dé la realísima gana!

—¡Oh! —musitó Brenda.

Al propio tiempo, atravesó el vestíbulo como una exhalación, dirigiéndose a la escalera alfombrada de oscuro. A media ascensión, volvióse, dando tumbos, con los ojos bien arrasados de lágrimas.

—Que te diviertas con tu pelandusca, Mark. Pásalo bien. No creas que me importa, porque no hay tal cosa. Pero, de paso para Ja ciudad, voy a llegarme a su casa para decirle exactamente lo que pienso de ella. Después, procuraré divertirme con Frank.

—¡Brenda!

Siempre dando traspiés, con un rápido jadeo claramente perceptible, prosiguió la ascensión. Sus pisadas resonaron en el vestíbulo superior. La puerta del dormitorio,

situado encima mismo del comedor, abrióse de par en par.

En aquella casa, una de las últimas construidas en la Avenida de la Universidad para miembros de la facultad, las paredes eran tan delgadas que casi podía verse a través de ellas. Algo rascó, con un crujido, el estante de un armario; una gran maleta golpeó el suelo sobre el comedor, haciendo retemblar los cristales de esta última habitación. El cajón de en medio del tocador de Brenda produjo su chirrido peculiar, al tiempo que la joven tiraba de él, violentamente.

Mark Ruthven, que le había dicho toda la verdad respecto a Rosa LeStrange, atravesó el vestíbulo para subir a poner fin a aquella necesidad y acabar de una vez con aquel tormento. Pero los celos invadieron su ser; todo esfuerzo mental por contrarrestar aquel sentimiento, resultó inútil. Aquella habitación de arriba, donde Brenda iba del armario al tocador, guardaba recuerdos e intimidades muy vivos en la memoria.

Mark se detuvo al pie de la escalera. A poco, volvió a la sala, con todo su buen criterio nublado por la ira. El cigarrillo en el suelo habíase apagado, dejando un rastro de ceniza sobre una negra quemadura en la alfombra.

Y, con todo, por espacio de un momento, la imagen más vivida dominante en su pensamiento no fue la de Brenda, con su hermosa cabellera castaña y su bello rostro, sino la de la persona causante sin duda, de todas las cuitas que les afligían, desde la desunión en los matrimonios hasta los peregrinos incidentes del gimnasio; la picaresca sonrisa y la furtiva gracia de Rosa LeStrange.

CAPÍTULO V

Mark nunca supo cómo ni cuándo empezó la pesadilla.

El reloj del Vestíbulo del Fundador siguió dando las campanadas en el curso de las refrescantes horas de la noche. La aurora —si tal podía denominarse aquel panorama envuelto en la niebla y el rocío—, apuntaba, temblorosa, en un horizonte gris.

A las cuatro y media de la madrugada, percibióse el débil y lejano cacareo de un gallo: tres notas roncas y un tenue y prolongado gorjeó.

Media hora, después, un distante camión retumbó sobre el asfalto; a poco, percibióse otro. Pero la cosa no continuó; no había la trepidación constante de los días de trabajo. El cielo habíase esclarecido un poco, pese a lo cual aparecía tan oscuro como la sutil neblina.

A las cinco y media, Mark Ruthven hallábase dormido en él silencio y la quietud de la mañana dominical. En un momento dado, a buen seguro, mucho más tarde, tuvo un sueño, sintiéndose vagamente consciente de que soñaba casi despierto, pues la niebla vagaba indistintamente en los estados de sopor y de vigilia.

En su sueño, vio la Avenida de la Universidad. A unos cincuenta metros de su casa, la Harley Lane, también visible en el sueño, era una calle recta de unos trescientos metros, que desembocaba en la carretera de Queenshaven.

En la citada calle había sólo dos casas, situadas a ambos lados de la pavimentada calzada, bordeada de árboles, y a poca distancia entre sí. La primera casa, a la derecha, había sido una antigua taberna, en el siglo XVIII; recientemente, pertenecía al doctor Daniel Walker, jefe del Departamento inglés, hasta la muerte de éste, acaecida un año escaso atrás. Su joven viuda seguía viviendo allí.

La otra casa, a la izquierda, era pequeña y algo retirada de la calle. Llamábanla «la casita de campo», «Villa Roja» o «Queenshaven 13», por su número de teléfono. Allí habitaba Rosa Lestrangle. Un sendero enarenado, con un solo farol en las inmediaciones, conducía, a la puerta. Tupidos árboles sombreaban la casa y la niebla pasaba, humeando, ante las ventanas.

Luego, el sueño de Mark mudó de escenario. Vio a Brenda en la escalera de su propia casa, mirándole, al tiempo que murmuraba quedamente:

—De paso para la ciudad, voy a llegarme a su casa para decirle exactamente lo que pienso de ella. De paso para la ciudad...

Entonces, el sueño trocóse en un verdadero horror. En aquel ambiente fantástico, en medio de sonos apagados, Brenda recorrió el sendero, enarenado, en dirección a la Villa Roja. Allí ocurrió algo. Sonaba un teléfono o un timbre. Brenda gritó. La forma que se abalanzaba sobre ella era Rosa Lestrangle, o alguien como ella. En la oscuridad, percibiéronse golpes, rumores de verdadera lucha.

—¡Basta, basta!

Mark Ruthven, despertándose sobresaltado al son de una voz imaginaria, incorporóse bajo la impresión de la pesadilla.

Hallábase sentado, completamente vestido y calzado, sobre la colcha de la cama, dispuesta en la habitación que compartía con Brenda. El aposento estaba oscuro y frío.

Mark abrió los ojos y, sacudiendo la cabeza, miró vagamente la otra cama. Aparecía intacta. Brenda no había dormido en ella.

Y abajo, no en sueños, sino en realidad, sonaba el timbre del teléfono.

Con el corazón latiéndole locamente, Mark trató de consultar el reloj de viaje instalado sobre la mesilla entre ambas camas. Las borrosas agujas señalaban cerca de las seis y media.

De hecho, no hacía frío; lo que Mark sentía era simplemente una decaída vitalidad. No obstante, al ponerse en pie y dirigirse abajo, con paso vacilante, a contestar al teléfono, cómo un rescoldo del sueño seguía entretejiéndose con la realidad.

—¿Dígame? —murmuró Mark, tomando el receptor, después de aclararse dos veces la garganta.

Una voz masculina, desconocida, de timbre quedo y amortiguado, como si hablase a través de un embozo, dijo, distintamente:

—Es demasiado tarde. Ella ya lo ha hecho.

—¿Qué? ¿Qué está usted diciendo?

—Lo mejor que puede usted hacer es ir a aquella casa. Pero es demasiado tarde. La cosa ya no tiene remedio.

—¿Qué es lo que no tiene remedio? ¿Quién es usted?

Percibióse un tenue chasquido. El comunicante había colgado.

Mark Ruthven bajó el teléfono, manteniéndolo un momento en el aire, antes de depositarlo en su sitio.

Casi sin transición, salió al exterior, cerrando cuidadosamente la puerta tras sí. Sus pasos resonaron en las piedras del sendero y, luego, en el asfalto de la Avenida de la Universidad. Echó a andar a paso normal, pero, al llegar a la esquina de la Harley Lane, corría materialmente, dominada por la impaciencia.

La niebla humedecía su rostro, poniéndole pegajosa la boca y la nariz. En la pequeña calle, la bruma aparecía más espesa. Por fin, tras pasar por delante de la casa del difunto doctor Walker —un edificio largo y bajo, construido con ladrillo oscuro a la derecha—, Mark se detuvo, volviendo en sí.

Su proceder era absolutamente injustificado. Brenda no debía haber sufrido ningún daño.

Lo cierto es que la noche anterior habíase marchado en el coche sin decir una palabra, provista de una maleta. Pero Brenda no dijo en serio Jo de ir a pelearse con Rosa LeStrange. Y, aunque lo hubiese dicho en serio...

Lo demás era todo un sueño: desagradablemente real, pero, al cabo, un sueño.

En aquel preciso momento, Mark advirtió algo frente a sí. Tras recorrer unos doce metros a galope tendido, desvióse a la izquierda, y, deteniéndose de nuevo, miró a la izquierda.

La puerta de la villa dé Rosa LeStrange estaba abierta de par en par. Pese a que, sobre ella, sólo ardía una luz en extremo mortecina, Mark habíala vislumbrado vagamente entre la niebla.

—Lo mejor que puede usted hacer es ir a aquella casa. Pero es demasiado tarde. La cosa ya no tiene remedio.

Aquella voz del teléfono no la había soñado.

Hasta entonces, Mark habíase movido en un ambiente desierto. Más, al presente, entre los inestables velos de la bruma, oyó un rumor de pasos, cada vez más próximos, sobré el asfalto.

No pudo precisar de dónde procedían. Eran, al menos, dos personas; caminaban despacio, y oíanse sus voces. Luego, a unos seis metros de distancia, procedentes de la misma dirección en que él había seguido, perfiláronse las siluetas de dos hombres. Uno, de estatura algo superior a la regular, hablaba con voz recia; el otro, bajo y fuerte, llevaba el cabello, dé un tono castaño claro, muy rapado.

Al ver a Mark, el doctor Samuel Travers Kent y Toby Saunders se pararon en seco. Fiel a su costumbre, el doctor Kent no dio muestras de sorpresa. Pero Toby, que, a juzgar por su aspecto, semejaba haber dormido tan poco como Mark, mostró algo más que sorpresa. Por su semblante, súbitamente rígido, pasó una expresión que Mark no acertó a descifrar.

El doctor Kent siguió avanzando, lentamente. En cambio, Toby, echando a correr, inquirió:

—¡Mark! ¿Qué haces aquí?

—Parece que ahí dentro ocurre algún percance —respondió Mark, señalando la Villa Roja con un ademán—. La puerta está abierta. Y, hace escasamente unos minutos, me ha telefonado un guasón desconocido, diciendo que sucedía, algo malo en la casa, como si aludiese a un crimen.

—¿Un guasón desconocido? ¿Aludiendo a un cri...?

La sorprendida voz de Toby se quebró.

—¿Insinúas que Rosa LeStrange ha matado realmente a alguien? —agregó, a poco.

—¡No! —repuso Mark.

Al punto, se reprimió. Aquel espantoso sueño habíale venido a la memoria una vez más; aquel sueño en el cual Rosa abalanzábase sobre Brenda para ahogarla o estrangularla; con el agravante de que, en dicho sueño, Rosa llevaba (grotescamente) una indumentaria de gimnasio, compuesta de blusa y pantalón corto.

¡El auto no estaba allí! Por consiguiente, no era posible que Brenda hubiese sufrido daño, a menos, claro está, que alguien se hubiese llevado el coche.

—¿Quién te telefoneó? —preguntó Toby—. ¿Reconociste la voz?

—No. Parecía desfigurada.

—¿De hombre o de mujer?

—De hombre, sin ningún género de duda. Su tono no engañaba. Opino que lo mejor que podríamos hacer es indagar lo sucedido.

—¡Un momento! —intervino el doctor Kent.

Por lo regular, lo primero que llamaba la atención en él era el parpadeo de sus ojos, incluso cuando estaba abstraído. Pero en aquel momento, hacía gala de, una expresión desusadamente grave, e incluso algo agitada. Pese a que, a sus cincuenta y tantos años, su ancha cara apenas ostentaba arrugas.

—¡Un momento, por favor! —repitió, como diciéndoles que no podían irrumpir en casa ajena de aquel modo.

En cualquier otra ocasión, Mark habría estado de acuerdo con él. Pero, en el caso presente, limitóse a replicar:

—Creo que no hay inconveniente.

Y echó a andar por el sendero enarenado; en dirección a la Villa Roja.

—¡Lo mismo opino yo! —convino Toby, siguiéndole.

—¿Qué dijo exactamente el comunicante telefónico? —inquirió el doctor Kent, siguiéndoles.

—Sus primeras palabras fueron: «Es demasiado tarde. Ella ya lo ha hecho». Luego, añadió: «Lo mejor que puede usted hacer es ir a aquella casa. Pero es demasiado tarde. La cosa ya no tiene remedio».

Toby masculló un juramento. La silueta de la casa, con un semicírculo de tupidos árboles puntiagudos detrás y a ambos lados de la misma, resaltó ante sus ojos.

Era una casita de madera, con el tejado cubierto con ripia, más vieja, si cabe, que la casa de ladrillo que, en otro tiempo; había sido una taberna. Sus tablazones, combadas y abultadas por el sol y el paso del tiempo, ostentaban una pintura descolorida de un feo color rosa.

En la fachada había cuatro ventanas, dos a ambos lados de la puerta. En un estrecho zaguán ardía una lámpara. Las dos ventanas de la derecha aparecían encortinadas, pero la tela, aunque opaca, dejaba filtrar un poco de luz procedente del interior.

El resto de la casa aparecía tan oscuro y misterioso como en el sueño de Mark.

—No he estado dentro de este lugar desde que era propiedad de los Pemberton —declaró éste, señalando con un ademán las ventanas de la derecha—. Pero, a no ser que su nueva dueña lo haya cambiado por completo, ése es el dormitorio.

—¡No se precipite! —instó el doctor Kent.

Apartando los arbustos, Mark abrióse camino hasta las ventanas. Estas, de reducidas proporciones, tenían los antepechos bajos, a la altura de la cintura de una persona. Pero la casa había sido modernizada por dentro; aquellos modernos bastidores hallábanse cerrados por dentro; era imposible abrirlos ni ver nada a través de las tupidas cortinas.

Toby Saunders, siguiendo a Mark, llamó en los cristales con los nudillos, al tiempo que gritaba el nombre de Rosa LeStrange. Todo siguió en silencio, en medio de un intenso olor a hierba y hojas húmedas.

—A lo mejor, esa dama tiene la costumbre de levantarse temprano... —observó el doctor Kent, siempre en tono apacible.

—¿A esta hora, en un domingo por la mañana? —exclamó Toby, volviendo la cabeza, con asombro.

—Mi querido muchacho: yo me he levantado a las seis. Además, recuerde que el doctor Walker y su señora solían levantarse mucho antes de esa hora...

—¿Cree usted que nuestra Rosa hace como ellos, señor?

—Pues... no.

Mark echó una rápida ojeada al doctor Kent, que permanecía en el sendero, ante la puerta, luciendo su desaliñado traje de «tweed», con una voluminosa bolsa de tabaco en un bolsillo y, un semanario literario en el otro. Mark pasó ante él, en dirección al zaguán en miniatura, bajo y enmaderado, con una moderna puerta pintada de blanco a la derecha.

Dicha puerta estaba cerrada con llave. Mark manipuló el tirador. Luego, arrodillóse a mirar por el ojo de la cerradura, y vio la llave echada desde el interior. Apartándole con el codo, Toby atisbo, a su vez, por el agujero. Después, se incorporó.

Ambos jóvenes se miraron. Acto seguido, dieron una mirada circular al pequeño vestíbulo. Aparte, de una mesita con su pequeña lámpara revestida de una pantalla ámbar y de un gran dibujo en blanco y negro, de Goya, representando unas brujas en la noche del sábado, dispuesto en un marco en la pared, no había ningún otro adorno. Una tenue niebla pasaba, flotando.

—Brenda... —empezó Mark.

—¿Brenda? —exclamó Toby, estupefacto—. ¡Supongo qué no te figuras que Brenda está ahí dentro!

—Por supuesto que no —repuso Mark, dominándose.

Entonces, Toby, dando media vuelta, propinó a la cerrada puerta un violento puntapié.

—¿Me permiten ustedes una observación? —aventuró el doctor Kent, levantando la voz—. ¿Opinan ustedes que ya hemos dado a conocer debidamente nuestra presencia aquí?

—Mire usted, señor. ¿Cómo interpreta usted las palabras: «Es demasiado tarde; ella lo ha hecho»? Insisto: ¿cómo las interpreta *usted*?

—No tengo idea. Al menos, por ahora. Así y todo, espero que podremos entrar sin derribar la puerta.

—¿Quién habla de derribar nada? —replicó Toby—. Hay otro sistema, el que todos utilizábamos para abrir puertas cuando éramos chicos. Lo que necesitamos es un periódico. ¡Cualquier periódico! ¡No, aguarde! Cualquier otra cosa servirá también para el caso. ¡Oiga, usted doctor Kent! ¿Podría usted darme esa *Revista del*

Sábado que lleva usted en el bolsillo derecho de la americana?

—¿Esto? —interrogó el doctor Kent, sacándose del bolsillo el plegado ejemplar y mirándolo vagamente—. ¿Con qué fin?

—Para ayudar a abrir la puerta. Déjeme a mí y verá.

Los ojos castaños oscuros del doctor Kent; muy intensos bajo los arrugados párpados en un rostro por otra parte exento de toda arruga, hacían gala de una expresión juvenil y vivaz en contraste con su abundante cabello gris. En su tiempo, había sido un notable jugador de tenis, deporte en el cual era aún capaz de jugar un buen partido; y sostenía la plegada revista como si de una raqueta se tratara.

—Cuando hablé de «derribar» la puerta, Toby, dominábame cierto sentido de la ironía. Supongo que no habla usted en serio, ¿verdad?

—Completamente *en serio* —intervino Mark Ruthven, con perfecta naturalidad—. Atienda usted. Hay diez probabilidades contra una de que esté usted en lo cierto. Probablemente, *miss* LeStrange se ha limitado a tomar una píldora soporífera, en cuyo caso todo cuanto haremos es meternos en un apuro, pues el hecho, en sí, no tiene nada de particular. Pero, por otra parte, existe la remota posibilidad de que mi mujer esté ahí dentro (¡no me interrumpa, Toby!), y que se encuentre herida u... u otra cosa peor. Ante lo cual no me detengo a considerar las consecuencias.

—Comprendo —gruñó el doctor Kent, agitando de nuevo sus arrugados párpados...

Y, sin más, entregó la revista a Toby.

—Apuesto a que te equivocas, Mark —exclamó este último—, al otro. Luego introdujo ésta última a través de la rendija de debajo de la puerta.

—No importa lo que sea. ¡Manos a la obra!

Arrodillándose ante la puerta, Toby desplegó la revista en el suelo de modo que sus páginas quedasen a un lado y su cubierta al otro. Luego esta última a través de la rendija de debajo de la puerta.

—¿Tienes una pluma o un lápiz, Mark? ¿Sabes lo que hay que hacer?

Mark inclinóse, con un ademán de asentimiento. Valiéndose del extremo plano del lápiz, hurgó y tentó los dientes de la llave a través del ojo de la cerradura. Luego, la empujó: la llave cayó, con un ruido metálico, sobre el papel al otro lado de la puerta. Entonces, tirando cuidadosamente de la revista, Toby Saunders tomó la llave apenas asomó ésta por la estrecha hendedura.

—¡Magnífico! —exclamó Toby, incorporándose, al tiempo que lanzaba un profundo suspiro y encajaba el puño en la palma de su mano izquierda—. ¡Estupendo! ¡Puesto que eres tú el preocupado, Mark, encárgate de abrirla!

Tomando la llave que Toby acababa de tenderle, Mark la introdujo en la cerradura, y, tras darle vuelta en la misma, titubeó, con la mano en el tirador.

—¡Ábrela! —animóle Toby—. ¡Te repito que no tienes por qué preocuparte! ¡Si de veras ha ocurrido algo, no es asesinato! ¡Es un suicidio!

Mark, que, en aquel momento, giraba la llave y abría la puerta de par en par, tuvo

la sensación de que el mundo se le venía abajo.

—¿Suicidio? —balbució, presa de indescriptible estupefacción.

—¡Sí! ¡Fíjate en esto!

El dormitorio aparecía bañado en una amortiguada luz ambarina. Una suave alfombra de lana, de color canela, cubría el suelo casi por completo. Las dos ventanas de la derecha, abierta en la fachada, hallábanse cubiertas con gruesas cortinas de cretona crema y ámbar. En la pared situada a la izquierda de los tres hombres, veíase una amplia y baja cama sin deshacer, con una colcha de color crema, rodéada de pequeños compartimientos de libros de madera clara. En la misma pared, una puerta abierta conducía a un cuarto de baño. Y, en un rincón del propio tabique, había una cómoda butaca vacía, de color verde intenso bajo una lámpara de pie de cristal tallado ambarino, con un libro abierto de cubiertas entre negras y purpúreas, dispuesto boca abajo sobre la mesita contigua.

Mas todos estos detalles borrábanse ante lo que se les ofrecía a la vista en la pared opuesta a la puerta abierta.

Rosa LeStrange habíase atravesado el corazón. Los tres hombres vieron su rostro colgando hacia atrás.

Junto a la pared, veíase un bajo tocador con triple espejo. Rosa, de espalda a la puerta, con las rodillas y los muslos bajo el reducido hueco inferior del tocador, había permanecido sentada en una banqueta tapizada, con un bajo respaldo de madera. Su cuerpo aparecía arqueado hacia atrás, sobre dicha banqueta, con el negro cabello arrastrando por el suelo y la cara casi visible desde la puerta.

Llevaba una bata de algodón blanco con un estampado de flores rojas, perfectamente ajustada al cuerpo, con el cinturón atado y anudado sobre la cadera izquierda. Los dedos de su mano derecha asían el mango de un cuchillo o un puñal, cuya empuñadura plateada destacaba claramente sobre las manchas de sangre esparcidas por la bata blanca. La hoja del arma habíase clavado directamente en el corazón; por consiguiente, cabía suponer que la muerte había sido instantánea, precedida todo lo más del espasmo que empotró materialmente a la víctima entre los espejos.

No había nadie más allí. Un olor a sales de baño, a cosméticos y a humo frío de cigarrillos, persistía aún en la poco ventilada habitación. Los tres hombres, inmóviles en la puerta, veíanse reflejados en los espejos.

Pero su mirada retornaba siempre a la angustiada figura; con el cuchillo clavado en el corazón, la negra cabellera pendiendo sobre el suelo y los ojos desorbitados.

SEGUNDA PARTE

MUJER INTELIGENTE

*Pero existe otro interés de mucha más
subida calidad, que es lo esencial.*

Arthur Machen
Jeroglíficos

CAPÍTULO VI

—¡Aguarde usted! ¡Deténgase! ¡No entre ahí para nada!

Los tres hombres con experiencia de la vida, y, no obstante, por espacio de unos instantes, permanecieron silenciosos, horrorizados, sin saber qué hacer.

Aquel cuadro de innoble violencia parecía irreal, pese a todo su trazado y colorido. Mark Ruthven fue el primero en salir de su inmovilidad, aventurando un paso hacia delante.

—¡Aguarde usted! —exclamó entonces el doctor Kent, en voz baja—. ¡Deténgase! ¡No entre ahí para nada!

—No entro —repuso Mark, sinceramente inconsciente de que su respuesta no concordaba con sus palabras.

Sus piernas se le antojaron ágiles al tiempo que caminaba sobre la suave alfombra de lana.

Según todos los indicios, Rosa LeStrange habíase apuñalado; de momento, Mark no abrigó la menor duda respecto a ello. Desechado cierto temor de su imaginación, recobraba por momentos la cordura. Con todo, debía disipar hasta el último vestigio de aquel irrazonable miedo.

Sobre la pared, a la izquierda de la puerta, descansaba un gran armario, cuya puerta abierta dejaba entrever vestidos y zapatos. En su interior no había nadie. El doctor Kent, desde la puerta, volvió a advertir:

—¡No se acerque...!

—No.

Mark pasó rápidamente ante la muerta, cuyo cuerpo reflejábase más y más en los espejos. Al parecer, llevaba, por toda indumentaria, una bata larga de algodón blanco estampado de flores encarnadas. Había reído mucho en vida; mas ahora no reía. Las manchas de sangre eran de color rojo claro y diríanse ya secas; el cuerpo estaba rígido.

Mark avivó el paso. En el pequeño cuarto de baño, también iluminado, no había nadie; su ventana, con cristales de color, hallábase cerrada por dentro. Brenda, pues, no podía estar en ningún otro sitio; todo había sido una pesadilla, naturalmente; una pesadilla que era preciso descartar, olvidar y desechar.

Mark retrocedió. Sobre la cama pendía el único cuadro del aposento, una reproducción de la pintura de Antón Wiertz, «La joven bruja». La joven del cuadro, mirando de soslayo a través de una mata de pelo negro, habría recordado a Rosa LeStrange en vida, de haber estado sonriendo.

«Y, sin embargo, antes de apuñalarse —se dijo Mark, mirando el libro con cubiertas entre negras y purpúreas, y letras doradas en el lomo, abierto en la mesita junto a la butaca verde— Rosa había estado leyendo la novela victoriana que él habíale prestado la noche anterior».

—¡Míster Ruthven! —gritó una voz—. ¡Salga usted de ahí, por favor!

Mark miró, el libro con más atención. Hallábase demasiado lejos del mismo para descifrar el borroso título, gastado por los años, pero, al parecer, había algo que no concordaba. Seguramente...

—¡*Mister Ruthven!*

Mark salió a grandes zancadas. El doctor Kent cerró la puerta del dormitorio. Y, entonces, los tres empezaron a hablar a un tiempo.

Ninguno de ellos pudo recordar después el tema de su conversación. El doctor Kent dijo que Mark dio una especie de conferencia sobre el matrimonio; Mark afirmó que el doctor Kent procedió a un fogoso análisis de las novelas de detectives de A. E. W. Mason; en tanto Toby, según ambos, lanzaba violentos juramentos acerca del estado de sus sentimientos hasta que el doctor Kent le mandó callar.

—¡Basta ya! Todo esto es absolutamente innecesario. Al fin y al cabo, ¿por qué se sorprende usted tanto? Usted mismo predijo que la dama haría... haría lo que ha hecho.

—¡Ya sé! —repuso Toby, casi a voz en grito—. ¡Ya sé que lo predije! Pero, pese a preverlo, jamás esperaba verlo. ¿Me comprenden ustedes?

—Oye, Toby —inquirió Mark—. ¿Cómo supiste que esa mujer se había matado?

—En este caso —murmuró Toby, mirándole con mirada incendiaria, como si su interlocutor hubiese cometido alguna deslealtad—, me permito preguntarte, a mi vez: ¿por qué creías que Brenda estaba aquí?

—Porque lo soñé.

—¿Lo soñaste? ¿También soñaste lo del guasón y su llamada telefónica causante de todo este jaleo?

—¡No, ni hablar! La llamada telefónica fue real. «Es demasiado tarde; ella ya lo ha hecho». Pero el sueño en el cual Rosa LeStrange estrangulaba a Brenda...

—¿Estás bien de la cabeza, Mark?

—Propongo lo siguiente —intervino el doctor Kent, reaccionando.

Molesto desconcertado, luchando visiblemente entre sus pensamientos y la necesidad de hacer frente a la situación, tomó una determinación; y sus ojos castaños oscuros asemejábanse a los de su hija Carolina.

—Siento en el alma todo esto, pueden ustedes creerme —declaró—. Estamos todos suspendidos como peces en un acuario académico. Respiramos, pero rara vez nos movemos. Estoy comprobando que nuestros sentimientos son diferentes de los experimentados por los personajes de las novelas. Con todo, debemos telefonar a la policía.

—Eso creo yo —asintió Mark.

—¿Parece algo fantástico, verdad? Al menos, así me lo parece a mí. Descubro en mí mismo —agregó, dejando en suspenso su levantado puño— una profunda repugnancia por el mero hecho de tomar el teléfono y decir: «Póngame con la policía». En las novelas, suelen hacerlo como aquel que dice: «Póngame con el lampista». Pero *miss* LeStrange ha muerto: ¡de eso no hay duda! ¿Tienen ustedes sus

historias a punto?

—¿Tan necesario es que las tengamos? —preguntó Mark, vivamente.

—¡Mi querido Mark! Perdóne usted que le haya estado llamando a usted «*mister Ruthven*». Esta situación es terriblemente grave. Afecta a la Universidad...

—¿Cómo?

—Venga usted conmigo y se lo demostraré —gruñó el doctor Kent, con idéntica vehemencia—. ¡El teléfono! ¿Dónde está ese teléfono?

En el estrecho pasillo, justamente enfrente de la puerta del dormitorio, había otra puerta algo más grande. Toby la abrió, y buscando a tientas a la derecha, encendió la luz de un salón al estilo del siglo XVIII, con paneles blancos, en el cual destacaba una original chimenea y la gracia y ligereza de un mobiliario Chippendale auténtico.

—Ahí está el teléfono —dijo Toby, señalando el receptor—. ¡Pero, por el amor de Dios, no lo utilice usted aún! Pensémoslo; no lo llame aún.

—No tengo la menor intención de hacer tal cosa —replicó el doctor Kent, paseándose de un lado a otro de la estancia—. Al menos, por espacio de unos minutos. ¡*Miss LeStrange* ha muerto! —repitió, enfurruñado, con el puño siempre en alto—. Todavía no puedo creerlo. Desearía ordenar mis pensamientos y los de ustedes.

Alrededor de las paredes, ofreciendo un contraste incongruente con las sillas Chippendale forradas de raso, corría una serie de caricaturas en blanco y negro dispuestas en marcos: las había de todos los tamaños y, en general, representaban la sátira más feroz de famosos caricaturistas de la prensa. Figuras públicas de hombres y mujeres, sociales y políticas, danzaban en un friso de extraños bufones.

Una vez más, la personalidad de Rosa LeStrange sonreía y se manifestaba en la casa, tan destacada en muerte como en vida.

En cierto modo, estaba viva aún; por su causa armaríase un tremendo, conflicto; y, sin duda, el doctor Kent lo presentía.

—¡Por ejemplo! —exclamó éste, con profunda desconfianza—. ¿Les importaría a ustedes mucho que yo asumiera por unos instantes el papel de inquisidor y les formulara unas pocas preguntas que me temo que la policía formulará?

—Por mi parte, no tengo inconveniente —soltó Toby—. ¿Y usted, Mark?

—Pues... tampoco. Pero, ¿por qué considera usted necesario formularlas?

—Porque —respondió el doctor Kent, deteniéndose—, alguien va a decir que se trata de un asesinato, y ustedes lo saben tan bien como yo.

La palabra «asesinato» cayó como una bomba. De hecho, a Mark Ruthven habíansele ocurrido ya varias posibilidades desagradables.

—¿Asesinato? —exclamó Toby, en son de mofa—. ¡Siga usted! ¿Hay algún indicio que sugiera que fue asesinato?

—¿Y hay alguno que demuestre que fue suicidio? —inquirió el doctor Kent, a su vez—. Créanme, no abrigo el menor intento de sugerir lo del asesinato a la policía, pero, por nuestra parte, debemos asegurarnos de que no puedan sugerirlo ellos

tampoco. ¡Hum! En realidad, es preciso que tengamos prestas nuestras defensas, por si acaso. Ya oyó usted, Toby, lo que dijo anoche el doctor Hewitt. Un escándalo entre nuestro personal de la Universidad...

—¡Pero Rosa LeStrange no pertenece a la Universidad!

—¿Está usted seguro? —interrogó el doctor Kent.

Tomando del bolsillo superior de su americana unas grandes gafas con montura de concha, se las caló, y, luego de inclinar la cabeza hacia delante, prosiguió:

—Hace un rato, Toby, Mark formuló una pregunta muy atinada. ¿Cómo *sabía* usted que la dama habíase suicidado? ¿Por qué estaba usted tan seguro de ello, aún antes de que la encontrásemos muerta?

—Mire usted, señor: ¡yo no soy ningún psiquiatra!

—Ni yo policía. Pero su respuesta no me parece satisfactoria.

—Está bien —refunfuñó Toby, tras una pequeña vacilación—. Usted lo ha querido. Esa mujer era morbosa, voluble, inconstante, es decir, una de esas personas que, en un momento dado, no vacilan en quitarse la vida. En primer lugar, y para mencionar sólo un detalle, era una exaltada sexual.

El doctor Kent echóle una curiosa ojeada a través de sus gafas de concha, las cuales, pese a hacerle aparecer más viejo y a conferirle cierta expresión de búho, no le restaban en absoluto vivacidad.

—Creo, Toby, que no comprendía usted, a *miss* LeStrange.

—¡Diablo, señor! ¡Creo que se dio a conocer lo suficiente como para ser excluida de la sociedad! ¿No es eso? Pero lo mejor que puedo hacer es ser prudente. Como dice Carolina, siempre tiene usted una buena palabra para ella.

—¿De veras? —inquirió el doctor Kent, frunciendo ligeramente el ceño—. Pues, no. No creo haber hecho eso jamás. Lo que he dicho repetidas veces a mi señora y a *mistress* Walker es que no la comprenden.

—¿En qué aspecto, si se puede saber?

—¡Un momento! Nos estamos desviando del asunto.

Y tras reanudar su paseo, refunfuñando para sí, el doctor Kent volvió a encararse con Toby.

—Anoche, a eso de las diez, usted y Carolina fueron a visitar a Mark, aquí presente. Hacia las once, yo telefoneé, rogándoles a ambos que regresaran. Pero no se presentaron ustedes hasta al cabo de media hora. La única explicación que dieron ustedes más tarde sobre el particular fue que *miss* LeStrange estaba en casa de Mark y que juzgaron oportuno llevarla a su domicilio.

—¿Bien, señor?

—¡Bien! —repitió el doctor Kent—. Sintiendo usted la antipatía que siente por esa dama, y teniendo en cuenta la proximidad de la casa de Mark a ésta villa, ¿había necesidad de llevarla en coche a su casa?

—¡Pues, mire usted! —instó Toby, echando a Mark una rápida y desesperada ojeada de soslayo—. Fue para salvar una... una situación.

—¿Cómo dice usted?

—Nuestra Rosa andaba metiendo cizaña entre Brenda y Mark. Brenda se contenía, pero estaba furiosa; y Mark... ¡diantre! En mi vida había visto a un hombre con tal aspecto de culpable.

Mark Ruthven apartó una silla de la mesa de centro y sentóse pausadamente, colocando las manos sobre el mueble.

Brenda se figuraba que él y Rosa LeStrange vivían una apasionadísima aventura amorosa. Saltaba a la vista que Toby pensaba lo propio, al igual, probablemente, que Carolina. Los peligros se multiplicaban.

Pero, al parecer, el doctor Kent no dio importancia al asunto. Grave y pesaroso, observando a Toby a través de sus gafas de concha, prosiguió:

—Mi querido muchacho; no parece usted caer en la cuenta de lo que digo. Si *miss* LeStrange se suicidó, ¿cuál era su estado de ánimo cuando la vio usted por última vez? Eso es lo que estoy tratando de dilucidar.

—¡Sí, y a eso me refiero yo también! —espetó Toby, tirándose del cuello de la camisa como si le apretase la tirilla—. Verá usted; de regreso a casa, intenté... intenté meterle el miedo en el cuerpo.

—¿El miedo en el cuerpo? ¿Cómo?

—Bien, me constaba que era ella la guasona que se entretenía fingiendo tentativas de asesinato en el gimnasio.

Hasta el doctor Kent sobresaltóse un poco, sujetándose las gafas.

—¿De veras? ¡Qué interesante! ¿Y cuándo llegó usted a esta extraordinaria conclusión?

—¿Qué tiene de extraordinaria? —protestó Toby—. Fui un solemne borrico; jamás se me había ocurrido pensarlo hasta que Brenda sugirió que la misteriosa persona del gimnasio era una mujer. ¡Tal fue, ni más ni menos, lo que hizo nuestra amiga Rosa! Es más, indirectamente, le recordé que había estado recibiendo a sus amigos en la enfermería de la Universidad.

—¡Un momento! ¿Cómo se tomó la acusación de ser... la bromista del gimnasio? Toby titubeó. Por último, esforzándose en hablar, declaró:

—Se lo tomó mal.

—Comprendo. ¿Pero en qué forma? ¿Estaba enfadada, agitada?

—No sé —soltó Toby—. No puedo definirlo. Parecía enferma o desesperada; llámelo usted como quiera. Quizá fui demasiado lejos. Quiera Dios que no haya sido así. Sea como fuere, hallábase en un estado como para... para...

—¿Matarse?

—¡Sí! Carolina puede confirmarlo. Pero todo cuanto dijo Rosa fue: «Doctor Saunders: mañana por la mañana se enterará usted de algo».

—¡Hum! ¿Cuándo y dónde dijo eso?

—La última vez que la vi viva, a eso de las once y media. Nos hallábamos los tres sentados en la parte anterior de mi coche —explicó Toby, indicando las ventanas con

un ademán—, allí fuera, cerca del farol. De improviso, después de decir eso, Rosa apeóse del auto y permaneció de pie, con expresión airada, mientras yo daba la vuelta al coche para alejarnos.

—¿Les invitó a entrar en su casa?

—No; ni tampoco nosotros teníamos empeño en que lo hiciera. La última cosa que recuerdo es su figura en el principio del sendero, con la luz del farol brillando sobre ella y aquel maldito libro apretado contra el pecho, como si temiera que alguien se lo arrebataste por pertenecer a Mark.

Percibióse el sonoro roce de una silla sobre la delgada alfombra de Savonnerie, al tiempo que Mark la retiraba para ponerse en pie.

Al otro lado de las ventanas de aquella pequeña estancia blanca, la niebla comenzaba a levantarse y a disiparse. La tenue luz del sol filtrábase a través de ella, centelleando sobre el césped, húmedo de rocío, en tanto se perfilaban las formas de los macizos y de los árboles. Mark, inmóvil, a medio camino de su silla, entreveía, diagonalmente, a través de la corta calle, la casa de la joven *mistress* Judith Walker.

El doctor Kent mostraba idéntica inmovilidad.

—¡Si! —susurró, casi para sí.

Luego, saliendo de su habitual abstracción, repitió:

—¡Sí! Eso debería bastar. Esto debería satisfacer a la policía. Para todo aquel que no la comprendiese, el suicidio...

El doctor Kent se interrumpió. Desconcertado, cómo aquel que le ha pasado algo por alto, quitóse las gafas, y, sosteniéndolas en el aire, agregó:

—¡Un momento! ¿Qué es todo esto del libro?

—El libro —respondió Mark Ruthven, irguiéndose—, era una novela llamada *Armada*. Un título monosílabo. Ahora comprendo por qué me pareció ver algo raro en el libro en la otra habitación. Discúlpeme.

—¡Aguarde! ¿Adónde va usted?

—Voy un instante al dormitorio. Ni que decir tiene; doctor Kent, que poseo una edición uniforme de las obras de Wilkie Collins, publicada por Chatto & Windus a principios del siglo xx, desde el primer libro del escritor, aparecido en 1852, hasta su obra póstuma, publicada en 1890. La compré de segunda mano en Londres, durante la guerra; no puede haber otra en estos alrededores.

—¿Qué tiene que ver Wilkie Collins con todo esto? —gritó Toby—. Sé razonable, Mark. Ahora no puedes irte. Tienes demasiadas preguntas que contestar.

—Lo mismo opino yo —coreó el doctor Kent.

El sol filtrábase oblicuamente a través de las ventanas, iluminando las paredes y los marcos con las caricaturas, cuyas satíricas figuras de hombres y mujeres famosos componían una grotesca danza.

Si las sospechas de Mark respecto al libro se confirmaban, cabría atribuir la muerte de Rosa LeStrange a asesinato. Razón de más, pues, para serenarse y hablar naturalmente.

—Sí, tengo muchas preguntas que contestar. ¿Por qué, por ejemplo, pensé que Brenda podía estar aquí herida, lisiada, e incluso muerta? Esa es la primera, ¿verdad?

—¡Sí! —asintió Toby.

—Bien, todas esas preguntas pueden esperar.

—No, Mark. No admiten espera. El doctor Kent tiene que telefonar a la policía y el tiempo apremia.

—De todos modos, pueden esperar; pueden esperar porque existen explicaciones inocentes. Todos nosotros las tenemos. Por ejemplo: oiga usted, doctor Kent; ¿qué hacía usted con Toby en los alrededores de esta casa a las seis y media de la mañana?

El doctor Kent hizo ademán de hablar, pero se interrumpió. Allí, de pie, con las gafas en la mano, semejaba un personaje, del friso de caricaturas. Sus afables ojos y labios cobraron una expresión de perplejidad que se convirtió en una especie de fascinación.

—¿Sabe usted, mi querido amigo, que no tengo la menor idea?

Toby hizo una pequeña pirueta en la alfombra.

—¡Escuche usted, señor! —rogó, con paciente y profunda lucidez—. Me llamo Edward Saunders; trabajo en el Pentágono; y pasé la última noche en su casa porque el doctor Hewitt estuvo perorando hasta la una de la madrugada. Su esposa... ¿recuerda usted a su esposa?

El doctor Kent, agitado, contestó con cierta impertinencia.

—Recuerdo a mi esposa. No es necesaria echar mano de ese sutil sarcasmo. Me he limitado a decir...

—¡Siga usted mi razonamiento! —suplicó Toby—. Usted se levanta siempre a las seis, cosa que a *mistress* Kent no le hace ni pizca de gracia, especialmente los domingos, sobre todo cuando anda usted por la cocina rompiendo cacharros en un intento por prepararse el desayuno. Y, para evitarlo, le pidió que fuese usted a Queenshaven a buscar los periódicos dominicales. ¿Está claro? ¡La cosa es seria, señor!

—Sí, recuerdo. Y soy plenamente consciente de la gravedad del asunto.

—¡Perfectamente! Y Mark, ¿puede decir otro tanto?

—¡Sí! —asintió el aludido—. Lo que intentaba decirles es que, si no perdemos la cabeza, todos contamos con explicaciones inocentes. Ahora, déjenme ir a echar un vistazo a ese libro.

Y, antes de que los otros pudieran replicar, salió de la habitación, cerrando la puerta tras sí.

Costóle un gran esfuerzo entrar en el dormitorio, considerando lo que, al presente, bullía en su mente. Mark dejó la puerta abierta. La luz de la lámpara ambarina reflejábase en los tres espejos, iluminando lo que restaba de Rosa LeStrange.

Mark desvió la mirada. Allí en el rincón, en el lugar donde la butaca verde permanecía a varios palmos de distancia del ángulo de la pared, seguía viéndose el libro, boca abajo sobre la mesa alumbrada por la lámpara de pie. No se había

equivocado: las borrosas letras doradas del lomo formaban un título de cuatro palabras, en lugar de una.

El libro, en cuestión no era *Armada*, sino una novela de Wilkie Collins mucho más famosa: *La mujer de blanco*.

Y aquello alteraba toda la cuestión.

Mark tomó el libro y pasó unas páginas. Tratábase, en efecto, de su ejemplar de *La mujer de blanco*, con sus propias notas escritas con lápiz. Con manos temblorosas, volvió a dejarlo en su sitio, exactamente como estaba.

Con toda solicitud, pasó revista a los acontecimientos de la noche anterior. La cosa, por supuesto, podía ser debida a una distracción. La gente podía pensar, lo mismo que él, que habíase equivocado de libro al tomarlo de una hilera de volúmenes de aspecto idéntico, pertenecientes a la misma edición, y que, en consecuencia, entregó a Rosa otro libro distinto del solicitado.

Mas lo cierto era que no había hecho, tal cosa...

Pese a su precipitación y aturdimiento, no había cometido tal error. Recordaba claramente haber visto el título, *Armada*, al tomar el libro del estante. Con idéntica claridad, recordaba haberle echado una ojeada, al igual que Rosa, al entregárselo a ésta en la puerta de la casa.

¡Recordaba todo eso y algo más!

Al tomar *Armada* del estante del despacho, había reparado en el otro libro allí. *La mujer de blanco*, más ajado y más manoseado por haber sido más leído, destacaba intensamente de los demás. Mark había visto, dos o tres volúmenes a la derecha, en el sitio que le correspondía en el estante.

Alguien había substituido un libro por el otro, allí, en aquella habitación, a altas horas de la noche.

¿Por qué?

Pero no era aquél el quid de la cuestión. El quid...

—¡Eh, Mark! —susurróle una voz desde la puerta.

Toby, pálido como un muerto, observábale al tiempo que dirigía frecuentes ojeadas a sus espaldas, hacia el salón.

—El viejo está telefoneando a la policía. Y a no nos queda mucho tiempo, Mark. ¿Tienes algo que decirme?

—¿A qué te refieres?

—Atiende —empezó Toby, respirando con fuerza—. Te debo mucho. Soy un buen investigador y conozco mi oficio. Pero no tengo tu facilidad expositiva, ni la de Sam Kent o Luther Mason. Sabes perfectamente que jamás habría conseguido llevar a cabo mi doctorado de no haber sido por tu ayuda.

—¡No hice nada en absoluto! ¡Cielos! ¿Todavía estás pensando en eso, después de tantos años?

—Ni más ni menos. Soy un extraño aquí; y tú me trajiste. Así, pues, repito: ¿tienes algo que decirme ahora?

—Con franqueza, Toby, no sé a qué te refieres. De todos modos, tengo algo que comunicarte. Eso no fue un suicidio. Fue un asesinato.

En el silencio de la mañana, percibieron el rubor de un auto, acercándose a la Harley Lane. Pero, debido a la asombrada mirada de Toby, Mark apenas cayó en la cuenta del hecho.

—Pero, Mark —farfulló Toby Saunders, con agitación—. ¿Estás bien de la cabeza?

Y señalando con el índice el cadáver embutido bajo el tablero del tocador, añadió:

—¿Estás loco rematado como tu amiga?

—¡No es mi amiga! ¡Nunca lo fue!

—Está bien. Sea como dices. Pero, por amor de Dios, ¿quieres cesar ya de hablar de asesinato?

—Sí, lo... siento —balbució Mark, reaccionando—. Lo dije sin pensar.

—¡Escucha! —exclamó Toby, levantando la mano.

El auto de la calle había aminorado la marcha y, en aquel momento, deteníase ante la entrada. Tras una pausa, llegó el rumor de la portezuela, abriéndose y cerrándose. Unos ligeros pasos, primero rápidos y luego vacilantes, recorrieron el sendero enarenado, en dirección a la puerta.

—Es una mujer —coligió Mark—. Hasta es posible que sea Brenda.

—Sea quien sea —espetó Toby—, no debemos permitir que entre nadie más aquí. ¡Vamos! ¡Alejémosla!

Ambos a una precipitáronse por él estrecho pasillo, tropezando materialmente, hacia la puerta abierta de la entrada.

No era Brenda, ni había necesidad de detenerla.

En el centro del sendero, a cosa de una docena de palmos de distancia, hallábase la joven *mistress* Judith Walker, viuda del antiguo jefe del departamento inglés.

Judith Walker aparecía con la cabeza vuelta hacia la derecha, en dirección a las ventanas del salón. A la intensa luz del sol, que, por entonces, daba ya en la fachada de la casa, recalentando sus habitaciones, la robusta y menuda figura de Judith Walker destacaba vivamente, debido a las prendas de luto que llevaba hacía casi un año. Ambos hombres repararon en su fina y pálida tez, más pálida aún, a la sazón, bajo la abundante pelirroja cabellera que tanto la favorecía.

Al parecer, el doctor Samuel Kent había experimentado la necesidad de levantar una ventana. En aquel momento, hablaba por teléfono, en voz baja, pero perfectamente perceptible, Y no hablaba aún con la policía.

—¡Sí, doctor Hewitt! ¡Se ha apuñalado! Tan sólo permanece visible la empuñadura del arma, una larga empuñadura de plata. Estoy seguro de que se trataba del puñal del siglo dieciocho que guardaba aquí, bruñido y afilado, entre otras antigüedades. ¡Sí!

Judith Walker hizo un movimiento convulsivo. Vivamente, volvió la cabeza hacia Mark y Toby. Sus ojos azules, sobre unas violadas ojeras reveladoras de insomnio,

unas dilatadas ventanas de la nariz y unos labios pintados de rojo oscuro, parecieron iluminarse.

Su profunda voz, por lo regular suave, cobró un extraño y desconcertante tono, al gritar a los dos hombres:

—¿De modo que alguien ha matado, al fin, a esa perra? ¿Quién ha sido? ¿Su amante?

CAPÍTULO VII

Jamás habían oído hablar a Judith de aquel modo.

Toby retrocedió, con su sensibilidad puritana visiblemente ofendida. Mark, aparentemente impasible, limitóse a sentir una punzada de compasión, sin saber por qué.

Judith Walker, que habíase mostrado siempre ferviente admiradora de un marido que le llevaba treinta años, permaneció unos instantes más con el labio inferior tembloroso, como si estuviese a punto de llorar. En la mano izquierda sostenía un bolso, al tiempo que, con la derecha, palpábase el lado izquierdo de su vestido negro, al igual que si buscase algo perdido.

Sin duda, de la misma manera que ella había oído la voz de Samuel Kent, éste oyó la suya. Pese a conservar el mismo tono e intensidad, las próximas palabras del doctor Hewitt sonaron firmes y tajantes.

—Temo, doctor Hewitt, que no ha comprendido usted. La puerta estaba cerrada por dentro, al igual que las ventanas, cuando *mister* Ruthven y el doctor Saunders intentaron entrar. La policía descubrirá que se trata de un suicidio.

Y tras una pausa, agregó:

—Sí, doctor Hewitt. Sin duda, eso será lo mejor.

Judith, de nuevo vuelta hacia las ventanas, volvió a mirar a los dos hombres.

Mark salió a su encuentro, instintivamente, tendióle la mano; e, instintivamente, Judith se la tomó. En ocasiones resultaba difícil imaginar que había semejante erudita en aquella robusta muchacha pelirroja.

—Mark —murmuró la joven, con voz cavernosa—. No comprendo qué me ha sucedido. He dicho una cosa espantosa. Lo siento en el alma.

—No se preocupe, Judith... Pero, venga usted, conmigo. No debe usted ver lo que hay allí dentro.

La firmeza de su voz tenía un gran poder aplacador. Sin soltar la mano de su interlocutora, una mano fría, Mark la condujo de nuevo a la salida.

—¿*Está* muerta ésa... cómo la llamé?

—Sí.

—La detestaba. Habríame sentido incapaz de perjudicarla. Pero la detestaba.

Suavemente, con el propósito de guiarla, Mark pasóle un brazo alrededor de los hombros, que, a diferencia de sus manos, no estaban fríos. Al principio, la mujer semejó oponer resistencia; toda ella se puso tensa, como si fuese a volverse en redondo. Pero Mark, extremando la suavidad, llevóla al viejo Plymouth, el coche que el doctor Walker había conducido tantos años, negándose a cambiarlo...

—Se trata simplemente de un ataque de nervios, Judith. Todos hemos sufrido uno esta mañana, aún peor que el suyo. ¿Quiere usted que la lleve a casa en el coche?

—¡Pero si está a un paso! —repuso la joven, indicando diagonalmente el otro lado de la calle—. No hay necesidad de ir en coche a ninguna parte. Le aseguro que

ahora estoy perfectamente. ¿Puedo quedarme un momento aquí para cambiar unas palabras con usted?

—No faltaba más.

—No puedo dormir —declaró Judith, al tiempo que retiraba rápidamente la mano de la de Mark y arrojaba su bolso en el asiento anterior del auto—. Dan solía levantarse muy temprano, a veces a las cinco de la mañana; yo me acostumbré a hacer lo propio, y ahora no puedo pegar un ojo. A primera hora de esta mañana, al salir a dar un paseo en coche, pese a la niebla reinante, observé que la puerta anterior de esa villa estaba abierta y la luz encendida. Vagamente, me pregunté si no ocurriría: algo malo. Pero, en realidad, no me hice esa reflexión hasta mi regreso; hace un momento, al ver todas las luces encendidas y oír a Sam Kent telefoneando. ¿Le importa a usted que hable de ella, Mark?

—¿Está segura de que lo desea?

—¡Sí, sí, sí!

Sus labios pintados de color rojo oscuro esbozaron una sonrisa. Aun cuando la joven seguía palpándose vagamente la cintura o el costado, cual consciente de haber perdido algo, su despierta inteligencia asomaba a sus ojerosos ojos azules.

—En ocasiones, eso es lo mejor, Mark. Prescindiendo de nuestros sentimientos. Si no decimos la verdad cuando estamos trastornados y en disposición de ánimo, nos exponemos a no decirla jamás.

De pronto, con un brusco ademán, Judith añadió:

—Y no le he dicho por qué la detestaba.

—Eso no es de mi incumbencia.

—¡Qué salida más propia de usted, Mark! ¡Vaya con la vieja Nueva Inglaterra! Con todo, ahora que ésa mujer ha muerto, su caso pasará a ser de la incumbencia de todo el mundo. Deseo decirle algo que no le había dicho jamás.

Judith echó una rápida ojeada hacia la villa, buscando a Toby. Pero éste hallábase en el pequeño salón, departiendo con el doctor Kent para cambiar impresiones. Este último procedía a marcar un nuevo número en el teléfono. Ambos hombres veíanse desde el exterior, a través de la ventana.

La mañana, apacible y despejada, presentábase calurosa, con él césped de un verde esmeralda más intenso y las hojas de un tono oscuro y brillante. Un intenso olor a tierra elevábase de la senda junto a la calzada de asfalto. En el lugar donde permanecían Mark y Judith, cerca del farol y a la sombra de un árbol, reinaba un ambiente de intimidad.

—Cuando murió Dan —explicó Judith— me sentí muy sola. Entonces *ella* —recalcó, indicando la villa, cuyas combadas y viejas tablazones de madera ostentaban un coquetón tono rosado— acudió a vivir ahí. Cuando quería, era muy simpática. Era, además, extraordinariamente instruida. Me traté mucho con ella antes de descubrir su calaña.

—¿Se refiere usted a...?

—Hace un momento la he llamado perra. El vocablo no pudo estar peor elegido: quise significar que era una mujer promiscua. Pero, a decir verdad —agregó Judith, con un gesto despectivo—, me tenía sin cuidado que lo fuese, aun cuando veíame obligada a fingir indignación cuando hablaba con las esposas de los demás profesores. ¡No! No era eso lo peor.

Una vez más, Judith levantó los airados e inquietos ojos azules.

—Era inteligente, insinuante y horriblemente cruel. Si podía conseguir que un hombre se enamorase de ella, retorciase materialmente de placer, Y tengo la absoluta certeza de que, físicamente, era más fría que un pez.

—¿Fría? —exclamó Mark, con incredulidad.

—Ni más ni menos.

—¿No la estará usted haciendo demasiado complicada?

—¡No, al contrario! Hay infinidad de mujeres como ella. Les halaga la vanidad de ser tenidas por *grandes amoureuses*: eso es todo. A Rosa le encantaba la «pose» —añadió Judith, con la boca tensa—; es más, recreábase en ella; y luego, cuando tomaba otro amante, debía fingir arrobamiento en lo que, para ella, no significaba más que tediosa realidad.

—¿Pero sabe usted quién es su última conquista? —inquirió Mark, pasando por alto la sugerencia.

—Desde luego. Pero, en realidad, no importa en lo más mínimo.

—¿Que *no importa*?

—No, al menos en el sentido que usted pretende. Porque ese hombre no tiene nada que ver con la Universidad.

Sucediose una pausa que, a los oídos de Mark, sonó como un trueno.

—¿Está usted segura de esto, Judith?

—Más que segura. La he visto entrar muchas veces en la villa, a altas horas de la noche. También les he visto a ambos deslizarse en la enfermería de la Universidad, y a ella abriendo la puerta con una llave.

Judith se irguió, recordando con esta actitud la maestra que había sido; pero todo su cuerpo temblaba.

—Temo grandemente darle la impresión de ser una espía —murmuró, con las mejillas arreboladas—. ¡Pero conste que no lo soy! Tampoco he andado con murmuraciones; prescindiendo de lo que piensa la gente. Lo que ocurre es sencillamente que como no puedo dormir, me siento junto a la ventana o voy a dar paseos por los jardines de la Universidad. Así fue cómo les vi en la enfermería. Tanto él como ella eran inconfundibles, por su estatura y silueta.

—Entonces, ¿quién es el hombre? ¿Cómo se llama?

—¿Qué le ocurre, Mark? Parece usted...

—¡Sí! Tengo gran interés en saber *de quién* se trata.

—Pues no sé su nombre. Pero es posible que le hayan visto otras muchas personas. Es joven y, lleva un magnífico coche. ¿Le sugiere a usted algo este detalle?

—Así de momento, no. En estos contornos hay infinidad de jóvenes con automóviles ostentosos. Tenemos que encontrarle.

—¡Por favor, Mark! ¡No me interprete usted mal! Mi salida de tono de hace un rato fue un simple ataque de nervios porque detestaba a Rosa y reconozco que así era. Pero no abrigaba el propósito de acusar a ese hombre, ni quise insinuar que él la *matase*.

Metafóricamente hablando, Mark frenó en seco.

—Nadie la mató, Judith. ¿No ha oído usted decir al doctor Kent que se trataba de un suicidio?

Judith bajó los ojos, algo turbada. Pero, a poco, volvió a levantarlos, recobrando su serena expresión.

—Sí, en efecto. Pero, en realidad, no puedo creerlo. ¿Y usted?

—¿Por qué no?

—¡Oh, Mark! ¿Por qué cree usted, que he dicho todo esto? Pues porque, dentro de poco, la cosa dejará de constituir un secreto para nadie; porque habrá una investigación; porque esa mujer no se mató. Tenía demasiado apego a la vida.

Una vez más, agolpáronse las ideas en la mente de Mark.

—¡Escuche, Judith...!

—¿Usted cree que hizo tal cosa?

—Déjeme que le explique. La encontramos con un puñal en el corazón, en su dormitorio. La puerta y las ventanas hallábanse cerradas por dentro, según ha oído usted hace un momento. La única salida era la ventana del cuarto de baño, la cual puedo atestiguar, independientemente de mis dos compañeros, que permanecía, asimismo, cerrada por dentro.

Una vez más, sobrevino un silencio. Por fin, Judith Walker exclamó, suspirando:

—Sí. No cabe, duda que tiene usted razón.

La joven contemplaba el suelo. Con la punta de su zapato, un zapato de cabritilla negra bajo una media de «nylon», empujó lentamente una piedrecita sobre la tierra. Después, cuando todo semejaba aclarado y Judith hubo lanzado un suspiro de asentimiento, la cabellera pelirroja de la muchacha agitóse bruscamente. Mark experimentó la necesidad de desviar los ojos de los suyos.

—¿Dice usted que la puerta estaba sólo cerrada por dentro? ¿Con una simple llave? ¿Sin cerrojo, aldaba o algo por el estilo?

—¡No! ¿Por qué había de estarlo?

—Porque antiguamente, hasta hace poco, no hubiera, habido problema para usted, ni tampoco para Sam Kent o para el pobre Dan. Sin ir más lejos, recuerdo haberle oído explicar a usted al menos cuatro trucos para dar vuelta a una llave en la cerradura desde fuera. ¡Y eso no es todo! ¿Era cierto lo que me dijo Dan?

—¿Sobre qué?

—Sobre el nuevo material para su biografía de Wilkie Collins —susurró Judith. Mark Ruthven tuvo un sobresalto.

—Si no me equivoco —prosiguió Judith—, en mil ochocientos sesenta y ocho Wilkie Collins escribió *El feldespató*, su primera novela de detectives, en la cual dábanse todas las pistas. Collins tenía la por tal y escribió a sus editores americanos, diciendo que en ella utilizaba ciertos efectos nuevos en la novela. Tan entusiasmado estaba, que urdió otra novela del mismo estilo, esta vez acerca de una muerte en una habitación cerrada con llave, que, al principio, parece suicidio y luego resulta asesinato. ¿No es eso?

—Pues...

—Proyectó escribir la nueva novela de mil ochocientos sesenta y nueve —prosiguió Judith—. En algunas cartas dirigidas a Dickens, resumió el argumento, como hiciera con *El feldespató*. Y usted posee esas cartas a Dickens, juntamente con las notas de Collins, explicando exactamente cómo se proponía hacerla. ¿No es cierto eso también?

—Sí, en líneas generales, es cierto.

—Ahora bien, ¿verdad que Collins jamás escribió esa novela?

—No, nunca.

—¿He dicho alguna inconveniencia, Mark? ¿Qué le ocurre a usted?

—Escuche, Judith. Mi mujer y yo somos las dos únicas personas vivientes que sabemos el argumento de esa novela jamás escrita. ¿Tan ansiosa está usted de que alguien sospeche que uno de nosotros asesinó a Rosa LeStrange, cerrando luego la puerta con un truco inventado por un hombre muerto hace mucho tiempo?

—Temo haber hablado como un estúpida una vez más, Mark —disculpóse Judith, tragando saliva—. ¿Cómo iba a suponer semejante cosa? Sea como fuere, el truco en cuestión no pudo ser puesto en práctica aquí. Usted mismo dijo que la llave sólo tenía dada una vuelta en la cerradura, y hay, por lo menos, cuatro sistemas de dar vuelta a una llave desde fuera.

—Supongamos que ni la llave ni los cerrojos de las ventanas admitiesen esos trucos.

—Eso es imposible.

—¡Quiá! ¡Qué va a ser!

Hundiendo los puños en los bolsillos, Mark diríase perdido en sus recuerdos.

—Forzoso es reconocer que Wilkie Collins nunca fue una figura literaria de primer orden. Pero cabía considerarle una especie de astuta serpiente, un maestro en el arte de urdir argumentos, cuya inventiva envidiaba el propio Dickens. No se lo imagine como Toby Saunders, esto es, todo barba, gafas y victorianismo. De hecho era un afable bohemio que detestaba la vida metódica y tenía abiertamente una amante en su casa. Y, si no me equivoco, *La llamada del muerto*...

—¿*La llamada del muerto*? ¿Era ése el título de la novela proyectada?

—Sí. Cómo concibió la idea y por qué la abandonó, constituyen uno de los relatos más fascinantes de la historia de la literatura victoriana. Repito: si no me equivoco, Collins proponíase presentar un artificio de habitación cerrada con llave jamás

utilizado en novela alguna, antes ni después.

—¿Y... y usted sabe de qué artificio se trataba?

—¡Ahí está lo malo! Si lo supiera todo, o bien, por el contrario, si no supiera nada, podría defenderme. Pero sé justamente lo suficiente, pongamos tres cuartas partes, para acarrearle graves complicaciones, caso que se entere la policía de este jaleo con todos sus detalles.

»Su esposo, Judith, era mi jefe en el departamento inglés. Le hablé de este caso, secretamente, y no tenía idea de que lo hubiese mencionado a otra persona —murmuró Mark, rechinando los dientes—. Sea como fuere, no puedo imponerle a usted condiciones, Y menos aún tratándose de un lío como éste. Es usted muy dueña de revelarlo si lo juzga conveniente.

Impulsivamente, Judith tendióle ambas manos.

—¿Revelarlo? ¿Me cree usted capaz de divulgar su secreto?

—Mark —profirió otra voz—, ¿dónde está Brenda?

A Mark Ruthven le dio un vuelco el corazón. No había oído acercarse a Toby por el sendero enarenado de la Villa Roja. Toby estaba allí, de pie, bajo el ardiente sol, al borde de la sombra del árbol, protegiéndose los ojos con una mano. Imposible precisar hasta qué punto había escuchado la conversación.

Detrás de él, saliendo de la villa, Mark vio al doctor Samuel Kent, con la pipa en los labios. Por primera vez, tuvo la impresión de que se le acercaban enemigos, aun cuando dichos enemigos fuesen sólo amigos tratando de ayudarle.

—¿Que dónde está Brenda? —repitió, con extrañeza—. ¿A qué viene esa pregunta?

—¡No te hagas el desentendido! —replicó Toby—. Al ver que no te mostrabas muy explícito, el jefe —y, diciendo esto, echó el pulgar hacia atrás, en dirección al doctor Kent, que acababa de detenerse— telefoneó a tu casa. Son las ocho y diez minutos; Brenda habría contestado a la llamada de haberse hallado allí. ¿Dónde está tu esposa?

—¿Habéis tenido el valor de telefonar a mi casa, Toby?

—Lo hemos hecho por tu bien. Atiende, Mark...

—Brenda optó por pasar el fin de semana en la ciudad, con una antigua amiga. Creo habértelo dicho ya.

—¡No, es la primera noticia! Pero, al parecer, Brenda no abrigaba semejante propósito cuando Carolina y yo nos hallábamos en tu casa anoche.

—Ni tampoco te proponías tú pasar la noche en casa de los Kent. Sin embargo, así lo hiciste. Explica tu increíble conducta.

—¡Déjate de tonterías, Mark!

—Lo mismo te digo.

—¡Una pregunta! —espetó Toby, bajando la voz e imprimiéndole cierto tono suplicante—. De paso para Washington, ¿abrigaba Brenda el intento de entrar un momento en esta villa?

—No. Ni por asomo.

—Entonces, ¿por qué esperabas encontrarla aquí esta mañana? He ahí la pregunta; y no veas ofensa donde no la hay. No...

Toby se interrumpió. Sus ojos posáronse en Judith Walker, todavía detrás de Mark, mirándola con tal extrañeza, que este último volvióse hacía ella también, Judith procedía a palpase una vez más la cintura y el costado, cual vagamente consciente de echar en falta algo; pero, al sentirse observada, dejó caer las manos, asombrada.

—¿Qué mira usted, Toby Saunders? No pasa nada de particular. Simplemente que he perdido el cinturón.

—¿El cinturón? —repitió Toby, llevándose rápidamente las manos al suyo propio.

—No era un cinturón de cuero con una hebilla de metal como el suyo, Toby, sino del mismo género de este vestido —explicó Judith, con expresión desconcertada y cierta impaciencia en su grave voz—. Cuando hace calor o hay que sentarse al volante, uno se lo afloja y, en ocasiones, es fácil perderlo sin darse cuenta.

Una nueva expresión indefinible asomó al rostro de Toby. Con todo, el joven habló afablemente:

—Lo siento, Judith. Tú, Mark, discúlpame también por hostigarte. Pero, por amor de Dios, ve a cambiar dos palabras con el jefe, ¿quieres?

—En realidad, yo también debería hacer lo propio —declaró Judith.

Pero, en lugar de ello, permaneció bajo el árbol, observando a Mark en tanto éste ascendía a buen paso por el sendero, seguido de Toby. Samuel Kent permanecía junto a la puerta, fumando en pipa.

Aprestando defensas, Mark apresuróse a sonreírles a ambos.

—Parece ser que todos andamos algo desquiciados —declaró—. Perdóname, Toby. No obstante, como ya te he dicho antes, la explicación de mi conducta y la de Brenda es muy sencilla, con tal que nadie prodigue exclamaciones sarcásticas al oírme mencionar un sueño. Porque, en resumidas cuentas, un sueño y una voz en el teléfono fueron la causa de todo.

—¿De veras? —exclamó el doctor Kent, sacándose la pipa de la boca.

—Anoche, en mi casa —prosiguió Mark—, Toby expuso una gráfica y detallada teoría de cómo *miss* Lestrangle había estado a punto de cometer dos crímenes, reales o fingidos, en el gimnasio. Dicha teoría resultó algo más que gráfica; aterradora. En consecuencia, asustó espantosamente a Brenda; y confieso que también a mí me alteró. ¿Estás conforme con todo esto, Toby?

—Sí —respondió Toby, sin mirarle.

Mark encaróse con el doctor Kent.

—Brenda se afectó tanto con aquellas dos tentativas de asesinato, que salió a visitar a Jane Griffiths, en la avenida de Connecticut. ¿Se lo reprocha usted? Yo permanecí en mi despacho, fumando pipa tras pipa, como usted, y, a las cuatro de la madrugada, fui a acostarme, sin tomarme la molestia de desvestirme y dormir con

comodidad.

»No es necesario recurrir al doctor Freud para explicar mi pesadilla. En el curso de la misma, vi a *miss* LeStrange, vestida con una indumentaria de gimnasta, abalanzándose sobre Brenda para estrangularla o asfixiarla: aquí, en esta villa, sumida casi en la oscuridad. Creo haberles contado a ustedes esto ya.

—En parte, sí —gruñó Toby.

El doctor Kent hizo un ademán de asentimiento.

—En el punto más aterrador del sueño —continuó Mark— sonó el teléfono en la planta baja, Hallándome aún bajo los efectos de la pesadilla, llegó a mis oídos la voz masculina anunciando: «Ella ya lo ha hecho...», y lo demás.

»¿Qué hice yo entonces? ¿Qué habría hecho cualquier otra persona en mi caso? Como estaba ya vestido, me precipité, aquí, siempre bajo los efectos del sueño. Si me preguntan ustedes por qué insistí en abrir la puerta del dormitorio, me permitiré recordarles, que esto sucedió a los dos minutos escasos de nuestra llegada conjuntarme creí sentirme aún bajo los efectos del sueño.

»Aun entonces, manifesté que, probablemente, no sucedía nada malo y que todo cuanto conseguiríamos sería meternos en camisas de once varas. ¿No han experimentado ustedes nunca la apremiante necesidad, incluso hallándose perfectamente despiertos, de bajar de nuevo al piso bajo para cerciorarse de que han apagado la luz o cerrado la radio?

Con un indiferente ademán, Mark sacóse las manos de los bolsillos, dando por terminada su declaración.

Seguía sin poder determinar si sus compañeros daban crédito a sus palabras. Toby continuaba con el rostro contraído. Samuel Kent, siempre como una esfinge, fumaba, pensativo.

—¿Y eso es todo? —inquirió, al fin, este último, sacándose la pipa de los labios—. ¿Nos da usted su palabra de honor?

—Sí —mintió Mark—. Eso es todo.

Sin embargo, asaltábale la misma duda. ¿Le creían sus amigos? Estos permanecían tan inmóviles como Judith Walker, que continuaba observándole a unos nueve metros de distancia. Caía un sol implacable.

—¡Bien! —exclamó, al fin, el doctor Kent, en un tono que indujo a Mark a respirar con alivio—. ¡Bien! Eso basta. Espero que la policía me creerá.

—¿A quién, a usted? —interrogó Mark.

—Sí —afirmó Samuel Kent; ligeramente exasperado—. Se trata de un asunto administrativo al margen de mi incumbencia. Pero el doctor Hewitt me ha rogado que me encargue del mismo hasta el regreso del Decano. Le he telefoneado; he telefoneado a mi casa (no, no he dicho nada allí; tan sólo que nos retrasaríamos un poco porque aquí ha ocurrido un accidente); después, he llamado a la policía. Por consiguiente, Mark, es preferible que vuelva usted a su casa inmediatamente.

Por más de un motivo, Mark no anhelaba otra cosa. Pero las palabras del profesor

despertaron su desconfianza.

—¿Duda usted de lo que digo? Supongo que no insinúa usted que me oculte de la policía.

—¡No, hombre! —protestó el otro, despidiendo una bocanada de humo—. ¡Qué tontería!

—¿Entonces, qué?

—Limítese usted a volver a casa y a permanecer allí. Si la policía le visita, después de verme a mí...

—¿Qué?

—Entonces, dígalos que, en nuestra opinión, la muerte de la dama fue debida a suicidio, según indican todas las pruebas existentes —(de improviso, Mark cayó en la cuenta de que aquélla habíase convertido en la versión oficial del hecho, aun cuando ninguno de ellos la creía)—. Si es preciso, cuénteles usted su historia tal como a mí me la ha contado. ¡Ahora, haga el favor de marcharse! De un momento a otro, llegará un coche de la policía.

Efectivamente; en aquel momento, sonó el rumor de un auto en la Harley Lane, procedente de la avenida de la Universidad. Pero tratábase de un vehículo mucho más viejo y aún más deteriorado que el del difunto doctor Walker; al volante del mismo, iba Carolina Kent.

Los tres hombres comprendieron, de pronto, la mala pasada que jugaban a la Ley.

—¡Maldita chica! —exclamó el doctor Kent, refiriéndose a su hija—. No me gusta emplear palabras fuertes, pero repito: ¡maldita sea! ¿Por qué se empeña en conducir mi coche?

—Oiga usted, señor —repuso Toby, volviéndose en redondo—. Por extraño que le parezca, Carolina es mayor de edad. ¡Tiene veintisiete años! ¡Se casará conmigo en septiembre! ¿No le parece que ya es lo suficientemente mayor para conducir una vulgar carraca?

—Ese auto, jovencito —replicó el doctor Kent, soplando violentamente la ceniza de su pipa— ya es viejo, pero, ni siquiera en su juventud, se prestaba a semejantes malos hábitos. Procure dominar su lenguaje.

—¡Está bien, está bien! Lo que, de hecho, quería significar...

—Además, no expongo mis puntos de vista sobre la disciplina, sino los de mi esposa. Incluso hoy día, cuando Carolina o su hermano se alejan a cien metros escasos de los dominios de la Universidad, Leonora está convencida de que a la muchacha se la llevarán los negreros, y al chico, los tentadores del diablo. ¡Demontre, Mark! ¿Aún está usted aquí?

Por si acaso, le entraban deseos de soltar algo de lo cual pudiese después arrepentirse, Mark alejóse precipitadamente.

En tanto Carolina paraba el auto y se apeaba, Judith Walker acudió a darle la noticia, presa de evidente agitación. Aunque resultaba descortés esquivarlas, Mark echó a andar por un atajo que atravesaba el liso césped. A distancia, vio a Carolina,

mirando hacia la villa, con ojos desencajados, al tiempo que exclamaba:

—¿Apuñalada? ¿Desplomada en una silla? ¿Con qué cuchillo?

—¡Un cuchillo, no; un puñal! Ni tampoco una silla. Tu padre dijo...

Mark echó a correr, seguro de que, gran parte de sus zozobras se disiparían en cuanto pudiese hablar por teléfono con Brenda. Era preciso que las versiones de ambos concordasen, caso que su mujer fuese interpelada.

Mark daba por sentado que Brenda no había ido para nada a la Villa Roja, la noche anterior.

Sin afeitarse ni desayunar, con la mente tan mustia como su indumentaria, no pensaba en realidad en tales cosas, ni, en el fondo, le preocupaba mucho que la historia de Brenda no coincidiera con la suya. Lo que ansiaba era hablar con Brenda, oír su voz, y poner fin de una vez a aquella absurda disputa, y la puerta de la entrada de su casa hallábase sólo ajustada, tal como la había dejado; tenía a su cargo cerrarla con llave todas las noches antes de acostarse, pero la mitad de las veces olvidábase de hacerlo, como habíale ocurrido la noche anterior. Al punto, consultó la Guía telefónica en busca del número de Jane Griffiths, y, al marcarlo, imaginóse a Brenda atendiendo a la llamada.

El timbre sonó un buen rato al otro lado de la línea. Por último, cuando Mark disponíase ya a examinar él receptor inquietamente, oyó una soñolienta voz, cavernosa y algo desapacible.

—¿Dígame?

—¿Jane? Soy Mark Ruthven.

—¿Quién?

—¡Mark Ruthven! —repitió el joven (su nombre pronunciábase a la manera escocesa, y, en ocasiones, confundíase con Riven, ocasionándole las consabidas molestias)—. No me digas que no me recuerdas.

—¡Ah, Mark! ¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Cómo se te ha ocurrido despertar a una chica a altas horas de la noche?

—Lo siento, Jane; pero, ¿podría hablar con Brenda?

—¿Con quién?

Sucediose una pausa. Por la mente de Mark pasó una sensación de alarma; antes de que Jane le contestase, adivinó cuál sería su respuesta.

—¡Pero si Brenda no está aquí, Mark! ¡No la he visto por casa! ¿Qué te induce a suponer, semejante cosa? ¿No está ahí, contigo?

CAPÍTULO VIII

A las nueve dadas de aquel mismo domingo por la tarde, al anochecer, cierto bromista actuó en la Biblioteca Nueva del *Queen's College*, originando una oleada de temor.

La cosa acaeció al final de un día de agitación.

El doctor Arnold Hewitt, Rector del *Queen's*, negóse a contestar a las preguntas de la policía o de la Prensa. El elemento estudiantil no acertaba a ver en él un miembro de la Facultad, aunque, de hecho, era Septimus Hewitt, profesor de Latín, a cuyo cargo corrían dos excelentes cursos: uno sobre los poetas, dramaturgos e historiadores; otro sobre prosa y poesía del latín medieval.

Con su calva, su saliente cuello y sus ojos bizqueando algo impertinentemente sobre sus quevedos en forma de media luna, semejaba más bien un astuto hombre de negocios (y lo era, en efecto) o un hombre de mundo con ribetes de elegante (cosa de que también podía tildársele).

Encerrado en su despacho, en la gran casa de madera con pilares blancos, cuyos jardines formaban el remate de la avenida de la Universidad, el doctor Hewitt limitábase a hablar por teléfono. Según sus declaraciones, no tenía nada que decir aún; de momento, el caso hallábase en buenas manos, esto es, en las de su representante en la Villa Roja.

Y fue tal la afluencia de coches de la policía y de la Prensa a la villa de Harley Lane durante toda la mañana y gran parte de la tarde, que el paso a la carretera quedó obstruido.

Pese a la profusión de cuchicheos y suposiciones suscitados en torno a la persona de Rosa. Lestrangle, en vida (quién era, de dónde venía, etcétera), la policía y la Prensa descubrieron todo lo concerniente a la misma en menos de tres horas.

Miss Lestrangle, nacida en Baltimore treinta y un años atrás, era hija del viejo Nick Lestrangle, poseedor de una cadena de periódicos en la costa. Rosa fue educada en un colegio de perfeccionamiento en Nueva York y después en Suiza. A la muerte del viejo Nick, en 1938, fue vendida la cadena de periódicos, y su importe repartido entre Rosa y su madre, al presente fallecida.

«Sobre toda la familia pesa cierto sino morboso —rezaba el informe—. Su abuelo se envenenó con estricnina, el veneno más doloroso conocido, y murió entre grandes sufrimientos».

No fue posible descubrir, o al menos no se mencionó, ningún escándalo referente a miss Lestrangle. Sabíase tan sólo que, aunque había estado tres veces a punto de casarse, las tres rompió el compromiso por propia voluntad.

La palabra *suicidio* empezó a prevalecer sobre el alboroto reinante en la Harley Lane. Y Arnold Hewitt no se había equivocado al decir que dejaba el asunto en buenas manos.

Si alguien dudaba de ello era porque nunca había visto en dase al doctor Samuel Kent: impasible, imperturbable, soportando un aluvión de preguntas de índole argüitiva por parte de sus jóvenes alumnos. De igual modo, con afable paciencia, hizo frente al copioso interrogatorio del cortés pero tenaz detective, teniente Henderson.

El arma causante de la muerte (identificada por el doctor Kent) era un puñal del siglo XVIII, con una angosta hoja de acero, de doble filo y punta, empuñadura de plata y asidero también de plata incrustado de madreperlas. El arma manteníase siempre bruñida y afilada.

La hora de la muerte, determinada a primera vista por el médico forense, podía situarse entre la una y las tres de la madrugada del domingo, con un margen de media hora por parte. Tras ser retirado el cadáver para proceder a su autopsia, el ambiente del lugar relajóse un tanto.

De hecho, hubo algo más que eso. El doctor Kent tenía una costumbre, perfectamente conocida en el *Queen's College*, mas no entre los ajenos a la institución, que divirtió no poco al teniente Henderson y despertó las simpatías de los periodistas.

Cuando procedía a dar su famosa serie de conferencias sobre los Tudor y los Estuardo, el doctor Kent solía quitarse y ponerse constantemente sus gafas con montura de concha. Cada vez que lo hacía, profundamente abstraído en su conferencia, sacábase del bolsillo un grueso paquetito de papel de seda, y, tomando distraídamente una hoja, limpiaba gravemente sus gafas, tras lo cual calábaselas de nuevo, dejando flotar el papelito en el aire. Era una vieja manía.

Después de treinta años, la hilaridad despertada por el hecho cesó de manifestarse en la Universidad; sus alumnos ya ni siquiera lo advertían. Pero el efecto producido en la policía y la Prensa, en tanto el profesor respondía a las preguntas formuladas en el salón Chippendale, con evidentes muestras de haber olvidado dónde se hallaba, tuvo que ser contrarrestado por fuertes puñetazos sobre la mesa por parte del teniente Henderson.

¡Ahora bien! ¡A propósito de aquel puñal! ¿Estaba seguro el testigo —deseaba saber el teniente Henderson— de que pertenecía a *miss* LeStrange?

El doctor Kent contestó afirmativamente.

Bien, ¿pero por qué lo conservaba siempre tan bruñido y afilado?

A esto, el doctor Kent no podía responder. No obstante, en ocasión de una cena celebrada en la villa, a la cual habían sido invitados él y su señora, *miss* LeStrange manifestó que le gustaban mucho las armas de acero.

¿No resultaba por ello una dama muy especial?

El doctor Kent no la tenía por tal. Al propio tiempo, considerando lo que acababa de saber con relación a la historia de su familia...

¡Sí, claro! El teniente Henderson referíase precisamente a eso. ¿Pero habíase, sentado ante el espejo para apuñalarse luego ante él según costumbre de muchas mujeres suicidas, simplemente por sentirse deprimida? ¿O era que la preocupaba algo, un novio, por ejemplo?

En aquel punto del interrogatorio, el sargento Billings entró en el aposento en compañía de *mistress* Judith Walker, a quien dicho policía había recibido orden de llevar allí por el mero hecho de ser la única vecina de la interfecta y, como tal, posible sabedora de algo.

La reacción de la pelirroja *mistress* Walker al oír la última pregunta fue tan notoria, que por algún tiempo el teniente Henderson dedicóle toda su atención.

Tras manifestarle que no abrigaba el intento de molestarla y que, por tanto, sería lo más breve posible, le formuló la siguiente pregunta: ¿Interesábase la difunta dama por algún hombre en particular?

Pues, sí, admitió *mistress* Walker.

¿Tendría *mistress* Walker la amabilidad de explicarse?

En primer lugar, *mistress* Walker deseaba hacer constar que estaba segura de que no había habido nada indecoroso, ni tan siquiera indiscreto, en las relaciones entre *miss* Lestrangle y aquel joven. *Miss* Lestrangle era taciturna, capaz de dejarse abatir por la más pequeña contrariedad...

—De acuerdo: ¿pero quién era el hombre?

Mistress Walker no le conocía personalmente, pero podía describirle a él y a su coche.

—¿Visitó aquel hombre a *miss* Lestrangle la noche anterior?

—No.

—¿Recibió *miss* Lestrangle alguna otra visita la noche anterior?

—No.

Al parecer, *mistress* Walker había titubeado antes de responder a esta última pregunta, ¿verdad?

—¡No!

Este último monosílabo, semejante a un timbre de alarma, constituyó sólo un fragmento de un interrogatorio del doctor Kent y *mistress* Walker, que, iniciado a las ocho y media de la mañana, proseguía a las cinco y veinte de la tarde, hora en que Toby Saunders telefoneó a Mark Ruthven con la última información más arriba facilitada.

Aun cuando, al igual que Mark, Toby había sido alejado del escenario de la investigación por el doctor Kent, el joven se las agenció para mezclarse entre la multitud de curiosos agolpados en las inmediaciones de la villa. Desde allí, empujado e ignorado, logró oír gran parte de las preguntas y respuestas, a través de las abiertas ventanas.

De vez en cuando, acudía a la casa de Judith Walker a telefonar a Mark, como en el momento que nos ocupa.

—¡Carape! —comentaba Toby, animadamente—. Judith y el viejo están protegiendo a la Universidad, procurando guardar las apariencias. Al propio tiempo, proceden a pintar a Rosa dulce, pura e inocente, presentándola sólo un poco morbosa y, por ende, inclinada a clavarse un puñal en el pecho.

—Él caso es que tú lo has atribuido a suicidio esta mañana.

—Y sigo haciéndolo, oficialmente. De todos modos, admiro al viejo. Lleva horas, hablando, sin probar bocado, aparte de los emparedados y las tazas de café que Henderson mandó a buscar hace un rato al bar de la farmacia; y, sin embargo, no ha dicho ni una sola mentira efectiva, basándolo todo en sugerencias. A propósito, ¿estás afeitado y presentable en este momento?

—Sí. Y esta espera de todo el día está acabando con mis nervios. ¿Cuándo piensa interrogarnos la policía?

—Parece ser que no quiere interrogarnos, al menos por ahora.

—¿Olvidas que descubrimos el cadáver?

—No; pero el doctor Kent ha explicado eso también. Él y yo nos dirigíamos a Queenshaven a comprar los periódicos dominicales, lo cual es cierto. En cuanto a ti: un hombre misterioso, presa de pánico, te telefoneó diciendo que Rosa LeStrange habíase suicidado. Naturalmente, como amigo de la interfecta, tú acudiste a la villa inmediatamente. ¿Tienes algo que objetar a esta versión?

—Nada, excepto que no es verdad.

—Es verdad si te limitas a repetir las palabras que oíste, ¿no es eso? —murmuró la voz de Toby, tornándose algo suplicante—. Lo mejor es no complicar las cosas, Mark. No te comprometas. Además, a excepción de un detalle que me preocupa, todo parece indicar un suicidio: hasta el libro que leía Rosa antes de apuñalarse.

—¿Cómo? —exclamó Mark, mostrando vivo interés.

—¡Sí! Era una novela de nuestro patilludo amigo Victoriano, *La mujer de blanco*, sobre una mujer morbosamente solitaria, llamada Anne Catherick.

—A propósito, Toby —murmuró Mark, lanzando un profundo suspiro—; ¿cuál era el título del libro que *miss* LeStrange me pidió prestado anoche?

—¡Acabo de decírtelo! Era...

—¡Oh, no! ¡Recapacita! Sin duda viste el título, a juzgar por su descripción de cómo llevaba el libro la muchacha. Si tú no te fijaste, es posible que lo viera Carolina. E incluso Brenda. ¡Recapacita!

Siguióse una prolongada pausa, en la cual percibíase el ritmo de la respiración.

—¡Vamos, Toby! ¿Cómo se titulaba la obra?

—Algo así como *Armadale* susurró el otro.

—Eso es. Se la llevó a su casa. Y luego, a altas horas de la noche, o acaso a primeras de la madrugada, alguien llevóse del dormitorio mi ejemplar anotado de *Armadale*, substituyéndolo por otro libro, también anotado por mí: *La mujer de blanco*.

—¡Pero, Mark! ¿Con qué fin había nadie de hacer esto?

—Lo ignoro. No tengo la menor idea.

—A lo mejor, la propia Rosa...

—No. Eso no puede ser. Cuando encontramos a *miss* LeStrange esta mañana, las manchas de sangre habíanse secado ya y el cadáver estaba rígido. Y, según tú mismo me has comunicado, el doctor sitúa la hora de la muerte entre una y dos de la madrugada, con acaso media hora de margen por ambas supuestas horas. No puede ser más exacto.

—¿Y qué quiere decir esto?

—Atiende. Anoche, Brenda salió de aquí a eso de las doce menos diez. Mi ejemplar de *La mujer de blanco* seguía en casa. Inmediatamente después de la marcha de mi mujer, como te he dicho ya, subí a mi despacho y allí estuve hasta las cuatro de la madrugada. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—No soy tan lerdo como para no entenderlo, Mark.

—¡Perfectamente! Eso significa que alguien entró en esta casa (la puerta de la entrada no tenía echada la llave) después de acostarme yo a las cuatro de la madrugada. Ese alguien tomó *La mujer de blanco* del estante de mi despacho y lo cambió por el otro libro. La segunda cosa que hice, a mi regreso aquí esta mañana, fue subir al despacho a echar un vistazo. Mi ejemplar de *Armadale*, con el frontispicio y las seis primeras páginas arrancadas, hallábase de nuevo en el estante.

—Tal vez te...

—¿Me equivoqué? Nada de eso, Toby. Tampoco me preguntes por qué nadie había de arrancar unas inofensivas páginas; no me lo preguntes porque no lo sé. Pero así ha sido.

—¡Tómalo con calma, Mark! ¿Es preciso que le digamos todo esto a la policía?

—No, no hay necesidad. Si te lo digo a ti es únicamente porque, al parecer, se te ha metido en la cabeza que yo tenía una aventura con Rosa LeStrange y, por tanto, supones que tengo algo que ver con su muerte. Pero creo que me conoces lo suficiente para comprender que jamás se me hubiera ocurrido la insensatez de cambiar esos libros, tanto en el caso de que fuese el amante de la chica como si no.

—¡Conste, Mark, que jamás se me ha ocurrido pensar que tú la matases!

—Entonces te imaginas que fue Brenda, ¿no es eso?

Un frío hormigueo en la cabeza que equivale a «ponerse los pelos de punta», difundióse por todos los nervios de Mark Ruthven, hasta alcanzarle el cerebro.

—¿No es eso, Toby?

—No quiero precipitarme —repuso Toby, muy serenamente—. Todo cuanto digo es lo siguiente: que Brenda podría haber asesinado a nuestra Rosa anoche, por causa tuya.

La fría sensación de hormigueo arreció. Jamás había parecido Brenda tan distante, ni la casa tan vacía. Faltaba incluso, por ser domingo, la presencia de *mistress* Partridge, que acudía los días de diario a limpiar y a echar una mano en la cocina.

—Procura reflexionar, Toby —rogó Mark, con suavidad—. Las mujeres no matan

a sus semejantes por un motivo como ése. Se abstienen incluso de acusarlas; son demasiado orgullosas. Y Brenda no tenía el menor motivo para hacer tal cosa. Dices que Judith Walker ha contado a la policía lo del actual amigo de Rosa LeStrange; lo mismo que me contó a mí en secreto esta mañana. Y puedes estar seguro que ese individuo no soy yo.

—¿Supones que Rosa tenía sólo un amigo?

—¡Sé razonable, Toby! Cuando Judith proporcione una descripción cumplida de ese joven sujeto y sepamos de quién se trata...

El teléfono emitió un fuerte y bronco sonido.

—¡Eh! ¿Qué estás diciendo? ¡Sabemos ya de quién se trata!

—¿De veras lo sabes?

—¡Sí! Judith se lo ha descrito a la policía con pelos y señales, y resulta fácil identificarle.

—¡Caramba!

—Un sujeto apuesto, de unos veintitrés años de edad, siempre sonriente, con el pelo entre rubio y castaño y los dientes separados; lleva un Cadillac descapotable, amarillo-carmesí. Su padre es uno de los principales miembros de la junta universitaria. Se llama Chadwick, Frank Chadwick.

Sobrevino otra pausa.

—¡Mark, Mark! ¿Sigues al aparato?

—Sí, sí. Sigo a la escucha.

—Y eso es precisamente lo que me preocupa —rugió Toby—. Ese Chadwick es un tipo mezquino, que no puede sufrir que nadie, excepto él, se salga nunca con la suya. Prácticamente, todas las mujeres se enamoran de él, y a él le gusta comentarlo. Cuando la policía le interrogue, se divertirá de lo lindo contándoles que Rosa no era precisamente una inocente palomita. Con ello, se vendrá abajo todo lo dicho por Sam Kent a propósito, de la chica. ¡Y bueno es ese teniente Henderson para dejarse tomar el pelo por nadie! ¿Qué, Mark? ¿Tienes algo que decir?

—No. ¿Acaso hay algo que decir?

—Bien, reconozco que no. Pero confío en que saldremos del paso.

—Eso creo yo. Bien, Toby. Si eso es todo...

—¡Un momento! ¿Qué te ocurre?

—Nada en absoluto. Gracias por la información. Después de prepararme un bocadillo, pienso ir a la Biblioteca: me refiero a la Biblioteca de la Universidad. Sí, ya sé que está cerrada los domingos, pero, como soy bibliotecario auxiliar, poseo una llave de la puerta lateral. Si me necesita alguien, allí me encontrará. Repito, Toby: muchas gracias. Adiós.

Después, permaneció de pie junto a la mesita del receptor telefónico. A través del arco de acceso al salón, entreveía la butaca donde habíase sentado Brenda la noche anterior, con su vestido blanco sin mangas, el cinturón escarlata, los zapatos rojos, y la melena castaña sobre los hombros.

A buen seguro, el comentario de Toby Saunders hubiera sido: «¿Es posible que seas tan cándido?».

Brenda nunca había abrigado el propósito de visitar a Jane Griffiths. Lo que sin duda había hecho era ir al piso de Frank Chadwick.

Tomando la guía telefónica de Washington, Mark buscó la letra «C». Pero, de pronto, cerró el libro, con un golpe seco y, muy cuidadosamente, volvió a depositarlo en su estante bajo la mesita.

—¡Allá se apañe! —exclamó, en voz alta, pensando en Brenda.

Y, acto seguido, dirigióse a la cocina, a fin de prepararse algo de comer.

Sin embargo, no comió mucho; ni pudo recordar más tarde en qué consistía la comida. Pero le llevó mucho tiempo. Llenó y fumó sucesivamente las tres pipas que llevaba en el bolsillo de la americana, sentado ante la mesa de la cocina, contemplando la caída de la tarde, a través de la pequeña ventana sobre el fregadero.

Luego, subió indolentemente a su despacho y dejándose caer en una butaca fijó la vista en, el archivo de acero con el material para la biografía, hasta que la oscuridad crepuscular le hizo volver en sí con un sobresalto.

Mark consultó su reloj y metiendo varios documentos del archivo en una carpeta de cartón y ésta en el bolsillo, salió de la casa.

Como el *Queen's College* quedaba detrás de la avenida donde vivía, sus entradas hallábanse sólo a cincuenta metros escasos de la puerta de su casa, a la derecha. Tras entrar en el recinto, Mark ascendió lentamente por la larga y amplia curva descrita por el sendero de grava.

Pasó ante los oscuros dormitorios de Marlborough norte y sur a un lado, y la Administración y el Well Hall al otro. Más allá extendíase el Prado, espacioso y enramado de árboles, cubierto de césped segado, que perfumaba el cálido atardecer.

Mark recorrió el sendero que lo contorneaba, en dirección a la Biblioteca Nueva, erigida al oeste. En el Prado percibíase un revoloteo de alas. La estatua del Fundador, esculpida en piedra y dispuesta sobre un alto y macizo pedestal de piedra, alzaba su oscura silueta. Una o dos luces aisladas procedentes de las pocas habitaciones ocupadas en el ala del Fundador, o en los de Addison o Harley, arrancaban destellos de las verdes hojas; acentuando la soledad de aquellos viejos edificios, llenos de recuerdos.

Lo lógico es que Mark hubiese evocado recuerdos; y, no obstante...

Habíase graduado en el *Queen's College* antes de doctorarse en Christ Church, Oxford. En un baile celebrado en el gimnasio del *Queen's* conoció a Brenda.

Invadióle una sensación de cólera y dolor; pero otros sentimientos la borraron de su mente, disipando incluso escenas familiares.

—¡Dios mío! —murmuró en voz alta—. Si...

Con un recio zumbido de pesas, el viejo reloj de la cúpula del edificio del Fundador dio la primera campanada de las nueve. Cuando se extinguieron las vibraciones de la postrera, entre un aleteo de pájaros turbados, Mark volvíase a sentir

dueño de sí mismo.

Una vez más, se hizo el silencio en el follaje. Al dejar el sendero para atravesar el césped hacia el ángulo noroeste de la Biblioteca Nueva, donde se hallaba la pequeña puertecita lateral de la cual poseía la llave, una figura humana pasó como un dardo ante él.

—¿Quién anda por ahí? —gritó Mark.

Ni siquiera estaba seguro de haberla visto. El sendero del cual habíase desviado a la izquierda, discurría ante Berkeley Hall, rumbo a la enfermería, las pistas de tenis y los campos de fútbol y de *baseball*.

Allí no parecía haber nadie. Por último, descubrió lo que semejaba un rostro separado del cuerpo, recortado en la oscura pared de ladrillo cercana a la puerta lateral.

—¿Quién anda por ahí? —repitió.

—Me asustó usted —profirió la grave voz de Judith Walker.

—¡Judith! ¿Qué hace usted aquí?

—Me asustó usted. O, mejor dicho, me asustó algo que me pareció oír. Y luego...

La joven hizo una pausa. Luego, agregó:

—Tenía que verle a usted. Toby Saunders me dijo que estaría *usted* aquí toda la tarde.

Mark dirigióse a la puerta de la biblioteca, sacándose un llavero del bolsillo. El suave césped amortiguaba los pasos. El joven vislumbró un cuello y unos hombros: el vestido negro encubría a la mujer.

—Puede usted creer, Mark, que, por regla general, nunca me acerco por el Prado, ni siquiera en época de vacaciones. Pero tengo algo importantísimo que decirle. ¿Me permite que se lo diga?

—¡Naturalmente!

Mark encontró la llave que buscaba entre las del llavero, una llave mucho más grande que las de coche o las de cerradura Yale; y, tras abrir la puerta, la dejó de par en par.

—Entre usted en la biblioteca, y encenderé unas luces.

—¿Usted cree? ¿Le parece bien que entremos en la biblioteca?

—¿Por qué no?

Judith avanzó hacia él. Había aún la suficiente claridad en el cielo para arrancar límpidos destellos de las altas ventanas ojivales de la Biblioteca Nueva, abiertas a lo largo de su fachada oriental.

—Lo que tengo que decirle...

—¿Sí?

—Se relaciona con la policía. Hoy no han conseguido obligarme a confesarlo; pero estoy terriblemente preocupada por lo que respecta a mañana. Y, para que no le pille a usted de sorpresa, he venido a advertirle. Sin embargo, ahora que estoy aquí, no puedo hacerlo. ¡No puedo!

Judith bajó la cabeza, indecisa. De improviso, Mark tuvo conciencia, demasiada conciencia, de su proximidad física; más que oírla respirar, parecíale sentirla dentro de sí. La joven levantó los ojos para explicarse. Su mirada se dilató, cambiando de expresión; los sentimientos de su compañero reflejaronse allí, en tanto los pensamientos agolpábanse cómo fuerzas físicas. Al principio, la mujer pareció sobresaltarse, mas luego rindióse ávidamente.

Y entonces, justamente en el interior de la oscura puerta de la biblioteca, cayó algo desde lo alto con un suave chasquido. La puerta cerróse lentamente.

Ahogando un grito, Judith desasióse de los brazos que la ceñían y giró sobre sí. Por fin, tras uña pausa de uno o dos segundos, farfulló:

—¡Lo sabía! ¡Me constaba! ¡Hay alguien en la biblioteca!

CAPÍTULO IX

Un hombre se considera civilizado, dueño de sus instintos, regido por el buen sentido y la inteligencia. Pero se equivoca.

El único instinto de Mark, tras aquel arrebato sentimental con Judith, fue desafiar a aquella interrupción, destruirla y obligarla a cesar de existir.

Dando dos zancadas, abrió la puerta de par en par, con tal fuerza, que la hoja rebotó en el canto de los gruesos estantes de libros. Mark avanzó en la oscuridad. Una vez dentro, se detuvo unos instantes, hasta qué tendiendo el brazo a la izquierda, pulsó un interruptor de los cinco que controlaban las luces de aquel extremo de la Biblioteca Nueva.

Dos mortecinas bombillas eléctricas, protegidas con pantallas de cristal verde, iluminaron un estrecho pasillo que se extendía a cierta distancia, frente a ellos. Era uno de los cinco pasillos paralelos, cuyas paredes elevábanse a cierta altura, con innumerables hileras de libros a ambos lados y macizos bustos ennegrecidos por el tiempo en lo alto.

Mark echó una ojeada a la derecha, hacia el lugar dónde la puerta había dado oblicuamente contra el canto de otra pared de libros, situada al fondo. Al punto, vio un único hueco en un estante, a unos dos metros de altura, y boca abajo en el suelo, un grueso volumen abierto, entre un tenue olor a polvos. Una carcajada producida por la tensión nerviosa, que el dominio sobre sí mismo convirtió en un cloqueo o un gruñido, brotó de su garganta.

—¡Aquí no hay nadie! —exclamó—. ¡Venga usted a ver!

Judith, qué había retrocedido un buen trecho, no se movió.

—¡Venga usted a ver! —insistió Mark, con los nervios aun en vilo—. ¡No es la primera vez que ocurre semejante cosa!

Judith, oprimiéndose fuertemente las mejillas con las manos, no respondió.

—¡Le digo que...! —empezó su compañero, casi a voz en grito.

Luego, moderándose, prosiguió:

—Cuando la gente se empeña en alcanzar un libro de un estante alto, sin molestarse en utilizar la escalera de mano, al ponerlo de nuevo en su sitio se exponen a dejarlo mal colocado, con el lomo sobresaliendo más de la mitad. Antes de ahora, empujé esta puerta, abriéndola de par en par. ¿Recuerda usted?

—Pues...

—Eso movió el libro, mas no lo suficiente para hacerlo caer. Luego, una contracción de la madera, una corriente de aire del exterior, o algo por el estilo, lo derribó cosa de un minuto más tarde. Y, al caer el libro, la puerta... ¡Fíjese usted!

Mark tocó levemente la puerta. Esta empezó a cerrarse por sí sola, girando sobre sus aceitados goznes.

—Puede usted creerme, Judith. No hay nada que temer.

—¿De veras? —balbució la joven, como respondiendo a otra pregunta.

—¿Pensaba usted, por casualidad, en lo que Toby Saunders denomina el bromista del gimnasio? ¿Está usted enterada de esa historia?

—¿Enterada? —farfulló la grave voz de Judith—. ¿Cómo no voy a estarlo? ¡No se habla de otra cosa!

Y, dejando caer las manos a los costados, agregó:

—¡Estúpidos dibujos de la estatua del Fundador con pintura luminosa! ¡Estúpidas tretas para asustar a un pobre viejo y a un muchacho de dieciséis años! *Mistress Hewitt*, *mistress Kent* y *mistress Mason* no saben hablar de otra cosa.

Impulsivamente, Judith acercóse un poco más, si bien cuidando de mantenerse al margen del mortecino resplandor de las bombillas eléctricas sobre el césped del exterior.

—Menos mal que eso del gimnasio ha servido para algo bueno —prosiguió la joven, hablando precipitadamente—. Gracias a ello, la gente ha olvidado por completo la aventura de Rosa LeStrange y ese joven en la enfermería... ¡Cielos, qué hipócrita estoy hecha! ¡Cualquiera diría que se lo reprocho!

—Créame usted, Judith. No hay nadie en la biblioteca. ¡Es imposible!

—¡Sí hay alguien! Hace un rato, oí pasos.

—¿En la oscuridad? Si usted quiere, registraré todo el local. ¿No se decide usted a entrar?

Judith semejaba luchar consigo misma; por fin, entró bruscamente, procurando mantenerse a distancia de él. Ahora que volvían a hallarse frente a frente, obligados a mirarse a la fuerza, resultaba casi imposible evitar lo ya iniciado entre ambos.

—¡No! —profirió Judith, clavando la vista en los ojos de su compañero—. ¡No podemos, ni debemos hacer semejante; cosa! No es justo, ni siquiera razonable. Es... ¡Seamos honrados siquiera por una vez! Nadie comprende la que piensa una mujer cuando padece de insomnio y no es muy feliz.

—¿Y se figura usted que los hombres no piensan lo mismo?

—¡Basta ya, Mark!

—Seamos honrados por una vez, como dice usted. ¿Acaso comprenderemos jamás lo que se oculta tras nuestros pensamientos? Hace un año, seis meses, diez minutos, la consideraba a usted la esposa de Dan Walker; ni tan sólo el pensamiento iba más allá. Pero de improviso, ahí fuera, he comprendido que había dejado usted de ser la mujer de Dan Walker.

—En efecto, no lo soy. Pero usted sigue siendo el marido de Brenda Ruthven.

Mark da miró por espacio de un buen rato, a punto de hablar de nuevo.

—¡Oh, sería todo demasiado fácil! —suspiró Judith, interpretando erróneamente la actitud de su interlocutor—. Pero aún no ha oído usted lo que tengo que decirle.

—¿Importa mucho lo que tiene usted que decirme?

—¡Sí!

—En ese caso, lo oiremos y decidiremos. Entretanto encenderemos unas cuantas luces más.

—¡Por amor de Dios, Mark! ¡No haga usted tal cosa! Las luces de este local pueden verse perfectamente desde el Prado y desde todas partes.

—Pero, cuando la gente ve luz aquí dentro por la noche, se figura que el bibliotecario, doctor Denhart, o uno de los auxiliares, trabaja hasta tarde, como de costumbre. Se me ha ocurrido lo de las luces porque... bien, ¿sigue usted creyendo que hay alguien aquí oculto?

—No, supongo que no. Además, está usted presente, y eso lo cambia todo. A su lado no puede asustarme nada.

—Judith, yo...

Con un violento esfuerzo, Mark se calló lo que intentaba decir. Pasando ante la muchacha, cerró la puerta, echó la llave por dentro y metióse de nuevo, el llavero en el bolsillo.

—Al menos —comentó, coléricamente—, ahora no podrá entrar ningún entrometido. La puerta principal está cerrada a piedra y lodo, y, aparte de esta entrada secundaria, no hay ningún otro acceso a la biblioteca.

—¿Y el almacén?

—Sí, hay una puerta en el almacén. Tengo una llave para abrirla en las raras ocasiones en que está cerrada. Pero el almacén no tiene salida al exterior... Será mejor que pase yo delante.

Recogiendo del suelo el abierto libro, sin duda caído por sí solo, Mark lo puso en su sitio. Luego, echando a andar por uno de los cinco pasillos, apenas iluminados, con descoloridos bustos de piedra sobre los estantes superiores, acercóse a la gran sala general.

Allí, lugar donde repercutían ecos en el alto techo, Mark se dirigió a tientas al pequeño recinto con baranda de madera, en cuyo interior estaba el escritorio del secretario de la biblioteca. Apenas tocó la cadena de una lámpara con pantalla de cristal verde, Judith asíóle del brazo, diciendo:

—¡No! ¡No la encienda todavía!

—¿Por qué?

—La policía ha estado interrogándome horas y horas en el día de hoy. Querían saber si la última conquista de Rosa, que resultó ser un joven llamado...

—¿Chadwick, no? ¿Frank Chadwick?

—¡Sí! ¿Cómo sabe usted su nombre?

—Toby me informó, como de costumbre. ¡Vamos, continúe!

—La policía deseaba saber si ese individuo visitó anoche a *miss* Lestrangle —prosiguió Judith, levantando la voz—. Como lo cierto es que no le vi, contesté que no. Después, me preguntaron si había visitado alguien la villa anoche. En lugar de replicar que, naturalmente, no me había dedicado a atisbar por la ventana toda la noche, lo cual, por supuesto, es verdad, temo que titubeé un poco antes de contestar negativamente. El teniente Henderson me preguntó por qué había vacilado. Yo lo negué, pero él insistió. Me aguanté firme, negándolo una y otra vez.

—Bien, ¿y qué hay de todo eso?

Sus voces, la profunda voz de Mark y la más clara y algo bronca de Judith, ascendían al techo en forma de pequeños y apagados ecos. Hablaban quedamente, con un rápido murmullo.

—Pues que alguien, entró, en efecto, en la villa anoche. A la sazón, no le concedí ninguna importancia; ¡y sigo sin concedérsela! Y, no obstante, esta mañana, al saber que no se trataba de suicidio sino de asesinato...

—¿Quién entró en la villa?

—Su esposa.

—¿A qué hora fue eso, Judith?

—¡No estoy segura! Tal vez a las doce menos diez, o acaso un poco más tarde.

—¿Entró, de hecho, Brenda en la villa?

—Primero oí pararse un coche en el exterior. Por eso acudí a mirar por la ventana. Era su coche de usted; con Br... con ella al volante. Luego de apearse, cerró de golpe la portezuela y ascendió por el sendero. El farol de la calle está tan cerca que es imposible equivocarse.

—¿Cuánto tiempo permaneció mi mujer allí?

—¡Lo ignoro! Como le he dicho, no presté la más mínima atención. ¿Por qué había de prestarla? Fue lo mismo que si hubiese visto a *mistress* Hewitt entrando en casa de *mistress* Kent a tomar el té. Es posible que la cosa me sorprendiese un poco, porque nunca creí que Brenda sintiese especial simpatía por Rosa. Pero, a poco, olvidé la cuestión.

—¿Pero, sin duda, debió usted oír alejarse el auto?

—Si así fue, no me di cuenta. ¿Comprende usted? Y, esta mañana, no tuve el valor de decírselo.

Un profundo silencio se hizo a su alrededor. Mark asestó un fuerte puñetazo sobre la baranda de madera, y, volviéndose súbitamente a su compañera, exclamó:

—¿Me perdonará usted si le digo que no puedo creerlo, Judith?

—¡Mark! ¿Se figura usted que le digo una mentira?

—¡No! ¡Nada de eso! Tengo confianza en usted; siempre la tuve. Y a usted le consta que así es.

—Sí, en efecto.

—Creí que Brenda necesitaba protección —espetó Mark—. ¡Me equivocaba! No la necesita en absoluto. Una de dos: o sufrió usted un error cuando creyó verla...

—¡No, Mark! ¡No sufrí ningún error! Brenda es menudita; tiene el cabello castaño; iba vestida de blanco; y, además, ¡le vi la cara!

—... o bien cabe otra explicación. Brenda no podía, es más, no quería detenerse allí; eso lo comprendí en cuanto Toby me telefoneó a última hora de la tarde. ¿Por qué diablos había de hacer semejante cosa, siendo así que conducía a toda marcha para llegar cuanto antes al piso de Frank Chadwick en Washington?

—¿*Frank Chadwick*? —soltó Judith, con incredulidad.

Pese a proferirlas tras una pausa, sus palabras no pasaron de murmullo.

—¿El mismo muchacho... que iba... con Rosa LeStrange...?

—Sí, el mismo joven Casanova.

—¿Insinúa usted que también se... se... con Brenda?

—No insinúo nada parecido —repuso Mark, aunque, interiormente, decíase que era verdad—. Sin embargo, si no tengo confianza en usted, ¿en quién voy a tenerla? Todo cuanto digo es que ese Chadwick lleva varias semanas cortejándola.

—¡Pero...!

—Anoche, poco antes de las diez; Chadwick pasó a buscarla en su coche, tocando la bocina furtivamente, según su costumbre. Brenda le aguardaba. Tratando de representar el papel de marido indiferente, le insinué que yo también estaba un poquillo cansado de ella, y en el curso de la conversación mencioné a *miss* LeStrange.

—¿Usted y Rosa? ¿Dijo usted...?

—¡No, no dije nada! Resulta muy violento decir una cosa como esa, aun cuando sea verdad; y el caso es que no lo era. No mencioné el nombre de ninguna mujer; pero Brenda sacó sus propias conclusiones. Por eso regresó.

—¿Regresó?

—¡Atienda usted! Primero escuche lo que no acerté a comprender por mí mismo por hallarme demasiado embotado. A las diez, Rosa LeStrange aguardaba una llamada telefónica de alguien. Eso puedo jurarlo; por pura casualidad, yo la telefoneé poco después de dar las diez en el reloj del pabellón del Fundador. Como la muchacha aguardaba una llamada, contesto inmediatamente, y antes de darme tiempo a pronunciar una palabra profirió ávidamente: «¿Eres tú, querido?». Y mientras yo intentaba pensar una respuesta que no fuese exactamente: «No, lo siento; se equivoca usted», Toby Saunders y Carolina Kent llamaron a mi puerta.

—Sigo... sigo sin comprender.

—¡Un momento! ¡Ya lo comprenderá!

Sin verlos, Mark presintió que los hombros de Judith adquirirían cierta rigidez.

—Entretanto —prosiguió—, Brenda y Chadwick llegaron a Queenshaven. Allí, Chadwick recordó de pronto que tenía que efectuar una llamada telefónica muy importante a las diez en punto, y entró en la farmacia a telefonar...

—¿A Rosa?

—Es evidente, ¿no? Como Chadwick no tenía la certeza, hasta última hora, de contar con su nueva pasión, Brenda, tuvo que extinguir la vieja llama, al menos por aquella noche, con un mensaje a Rosa LeStrange. Mas se dio la curiosa circunstancia, irónica o no, de que Brenda escogió justamente aquel momento para plantarle en Queenshaven y volver a casa.

—Comprendo —musitó Judith, en un tono fogoso y contenido, que, en su sobreexcitación, Mark no acertó a captar—. ¡Sí! ¡Empiezo a comprender!

—Entonces...

—¡No, no se detenga, Mark! ¡Continúe!

—Entonces, *miss* Lestrangle, a quien yo había conocido justamente aquella mañana, optó por meterse en nuestra casa sin llamar ni tocar el timbre, adoptando todo el aire de una *femme fatale* en plan de llegar a una cita previamente concertada.

—¿Y eso le sorprende a usted tanto? —exclamó Judith, en un susurro—. No era la primera vez que esa mujer hacía una cosa semejante... ¿Cabe la posibilidad de que pensara que estaba usted solo en casa?

—Desde luego. Es muy posible. Brenda cometió casi el mismo error hasta que oyó voces. Toby y Carolina estaban conmigo; pero las persianas permanecían echadas, y, por otra parte, el coche de Toby es de la misma forma y del mismo año que el mío.

—¡Sí, sí, comprendo! ¿Y... Brenda?

—No es preciso que profundicemos en eso. Me dijo que iba a casa de Jane Griffiths. Pero no hizo tal. Su único intento era dirigirse; al piso de Chadwick, lo antes posible, para pagarme en la misma moneda.

Mark no abrigaba el propósito de decir tanto; ni siquiera una décima parte de lo dicho. Y, no obstante, en la profunda oscuridad, tan propicia a las confidencias y evocaciones, habló antes de pensar. Por eso dio un respingo, como si le pincharan, cuando la queda y furiosa voz de Judith restalló:

—¿Y eso le sorprende a usted, Mark?

—¿Cómo... cómo dice?

—¿Le sorprendí a usted que Brenda intentase pagarle en la misma moneda? Al fin y al cabo, ahora se está usted vengando de ella conmigo.

Más que un susurro, la voz procedente de la oscuridad semejaba un sollozo.

Un eco burlón, que oprimió el corazón de Mark Ruthven flotó por la nave de la Biblioteca Nueva, así llamada por no haber sido terminada hasta 1795. El arquitecto, inspirándose en el furor que por entonces despertaba el neo-gótico, creó una fantasía a base de arcos góticos con relieves de gárgolas, santos y monstruos de muy mal gusto.

Mark no acertaba a vislumbrarlos, allá en lo alto de la sala general. Pero presentía su presencia, sus sonrisas, sus miradas de soslayo, sus beatíficas actitudes, en aquella mal ventilada habitación atestada de libros y ligeramente impregnada de olor a moho.

—Oiga, Judith. ¿Sabe usted por qué le he dicho todo eso?

—No. Pero ojalá no me lo hubiese dicho. ¿Qué necesidad tenía de hacerlo?

—Se lo dije porque...

—Por favor, no se disculpe. Temo que toda la culpa ha sido mía. Jamás ha mostrado usted el menor interés por mí hasta...

—¡Eso no es cierto!

—Y, aún ahora, es sólo porque...

—¡Eso tampoco es cierto! Si le he dicho todas esas cosas es para demostrarle que es imposible que Brenda (ni, por ende, tampoco Chadwick) se hallase en las inmediaciones de la Villa Roja cuando Rosa Lestrangle fue asesinada. Ambos estaban

en el piso de Chadwick, lo cual, dicho sea de paso, me tiene absolutamente sin cuidado. ¡Eso es todo cuanto he querido significar!

—No lo creo. No creo una palabra de ello. Pero lo horrible, lo espantoso, es que no me importa. Mark...

Judith, que semejaba haberse alejado algo de él, volvió a acercarse. En aquel preciso momento, alguien empezó a llamar a la puerta lateral de la biblioteca, en el ala norte.

Naturalmente, el ruido llegaba amplificado, pues, en realidad, tratábase meramente de una tenue y vacilante llamada con los nudillos. No obstante, la oscuridad y el silencio, hacíanlo repercutir sonoramente en la sala general, como una acusación.

Judith dejó caer las manos, a lo largo de los costados; ahogando una carcajada histérica. Pasando ante su compañero, inclinóse sobre el cerco de madera, hacia la lámpara instalada en el escritorio del secretario de la biblioteca.

—Ya le dije a usted que desde fuera se veían las luces —exclamó, alborozada, riéndose una vez más.

Y, tirando de la cadenilla de la lámpara, la encendió.

El resplandor de la bombilla, pese a la protección de la pantalla de cristal verde, les deslumbró y cegó momentáneamente. Pero la voz de Mark tranquilizó a la joven al punto.

—¿Qué importa nada ni nadie? Puesto que Toby sabe que estoy aquí, ¿qué tiene de particular que lo sepan también al menos media docena de personas más?

Protegiéndose los ojos, en medio de aquella súbita profusión de color, vislumbró vagamente el pálido, rostro de Judith, con el contorno rojo oscuro de los labios y las pupilas de los azules ojos contraídas por el deslumbramiento.

La llamada a la puerta lateral inicióse una vez más. Entonces, Mark, recordando que había cerrado la puerta con llave por el interior, sacóse el llavero del bolsillo, y, sin dejar de protegerse la vista, logró descubrir la puerta al fondo del iluminado pasillo.

Sin precipitarse, dirigióse a la misma, refunfuñando por lo bajo.

—¡Ya voy, ya voy! —dijo en voz alta—. ¡Estoy aquí!

De pronto, se detuvo. Un segundo después llegó a la conclusión. Frente a él, en el ala norte, había cinco pasillos. Cada hilera de estantes, atestados de libros, cuya altura excedía a los tres metros y medio, hallábase coronada de la correspondiente fila de bustos de yeso ennegrecido. En el pasado, apenas habíase fijado en aquellas cabezas, ni se le ocurrió nunca contarlas.

Y, no obstante, al levantar los ojos a la parte superior del pasillo iluminado, le pareció qué había una cabeza de más.

¡Ilusión, sin duda! ¡Un efecto producido por la súbita luz!

No había ninguna cabeza de más allí arriba, moviéndose furtivamente.

La sensación de frío que le invadió, ascendiéndole por el pecho, debíase

simplemente al fresco propio del anochecer, a una corriente de aire filtrada bajo la puerta lateral.

Apretando un poco el paso, Mark llegó junto a la misma. Apenas dio vuelta a la llave para abrirla, la voz de Carolina Kent profirió:

—¡Mark! Siento...

La recién llegada se interrumpió. Sus ojos se posaron en el fondo de la estancia, en dirección a la sala general, con expresión exenta de temor, pero inquieta y desconcertada.

—¿Dónde está Toby? —inquirió—. ¿Dónde está mi padre? ¿No le han comunicado la noticia?

CAPÍTULO X

—¿Que noticia? —repitió Mark.

Fuera, hacía más fresco. Carolina, ataviada con una chaqueta ligera y un pañuelo de seda en la cabeza, atado bajo la barbilla, titubeó unos instantes antes de entrar.

—Padre y Toby salieron para acá hace dos horas —declaró—. ¿No les ha visto usted?

—No. Pero, tenga usted en cuenta que yo no llevo, ni mucho menos, dos horas aquí.

—Madre es un sol, desde luego —espetó Carolina—. Pero, a veces, se empeña en *complicar* las cosas. Dice que no deben ir a casa Mike, en Queenshaven, porque la gente hará sus comentarios si les ve tomar un vaso de cerveza. También le ha parecido mal que esta mañana Toby se llevara a padre a buscar los periódicos. Y esta noche, al ver que no volvían a casa en dos horas, me ha mandado a por ellos... ¡Mark!

—¿Qué hay?

—Se trata de algo muy importante —murmuró Carolina, con un significativo ademán—. Ese simpático teniente Henderson pasó por casa a ver a padre, después de comer. Prácticamente, la policía ha llegado a una conclusión.

Mark se enderezó. Enfrentado con un problema académico, después de afrontar el sentimental de Judith Walker, notóse la mente despejada y las ideas claras.

—¿Ah, sí? —exclamó—. Apuesto a que puedo decirle de qué conclusión se trata.

—Vamos a ver.

—Han decidido que la muerte de Rosa LeStrange fue debida a suicidio, tras comprobar, probablemente con procedimientos científicos, que el dormitorio estaba cerrado con llave por dentro.

—¿Cómo diablos sabe usted esto?

—Me lo dijo un muerto.

En la sala general percibióse un taconeo. Judith Walker apareció en el otro extremo del pasillo iluminado, haciendo gala de una expresión perfectamente serena.

Los problemas de aquella índole fascinaban a Judith. Lo mismo podía decirse, de Mark. Pero producían un efecto muy distinto en Carolina.

Impasible y práctica, siempre de cara a la realidad, se quitó el pañuelo del rizado cabello rubio, reprimiendo el impulso de dar una patada en el suelo.

—¡No comprendo por qué habla usted así! Daría cualquier cosa porque la no hablase así. Demuestra poco sentido y sólo, sirve para trastornar. ¡Válgame Dios! Si empieza usted con fantasmas...

—No he dicho ni una palabra de fantasmas. Venga usted al escritorio, Carolina. Deseo leerle a las dos partes de una carta.

Acostumbrada de toda la vida al ambiente universitario, Carolina no experimentó sorpresa alguna al ver a Judith en la biblioteca a aquellas horas de la noche, y, en

consecuencia limitóse a sonreírle, con una leve inclinación de cabeza. Judith le devolvió la sonrisa, tranquilamente.

Tras cerrar de nuevo la puerta lateral, Mark echó la llave. Una vez más, se dijo que no había nadie allí. En el ala norte, cuyo tejado era mucho más bajo que el de la sala general por tratarse de la biblioteca «vieja», sólo había estantes y libros; y, en la pared norte, abríase otra puerta con acceso a un moderno almacén de dos pisos.

Así, pues, si los nervios le atormentaban aún al reunirse con Judith y Carolina junto al recinto de madera, con la lámpara verde sobre un secante blanco, era por otra causa, acaso por la mirada desprevenida que sorprendió en Judith.

—Padre y Toby... —empezó Carolina.

—¡Por favor, Carolina! —interrumpióle Mark, con impaciencia—. ¡Procure olvidar a su padre y a Toby! ¿Qué importa que hayan ido a tomar una copa a casa de Mike?

—Lo siento, pero no tengo más remedio que nombrarles. Lo cierto es que padre deseaba hablarle a usted de otra cosa, en cuanto le viese. No ha dicho una palabra, como de costumbre; pero estoy segura de que piensa que la muerte de esa pobre mujer fue... fue un asesinato.

—¡Pues claro que fue un asesinato! No hay inconveniente en que hablemos con completa libertad. Todas las puertas de este lugar están cerradas con llave y el verdadero asesino no puede oírnos.

Si esperaba apaciguarlas con estas palabras, logró su intento con Judith; mas no así con Carolina, que le miró aturdida.

—Mark, ¿acaso le he ofendido a usted en algo acudiendo aquí?

—De ninguna manera.

—Entonces, no me interrumpa usted de ese modo. ¿Es verdad que el doctor Gideon Fell llegará mañana por la tarde?

Mark, que en aquel momento procedía a sacarse del bolsillo la estrecha carpeta que llevaba consigo, fue, de hecho, el que recibió el sobresalto.

—¡Caramba, Carolina! ¡Soy tan despistado como su padre! Con una cosa y otra, lo había olvidado por completo: no estoy seguro de si Brenda apalabró a alguna persona para guisar. Contamos con *mistress* Partridge, pero necesitamos más ayuda cuando tenemos un huésped. Brenda ha tenido que ir a visitar a una amiga suya... ¿sabe usted?

—Sí, ya... ya sé —asintió Carolina, ruborizándose.

Luego, hablando precipitadamente, prosiguió:

—Pero no se preocupe usted: ése es, en parte, el motivo por el cual madre me ha mandado aquí. *Ella* le procurará a usted alguna persona para guisar. ¿Irá usted a recibir al doctor Bell al aeródromo?

—No. No viene por vía aérea. Iré a esperarle al tren que llega a las cinco y media a la Union Station, procedente de Nueva York. ¡Ah, es verdad! Mi coche...

La paciente Carolina hizo un ademán de asentimiento.

—Sí. Eso es otro asunto. Pero ya está arreglado. Mi padre desea llevarle a usted en el suyo a recibir a ese señor. Conoce a Gideon Fell...

—¿Que su padre conoce al doctor Fell? Nunca me ha dicho tal cosa.

—Ya sabe usted cómo es. ¿De veras le tiene usted por tan distraído como pretende ser?

—¿Quién es el doctor Gideon Fell? —intervino Judith.

—El sujeto más familiarizado del mundo con situaciones difíciles en general y con habitaciones cerradas con llave en particular —respondió Mark.

—¡Ah, sí! —musitó Judith, nuevamente fascinada—. ¡Habitaciones cerradas con llave! ¡Ahora recuerdo! ¿No ha leído usted nunca novelas de misterio, Carolina?

Carolina se irguió. Aunque no era precisamente bonita, Mark se dijo que su vitalidad y su admirable figura hacíanla aparecer tal, preguntándose, al propio tiempo, si aquel inesperado modo de fijarse en la figura de las mujeres no obedecería al hecho de no poder apartar a Judith del pensamiento.

—¡Cielos! —oyó exclamar a Carolina—. ¿Cómo es posible que con todo este chaparrón que se nos ha venido encima se le ocurra a usted hablar de...?

—Repito, querida —insistió Judith—. ¿No las ha leído nunca?

—Por supuesto. Pero sólo me gustan las que Toby denomina de batacazo limpio, esto es, las de tiroteos y constantes palizas al protagonista. He intentado inclinar mis preferencias por las del otro género, para complacer a Toby, pero no puedo. Cuando tratan de demostrar que uno puede estar en dos sitios a la vez o caminar sobre la arena sin dejar una sola huella, no lo comprendo ni lo creo. No tiene absolutamente nada que ver con nosotros.

Tras abrir la carpeta, Mark sacó de su interior un pliego de papel mecanografiado.

—En cambio, esta carta —manifestó— tiene mucho que ver con nosotros.

Seguía habiendo muy poca luz en la sala general. Sin acercarse a la lámpara verde, Mark leyó en voz alta entre la densa penumbra:

«Por la presente, declaro que estas habitaciones “cerradas con llave” se hallan increíblemente herméticas. Sé que la puerta tiene echada la llave, y las ventanas están clavadas con clavos. Sé que dichas ventanas no sólo se hallan clavadas, sino provistas de postigos de madera; la puerta, además de una cerradura de dos vueltas, tiene un cerrojo. Según mis informes, es posible que los banqueros particulares dispongan de una habitación de este tipo. Pero tened la certeza de que no las tiene nadie más».

Carolina abrió la boca para formular una pregunta, pero las frases siguientes obligáronla a guardar silencio.

«Imaginémonos, pues, que nuestra víctima se acuchille, empuñando un cuchillo en un dormitorio corriente. La casa se encuentra en un terreno bajo o húmedo y, por tanto, capaz de albergar espesas nieblas».

Mark levantó los ojos, dando palmaditas al papel.

—¿La Villa Roja? —inquirió Judith.

—¿Y por qué no...? —respondió Mark.

Luego, reanudó la lectura:

«Las ventanas de la habitación son de tipo corriente, cerradas con aldabillas muy difíciles de girar. Están, además, ligeramente enmohecidas por la humedad.

»Un examen microscópico (como el efectuado en la obra *La carta robada*, de Edgard Allan Poe) demuestra que en las superficies enmohecidas no se aprecian los inevitables vestigios que habría dejado cualquier artificio mecánico para girar las aldabillas desde el exterior.

»Con la llave sucede lo mismo. Se trata de una llave comente, difícil de girar en la cerradura y, asimismo, ligeramente oxidada. Posteriores exámenes microscópicos de la llave y del marco de la puerta indican que no se echó mano de ninguna estratagema para girar la llave desde fuera.

»Y, no obstante, se trata de un asesinato, amigo mio. ¿Cómo?».

Aun cuando seguían otros varios párrafos, Mark dobló la carta, dándola por terminada.

—¡Pero ésas son las ventanas del dormitorio de Rosa LeStrange! —exclamó Judith, como protestando contra algo.

—En efecto.

—¡Y ésa es la llave de la puerta de su habitación! No está muy oxidada, sino descolorida; ni más ni menos que lo que insinúa su carta; *presentaría* marcas. Y resulta difícilísimo darle vuelta en la cerradura.

—Sí.

—¡Sin embargo, me ha dicho usted esta mañana...!

—Un momento, Judith. Oiga usted; Carolina: ¿es eso, más o menos, lo que ha dicho, el teniente Henderson esta noche? ¿Ha efectuado la policía un examen microscópico como el mencionado? ¿No se utilizaron, por ejemplo, unas tenazas para dar vuelta a la llave desde fuera? ¿No se empleó ningún artificio a base de hilo o cordel, o algún sistema de poleas, para cerrar la puerta o las ventanas?

—¡Pues claro que no! —respondió Carolina, siendo firmemente su pañuelo de seda oscura—. ¿Qué necesidad hay de imaginar novelas de misterio? ¡Esa mujer se suicidó!

—¡Quiá! —repuso Mark—. Nada de eso.

—Pero la policía dice... ¡Aguarde usted! ¿Quién ha estado escribiéndole cartas sobre el caso, con semejante prontitud?

—Nadie.

—Me refiero a esa carta que tiene usted ahí. ¿Quién la escribió?

—Ya le he dicho a usted antes que un hombre muerto —respondió Mark—. Se trata de una simple copia. El original lo escribió William Wilkie Collins a Carlos Dickens el 14 de diciembre de mil ochocientos sesenta y siete.

Cerca del recinto con el escritorio del secretario de la biblioteca había una silla con respaldo. La esbelta y rubia Carolina, sinceramente desconcertada, la buscó a tientas y se instaló en ella. Únicamente en los ojos de Judith Walker brillaba un

destello de excitación.

—Se trata de la habitación cerrada con llave —prosiguió Mark— tal como la concibió el autor de *El feldespato* al urdir *La llamada del muerto*. Nada de fantasías para conferir a la historia un carácter irreal o increíble, sino simplemente una habitación corriente, con las ventanas y la puerta inaccesibles.

Su grave voz resonaba en los arcos góticos. Después de estas palabras, Mark guardó la carta en la carpeta y metióse esta última en el bolsillo.

—¡Ahora, ahora comprendo! —murmuró Judith—. ¡Pero... Mark! Si Collins concibió esta idea para una novela en torno a una habitación cerrada con llave en mil ochocientos sesenta y siete... ¿O fue en mil ochocientos sesenta y nueve?

—La idea se le ocurrió en mil ochocientos sesenta y siete, el mismo año en que concibió la de *El feldespato*. Pero no tenía intención de escribir la segunda novela hasta el año mil ochocientos sesenta y nueve.

—¿Para continuar la otra?

—¡Eso es! Ahora recuerde usted lo siguiente: a principios de noviembre de mil ochocientos sesenta y siete, Dickens partió de Inglaterra para dar una serie de conferencias en América. En diciembre, Wilkie Collins escribió tres cartas, con fechas diferentes, si bien, enviadas a América en el mismo correo. En ellas, reseñaba el argumento de la novela sobre la habitación cerrada, reservándose la solución del desenlace para espolear la curiosidad de Dickens. ¿Y sabe usted dónde se encontraba Dickens el día de su cumpleaños, esto es, el siete de febrero de mil ochocientos sesenta y ocho?

Judith encogióse de hombros.

—Tal vez debería saberlo, pero el caso es que lo ignoro. ¿Dónde se encontraba?

—Pues aquí en Washington. Alojábase en la Calle Doce, en lo alto de la avenida de Pensilvania, casi enfrente del Ministerio de Hacienda.

—¿Y allí fue donde Dickens recibió las cartas? —exclamó Judith—. ¿Logró usted descubrirlas ochenta años más tarde?

—Tuve suerte. Eso es todo. Pero, ¿no advierte usted...?

Era como si, en la densa oscuridad de la biblioteca, una mano emergiendo del pasado hubiese completado un diseño paso a paso.

—¿... no advierte usted —prosiguió Mark— que todo, absolutamente todo, desde la concepción de una nueva idea hasta el modo de exponérsela a Dickens, es característico del hombre que lo hizo?

Judith se rió quedamente, con una vehemencia que desmentía el rigor del luto.

—En realidad, Mark —declaró—, no necesita usted contarme detalles de Wilkie Collins. Recuerdo haber leído cómo actuó de padrino en un bautizo: un hombre menudo y regordete, saturado de champaña y coñac, sosteniendo al niño y haciendo guiños de asombro a través de sus gafas. «¡El bebé está bebido! ¡Válgame Dios! ¡El bebé está bebido!».

Mark hizo un ademán de asentimiento.

—O una anécdota aún más característica, Judith: su romántico relato del primer encuentro con su amante, mientras ésta huía, vestida de blanco, perseguida por un villano que...

Carolina Kent se levantó bruscamente. Pese a no hablar a gritos, la cólera y la violencia reflejábanse en todos sus músculos ante aquellos alegatos.

—¡Por favor! ¡Basta ya de ridículas majaderías, Mark Ruthven! ¡Todo eso son embustes! ¡No creo una palabra!

—¿Qué es lo que no cree usted? —inquirió Mark, mirándola de hito en hito—. ¿Que Collins inventase una nueva idea?

—¡No, nada de ideas! Me refiero... ¡a eso de emborracharse en los bautizos y de perseguir mujeres vestidas de blanco!

—Querida Carolina —suplicó Judith, con cierta violencia reprimida pese a su ligero tono de disculpa—. ¡De nada sirve andar con tantos remilgos! Lo que comprende Mark, a diferencia de usted, es que no se pueden explicar las novelas victorianas a los alumnos sin examinar previamente la personalidad del ser humano que las escribió. Es posible que el vestido blanco y la romántica historia sean un mito, pero la mujer fue real. Tenía el mismo nombre de pila que usted. Vivió con Collins durante...

—¡Judith Walker! ¡No lo creó ni por asomo...!

—¿Que no lo cree usted? —se asombró Judith—. En ese caso, será mejor que se lo demuestre. La cosa, no tiene trazas de oscura. Una obra popular, reminiscencia de Kate Dickens Perugini en Gladys Storey, nos Ofrece una semblanza del «querido Wilkie» y su amiga por parte de una persona que les conoció. Está aquí, en la biblioteca, y ahora mismo voy a por ella.

—¿Tan familiarizada está usted con esta biblioteca? —interrogó Mark.

—No en balde fui la esposa de Dan Walker, ¿verdad? El libro se halla en el ala norte. Encenderé unas pocas luces más y lo encontraré en un periquete.

—¡Judith Walker...! —repitió Carolina.

Pero, por toda respuesta, llególe el eco de unos pasos cada vez más lejanos.

Carolina esbozó un gesto de desesperación. Echándose la chaqueta ligera sobre los hombros y poniéndose de nuevo el pañuelo de seda oscura en la cabeza, anudado bajo la barbilla, dio tal patada a la silla que ésta se vino abajo.

—¡Me voy a casa! —declaró.

—Escuche, Carolina —dijo Mark, tratando de hablar con blandura—. Nadie quiere trastornarla a usted con un asunto tan trivial y carente de importancia como el de la moral victoriana. No obstante, la idea de la habitación cerrada con llave es importante. Las cartas de Collins, y sus notas para la proyectada novela, hallábanse en un archivo abierto, en mi despacho. El asesino de Rosa LeStrange las leyó, empleó y copió, a fin de matarla en una forma que semejase suicidio.

Carolina se volvió, hacia él, y con voz llorosa, conmovedora, gimió:

—No lo comprende usted. ¡No hay ninguno de ustedes que lo comprenda!

—¿Que comprenda qué?

—No sabe usted lo que me desespera. No tiene la menor idea. Pero lo cierto es que, si continúa usted diciendo que es un crimen, no conseguirá sino acarrear grandes males a una persona a quien profeso muchísimo cariño. ¡Y no es asesinato! ¡No hay asesino que valga! Nadie ha intentado nunca...

Entonces fue cuando cundió en la biblioteca una oleada de terror.

El estrépito que oyeron les produjo el mismo efecto de un trastazo en la cabeza. Fue un ruido atronador que, además de hacer retemblar los altos ventanales góticos encarados al este, hacia El Prado, y la puerta principal, semejó vibrar entre los retratos y los elevados estantes al sur de la sala general.

Antes de extinguirse los ecos de aquel fragor, Mark oyó saltar a una persona al suelo desde cierta altura. El ruido procedía del ala norte. Casi sin transición, Mark percibió unas carreras, tras lo cual él también echó a correr como un loco, en dirección a la biblioteca «vieja».

De los cinco pasillos que discurrían ante él, había, al presente, dos iluminados, en lugar de uno solo.

En el pasillo central, con la mirada fija en lo alto, permanecía Judith Walker. En las manos tenía un libro abierto, al tiempo que contemplaba la estantería aquella inmóvil, paralizada de terror.

Por todo el pasillo, veíanse esparcidos pedazos y fragmentos de un busto de yeso ennegrecido, que, al caer sobre el suelo, no por sí solo, sino derribado, a un palmo y medio de la cabeza de Judith, había hundido y roto la madera. Junto a las lámparas, elevábase aún, flotando en la atmósfera, una polvorienta bruma.

Súbitamente, Judith echóse a temblar. El libro resbaló de sus dedos, y, tras dar contra un estante, cayó entre los fragmentos de yeso esparcidos a su alrededor. Tropezando con los mismos, Mark abalanzóse hacia ella para tomarla en sus brazos antes de que le cedieran las rodillas.

Carolina, haciendo gala de su habitual serenidad en los momentos críticos, corrió tras él. Judith no se desmayó, ni semejaba en trance de desmayarse; al contrario: tras enderezarse y desasirse de los brazos de Mark, se echó a reír. Sin embargo, en cuanto el joven la confió a Carolina para emprender la persecución del bromista de la biblioteca, Judith gritó algo inarticulado.

El pensamiento de Mark corría parejas con el ritmo de su carrera:

—El bromista saltó de lo alto de aquel estante. Luego, precipitóse a la puerta lateral, pero, al hallarla cerrada, desvióse a la izquierda, hacia...

¡Sí!

Precipitándose al extremo septentrional del pasillo, lo dobló hacia la izquierda y miró en aquella dirección. Había la suficiente luz para vislumbrar la puerta del almacén en el momento en que ésta se cerraba quedamente.

Mark Ruthven fue presa de una impía alegría. La puerta de acceso al moderno almacén tenía sólo una cerradura tipo Yale en su parte exterior, al presente en

posición abierta. Tras cerrarla, Mark retrocedió, corriendo, al pasillo central, al tiempo que gritaba:

—¡Judith! ¡Carolina!

—Estoy perfectamente —insistía Judith—. ¡Le aseguro que estoy *perfectamente*!

—¿Está usted segura, Judith? —inquirió Mark, presa de extraordinaria inquietud.

—¡Sí, sí, sí! ¡Segurísima! Sólo que...

La luz de la lámpara iluminó el claro cabello pelirrojo de Judith, al tiempo que ésta se lo apartaba de la frente. Sus labios semejaban más oscuros en contraste con la palidez de su rostro.

—Pero alguien me miró. Alzóse allí arriba y me miró.

—¿Vio usted quién era?

—No. Cuando levanté la vista la luz me dio de lleno en los ojos. Y luego... bien, ya lo sabe usted.

—¿Qué le parece a usted, Mark? —intervino Carolina—. ¿Qué *opina* de esto?

Él las miró alternativamente, paseando la vista desde la, al parecer, recuperada Judith a la asustada pero firme y resuelta Carolina.

—¡Ahora no se alarmen! Pero convendría que una de ustedes me acompañase. Tal vez será mejor que la lleve a usted a otra parte, Judith...

—¡No! —protestó. Judith, agarrándole del brazo—. ¡Iremos todos! ¿De qué se trata?

Mark observó que el pasillo central formaba línea recta con el escritorio del secretario de la biblioteca, en medio de la sala general. Luego, sacándose el llavero del bolsillo y escogiendo una llave Yale, condujo a ambas mujeres a la puerta del almacén.

—El bromista sigue ahí dentro —declaró Mark, observando sus rostros—. Cayó en la trampa. Se refugió en el almacén, pero, yo cerré la cerradura Yale por fuera, y ahora no puede salir. Lo tenemos cogido.

—A lo mejor, se escapa por alguna ventana —insinuó Carolina, siempre con voz firme.

—No. Son de cristal reforzado y no permiten tina abertura superior a los doce centímetros. De modo que sigue cogido en la trampa, a menos que se arroje de cabeza por una ventana y se mate... ¡Carolina!

—Dígame usted.

—Esta llave, ¡fíjese bien, ésta!, es la de la cerradura Yale. Tome usted el llavero y cerciórese de que sujeta la llave apropiada. ¿La empuña usted firmemente?

—¡Sí! ¿Pero a qué obedece todo esto...?

—Voy a entrar en su busca. Una vez dentro, cerraré de golpe la puerta para evitar que el tipo se escabulla mientras yo registra el almacén. Pero, como yo también me quedaré encerrado, es preciso que permanezca usted en guardia, a fin de abrir la puerta cuando se lo diga. ¿Preparada?

Por un momento, en cuyo curso no llegó del interior del lugar más que un tenue

crujido de madera vieja, Mark titubeó con la mano en la cerradura. Entonces, Judith, clavándole los dedos en el hombro izquierdo, suplicó:

—¡No entre usted, Mark! ¡Telefonee, solicitando ayuda! ¡Diga que es el asesino!

—¿Y sembrar la alarma de ese modo, siendo así que, a lo mejor, se trata sólo de un vagabundo o de un ratero? La aventura no me seduce en absoluto, pero no me atrevo a hacer otra cosa... Tenga la bondad de retroceder, Judith... ¿Lista, Carolina?

Carolina asintió en silencio, con la llave en la mano.

Mark abrió la puerta. Al punto tendió el brazo a la izquierda, hacia una hilera doble de interruptores correspondientes a todas las luces de la planta baja del almacén. Un tenue pero brillante resplandor iluminó un conjunto de acero, cristal y hormigón. Mark avanzó un pasó, asiendo el tirador de la puerta para cerrarla.

—¡Mark! —gritó Judith, vivamente, a sus espaldas.

Pese a su nervosidad, Mark no se volvió, limitándose a mirar a izquierda y derecha, sin ver nada aún distinto de lo que debía haber en aquel lugar. Del interior, no llegó rumor alguno, indicador de que alguien estuviese al acecho.

—¡Mark!

Esta vez, la llamada fue tan conmovedora que, involuntariamente, el joven volvióse a mirar.

A cosa de tres metros y medio de distancia, iluminada de lleno por el resplandor que emergía del almacén, hallábase Judith, de pie, con los brazos caídos. La joven miraba hacia el fondo del almacén, con sus azules ojos muy abiertos.

No eran imaginaciones suyas. Acababa de ver algo que le produjo un sobresalto más grande que si hubiese percibido el paso de un proyectil, rozándole la cabeza.

Aquellos ojos desencajados, fijos en un punto del interior del almacén, obraron en Mark como un torno de dentista bajo un diente. Rápidamente, volvióse a mirar el almacén, pero, en cuanto alcanzaba su vista, no vio nada ante sí, a excepción de una hilera de estantes de metal, llenos de libros, cuyos títulos resultaba imposible leer debido a la distancia.

En vista de ello, Mark adelantóse, cerrando la puerta tras sí. Se percibió el chasquido de la cerradura. Al presente, hallábase en el interior del almacén, al parecer con el bromista de la biblioteca.

En consecuencia, no pudo ver la acicalada figura de Judith, con su vestido negro, sus medias de «nylon» y sus zapatos de cabritilla negra, tambalearse sobre los pies. Los ojos de la muchacha, cercados de las azuladas ojeras propias del insomnio, se pusieron en blanco. Casi sin transición, Judith cayó sin sentido, desplomándose imperceptiblemente sobre las rodillas, junto al extremo de una estantería de libros coronada con los negruzcos bustos de Dickens y Macaulay.

TERCERA. PARTE

MUJER PERVERSA

*Librate de la mujer perversa, de su lengua aduladora...
Pues sus miradas conducen a la muerte, y sus sendas a los muertos.*

PROVERBIOS, II, 16 y 18.

CAPÍTULO XI

Un brillante sol, aún esplendente pese a caminar hacia el ocaso del día siguiente, lunes, 19 de julio, extendíase, soñoliento, sobre Queenshaven.

Sus rayos dormitaban sobre las casas de madera lo de ladrillo, sobre el campamento de la iglesia de San Pablo y sobre el grupo de tiendas de la Hewitt Street, pero ni uno solo de ellos se filtraba en el espacioso y sombrío «fumadero» del College Inn, artificialmente iluminado. Dicho salón, que formaba parte de un edificio que incluía un hotelito y un restaurante, era conocido con el nombre de Casa Mike en toda la localidad.

—Comprendo —murmuró el doctor Gideon Fell.

Su enorme figura, apoyada en dos bastones, permanecía de pie, en medio de la estancia. Mark Ruthven y el doctor Samuel Kent, instalados ante una mesa con los residuos de tres cenas, observábanle atentamente.

Hacía tres horas escasas que Mark y el doctor Kent habían acudido a Washington en el trepidante coche de este último, a recibir al visitante.

Debido al errátil estilo de conducir del doctor Kent, llegaron tarde a su destino. Mark, después de otra noche casi en vela a continuación de su aventura en la biblioteca, tenía los nervios en vilo.

—¿Por qué no me dijo usted que conocía al doctor Fell? —preguntó a su compañero, una y otra vez.

En una de estas ocasiones, Samuel Kent, pasando temerariamente a un gran camión, respondió evasivamente, enfurruñado:

—Verá usted. Me tomé una libertad. Convencido de que estaría en el Club de Jugadores de Nueva York, le telefoneé allí.

—¿Acerca de la muerte de *miss* Lestrangle?

—No, no. Hablo de unos días atrás. Acerca de los disturbios en el gimnasio. Hasta anoche no le puse en antecedentes del otro asunto.

—¿De modo que ya está enterado de algo respecto al mismo?

—Sabe casi tanto como yo, lo cual, dicho sea de paso, no es gran cosa. ¡Caramba! ¡Son cerca de las seis menos cuarto! Confío en que no le perderemos.

De hecho, no había forma de perderle, ni tan siquiera en la vasta estación de mármol, llena de ecos.

—¡Eh! —exclamó el doctor Fell, con voz de trueno, blandiendo un bastón, con expresión radiante.

Ambos hombres le vieron junto al quiosco de la estación, despidiendo a un amedrentado mozo con gorra roja que le había llevado la maleta, y comprando una caja de puros. Sobre la nariz, llevaba unos desequilibrados quevedos sujetos a una ancha cinta negra, en tanto un mechón de pelo le cubría parte de un ojo.

En aquel momento, el recién llegado, vislumbrando a su anfitrión, le gritó algo, agitando la mano. Su rubicundo semblante denotaba satisfacción. Alegres cloqueos

estremecían su serie de barbillas superpuestas y agitaban un traje de alpaca negra como si de una tienda de campaña se tratara. Estrechó la mano de Mark con tan sincera complacencia, que hasta sus torcidos quevedos despedían materialmente chispas de amabilidad.

—Supongo que es usted Fell —murmuró el doctor Kent, inclinándola cabeza, gravemente.

—Y usted Kent, ¿verdad? —profirió la atronadora voz del doctor Fell, al tiempo que éste estrechaba felizmente, estrujándola casi, la mano de su interlocutor.

Luego de soltar un discurso de gratitud en pomposo y ceremonioso estilo, prosiguió, serenándose:

—Caballeros, tenemos mucho que hablar.

Y, señalando hospitalariamente un banco cercano, agregó:

—¿Les parece que nos sentemos?

—¿Aquí en la estación? —interrogó Mark.

—Precisamente, señor —continuó el doctor Fell, husmeando a su alrededor—, he estado reflexionando.

—¿Sobre el crim...?

—Sobre las estaciones de ferrocarril —declaró el doctor Fell.

Y aprovechando que había bastante espacio, sentóse en el banco, con sendos bastones a ambos lados, y la flamante caja de cigarros en el regazo. Entonces, sacudiendo la cabeza para apartar el mechón del ojo y echando hacia fuera su mostacho de bandido, inspeccionó los alrededores.

—La implantación del ferrocarril en toda Inglaterra, un siglo atrás, trajo consigo humo, suciedad, inmundicia e incomodidad. Los reaccionarios deben de alegrarse de que no hayan sobrevenido cambios. ¿Está usted de acuerdo conmigo, mi querido Kent?

El doctor Kent, con su cabello gris metálico, su recio semblante y sus negras cejas, sentóse en el banco, a su lado.

—Desde luego —musitó.

—Sepa usted, señor —prosiguió el doctor Fell, animándose de nuevo al dirigirse a Mark—, que en este país no se dan ustedes cuenta de cómo han glorificado la humilde estación de ferrocarril. En Inglaterra, la fea palabra «estación» significa simplemente que uno es estacionario. En cambio, aquí uno queda deslumbrado, y encuentra de todo, excepto el tren (en ciertas lamentables ocasiones). He visto palacios venecianos menos suntuosos que algunas de sus salas de espera. Creo que la estación donde nos encontramos reproduce un baño romano. ¡La órdiga! Como la próxima vez no desembarque en la sala de los espejos de Versalles o en los Jardines Colgantes de Babilonia, ya estoy viendo que me figuraré haber morado en el reino encantado más imponente del mundo. ¿Está usted de acuerdo conmigo, mi querido Kent?

El doctor Kent frunció el entrecejo.

—Carezco de los vuelos de su fantasía —repuso, algo nervioso y enojado—. Además, ha estado usted en América con anterioridad. Todas estas disquisiciones son innecesarias.

—¡Señor! —exclamó el doctor Fell, en un tono de voz distinto, meneando su maciza cabeza, como consternado—. ¿Equivale esto a un reproche?

—¡Sólo ha sido una...!

—Lo cierto es que no ha tenido usted en cuenta mi natural turbación —interrumpió el doctor Fell—. Primero, debía ir al *Queen's College* en calidad de huésped de Mark Ruthven, para examinar unas cartas perdidas de Wilkie Collins. Pero he aquí que, a todo esto, me telefona usted, poniéndome en antecedentes de una comprometida situación, e instándome a acudir a toda costa.

—Si le telefoneé a usted fue principalmente porque el doctor Arnold Hewitt insistió en que lo hiciera.

—¡Ah, ya! Y Mark no me mandó a paseo. Al igual que la mayor parte de la gente de este país, en particular los meridionales, habría preferido cortarse el cuello que mostrar falta de hospitalidad, pese a lo terriblemente inoportuna que resulta la ocasión. Lo comprendo perfectamente, pero, ¡rayos y centellas!, no puedo menos de sentir el natural malestar. Bien, señor, ¿en qué puedo servirle?

—El hecho es... —empezó el doctor Kent.

—¿En qué puedo servirle? —insistió el doctor Fell—. Soy un extranjero en un lejano país. Por consiguiente, no entreveo la posibilidad de recurrir a la policía...

—¡Tate! —exclamó el doctor Kent, con un pequeño ademán—. No es cuestión de eso. Después de practicada la autopsia esta mañana; la encuesta será una mera formalidad. Oficialmente, el caso está zanjado.

—Entonces, ¿qué quiere usted de mí? En el improbable caso de que yo lograra descubrir la verdad, ¿cuál sería el resultado? ¿Tiene usted empeño en que ese asesino se enfrente con la Ley?

—¡No sé que decirle, Fell! —espetó el doctor Kent, con brusquedad.

—¡Ah, vamos!

—¡Un momento! He hecho lo imposible por librar a la Universidad del escándalo. Y, no obstante, en justicia, opino que deberíamos averiguar la verdad. Únicamente estoy seguro de lo que *no* sé, si bien tengo conocimiento de un hecho capaz de sorprender a cualquiera.

Mark Ruthven aclaróse la garganta para intervenir, y, tratando de dominarse los nervios, profirió:

—¡Sí! ¡Eso es! ¡De eso se trata!... Oiga usted, doctor Fell.

—¿Qué hay?

—Sepa usted que su presencia no constituye ningún estorbo para mí —le dijo Mark, sinceramente—. Y conste que, aunque me crié en el sur, soy natural de Nueva Inglaterra. Todos nosotros deseamos saber la verdad; esto es, si el doctor Kent se explica un poco, sin ambages ni rodeos.

Samuel Kent levantó la vista, y, agitando sus arrugados párpados sobre sus vivos ojos de color castaño oscuro, exclamó:

—¡Mark, Mark, Mark! ¿De veras es usted partidario de que me explique sin ambages ni rodeos?

—¡Sí, señor!

—En ese caso, perdone lo que voy a preguntarle. ¿Por qué Brenda le abandonó a usted el sábado por la noche? ¿Es verdad, según anda diciendo *mistress* Hewitt, que su esposa se ha ido con el joven Frank Chadwick? En primer lugar, ¿qué sucedió anoche en la Biblioteca Nueva?

Un lejano altavoz empezó a hablar con cavernoso son. Por la estación pululaban interminables aluviones de público, bajo las hileras de estatuas erigidas junto a los ventanales formando arcos.

—En lo tocante a Brenda —declaró Mark, dominándose los excitados nervios—, no puedo (o, si lo prefiere usted, no quiero) decirle nada, hasta que la encuentre o ella acuda a mí. He telefoneado a varios amigos, pero no puedo arriesgarme a prodigar las llamadas: la policía sospecharía. En cuanto a Chadwick, no sé nada; es preferible que le interrogue usted directamente. En cambio, sí puedo decirle lo que ocurrió en la biblioteca; creí que ya estaba usted enterado. También puedo ponerle en antecedentes de un crimen a puerta cerrada planeado por escrito por un hombre muerto...

—¿*Eh?* —intervino el doctor Fell, con voz estentórea.

—... y primorosamente perpetrado en el dormitorio de Rosa LeStrange por una persona de nuestro medio.

Y luego de dirigirse a grandes zancadas a recoger la maleta del doctor Fell, Mark regresó, agregando:

—El coche aguarda, fuera, doctor Fell. Tiene usted una habitación preparada en mi casa, a su disposición. Por el camino, nos detendremos a cenar en Casa Mike. Abogo por una investigación a fondo, juego limpio y nada de indulgencias, pues tengo la certeza de que Brenda no tiene nada que ver con todo esto. Si le pongo a usted en antecedentes de todo cuanto buenamente pueda decirle, ¿se brindará usted a ayudarnos?

Por espacio de unos instantes, el doctor Fell se abstuvo de responder. Permanecía sentado, respirando trabajosamente, con su serie de barbillas hundidas en el cuello de la camisa y una mano en el puño de cada bastón. Sus angostos ojillos vagaron por encima de los torcidos quevedos, posándose, al fin, en el doctor Kent, con una expresión que revelaba inquietud e incluso aprensión.

Luego, introduciendo la vistosa caja de puros en un bolsillo lateral lo suficiente grande para contenerla, se puso en pie. Su rostro denotaba absoluta seriedad.

—Señor —dijo, en tono recitativo—: estoy a su entera disposición. Si un viejo inútil con la cabeza de chorlito como yo puede reportarle alguna utilidad, puede usted mandarme. Cabe incluso la posibilidad, ¡rayos y centellas, sí!, de que se me ocurra alguna idea sobre el asunto.

Así fue como, a las siete y media de la tarde, los tres hombres hallábanse cenando en el espacioso y sombrío «fumadero», artificialmente iluminado, del College Inn de Queenshaven. Mientras daban cuenta de una fuente de langosta y almejas al baño maría, sentados en una mesa lateral, Mark refirió su historia con todo lujo de detalles.

A todo alrededor de las paredes de la sala, provistas de iluminación indirecta, corría una serie de paneles pintados por un famoso ilustrador de principios del siglo xx. Ejecutados con todo detalle e intenso colorido, representaban escenas bélicas de la historia de América, desde la Guerra franco-italiana hasta la Guerra Civil entre los Estados.

En comparación con dichos paneles, el mobiliario con reminiscencias tabernarias aparecía lúgubre y amazotado. El frescor del aire acondicionado confería a la atmósfera un agradable olor a bodega. Con la sola excepción del camarero, los tres hombres estaban solos en el lugar.

Comenzando con la mención de Judith Walker con referencia a Wilkie Collins, el domingo por la mañana, Mark les expuso todos los detalles relacionados con el citado escritor, la obra *Armada*, el ejemplar de *La mujer de blanco* con que éste había sido substituida, y la habitación herméticamente cerrada propuesta por Collins. Después, procedió a la lectura de la carta dirigida a Dickens, fechada en diciembre de 1867.

El doctor Fell interrumpióle sólo en un punto.

—¡Vive Dios! —musitó en la semipenumbra—. ¡Oh, Baco!

Luego, dirigiéndose al doctor Kent, preguntó con un parpadeo:

—¿Es verdad todo esto?

—¿Que si es verdad? Mi querido Fell, ¿cree usted que yo puedo asegurar semejante cosa? La historia es de Mark.

—¡No, no, no! ¡Arcontes de Atenas! Interpreta usted mal mis palabras. ¿Efectuó pruebas la policía con la llave y la puerta del dormitorio de *miss* LeStrange?

—Sí.

—¿Y con las ventanas, fallebas, etcétera?

—Sí.

—¿No existen indicios de forzamiento?

—No. La dama estaba encerrada a piedra y lodo cuando murió.

La boca del doctor Fell redondeábase por momentos, con algo más que comida y bebida.

—Ahora dígame usted —rogó a Mark—. Cuando discutió usted el asunto con *mistress* Walker el domingo por la mañana, le dijo usted que entreveía la ejecución de «tres cuartas partes» de la estratagema. Francamente, señor, no comprendo su punto de vista. Por experiencia, me consta que o bien vemos el completo desarrollo de un ardid o no lo vemos en absoluto.

—Me parece que no me ha comprendido usted, doctor Fell —repuso Mark—. Lo que dije a Judith Walker es que sabía tres cuartas partes de los hechos de la proyectada novela, es decir, todos cuanto Collins reveló a Dickens, y que, por tanto,

la policía podía pensar que yo había descubierto el secreto partiendo de las pistas dadas. Pero no hay tal cosa. Por ejemplo...

—¿Sí?

—Bien, en *La llamada del muerto*, uno de los personajes, debía jurar que había oído a alguien limando los barrotes de una reja en el curso de la noche del crimen...

—¿Limando los barrotes de una reja?

—Eso es. Pero no hay ninguna reja en las ventanas de la habitación cerrada con llave. Eso consta, como prueba importante, en las brevísimas notas de Collins que tengo en mi casa. Y, con todo, no acierto a comprender qué tiene que ver esto con la historia.

—¡La órdiga! ¿A cuántas personas ha contado usted todo esto?

—No lo he referido del todo a nadie, excepto al difunto doctor Dan Walker. Brenda lo sabe, por supuesto; lo he mencionado a Toby Saunders y el doctor Hewitt; y, contra lo que dice el interesado, creía haber contado gran parte de ello al doctor Kent, aquí presente.

—En ese caso —instó el doctor Fell— conteste usted a una última pregunta importante, mientras yo gruño, cavilo y me arranco el cabello en silencio. ¿Qué aspecto tiene su esposa?

Mark le miró, asombrado, con un ligero parpadeo.

—¿Cómo dice usted?

—¡Haga usted el favor de describirme a su esposa, caballero! No le pido que nos cuente adónde fue ni otros detalles domésticos. Límitese a describir su aspecto, ¿quiere usted?

El doctor Fell escuchó atentamente las explicaciones de Mark.

—¡Perfectamente! Ahora bien: dice usted que anoche, a eso de las nueve, fue usted a la Biblioteca Nueva a estudiar la carta de Wilkie Collins: la que nos ha leído; esto es, la que hace referencia al mecanismo de la habitación, a diferencia de las otras dos, que se circunscriben a los personajes y al argumento. En la puerta lateral encontró usted a *mistress* Judith Walker. ¿Y después, qué sucedió?

Mark les puso en antecedentes, reservándose el detalle aducido por Judith conforme había visto a Brenda en la entrada de la Villa Roja a las doce menos diez, o un poco más tarde, de la noche del crimen. Se abstuvo, asimismo, de toda mención de su breve paréntesis sentimental con Judith, preguntándose cómo era posible que hubiese incurrido en semejante insensatez.

Lo demás lo contó todo de pe a pa. Al tiempo que lo hacía, volvió a sentirse presa de aquel recuerdo de pesadilla. Una vez más, le pareció oír el estrépito del busto de yeso al estrellarse sobre el suelo. Según todos los indicios, el bromista hallábase encerrado en el almacén. Mentalmente, Mark abrió la puerta del mismo, volvióse a mirar y vio a Judith con el terror pintado en el rostro.

—¿Qué más? —rugió el doctor Fell, sobresaltando a Mark con su atronadora voz—. Hasta ahora lo comprendo todo perfectamente. *Mistress* Walker se desmayó, pero

usted lo ignoraba, a la sazón. Cerró usted la puerta del almacén y quedóse encerrado dentro. ¿Qué sucedió entonces?

Mark miró a su interlocutor con profunda amargura.

—Nada —repuso.

—¿Nada?

—Quiero decir —explicó Mark— que no había nadie en el almacén. Ni en la planta baja ni arriba. El bromista había desaparecido.

La cara del doctor Fell, con la servilleta prendida en el cuello de la camisa y los torcidos quevedos centelleantes, semejaba flotar en el aire al otro lado de la mesa. Su cuchillo y tenedor, sostenidos en posición vertical, despedían también leves, destellos en la semi oscuridad.

—Mejor dicho —apresuróse a rectificar Mark—; no quiero significar con ello que el bromista fuese un fantasma o que volviera a repetirse el caso de la habitación cerrada con llave. Lo que sucedió, voto, al chápuro fue mucho más sencillo e indignante.

—¿Qué?

—Pues que me dejé engañar por uno de los trucos más antiguos que existen bajo la capa de la creación. El bromista jamás estuvo en el almacén.

Luego, volviéndose al doctor Samuel Kent, Mark prosiguió:

—Yo me hallaba en, el pasillo central de los cinco que hay en el lugar: cara al norte, pero entreviendo, a la izquierda, la puerta del almacén, en la pared oeste. ¡Pues, bien! En dicha posición, uno no acierta a ver la totalidad de la línea vertical de la puerta. Los estantes ocultan unos cinco centímetros de la misma. ¿Ha reparado usted en este detalle?

—¡Es posible, es posible! Pero, ¿qué pasó exactamente...?

—Verá usted. El bromista comprendiendo que no podría escapar corriendo, optó por embaucarme. Así, pues, permaneció a la izquierda de la puerta, fuera del alcance de la vista, y la cerró con las yemas de los dedos. Yo vi cerrarse la hoja suavemente, y, mientras me decía que el intruso habíase metido en el almacén, nuestro hombre se alejó de puntillas.

—¿Dejó huellas?

—¡Sí! En lo alto de las dos estanterías donde, permaneció escondido. Con todo, como no solicité ayuda alguna de la policía, apenas encontré huellas digitales. Mucho después, en el ala sur descubrí una ventana abierta con la falleba rota; una falleba que por lo menos tenía cien años; así fue como penetró el bromista en el lugar aquel.

—Mi querido Mark —replicó el doctor Kent, con la frente fruncida y las oscuras cejas contraídas bajo los efectos de un pequeño acceso de ira—: todo esto carece de importancia. Lo que importa es: ¿qué vio *mistress* Walker en el almacén? ¿Qué pudo ver que la asustase tanto? Eso es lo que deseo saber.

—¡Y yo también! ¡Eso es lo que todos deseáramos saber! Yo...

Mark se interrumpió.

Tenía demasiado vivo el recuerdo de la aparente recuperación de Judith de aquel desmayo. Después de él, la joven podía andar, pero, debido a la falta de coherencia de sus ademanes, necesitaba la ayuda de alguien. Mark la acompañó por el Prado; cerca de North Marlborough, Judith volvió a desvanecerse. Compadecido, comprendiendo, no sin cierto sentimiento de culpabilidad, que aquella noche la muchacha, al igual que él no había sido dueña de sí misma, la llevó a su casa de la Harley Lane, en tanto Carolina telefoneaba al doctor.

Por otra parte, obsesionábale también el recuerdo de Brenda.

—Esta tarde, Judith seguía en tratamiento sedativo —explicó Mark—. Anoche quedáronse a hacerle compañía *mistress* Kent y Carolina. Yo me quedé, también, a fin de...

Y, tras una nueva pausa, concluyó:

—Pero, a buen seguro, está usted enterado de todo esto, ¿verdad, doctor Kent? Probablemente, *mistress* Kent y Carolina le han puesto en antecedentes.

—Aún siguen en su casa, con ella —declaró el doctor Kent—. Lo cierto es que sus mensajes son algo confusos.

—Ya me lo figuro.

—Profeso mucha simpatía a *mistress* Walker, ¡muchísima! Comprendo que sufrió una impresión muy grande. ¿Pero qué clase de impresión?

—Esa es la cuestión. No pudo ver nada ante sí, excepto una serie de estantes de metal llenos de libros de arqueología. Como no sea que el doctor Fell nos proporcione alguna sugestión...

—¿Eh?

—¿Ha prestado usted atención a todo lo dicho?

—Señor —declamó el doctor Fell, retirando la servilleta del cuello de la camisa e irguiéndose con dignidad—: permítame, asegurarle que he estado escuchando con mucha más atención de la que parece indicar mi reconocida apariencia de bobo. En prueba de ello, ¿puedo formular dos preguntas?

—¡No faltaba más!

El doctor Fell se puso en pie, trabajosamente. Entonces, dirigiéndose, jadeando, al centro de la sala, y deteniéndose de espaldas a las vistosas escenas guerreras envueltas en la penumbra, inquirió:

—¿Está usted seguro de que el llamado «bromista» de la biblioteca no era, de hecho el fortuito vagabundo o ratero que usted imaginó vagamente, a la sazón?

—No; ¿cómo quiere usted que esté seguro? Por eso no me atreví a sembrar la alarma. Y, no obstante, tratábase, sin duda, del bromista que andamos buscando. De lo contrario, todo esto carecería de sentido. ¿Cuál es su segunda pregunta?

El doctor Fell frunció los labios, enfurruñándose.

—¿Qué aspecto tienen *mistress* Judith Walker y *miss* Kent?

Mark se dispuso a protestar, pero el semblante del doctor Fell denotaba tal seriedad, que optó por responder a la pregunta indirectamente.

—Supongo que no se figura usted que Rosa LeStrange fue asesinada por una mujer —comentó.

—No. De momento, lo considero de todo punto improbable. Pero, ¡rayos y centellas! Es un crimen como para ocurrir en las inmediaciones de una Universidad de abolengo, tradición y aguda inteligencia. Quienquiera que fuese el que cerró aquel dormitorio era un tipo académico, ingenioso y familiarizado con los libros.

—En este caso, ¿qué importancia puede tener el aspecto físico de tres mujeres?

—¡De cuatro mujeres! —apresuróse a corregir el doctor Fell—. ¡De cuatro! Le suplico que no lo olvide.

—De acuerdo; pero, repito, ¿qué importancia puede tener el aspecto de cuatro mujeres en este asunto?

—¡La tiene! De hecho, he estado reflexionando sobre lo que se me antoja la parte más espantosa y turbadora del caso. Me refiero a los disturbios del gimnasio, al verdadero bromista que se ríe en los rincones, pinta dibujos de la estatua del Fundador con pintura luminosa y empuja a un muchacho de dieciséis años a una piscina.

El doctor Fell levantó un bastón, jadeando pesadamente.

—¡Pero fíjese usted bien! —agregó—. A su manera, eso era aterrador. Y, no obstante, distaba mucho de ser sutil. ¡Al contrario! Resultaba crudo, algo infantil, casi como si...

Su sonora voz arrastró las postreras palabras, dejando la frase en suspenso. El doctor Fell se quedó con la boca abierta, como dispuesto a continuar hablando. Bajando el bastón, apoyó el peso de su cuerpo en ambos soportes. Luego, irguió su serie de barbillas como si observara algo en un rincón. La oscura silueta de su peluda cabeza, recortábase sobre una escena de la Emboscada del Ejército de Braddock, con el verde de la Milicia de Virginia protegiendo a los uniformes escarlatas de las flechas indias.

—Comprendo —murmuró el doctor Fell.

Luego, se irguió, como si temiera haber hablado demasiado.

Mark se puso en pie, a su vez, volcando casi la cerveza con el codo.

—¿Es mucho atrevimiento preguntarle qué es lo que comprende usted? Según las primeras pruebas, el bromista del gimnasio no era otro que la propia Rosa LeStrange.

—¡Temo no estar conforme con eso! —intervino Samuel Kent.

—En todo caso —añadió Mark, dominándose—, Brenda no tiene nada que ver con ello. Brenda es la última persona que, en buena ley, puede estar relacionada con lo sucedido en el gimnasio... Sí, sí, ¿de qué se trata?

El camarero del establecimiento, un hombre bajito con los modales de un diplomático balcánico, se acercó a recoger dos platos antes de llevarles el café.

—¡*Mister Ruthven!* —cuchicheó, en un recio tono menor—. Ahí fuera hay un hombre que desea verle. Es preferible que salga usted a verle.

—Lo siento, pero, en este momento, estoy algo ocupado.

—Insisto en que salga usted a verle, señor.

—¿Por qué? ¿Acaso no puede venir él aquí?

—Dice que prefiere no entrar, señor. Será mejor que le vea usted. Se trata de *mister* Frank Chadwick. Asegura que tiene que darle a usted un recado de su esposa.

CAPÍTULO XII

El Cadillac descapotable amarillo-carmesí, con Frank Chadwick al volante, hallábase estacionado al otro lado de la carretera, justamente frente a la Farmacia Barney.

Tras la aturdidora sensación de pasar de la semipenumbra y de una atmósfera acondicionada al calor y a la luz del sol, Mark se enderezó. Ambos hombres se miraron a través de la Hewitt Street.

A poco, Mark cruzó lentamente la calzada, en dirección al coche.

A primera vista, Frank Chadwick hacía gala de su habitual aspecto indiferente, risueño y seguro de sí mismo, con una buena dosis de atractivo juvenil del cual tenía plena conciencia. Su abundante cabello, de un tono castaño con reflejos dorados, coronaba un apuesto rostro y una ágil figura, ataviada con un traje de color crema y una llamativa corbata. Aparte de tablear, ligeramente las yemas de los dedos en el botón de la bocina, sin arrancarle ningún son, permanecía completamente inmóvil.

Mark acercóse al auto sin decir nada. Una vez más, ambos se miraron en silencio.

—Hola, Ruthven —dijo, al fin Chadwick, jovialmente.

Pese al atractivo tono de su voz, su sonrisa se disipó. Parecía reflexionar.

—En primer lugar —agregó—, no quisiera que me interpretase usted mal.

—Mala cosa si así fuera, *mister* Chadwick.

Frank entornó un poco los párpados. Las yemas de sus dedos levantáronse, por dos veces sobre el botón de la bocina. Pero, al fin, el joven esbozó una nueva sonrisa.

—Podría ser que sí, y podría ser que no —dijo—. Eso depende de usted.

Luego, imprimiendo a su voz un tono persuasivo, añadió:

—Mire usted, amigo: ¿tiene usted inconveniente que me muestre tal como soy?

—Ya es usted demasiado crecilito para cambiar, *mister* Chadwick.

A pesar de lo que había dicho de él, Mark sabía perfectamente que el despierto muchacho distaba mucho de ser un necio.

—Escuche, Ruth ven —advirtió Frank, sin perder la jovialidad—. Conste que he venido aquí para prestarle un favor. Creí que me lo agradecería.

—¿Sí?

—¡Atienda, Ruthven! —espetó—. A su manera, no es usted un mal sujeto. Yo...

El muchacho se interrumpió. Entonces, Mark, comprendiendo lo que hacía al caso, cedió, un tanto. Por primera vez, un niño mimado habíase enfrentado con la realidad de la vida, experimentando con ello el consiguiente espanto. En una o dos ocasiones, Mark había visto a otros jóvenes en el mismo trance.

—¿Qué sucede? —interrogó—. ¿Acaso le ha asustado la policía?

—¿La policía? ¿Se figura usted que me importa un bledo la policía? ¡No! ¡Se trata de mi padre!

Frank intentó reportarse, pero, una vez lanzado, no logró volver atrás.

—Como he dicho hace un momento, Ruthven, no es usted un mal sujeto. ¿Pero sabe usted cuál es su mayor defecto, mejor dicho, el de usted y el de Brenda? Que los

dos son orgullosos, tan sumamente orgullosos que... ¡Escuche! ¿Sabe usted dónde ha estado Brenda todo este tiempo? ¡Aguarde! ¡No conteste todavía!

—No era ésa mi intención.

—¡Vaya! Conste que no coopera usted en absoluto a allanar la situación.

—¿Por qué había de hacerlo?

Al propio tiempo, creyendo ver parte del verdadero carácter de Frank, Mark advirtió que cedían gran parte de sus celos y de sus coléricos sentimientos.

—Puedo asegurarle —prosiguió Frank, estallando de nuevo— que Brenda no ha estado conmigo. Desde el sábado por la noche se hospeda en el Willard. Si no me cree, puede usted comprobarlo por sí mismo.

—¿Cómo sabe usted que se aloja allí, *mister Chadwick*?

—Porque estamos en 1948. Porque no hay manera de conseguir una habitación en un hotel decente, a menos que uno cuente con una porción de influencias o sepa cómo agenciarse. ¿Qué le pasa a usted, Ruthven? ¡Brenda me plantó! ¡Me plantó justamente enfrente de esta farmacia!

Mark guardó silencio.

—Me plantó y se fue a casa. Cuando volvió a marcharse, después de discutir con usted, me telefoneó desde el Willard, rogándome que me pusiera de acuerdo con la dirección para proporcionarle una habitación allí. Mucha gente lo habría calificado de desfachatez, después de plantarme de aquel modo. Pero yo no se lo tuve en cuenta.

—¿Recuerda usted qué hora era?

—¿Qué hora?

—Sí. La policía está investigando el suicidio de Rosa Lestrangle, el cual no sería de extrañar que resultase ser un crimen relacionado con el *Queen's College*. Usted telefoneó a *miss Lestrangle* poco después de las diez del sábado por la noche, desde esa misma farmacia que está ahí, detrás de usted.

Frank Chadwick se pasó el dorso de la mano por la frente.

La palabra «policía» no le afectó en lo más mínimo. De eso Mark no abrigaba la menor duda. Tampoco le produjo el menor efecto el nombre de «Rosa Lestrangle». En cambio, otras dos palabras alteraron por completo la expresión de su rostro.

—¡El *Queen's College*! —balbució—. Mi padre lo considera un lugar sagrado. Bien, tendré en cuenta la lección. Descartando a Brenda (¡conste que puede usted hacerlo!), juro que nunca en mi vida volveré a fijarme en ninguna mujer de la Facultad...

Frank se interrumpió en seco.

—¿Insinúa usted que Brenda no es la única esposa de un miembro de la Facultad por quien se ha interesado usted?

El otro no respondió. La pregunta de Mark obró en él como un impacto. Le constaba que había hablado demasiado. Pero el sobresalto causado por lo que había estado a punto de decir produjo el efecto contrario le hizo reaccionar y devolvióle la perdida serenidad.

—Podría ser que sí y podría ser que no. ¿Acaso importa?

—Le importa a usted. Y también a ella, caso de que, efectivamente, piense usted en una mujer.

Frank echóse a reír.

—No, gracias —exclamó, con un asomo de crueldad, pese al contrapeso de su simpatía y su sonrisa—. Nunca más volveré a las andadas.

—Tal vez algún día cambiará de parecer.

—¿Qué dice usted, amigo? ¡Dios me libré! Ahora, hablando en serio...

—Diga usted.

—He hecho lo que debía hacer, ¿no es eso? —preguntó Frank, con absoluta seriedad—. Le he dicho la verdad respecto a Brenda. Para eso vine aquí. Está loquita por usted; no puede ver a nadie más. ¡En fin! —agregó, riendo—. Todos los hombres están llamados a tener un fracaso de vez en cuando.

—Me figuro que ése es un modo de enfocar la cuestión.

—El único que existe. Por fortuna, la cosa no había calado muy hondo. Todos mis asuntos en Queenshaven acaban ahí.

—¿Qué hay de Rosa LeStrange?

Frank habíase desperezado como un gato. Luego, tendiendo la mano indolentemente, dio vuelta a la llave de ignición y oprimió el botón de puesta en marcha. En el momento en que daba un pequeño respingo al percibir el zumbido del motor, llegaronle las palabras de Mark. Como impelido por un resorte, giró sobre sí.

—Esa... —farfulló.

En sus contraídos ojos brilló una expresión indefinible, algo así como si se sintiera, herido en su vanidad. Al punto, desapareció.

—Mal asunto el de esa chica —dijo fríamente—. No obstante, lo que pueda haber habido entre nosotros no incumbe en absoluto a la Universidad. Es posible que a mi padre no le guste el asunto; de hecho, puedo afirmar que no le gustará ni pizca; pero no me privará de mi asignación, ni me echará a puntapiés. ¿Qué suerte, eh?

—Para quién, ¿para *miss* LeStrange?

—Oiga, Ruthven. De nada, sirve andar con ironías. Como le decía, ayer acudió a interpelarme la policía. Primera pregunta: ¿dónde estaba yo el domingo entre una y tres de la madrugada? Respuesta: estaba en mi piso. ¿Podía probar que, en efecto, me encontraba allí, y no destrozando el corazón de Rosa o induciéndola a apuñalarse por amor? Me satisface decir que mi respuesta fue afirmativa: podía probarlo.

—¿Cómo?

—¡Muy sencillo, amigo! —exclamó el joven, mostrando sus espaciados dientes—. Brenda me plantó, ¿no es eso? ¿Qué habría hecho usted en mi lugar? ¿Qué habría hecho cualquier hombre? Pues llamar a otra muchacha y hacerla objeto de una amabilísima invitación. No mencionamos nombres; pero la policía se da por satisfecha. ¿Qué más quiere usted saber?

—¿A qué hora le telefoneó a usted Brenda desde el Willard?

—¿A qué viene ésa pregunta? Brenda no se halla en ningún apuro, ¿verdad?

—No, pero...

—¿Parece ser que titubea usted, no? —observó Frank, sonriendo.

—Sí. Brenda es la única persona del mundo que me interesa. ¿A qué hora le telefoneó desde el Willard?

—¡Ahí va, amigo! Siempre constituye una satisfacción para mí ser útil a los demás. Debía de ser alrededor de la una menos diez. Tuve que telefonar a la administración para solicitar una reserva, y Brenda no obtuvo la habitación hasta cerca de las dos. ¿Algo más?

—No —repuso Mark.

Y, cambiando de tono, agregó:

—Ahora, larguese de aquí.

—¿Qué ha dicho usted?

—He dicho que se largue usted de aquí.

Frank Chadwick clavó la mirada en su interlocutor. Con los dedos de la mano izquierda tabaleó la parte superior de la portezuela, al igual que hiciera un momento antes sobre el botón de la bocina con los de la derecha.

—No demuestra usted tener mucha, cordura, Ruthven. Ya no es usted tan joven como antaño, y, por tanto, no debería usted exponerse tontamente. ¿Qué sucedería si yo me apease del coche y le diera una lección?

Inclinándose, Mark bajó el tirador de la portezuela. La ancha puerta abrióse de par en par.

Mark aguardó.

El motor ronroneó suavemente. Dentro de la farmacia sonó el timbre de una caja registradora. Frank permanecía sentado al descubierto, con el codo y el brazo en suspenso. El momento se eternizó. Lentamente, asomaron a su rostro el asombro, la incredulidad, la cólera y otros muchos sentimientos.

Por último, el joven tendió la mano y, asiendo la portezuela, la cerró de golpe. El auto salió disparado con tal aceleración que su gruñido de tigre degeneró en un verdadero rugido al descender a toda velocidad por la Hewitt Street, en dirección a Alexandria.

Con la sangre aún latiéndole en las sienas, Mark lo vio partir.

Hallábase en la carretera, ante el establecimiento Barney, una moderna farmacia con amplios y bruñidos escaparates de vidrio cilindrado, a lado y lado de una puerta cerrada de cristal, en lugar de un cancel, debido a la instalación de aire acondicionado.

Lo natural es que, gracias a su mecanismo, la puerta se cerrara por sí sola cada vez que entraba o salía un, cliente. Pero, he aquí que, a la sazón, estaba entreabierta. Sin duda, alguien la sujetaba desde dentro. Mark levantó los ojos.

Tras la vidriera, contemplándole, hallábase la propia Brenda.

—Son ustedes muy orgullosos. Tan *sumamente* orgullosos que... Cuando Brenda

volvió a marcharse, después de discutir con usted, me telefoneó desde el Willard...
—recordó Mark.

En los ojos de Brenda, Mark leyó espanto e irresolución. La joven sostuvo su mirada sólo un instante. Luego, volviéndose rápidamente a la izquierda, precipitóse, por detrás del escaparate de vidrio, a un alto tablero con vistosas revistas expuestas, fingiendo profundo interés en ellas.

Mark echó una ojeada, a su alrededor. Las robustas y amables siluetas del doctor Luther, Mason y su señora acercábanse por la Hewitt Street, para cenar en el restaurante del College Inn.

Mark apresuróse a entrar en la farmacia, una vez dentro, se detuvo. La puerta cerróse con un suave chirrido.

En el interior de la tienda, reinaba profunda quietud. Un chico delgado con camisa playera consumía un batido de chocolate, sorbiendo una paja, junto al mostrador provisto de una fuente de agua de soda. Una señora de edad, a quien Mark no conocía, hallábase al fondo del establecimiento, discutiendo con el farmacéutico, acerca de alguna receta.

Junto al tablero de las revistas, siempre de espaldas a él, permanecía Brenda.

Mark dirigióse hacia allí y se detuvo tan cerca de ella, que los brazos de ambos se rozaban. La joven llevaba el mismo vestido blanco sin mangas... Es decir, acaso era otro; de hecho, presentaba un aspecto diferente. Completaba el atuendo un cinturón azul y unos zapatos blancos y azules. Los hombros de Brenda se estremecieron, y la joven se inclinó a examinar la cubierta de *Look*.

Sobrevino un silencio.

Por fin, tras lo que pareció una eternidad, Brenda, sin apartar los ojos del *Look*, dijo, con un rápido cuchicheo:

—Si he vuelto ha sido únicamente por los horribles acontecimientos de acá, por el asesinato de esa mujer y por el hecho de andar tú complicado en ello. ¡Y porque tenemos un huésped! ¡Eso es todo!

Siguió otro embarazoso silencio.

—¡Oh, Mark! —estalló, al fin—. ¡Qué horriblemente *estúpida* he sido!

—No tanto como yo.

—¡Sí!

—¡No!

—¡Que sí!

La necesidad de hablar con cuchicheos y de examinar atentamente todas las revistas de aquel establecimiento perfumado de olor a jabón y a batidos de helados y frutas, les puso en una de esas situaciones que sólo después de pasadas aparecen incongruentes.

—Brenda, te quiero.

—Y yo también a ti.

—Aquí no podemos hablar. ¿Qué te parece si saliésemos fuera?

—¡Sí...! Mejor dicho, no. En este momento pasan, el doctor Mason y su señora. Me preguntarían por qué he estado ausente.

—¿Y eso qué importa...? ¡Aguarda un momento! ¿Has vuelto aquí en su coche?

—¿En el coche de quién...? ¡Oh, no, por Dios! ¡Ni siquiera sé el motivo de su presencia aquí! Al regresar en nuestro auto, vi que me seguía el Cadillac. Él se detuvo aquí y yo me detuve un poco más arriba...

—¡No te preocupes! ¡La cosa carece de la menor importancia!

—¡Sí tiene importancia! Hablé con el camarero de Casa Mike y, a poco, saliste tú. Siento decirte, Mark, que me metí aquí dentro; furtivamente, por la puerta lateral del dispensario. Y escuché lo que decíais. Te quiero.

—La calle ya está despejada. El doctor Mason y su señora han entrado en el restaurante. ¿Podemos salir ahora?

—¡Sí...! Oye, Mark, ¿quién la mató?

El chico delgado con la camisa playera terminó el batido de chocolate helado, en tanto la paja producía un desagradable ruido en el vaso vacío. Pero, al tiempo que Mark escrutaba el rostro de Brenda, toda sensación de absurdidad o incongruencia disipóse como por encanto, dando paso a un súbito temor.

—Brenda, ¿te has limitado a regresar aquí?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Has hablado con alguien en la Universidad o en estos alrededores?

—No; con nadie en absoluto. Pero esta mañana leí todos los periódicos y me entró un pánico cerval.

—Sin embargo, los periódicos no mentaban siquiera la palabra asesinato. El doctor Kent y Judith Walker la hicieron pasar por una chica tan inocente y respetable, que la cosa no despertó gran interés. Apenas nos ha molestado ningún periodista. ¿Cómo adivinaste que fue un crimen?

—¡Jamás... jamás imaginé que pudiera ser otra cosa! —farfulló Brenda—. Además, oí...

Pero, a media frase, mudó de parecer.

—Quiero decir que, cuando uno lee en los periódicos cosas de ese tipo, nunca cree hallarse en posesión de toda la verdad. Invariablemente, piensa que se reservan algo, ¿no es cierto?

Sonó la caja registradora. Una vez pagado su batido de chocolate, el chico delgado dirigióse indolentemente a la salida. Como un eco, llegó el débil son de otra caja, procedente del fondo; la señora de edad avanzada, que, al parecer, llevaba un buen rato allí, comprando diversos artículos, salió presurosamente.

—Atiende, Brenda: tengo que formularte una pregunta. Cuando te marchaste a la ciudad el sábado por la noche, ¿*entraste* en la villa de Rosa LeStrange?

Brenda retrocedió unos pasos, con la mirada petrificada. Su rostro cubrióse de rubor.

—¡No, no entré! Pensaba hacerlo, pero no lo hice. Si te refieres a lo que dije...

—No importa lo que dijiste. ¿Te detuviste allí? ¿Te apeaste del coche?

Y al ver su irresolución, la tranquilizó con estas palabras:

—No tiene la menor importancia, lo que hiciste. Límitate a decirme la verdad.

—¡Está bien! —replicó la joven, a la defensiva—. Confieso que me detuve y que me apeé del coche. Es preferible que no te oculte nada, ¿verdad? Di uno o dos pasos por el sendero, pero, comprendiendo que me avergonzaría de mí misma el resto de mis días si cruzaba una palabra con ella, volví al auto y me alejé, como alma que lleva el diablo.

—¿A qué hora fue eso?

—No recuerdo, Mark.

Entonces, los espaciados ojos de Brenda parecieron captar el destello de un recuerdo.

—Es decir, aguarda un momento. Creo recordar... El reloj de la casa del Fundador daba las doce cuando oí... ¡bien!, cuando oí las campanadas.

Mark alegróse interiormente. Esto concordaba enteramente con el testimonio de Judith Walker y con otras pruebas. Su corazón se dilató. Sin duda, Brenda interpretó en sentido erróneo su expresión de alivio, porque insistió:

—Te aseguro que digo la verdad. ¡*Por favor!* Olvida las cosas que te dije aquella noche. Todo era mentira.

—Sé que me dices la verdad. No hay necesidad de sacar a relucir... aquello...

—¡Sí, Mark! —le gritó la joven—. ¡La hay! Yo también tengo que hacerte una pregunta.

—¿Una pregunta?

—¡Sí! En el curso de este último año, o cosa así, ¿no has sido feliz a mi lado?

Fuera, la luz había comenzado a disminuir; el sol descendía envuelto en la quietud del momento en que el cielo se oscurece bajo el influjo de las tímidas sombras del crepúsculo. Mark fijó la vista en la muchacha, vislumbrando de nuevo el rubor, la ansiedad y la incertidumbre; que entreviera en aquel rostro en su despacho, el sábado por la noche.

—Por Dios, Brenda: ¿qué quieres decir con eso?

—Si no has sido feliz, dímelo. Lo comprenderé. Eso es precisamente lo que deseo saber. Ese es el motivo por el cual intenté despertar tus celos con Frank.

Mark abrió la boca, pero volvió a cerrarla, sin pronunciar una palabra.

—Ya sé que no resulta fácil decir una cosa así, Mark, pero tengo que saberlo. Te dije que varias mujeres, entre ellas Judith Walker, andaban tras de ti. Hace dos o tres años, si semejante cosa sucedía, me limitaba a reírme de mí misma, pensando: «Mark ni siquiera se da cuenta de que ésa va tras él; ¡ni tan sólo se ha fijado en ella!». Pero, más tarde, empecé a pensar: «De hecho, tampoco se fija en mí; le tengo absolutamente sin cuidado».

—¡*Escucha*, Brenda...!

—Frank me atraía, pero nunca le tomé en serio. Lo que te dije él sábado, en tu

despacho, de que quería divorciarme para casarme con Frank, fueron todo mentiras inventadas bajo la excitación del momento. ¡Me dolió tanto que me dijeras que no te importaba!

—Me porté como un solemne idiota deseoso de *herirte*. ¿Y tú...?

—Sí. Dejé a Frank aquí, en ésta farmacia, y regresé a casa. Pero me preocupaba Rosa LeStrange, diciéndome que resultaría aún muchísimo peor que Judith Walker. Para colmo, al poco rato, se metió en casa en la forma que tú sabes.

—¡Te aseguré que no había nada, Brenda...!

—Sí, pero no te creí. Al marcharme en el coche, me proponía, efectivamente, ir a casa de Jane Griffiths. Pero estaba en tal estado, que no me atreví a presentarme ante nadie. Entonces, fui al Hotel Willard. ¡Oh, Mark! Hasta mucho más tarde, no *comprendí* que no tenías nada qué ver con ella.

—¿Cuándo fue eso? ¿Esta mañana?

—No. Lo comprendí hace media hora escasa, en esta droguería, al ver que tratabas a Frank tal como esperaba que le trataras cuando me proponía despertar tus celos.

Brenda levantó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Si hubieses podido verte a ti mismo cuando, sin molestarte en contestarle, abriste la portezuela del coche, desafiándole a salir! Si no has sido feliz conmigo, Mark, te ruego que me lo digas. Y, si lo has sido... dímelo también.

Y Mark se lo dijo. Tomándola firmemente del brazo, la condujo al exterior, a una desierta calle. Bajo un árbol, entre las crecientes sombras, se lo dijo con cierto detalle.

Y no obstante la necesidad de respetar el decoro público, de mantenerse a prudente distancia y de simular que hablaban del tiempo, les puso en un estado de nervios que no es para descrito.

Mark recurrió al recurso de explicarle exactamente cuán inocente la consideraba con relación al asesinato de Rosa LeStrange.

—Puntualicemos —insistió Mark—. Los límites aparentes de la hora de la muerte son las doce y media, por una parte, y las tres y media, por otra. Nadie en el mundo podría haber ido desde la casa de Rosa al Hotel Willard, en la avenida de Pensilvania, entre las doce y media y la una menos diez.

—¡No, pero...!

—¡Un momento! ¿Estabas en el Willard a la una menos diez y no te dieron, la habitación hasta cerca de las dos? ¿Hay testigos de eso?

—Sí, claro. ¡Pero...!

—¿Dónde dejaste el coche?

—Donde suelo aparcarlo siempre. En el Garaje Hilary, justamente a la vuelta de la esquina.

—¡Ya me lo figuraba! Aun cuando hubieses podido salir del hotel furtivamente, no habrías podido sacar el auto de aquel garaje sin ser vista. De modo que quedas

absolutamente libre de sospechas.

—¡Mark! —exclamó Brenda, horrorizada—. ¿Pero es que alguien ha podido pensar ni remotamente que yo... que yo...?

—Sólo Toby Saunders. Pero su opinión no cuenta para nada:

—¿Toby Saunders?

—Ya conoces a Toby, querida. Siempre recurre a los extremos y lanza acusaciones al buen tuntún; después le remuerde la conciencia y se apresura a rectificar. Lo ha hecho infinidad de veces. En realidad, jamás ha creído semejante cosa.

—¿Pero qué quieres que haga yo? —inquirió Brenda, humedeciéndose los labios—. ¿Que se lo diga a la policía?

—No, no es necesario. Basta con que se lo digas al doctor Fell, Cuéntale que Frank Chadwick jamás te importó un comino. Que el sábado por la noche y anoche estuviste en el Willard. Y que tienes una coartada más firme que el Tesoro. ¡Díselo al doctor Fell!

Contra su voluntad, Mark había levantado la voz; al darse cuenta de ello, se reprimió. Pero fue el sexto sentido de Brenda el que la indujo a envararse y volverse a mirar.

El doctor Fell, con la pelada cabeza descubierta, hallábase en medio de la calle, con las dependencias de ladrillo rojo y ventanas blancas del College Inn a sus espaldas. De repente, Mark advirtió que el coche del doctor Samuel Kent ya no estaba enfrente de la posada de la Universidad; y, no obstante, no recordaba haberlo visto partir.

En varias ocasiones, desde el comienzo de aquel asunto, había experimentado una sensación de peligro. Una vez más volvió a sentirla al ver el rostro del recién llegado.

El doctor Fell aclaróse la garganta, y, adoptando un tono quejumbroso, que recordaba el son de una concertina, dijo a Brenda:

—Señora: soy Gideon Fell. ¿Perdonará usted mi impertinencia si le juro que sus fotografías son sólo un pálido reflejo de la deslumbradora realidad? ¡Y usted, señor! ¿Me perdonará si le digo que ha leído usted perfectamente en mi rostro? Rosa LeStrange sigue entre nosotros. Habrá más contratiempos, acaso esta misma noche.

—¿Rosa LeStrange? ¿Cómo?

—Un momento antes de que su mujer le llamase, como de costumbre, Sam Kent me hizo una revelación. En realidad, yo la esperaba, pues, en nuestra conversación telefónica, aludió vagamente al asunto. Pero la cosa resulta algo difícil de asimilar; de todos modos, no constituye la más grande de nuestras preocupaciones.

—No acabo de comprender lo que quiere usted decir.

—¿No? ¡Rayos y centellas! Bien, ante todo necesito cambiar unas palabras con *mistress* Walker, siempre y cuando su médico lo permita. Pero, antes, debo visitar el dormitorio de la Villa Roja, el núcleo del cubil de nuestra misteriosa dama, en compañía de una de las personas que descubrieron su cadáver. Pese a lo avanzado de

la hora, señor, espero que querrá visitarlo usted también, Brenda se estremeció como si una araña hubiese surcado su piel. Pero, casi inmediatamente, echóse el pelo hacia atrás con un decidido ademán, y enlazando su brazo con el de Mark, declaró:

—¡Pues claro que debes ir, Mark! ¿Me permites que vaya contigo?

CAPÍTULO XIII

En el centro del dormitorio, de Rosa LeStrange, cuando el crepúsculo comenzaba a oscurecer el cielo, permanecía el doctor Fell, inmóvil, examinando el tocador de triple espejo.

Las tres personas presentes en la casa apenas habían cambiado media docena de palabras.

Mark hallábase en el pequeño pasillo pintado de blanco, mirando alternativamente por la puerta abierta del dormitorio donde reflexionaba el doctor Fell, y por la del salón, al otro lado del pasillo, donde Brenda, más que aguardar, parecía haberse puesto a buen recaudo.

A última, hora, tal como Mark había previsto, Brenda no quiso aventurarse a entrar en la habitación. Instintivamente, retrocedió. El por qué había, querido acudir allí, como no fuera por una especie de morbosa fascinación, escapaba por completo a Mark.

Habían entrado en la casa sin dificultad; la puerta anterior no tenía la llave echada. Ahora estaba abierta de par en par, al igual que cuando Mark, Toby y el doctor Kent la habían cruzado a través de la niebla del domingo por la mañana.

Como la villa daba frente al nordeste, la porción de cielo visible por la puerta abierta apenas conservaba luz. Pero la mortecina lámpara de ámbar ardía de nuevo sobre una mesita, al fondo del vestíbulo. El dibujo de Goya en blanco y negro, representando unas brujas en la noche del sábado, lucía vagamente en la pared.

Los tres seguían sin despegar los labios.

El doctor Fell diríase como petrificado en la contemplación del tocador y de la banqueta tapizada de verde en la cual había sido hallado el cadáver de Rosa LeStrange, con las rodillas y los muslos casi empotrados bajo el tablero del mueble.

—¡Veamos! —pensaba Mark—. ¿Qué hay de la arquitectura de esta casa?

A este propósito recordó que, originariamente, constaba únicamente de dos habitaciones: el salón y el dormitorio actuales. En 1920 o cosa así, alguien había dicho que, detrás del dormitorio, acababan de construir una cocinita y un pequeño cuarto de baño moderno, y, detrás del salón, un estrecho comedor, cuya puerta, como la de la cocina, daba al corredor.

Eso era todo.

La «Villa Roja», «La Casita», o «Queenshaven 13».

A seis metros y pico de la puerta abierta, al término del sendero de acceso, el farol de la calle encendiéndose súbitamente, como por arte de magia, proyectando su difuso resplandor a varios metros de distancia. Junto a la acera, estaba estacionado el Chevrolet de Mark, donde se habían colocado las maletas de Brenda y del doctor Fell.

Tras un titubeo, Mark optó por dirigirse a buen paso al dormitorio.

—¡Mark! —le gritó Brenda.

Después de aquel silencio, hasta el son de una voz humana le puso en vilo. Brenda se hallaba a sus espaldas, en la puerta del salón, tensa y vigilante.

—¿Adónde vas? —inquirió.

—Simplemente al interior de esa habitación. Me ha entrado verdadera curiosidad por saber si está igual que cuando estuve en ella por última vez.

—Seguramente estará igual, ¿verdad?

—Sí. Pero tú no tienes nada que ver aquí, Brenda. Lo único que conseguirás es ponerte nerviosa. ¿Por qué no te vas a casa en el auto y te entretienes deshaciendo la maleta?

—¡Prefiero aguardar a que tú vayas, querido!

—Todavía no puedo. Tengo que contestar varias preguntas, si bien no creo que mi aportación sea de gran utilidad. ¡Aguarda un momento!

—¡Mark!

Pero Ruthven atravesó el umbral.

La lámpara de pie con la pantalla ambarina ardía de nuevo junto a la verde butaca, la cual fue lo primero que atrajo su atención. La silla permanecía a conveniente distancia del ángulo formado por la pared de la izquierda y la del fondo, y, por consiguiente, tenía un buen espacio libre tras ella. Sobre la mesita situada a la izquierda de dicha butaca, bajo la lámpara, veíase su ejemplar de *La mujer de blanco*.

Junto a la pared del fondo, hallábase instalada la baja cama, con la reproducción de *La joven bruja* en la cabecera, y la abierta puerta del cuarto de baño más allá. Frente a él, en la pared opuesta, los espejos del tocador permanecían casi invisibles tras la figura del doctor Fell. Las dos ventanas anteriores ostentaban las mismas cortinas de cretona con un motivo crema y ámbar.

Aparte de los vestigios de polvos para obtener huellas digitales, aún esparcidos o parcialmente recogidos, y de cierta sensación de que mucha gente había hollado aquella suave alfombra de lana, la estancia no parecía haber experimentado más cambio que el de la ausencia de Rosa LeStrange.

Mark paseó la mirada por las ventanas. Luego la fijó en un punto determinado.

No prestó particular atención a la gran cómoda, salpicada de polvos para conseguir huellas digitales y con evidentes indicios de haber sido registrada por la policía cajón por cajón, que aparecía instalada en el ángulo formado por la pared de la fachada y la de la derecha. Pero, ante el mueble había una silla con respaldo y sobre este respaldo, vuelto del revés, veíase el vestido amarillo que llevaba Rosa el sábado por la noche, y sobre la silla, primorosamente arrolladas, sus medias de «nylon». En el suelo se veían un par de zapatos de tacón alto.

Mark no se había fijado en ellos el domingo por la mañana. Una vez más, le trajeron a la memoria a la muchacha, alta, y enigmática, con una sonrisa ligeramente maliciosa.

En aquel preciso momento, el doctor Fell, con un fuerte carraspeo y una cara roja y preocupada, acercóse pesadamente, procedente del tocador.

—¡Puertas y ventanas cerradas! —exclamó Mark, involuntariamente—. ¿Se le ocurre a usted alguna idea?

—Señor —repuso el doctor Fell—, sepa usted que raras veces paso por la dificultad de la ausencia de ideas. Me preocupan las que tengo ya. Hace poco rato, usted y su esposa me han contado sus respectivas historias con relación a la noche del crimen. Estas historias no me interesan en lo concerniente a ustedes, más sí en lo tocante a otras personas y, sobre todo, a ciertos acontecimientos acaecidos en su casa.

—Bien, ¿desea usted formularme alguna pregunta?

—Gracias. Empecemos por Rosa LeStrange.

A todo esto, Mark sabía perfectamente que Brenda se hallaba en la puerta, detrás de él.

Aun cuando no podía verla, presentía su proximidad física y la emoción que la embargaba. Mark se hizo a un lado, a fin de que la muchacha pudiese contemplar al doctor Fell.

—Según tengo entendido, habló usted, con ella sólo dos veces: una, cuando le abordó en la avenida de la Universidad el sábado por la mañana; otra, alrededor de las once de la noche, cuando la chica se metió en su casa sin llamar al timbre, sin duda porque creía que estaba usted solo. Sin embargo...

—¿Sí? —murmuró Mark.

—¡Muy bien! —exclamó el doctor Fell, abriendo súbitamente sus entornados ojos—. ¿Se le antojó a usted grosera en algún aspecto?

—No le comprendo a usted del todo, doctor Fell.

—¡Grosera! ¡No, *mistress* Ruthven, por favor!

Un guiño y una sonrisa animaron momentáneamente el rostro del doctor Fell.

—Ya me figuro lo que ha pensado usted, señora: «¿Y le parece a usted poca grosería meterse en casa de aquel modo?». ¿No es eso lo que ha pensado?

—¡Pues... sí! —balbució Brenda, con expresión desconcertada—. Eso temo.

—Pues no es eso, en modo alguno, lo que quiero significar. Les ruego a ambos que desechen cualquier juicio que se hayan formado de su vida privada o moralidad. Vamos a ver, señor. En el breve trato que tuyo usted con ella, ¿le pareció bien educada?

—¿Bien educada? ¡Sí! ¡Ya lo creo!

—¿Comedida? ¿Cortés? ¿Desenvuelta?

—Sí. Las tres cosas.

—¿Sin ningún indicio de torpeza o tosquedad?

—¡Ni por asomo!

—¡Ahora fíjese bien! —prosiguió el doctor Fell—. *Miss* LeStrange no opone la menor objeción al rumor de que tenía citas secretas en la enfermería con un joven posteriormente identificado como Frank Chadwick. Al contrario: se limita a reírse. No lo niega. El hecho conviene a su pose de gran vampiresa.

—¿A su «pose»? —exclamó Brenda.

Y tras una pausa, balbució:

—¿Qué entiende usted por “su pose”?

La mente de Mark se replegó. En su cerebro, con nueva fuerza y claridad, resonaron ciertas palabras de Judith Walker a propósito de Rosa LeStrange.

—¿Pero cómo habría reaccionado ante otra clase distinta de acusación? — Interrogó el doctor Fell—. ¿Qué efecto habríale producido ser acusada de andar travesureando por todo el gimnasio, haciendo dibujos en las paredes y echando pesos sobre las cabezas de los viejos, sin más motivo que el de considerarla un caso ligeramente patológico? ¿Qué tal le hubiera sentado una murmuración de esa clase?

—No le habría hecho ni pizca de gracia —declaró Mark sencillamente.

—No; cabe suponer que ninguna. Y, no obstante, Toby Saunders la hizo objeto abiertamente de esa acusación, en su propia cara.

Al llegar a este punto, el doctor Fell dirigióse pesadamente hacia la ventana de la izquierda. Una vez allí, recorrió las cortinas de tonos verdes y ambarinos, entre un tintineo de anillas de metal. Luego, hizo lo propio con las de la segunda ventana.

—A las once y pico de la noche del pasado sábado, en su propio domicilio, entregó usted a *miss* LeStrange su ejemplar de *Armada*. No dudo de que ése fuera el libro en cuestión, señor; ¿pero mencionó alguien el título?

—¡Sí! —respondió Brenda, adelantándose a Mark—. ¡La propia interesada! Una de las primeras cosas que dije, tras hacer constar que el timbre no funcionaba, fue que Mark había prometido prestarle *Armada*.

El doctor Fell asintió, atisbando por la ventana.

—Después, según la información aportada por Sam Kent, Toby Saunders y Carolina Kent la llevaron a su casa, en el coche del doctor Saunders. Se detuvieron ahí en la calle, tal vez a poca distancia de donde su auto está estacionado en este momento. Los tres hallábanse sentados en el asiento anterior del vehículo. Y Toby Saunders intentó inspirarle el temor de Dios, según propia expresión, insinuando abiertamente que sabía a ciencia cierta que ella era el «bromista» del gimnasio.

Tras una pausa, el doctor Fell continuó:

—Ahora bien, siempre ateniéndonos a las pruebas, ¿qué efecto le produjo a la muchacha semejante acusación? De hecho, sus únicas palabras fueron: «Doctor Saunders: mañana por la mañana se enterará usted de algo». ¿No es eso?

—Ni más ni menos.

—Pero *miss* Kent, interpelada privadamente por su padre, se inclina por, otra interpretación. Según ella, Rosa LeStrange pareció ponerse furiosa, pero tan aturdida que, por un momento, quedó sin habla. Y yo creo que podemos aceptar esa explicación, pese, a resultar más prosaica.

—Lo mismo opino yo.

—¡Enfadada! ¡Desconcertada! ¡Momentáneamente privada de habla! «Doctor Saunders: mañana se enterará usted de algo». Interpretadas de esa forma, ¿a qué suenan esas palabras?

—A mi modo de ver —dijo Mark, tras una pausa—, suenan a amenaza.

—Sí. Estoy de acuerdo. Y esto nos induce a formular otra pregunta.

Por espacio de unos instantes, el doctor Fell miró a Mark fijamente.

—¿Es su amigo Toby Saunders un hombre honrado?

—¡Un momento! —exclamó Mark, enderezándose—. No puedo permitir que insinúe usted...

—Yo no insinúo nada, caballero. Mis palabras no tienen más significación que la que pretendo darles. Repito: ¿es Saunders un hombre honrado?

—Creo que es el hombre más honrado que he conocido en mi vida. No puede soportar la crueldad o la injusticia; si de algo peca es precisamente de ser un poco demasiado sensible. Hace un rato decía a Brenda...

—No hace falta que me lo repita. Le oí a usted hablar por casualidad.

—Y recuerdo, por ejemplo, un paso acaecido cuando ambos éramos estudiantes...

—¿Qué caso?

—¡Pero eso sucedió hace muchos años!

—Cuéntemelo, por favor.

Brenda, con su ajustado vestido blanco de falda algo acampanada, miraba a los dos hombres alternativamente, temiendo que se enzarzasen en una discusión. Lo que, sin duda, le tranquilizó, como también a Mark, fue la compasiva comprensión que denotaba el semblante de Gideon Fell.

—¿Quiere usted contármelo? —instó el doctor Fell, suavemente.

—En nuestro último año de carrera, Toby insolentóse con un hombre llamado Harben, acusándole de copiar ideas para una tesis. Después, no podía dormir. Y a las cuatro de la madrugada se dirigió a Addison Hall a despertar a Harben para pedirle excusas. No simpatizaba con Harben; tampoco tenía el convencimiento de haberse equivocado; y, no obstante, consideró que lo único que cabía hacer era disculparse. Sólo existe una palabra para calificar a Toby: es un muchacho quijotesco. Si duda usted de su honradez...

Brenda, en la puerta, se oprimía el costado del corazón con la mano izquierda.

—Jamás he dudado de su honradez, señor —protestó el doctor Fell.

—En este caso, ¿por qué...?

—Si no tiene usted inconveniente, volvamos a lo que *sabemos* de hecho, de este caso.

—Diga usted.

Tras pronunciar las palabras: «Doctor Saunders: mañana: por la mañana se enterará usted de algo», Rosa LeStrange apeóse del coche. A las once y media (fíjese usted en la hora), Toby Saunders y *miss* Kent se alejaron en el auto, dejándola de pie bajo el farol, oprimiendo el libro contra su pecho.

Una vez más, el doctor Fell reflexionó, con, las guías de sus mostachos lasas.

—Al llegar a este punto, forzoso es reconocer que, por un momento, entramos en el dominio de la conjetura. Con todo, no resulta tan difícil reconstruir lo que sucedió

después.

»Esa mujer, Rosa LeStrange, es astuta, maliciosa y cruel, pero todo ello sin perder nunca su porte de señora. Aun en el trance de verse acusada de desaguizados en el gimnasio, procura conservar su fría apariencia y un rostro sonriente. Luego, dando media vuelta, asciende por el sendero, en dirección a esta villa.

»Y aquí, ¡rayos y centellas!, es donde este asunto empieza a asustarme. Ese es el motivo que me indujo a declarar que habría más contratiempos, y acaso esta misma noche. Poco antes de reunirme con ustedes dos en la Hewitt Street, Sam Kent terminó de contarme todo cuanto sabía. Pese a su sabiduría, Sam es un inocente. Lo mismo que ustedes dos. Al menos que yo pueda impedirlo, caerán todos ustedes en una trampa.

—¿En una trampa? —repitió Mark—. ¿Tendida por quién?

—Tendida por la policía —respondió el doctor Fell.

Sobrevino un profundo silencio.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó Mark, al fin.

—Mi querido amigo —dijo el doctor Fell, acongojado—, ¿se figura usted que la policía va a dejarse engañar tan fácilmente como para aceptar, sin más, que la muerte de esa mujer fue debida a un suicidio?

—¿Por qué no?

—Por tres razones evidentes. ¡Por ejemplo! ¡Fíjese en esto!

Apoyando ambos bastones en la pared entre las dos ventanas, el doctor Fell situóse ante la de la derecha. Su pestillo, ligeramente descolorido por un principio de herrumbre, resultaba muy difícil de abrir; pero el doctor Fell logró desatrancarlo. Luego, levantó la ventana.

Seguidamente, repitió la misma operación con la ventana de la izquierda. Entonces, todo cuanto quedó en el marco inferior de cada ventana fueron sendas telas metálicas sujetas por medio de pequeños ganchos.

—¿Se da usted cuenta? —insistió el doctor Fell—. Cualesquiera que fuesen las costumbres imperantes en la época de Wilkie Collins, la gente no duerme en habitaciones con las ventanas cerradas a piedra y lodo. Y menos en una calurosa noche de fines de julio. La mera presencia de esas telas metálicas para impedir el paso de los insectos (y, al tiempo que así hablaba, pasó una uña a través de una de ellas) indica que estas ventanas solían mantenerse abiertas. En América, están ustedes tan acostumbrados a las persianas que ni siquiera las ven. En Inglaterra, no las usamos; por eso a mí me llaman, más la atención. ¿Me sigue usted?

—Sí —afirmó Mark.

—¿Es verosímil que una mujer dispuesta a suicidarse, apuñalándose, cerrase primero las ventanas? Por otra parte, y a la inversa, ¿habría dejado la puerta de la entrada abierta de par en par, tal como la encontraron ustedes? Cabe la posibilidad de que hiciera una cosa u otra, bajo los efectos de su aturdimiento; pero no actos, opuestos al mismo tiempo. ¿Sigue usted también este razonamiento?

—Sí. ¡Jamás... jamás imaginé...!

—Finalmente, observe usted el tocador. No, le suplico que no profiera usted juramentos; límitese a mirar el tocador y la banqueta tapizada de verde ante él.

—¿Bien? ¿Qué pasa con él?

—Rosa LeStrange no fue apuñalada en ese tocador. Y el teniente Henderson debe de estar convencido de ello desde el principio.

Mark echó una ojeada al tocador. La imagen de Brenda, con el semblante pálido, reflejábale de frente en el espejo central y de perfil en los laterales.

—¿Me permite usted que se lo demuestre? —insistió el doctor Fell—. ¡*Mistress Ruthven!* No quisiera someterla a una tortura; ni asustarla con pesadillas sin sentido. ¿Pero tiene usted la bondad de mirarse fijamente en el espejo central?

—S... sí.

—Imagínese que está usted a punto de suicidarse. De un solo golpe tiene que atravesarse el corazón con una estrecha hoja de acero de doble filo, con empuñadura de plata y madreperlas. No titubea usted; buen número, de mujeres, han hecho lo propio antes que usted. ¿Pero podría usted sentarse ahí y contemplar su propia muerte en un espejo?

—¡Oh, no, por Dios!

—¿Por qué no?

—Porque ya sería bastante horroroso *pensar* en lo que iba a suceder para *contemplantlo*, encima, en un espejo.

—Ninguna mujer podría soportarlo —declaró el doctor Fell, levantando ligeramente su recia voz—. Que yo sepa, no consta ningún caso parecido en las estadísticas del suicidio. Puede usted retirarse, *mistress Ruthven*; permíteme y retírese.

La voz del doctor Fell tomóse más queda.

—¡Y ahora, una última prueba! No, *mistress Ruthven*; esta vez no la molestaré a usted. Si su esposo tiene la bondad de sentarse en la banqueta, ante el tocador, intentaremos demostrar otra cosa.

La imagen de Brenda había desaparecido del espejo. Mark se encontró sentado entre los espejos, pero sus rodillas, demasiado altas, no cabían debajo del tablero en cuya superficie alineábanse una serie de tarros de crema de belleza, botellas de perfume y toda clase de artículos de tocador, dispuestos alrededor de una polvera sobre un tapetito de encaje.

—Como usted recordará, la puñalada que la mató era exactamente igual que la estocada de un suicida. Alguien, apostado detrás de ella mientras permanecía sentada, asestó el puñal en el pecho izquierdo por encima del hombro derecho. La víctima fue pillada desprevenida, sin tiempo para luchar, defenderse o siquiera moverse para esquivar el golpe. Si observamos cómo...

Una forma negra apareció en todos los espejos, con movimiento descendente.

Instintivamente, Mark levantó el brazo derecho y se puso en pie de un brinco. Su

rodilla dio contra el tablero, con un golpe entorpecedor; percibióse un tintineo de cristal; los espejos se estremecieron, despidiendo quebrados reflejos de luz. Dos frasquitos se vinieron abajo.

Entonces, Mark se enderezó. La banqueta había caído tras él, sobre la alfombra.

—Ya comprendo —dijo, con la rodilla dolorida pero ya del todo serenado—. La víctima se hallaba sentada, mas no precisamente aquí. Es imposible ser pillado desprevenido cuando uno está sentado ante tres espejos.

—En efecto.

El doctor Fell, con el rostro aún más colorado por el esfuerzo efectuado, farfulló una disculpa.

—¿Sabe usted? —prosiguió Mark, si cabe con más amargura que la experimentada en la Biblioteca Nueva—. Siempre creí ser un hombre medianamente inteligente. Pero ahora, lo retiro. El grado de mi estupidez...

—No —interrumpióle el doctor Fell, con tajante vehemencia.

—La respuesta sigue siendo afirmativa. No he sido capaz de ver lo que saltaba a la vista.

—La cosa se debe simplemente a que está usted acostumbrado a los crímenes que se leen en los libros. Lo mismo digo de Sam Kent, e incluso del asesino; de lo contrario, habría rechazado la idea de cerrar las ventanas, en julio.

—¿Y la policía adivinó desde el principio que se trataba de un asesinato? No obstante, el teniente Henderson dijo...

—¡Ah, precisamente! «El teniente Henderson dijo». Cuando Sam Kent me contó lo que había dicho ese policía, estos viejos ojos se pusieron bizcos y sentí como si me descargaran un instrumento contundente en el cráneo. Como el que no quiere la cosa, preguntó a Sam si creía en la posibilidad de que Rosa LeStrange se hubiese apuñalado ante el espejo, «como solían hacer, en ocasiones, las mujeres suicidas». ¡Voto al chápuro verde! ¿Le oyó usted decir semejante cosa?

—No; pero lo sé por referencias.

—¡Bien! Las mujeres suicidas no hacen eso, como sabe perfectamente todo oficial de la policía experimentado. La alusión fue aducida deliberadamente. Henderson sospechaba de la volubilidad de Sam; y aguardaba, ojo avizor.

—Entonces, ¿por qué no actuó?

—Evidentemente porque no acertaba a comprender, y sigue sin comprenderlo pese a las pruebas efectuadas, cómo era posible que este dormitorio estuviese cerrado por dentro. No, no puede detener a nadie. Pero, indudablemente, hará algo; y eso es lo que me temo.

Mark volvióse a echar una ojeada.

La puerta del aposento estaba abierta, formando un ángulo recto, con la llave en la cerradura, por dentro, tal como la había dejado la policía después de sus pruebas.

Brenda le observaba desde el vestíbulo. Mark sintió una punzada de dolor en la rodilla al encaminarse a la puerta para examinarla; pero no tardó en olvidar toda

sensación de dolor. Al dar vuelta a la llave furiosamente, advirtió la fuerza que había que, hacer para girarla.

A continuación, sacó la llave de la cerradura. Su recta tija, su ojo y paletón, aproximadamente del mismo tamaño, hallábanse cubiertos de una ligera capa de herrumbre que debería haber mostrado hasta las más nimias señales de hilo, y, con mayor motivo, las de cualquier herramienta utilizada para girarla desde fuera.

En lugar de ello, *semejaba* intacta.

—¿Cómo se las apañaron, doctor Fell? —inquirió Mark, volviendo a introducir la llave en la cerradura.

—Lo ignoro —repuso el doctor. Fell, encogiéndose de hombros—. De momento, me conformo con aguardar a que me enseñe usted esas notas de que me ha hablado. Por ahora, lo de la llave carece de importancia, siempre y cuando la policía no se entere de lo ocurrido antes que nosotros.

Brenda se mordió el labio inferior. Sus ojos reflejaban amor, simpatía, profundo interés. En cuanto Mark regresó al vestíbulo, la joven se precipitó hacia él. Su marido le ciñó la cintura con un brazo.

—¡Por favor, Mark, no te preocupes así! Ya sé que esas palabras resultan tontas dichas por mí, que no ceso de preocuparme; pero detesto verte preocupado a ti.

Y tras, escrutar su rostro, miró al doctor Fell con aire de desafío, preguntándole:

—Si la policía no puede demostrar nada, ¿qué hará?

—Mi querida señora; eso es precisamente lo que me preguntó yo. Este no es mi país y, por otra parte, tampoco estoy muy familiarizado con las leyes.

—Pero...

—Es posible que difieran la encuesta o que se dediquen, sin prisas, a tomar declaración a los testigos, como han hecho hasta ahora. También es posible que tiendan una trampa y aguarden a que alguien, cualquiera, cometa un desliz. De modo que no podemos cruzarnos de brazos.

—En este caso, ¿qué debemos hacer?

—¡Arcontes de Atenas! Nuestra única alternativa, como he indicado ya, es escudarnos en la verdad: descubrir exactamente qué sucedió en esta habitación cuando Rosa Lestrangle fue apuñalada. Repito: no es tan difícil, con tal que usted y su marido me ayuden.

Mark notó que la cintura de Brenda se ponía rígida bajo su brazo.

—¿Yo? —exclamó Brenda—. ¿Cómo voy a ayudarle, si no estaba cerca de la víctima cuando acaeció su muerte?

—Es posible que estuviese usted más cerca de lo que se figura —repuso el doctor Fell—. Entre usted aquí, *mistress* Ruthven. Procedamos a reconstruir su última hora sobre la tierra.

CAPÍTULO XIV

—¿Su última hora...?

Brenda habló sin darse cuenta; pero se calló en el acto al notar que Mark oprimía su costado. Ambos avanzaron hacia el doctor Fell, apostado en medio de la estancia, apoyándose en ambos bastones.

La mirada de Brenda se posó en las descubiertas ventanas. La suave brisa que se filtraba a través de las persianas levantaba el perfume de cosméticos evaporados y de sales de baño.

El doctor Fell observaba a la joven. Tras echar una ojeada al vestido amarillo sobre el respaldo de la silla y al tocador; Brenda miró a la izquierda, hacia la reproducción de la pintura de Anton Wiertz. El color de la carne de la joven del cuadro, atisbando por encima de su hombro derecho a la vieja bruja que acude a despedirla en su partida a la Noche del Sábado, destacábase claramente sobre el fondo rojizo crepuscular.

—¡No! —profirió el doctor Fell.

—¿No? —exclamó Brenda, desviando los ojos del cuadro, con un sobresalto—. ¿Qué quiere Usted decir con ese no?

—Que no es lo que está usted pensando. Sam Kent dijo a Toby Saunders, con mucho acierto, que no comprendía el carácter de la difunta; Entretanto...

—Entretanto —intervino Mark—, ¿qué vamos a reconstruir?

—Como iba diciendo, a las once y media, la tenemos de pie bajo el farol, con el libro en las manos. Ahora imaginémonos que asciende por el sendero. Entra en la casa, y, a buen seguro después de cerrar la puerta anterior, se mete en esta habitación.

Con la contera de uno de los bastones, el doctor Fell indicó la puerta. Luego, prosiguió:

—Que nosotros sepamos, no espera la visita de nadie. Pero, en su mente, bullen muchos pensamientos: siente cólera, sí, mas también acaricia la deliciosa idea de que mañana pondrá de manifiesto la verdadera laya de cierta persona de esta comunidad a quien se atribuye la máxima respetabilidad e integridad.

Mark, sin soltar a Brenda, propuso al doctor. Fell:

—Opino que será mejor que se explique usted.

—Le pido a usted perdón, caballero. De hecho, me he anticipado a las pruebas. No obstante, le doy mi palabra de honor de que la cosa no redundará en perjuicio de su esposa ni de usted. Por consiguiente, permítame aventurar un paso más allá.

Brenda suspiró con alivio.

—Diga usted —instó Mark.

—A mi modo de ver, al llegar a esta habitación, la chica sentíase casi regocijada ante la perspectiva. Es una muchacha limpia, pulida, ordenada, como pueden ustedes deducir a juzgar por el aspecto de esta habitación.

E indicando la silla con el vestido y las medias, prosiguió:

—Se desviste con su acostumbrada pulcritud. Se pone una bata de algodón, blanco con un estampado de ramitas rojas y se anuda el cinturón a la izquierda. Luego, se calza unas zapatillas forradas de lana. Usted la vio muerta a primera hora de la mañana siguiente: ¿está usted conforme con todo esto?

Adondequiera que mirase, Mark tenía la impresión de ver el triple espejo del tocador y la volcada banqueta junto al mismo.

—En efecto, llevaba la bata. Pero, naturalmente, no vi las zapatillas, siendo así que parte de su cuerpo se hallaba oculto debajo del tocador: lugar en el cual, según ha demostrado usted, *no fue* asesinada. Alguien apostado a sus espaldas la apuñaló por encima del hombro, de derecha a izquierda, Ahora bien: si no estaba en el tocador, ¿dónde se encontraba?

—¿Necesita usted preguntarlo? —exclamó el doctor Fell, abriendo los ojos, asombrado.

Al propio tiempo; señaló el rincón. La butaca tapizada de verde, colocada varios palmos de los ángulos de la pared y con mucho espacio para moverse detrás de ella, cobró, a los ojos de todos, una nueva significación.

La lámpara de pie, con su pantalla de cristal tallado de tono ambarino, a la izquierda de la butaca, arrojaba su luz sobre un libro de cubierta oscura y purpurina, con las páginas extendidas boca abajo sobre la mesita.

—¡Deténganse! —ordenó el doctor Fell.

Mark y Brenda, esta última asida a la manga de Mark, volviéronse a mirarle, sorprendidos.

—Digo que se detengan —explicó el doctor Fell—, porque, de lo contrario, su imaginación les llevaría demasiado lejos. Rosa LeStrange se desviste sin prisas, y, tras ponerse la bata blanca y las zapatillas forradas de fieltro, se sienta en esa silla a hojear *Armadale*.

»Apenas ha tenido tiempo de leer dos o tres páginas, cuando llaman a la puerta anterior de esta villa. Rosa no espera ninguna visita, pero esto carece de importancia. Según mis cálculos aproximados, son alrededor de las doce menos cuarto cuando, llena de alborozo, acude, presurosa, a abrir la puerta anterior...

—¿A quién? —inquirió Mark.

—Al asesino.

—¿Sospecha de ese visitante?

—¿Como asesino? ¡No! Alguien ha acudido aquí a matarla. Pero ella ni lo sueña. Siente un desprecio absoluto por la persona que ve; cualquier idea de violencia por parte de ella habría despertado su hilaridad.

—¡Doctor Fell! —exclamó Mark, con un nudo en la garganta—. Si usted dice que esto es cierto, no lo negaré. ¿Pero puede usted demostrarlo? ¿Está seguro de ello?

—¿Que si estoy seguro? ¡Arcontes de Atenas! ¿Es que yo, o cualquier otra persona, puede estar segura de un indicio de razón o un destello de perspicacia en todo este caos? Yo no lo estoy; ¡pero lo creo! Y estimo que verá usted la verdad si

examina un problema que ya le ha preocupado profundamente. ¿Por qué alguien, a buen seguro el asesino, había de retirar el ejemplar de *Armadale* y sustituirlo por *La mujer de blanco*!?

—Eso es lo que me pregunto yo. ¿Por qué?

—¡Reflexione! Si no hubiese descubierto usted esta substitución a primera hora del domingo por la mañana, cuando el incidente estaba aún fresco en su memoria, ¿podría haber tenido la certeza, después, de que no le había entregado el otro libro, equivocadamente?

—No, me figuro que no.

—¿A pesar de haber sido cuidadosamente arrancadas varias páginas del comienzo de *Armadale*?

—¡Tal vez ni siquiera entonces! ¡No puedo asegurarlo!

—Muy bien. Ahora volvamos a *miss* Lestrangle y a su visitante de las doce menos cuarto. Lejos de alarmarse, la muchacha está llena de alegría, porque puede jugar al gato y al ratón con una persona a quien considera su víctima, invita a su visitante a pasar aquí. Vuelve a sentarse, con el libro en las manos, y, muy finamente, finge leer, mientras prodiga sus mofas.

»¡La oportunidad es única! Cualquier pregunta indiferente, como por ejemplo: “¿Qué está usted leyendo?” o “¿Es bueno ese libro?”, permite al asesino colocarse disimuladamente detrás de la butaca. *Miss* Lestrangle contempla el libro; y el asesino le asesta el golpe mortal.

»Las manchas de sangre halladas sobre su bata eran de un color definido; sangre arterial. Brota sólo un pequeño chorro antes de que la delgada hoja y la empuñadura del arma taponen la herida. ¿Pero qué es probable que sucediera a las páginas de aquel libro?

Mark asintió en silencio, y, clavando la vista en la silla murmuró:

—Salpicaduras de sangre.

—¡Eso es! —exclamó el doctor Fell—. ¿Y qué se infiere de eso?

Mark volvió a esbozar un ademán de asentimiento. Con la imaginación vio claramente el cuerpo de la mujer en el acto de encorvarse hacia delante bajó los efectos de la puñalada: con la boca abierta, sin un grito. Escurriéndose de sus dedos, el libro cayó sobre la alfombra, con las páginas cerradas. Mark oyóse a sí mismo, hablando en voz alta.

—Lo que se siguió —repuso— estuvo a punto de desbaratar al asesino.

—¡Sí! ¡Muy a punto! ¿Por qué?

—Porque aquello *debía* semejar un suicidio. El autor del crimen no podía llevarse el libro y destruirlo; alguien podría acordarse. Pero tampoco podía dejarlo aquí, con las páginas manchadas de sangre o misteriosamente arrancadas. Tenía que arriesgarse a llevar a cabo una substitución; con ello, yo mismo creería haber dado a Rosa un libro por otro.

—¡Exacto! —espetó el doctor Fell.

—Hemos dado casi por sentado que el asesino fue un hombre. Pero, ¿no podría haber sido...?

—¡Oh, sí, desde luego! —gruñó el doctor Fell, echándole una rápida, rara y nerviosa mirada—. Me veo obligado a reconocer, y quedé eso entre nosotros, que podría haber sido una mujer.

—¿Cuándo sucedió el hecho? Me refiero a la hora del asesinato.

—¡Arcontes de Atenas! Creo que fue a eso de las doce y media; o acaso antes. ¿Pero cómo voy a precisarlo yo si apenas puede hacerlo un médico forense? ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque el puñal no estaba en esta habitación, sino en el salón, al otro lado del pasillo. El asesino debía ir a por él.

Daba la impresión de que el doctor Fell, agobiado por otras preocupaciones, no podía entretenerse en considerar semejante detalle. Bajo su enmarañado cabello, su frente aparecía perlada de sudor.

—¿Y eso le desconcierta a usted tanto? Con cualquier excusa el asesino podría haber ido al salón sin despertar sospechas. ¡Con cualquier excusa! Es posible que la propia *miss* Lestrangle le proporcionara la oportunidad...

El doctor Fell se interrumpió.

Brenda acababa de desasirse bruscamente del brazo de Mark. No corrió, ni siquiera fue muy lejos. Pero, por un segundo, semejó sentirse sofocada.

—¡Sí lo hizo, sí lo hizo! ¡Yo la oí!

Tras lanzar esas exclamaciones, Brenda retrocedió hacia la cama, con los ojos fijos en algo fuera de la ventana. Pese a la imposibilidad de que un hombre con la tez del doctor Fell se pusiera pálido, tal fue la impresión que dio el rostro del profesor.

—¿Quién lo hizo, *mistress* Ruthven?

Brenda volvió la cabeza lentamente.

—¡Oh, no, por Dios! ¡No quiero decir con ello que sepa quién cometió el crimen! ¡No! Me refiero a que oí su voz.

—¿La voz de quién?

—¡La de esa mujer! La de Rosa Lestrangle... Yo me hallaba ahí fuera, en el sendero, a seis metros, o más de aquí; ¡conste que se lo dije a usted y también a Mark! Me apeé, del coche, pero no tuve alma para entrar. Tanto más cuanto oí la voz de aquella desvergonzada, gritándole a alguien y riéndose. Pero nunca pensé... nunca me imaginé...

Mark dio un paso hacia ella. Entonces, con los nervios en vilo pero acogiendo a la prudencia, permaneció donde estaba.

—¡*Mistress* Ruthven! —exclamó el doctor Fell, con voz queda—. ¿Dice usted que oyó a *miss* Lestrangle hablando con alguien en esta habitación?

—¡Sí!

—¿Así, pues, estaban abiertas las ventanas, a la sazón?

—¡No lo sé! ¡No me fijé! Probablemente lo estaban; de lo contrario, no la habría

oído.

—¿Estaban corridas las cortinas?

—¡Sí! ¡Sí! No vi nada. De eso me acuerdo perfectamente.

—¿Qué oyó usted decir a *miss* LeStrange exactamente?

Los dedos de Brenda, con las uñas esmaltadas de un tono natural, posáronse bajo los pronunciados pómulos, oprimiéndose el rostro. El corpiño de su vestido de seda subía y bajaba rápidamente, a compás del acelerado ritmo de la respiración. Por fin, la joven murmuró:

—«¿Haces el favor de traerme una señal para libros del escritorio?». Eso fue lo que le oí decir, sólo que en voz más alta y... riéndose a medias. ¡Se lo oí decir! «¿Haces el favor de traerme una señal para libros del escritorio?».

Sus palabras semejaron flotar en el aire como el eco de las pronunciadas la otra noche, tras las cortinas.

—Aquí no hay ningún escritorio, *mistress* Ruthven. ¿Cree usted que se refería al escritorio Chippendale instalado en el salón?

—¡Lo ignoro! ¡No me detuve a pensarlo!

—¿Dijo algo la otra persona?

—No, ni una palabra. Yo...

Pese al canto de los grillos, reinaba tal silencio en el exterior, que el estruendo de un auto en, la Harley Lane impresionó vivamente a la ya excitada Brenda. Tan sólo el coche del doctor Kent, que además de un defectuoso motor tenía un guardabarros suelto que el profesor siempre se olvidaba de reparar en su «taller», producía un ruido como aquél.

—Ya nos dijo usted la hora, *mistress* Ruthven. ¿Fue exactamente al dar las doce el reloj de la casa del Fundador?

—¡Sí! En aquel preciso momento. Fue...

Los dedos de Brenda, deslizándose de sus pómulos, descendieron a su cuello. Con un postrer gemido, el auto se detuvo entre un chirrido de frenos. Brenda dirigió a Mark una triste mirada que llegó al corazón de su marido. Sin pronunciar una palabra, la joven precipitóse al pasillo.

—¡Brenda!

Esta vez, Mark salió presuroso tras ella.

—¡No! —rugió el doctor Fell.

Brenda se dirigió rápidamente a la puerta. Mark titubeó un instante en el pasillo.

—¡No! —repitió el doctor Fell—. Hace un momento, ha sido usted prudente. Ahora, extreme esa prudencia. Concédale usted una hora, por lo menos, para recapacitar; de lo contrario, echará usted a perder su reconciliación antes de conseguirla del todo.

Brenda descendió por el enarenado sendero, en dirección a su coche. Mark, a punto de seguirla, reconoció que el doctor Fell le daba un buen consejo. Aquella mirada, que Brenda acababa de dirigirle, mezcla de amor y de una inexplicable

vergüenza, constituía por sí misma una señal indicadora de que debía aguardar.

Sea como fuere, era ya demasiado tarde para seguirla. El Chevrolet avanzaba hacia la Avenida de la Universidad. Precipitándose a la puerta anterior, Mark se encontró con el doctor Samuel Kent, que entraba en aquel momento.

—¿Alguna... alguna contrariedad? —preguntó el recién llegado.

—No. Nada en absoluto.

—Lo celebro —murmuró el doctor Kent, mirándole curiosamente con los vivos ojos castaños que presidía aquel rostro, extrañamente juvenil—. Vengo de mi casa —agregó, algo innecesariamente—. No obstante, antes de salir, he telefoneado a *mistress* Walker.

—¿Ah, sí?

—Según el doctor, Judith está en condiciones de responder a unas preguntas, pero sigue sin poder (¡o sin querer!) decir qué fue lo que la asustó en la biblioteca. Si aquí ocurre algún contratiempo...

—¡Nada de eso!

Mark miró diagonalmente, al otro lado de la calle. Hasta aquel momento, en que reinaba profunda oscuridad, no había advertido que, en la larga y baja casa de Judith Walker, antigua taberna de principios del siglo XVIII donde los estudiantes alborotaban con espadines, veíase luz en casi todas las ventanas.

El doctor Kent entró presurosamente, con evidentes muestras de acudir con una intención determinada. Mark le siguió. Pero, en el dormitorio, ambos se detuvieron al ver la expresión del doctor Fell.

—¿Dice usted que acaba de venir de su casa? —inquirió—. ¿A qué distancia está su domicilio?

—¿Cómo dice usted?

—¿A qué distancia? —insistió el doctor Fell, con extraordinaria vehemencia—. ¿Cuánto mide la avenida de la Universidad? ¿Media milla?

—No, no tanto. Toda la avenida tiene escasamente media milla de longitud. Mi casa está a unas cien yardas de la esquina de la Harley Lane. Y la de Mark, a cincuenta yardas de la misma.

—¿Y toma usted el coche para recorrer unos pocos metros? —interrogó el doctor Fell, bajando la cabeza y levantándola de nuevo.

—A veces, sí; especialmente si me propongo ir a una serie de sitios. Es un hábito que he adoptado en este país. Mi querido Fell, ¿qué importancia puede tener eso?

—¡No lo sé, señor!

—Pues yo sí lo sé —replicó el doctor Kent, que por algún motivo mostraba el talante violento y brusco del domingo por la mañana—. Salta a la vista que aquí ha habido una especie de explosión. Siento curiosidad. ¿Se lo ha dicho usted, verdad?

—¿Que si les he dicho qué?

—La verdad sobre Rosa LeStrange. Que no la comprendían.

—No —respondió el doctor Fell, dirigiéndose pesadamente a la ventana de la

izquierda y mirando al exterior, de espaldas a la habitación—. No; no se lo he dicho.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Mark Ruthven estalló definitivamente.

—¡Oigan ustedes! —exclamó—. ¿Qué diablos es todo este misterioso parloteo acerca de que la gente no la comprendía? Para describirla, se han utilizado una porción de adjetivos. «Bien educada, instruida». «Astuta, risueña, reservada». Además, según Judith Walker, era «inteligente, insinuante y terriblemente cruel». A buen seguro, todos estos adjetivos le convenían a maravilla, ¿no es eso?

—En efecto —contestó Samuel Kent—. A maravilla.

—Entonces, ¿cuál es el misterio? ¿Qué es lo que no comprendemos? La malicia o la crueldad son las cosas peores del mundo. Pero si, además, hay otra cosa, me niego a empezar con sermones y a dejarme impresionar por el número de amantes que pudiera tener esa mujer.

Un súbito cambio, una especie de expectante quietud, hizo presa del doctor Kent y del doctor Fell. Este último seguía sin volverse, de cara a la ventana.

Samuel Kent, con su cabello gris metálico y sus oscuras cejas, sacó las gafas de concha del bolsillo anterior de la americana y, sosteniéndolas en el aire, declaró, con cierta, aspereza:

—Mi querido Mark. En nuestra profesión, nadie, ni siquiera las damas, puede sentirse impresionado por nada. Hemos leído demasiado. ¡Y, a pesar de todo, se equivoca usted! En cuanto a esos amantes de *miss* Lestrangle...

—¿Si?

—No hubo tales amantes —manifestó el doctor Kent; recalcando las palabras—. Jamás tuvo ninguno.

—¿Quién está loco, usted o yo?

—Confío en que ninguno de los dos.

—¡Atienda usted! Toby Saunders la llamó exaltada sexual. ¡Incluso Judith Walker, pese a tenerla por más fría que un pez, sabía que tenía una porción de galanes!

—No, Mark. ¿Dijo Toby que «exaltada sexual»?

La expresión semejaba irritarle ligeramente.

—Permítame hacer constar de una vez para siempre —prosiguió el profesor— que *miss* Lestrangle no tenía el más mínimo interés en ninguna forma o manifestación sexual. ¿Está claro?

—¡No, no lo está! Todos nosotros pensábamos...

—Efectivamente. Pero la cosa no la atañía en absoluto. Todo cuanto hacía la interesada era fingir que así era; un hombre que no disfruta con el alcohol puede reírse ante la sugestión de que es un borrachín, e incluso estimularla si contribuye a ayudarlo en un juego no alcohólico, sino intelectual. Los intereses de esa dama eran puramente intelectuales y diabólicos. Eso puedo demostrarlo.

—¿Demostrarlo? ¡Quiá! ¡Imposible demostrar una cosa como ésa!

—¿Está usted seguro, Mark? Pues yo estoy convencido de que puedo.

La voz del doctor Kent tenía un deje de cortés ironía, y su sombría expresión trocóse en otra de sardónico regocijo.

—Forjar una reputación es fácil. Todo el mundo creerá, de un hombre, que bebe; o, de una mujer, que... ¿comprende usted? Por ejemplo, mi reputación de distraído, cosa que, en realidad, lo soy en muy contadas ocasiones, me ha resultado de suma utilidad.

Al tiempo que el doctor Kent inclinaba la cabeza, su ironía se intensificó.

—Pero permítame decirle que, en realidad, ese pretendido Babiaca no tiene un pelo de tonto. Mi viejo amigo, Gideon Fell, a quien conozco desde mi estancia en Balliol, tiene la convicción de que engañé torpemente a la policía, despertando con ello sus sospechas. Pero tranquilícese. Yo no necesitaba engañar a la policía en el único punto en que ésta se interesaba. Porque, ¿podrían todas sus investigaciones hallar una sola irregularidad en el pasado de la dama? ¡No, de ninguna manera! Estuvo comprometida tres veces para casarse, pero ella misma rompió sucesivamente los tres compromisos porque no quería tener el engorro de un marido.

»¡Vamos! ¡Cese usted ya de preocuparse por la policía! De hecho, la evidencia de que la habitación estaba Cerrada a piedra y lodo les convenció, prácticamente, anoche. Y, esta mañana, el resultado de la autopsia ha acabado de convencerles».

—¿El resultado de la autopsia? —repitió Mark, casi a voz en grito.

—Sí. Esa autopsia proporciona pruebas de lo que acabo de decir.

—¿Pero no hay duda respecto a la forma en que murió, verdad?

—No, ninguna duda. Con todo, las autopsias se ordenan a otros fines, además de al primordial de determinar la causa de la muerte. ¡Por favor, Mark! ¡Ahora, basta! Si no me cree usted, telefonee al doctor Beresford, el médico forense de la jurisdicción de Alexandria. Aunque parezca inverosímil, no es tan imposible que Rosa LeStrange jamás tuviese un amante en los treinta y un años de su vida.

El doctor Kent frunció el entrecejo. Luego gesticuló, y, casi levantando la voz, agregó:

—Verá usted: lo único que le interesaba era el chantaje.

CAPÍTULO XV

Rosa LeStrange habíase reído mucho en vida, pero, probablemente, debía de reírse aún más maliciosamente de muerta.

—¿Chantaje? —repitió Mark, asombrado.

Y, agarrándose a lo que suponía saber, añadió:

—Pero era una mujer adinerada, ¿verdad? No tenía criada y ella misma se hacía todo el trabajo de la casa, ¿pero no disponía de cuanto dinero necesitaba?

—De más aún del que necesitaba.

—En este caso, ¿por qué...?

—No hacía chantaje para sacar dinero. Hay chantajes efectuados por mero pasatiempo. Permítame demostrarle el punto en el cual temo que ha sido usted ciego.

A todo esto, Mark había observado vagamente, como detalle no menos digno de atención, que el doctor Gideon Fell guardaba absoluto silencio.

Semejaba distante, al margen del asunto, mirando por la ventana con su enorme mole inmóvil y (Mark lo habría jurado) una expresión casi amedrentada. De su bolsillo lateral, sacó la vistosa caja de puros adquirida en la estación, al presente, muy mermada; pero no la abrió.

En aquel momento, el doctor Fell pronunció una palabra:

—¡Ciegos!

La dijo en voz baja, como si se aplicase el vocablo a sí mismo, en tanto su mente reflexionaba, a tientas, y sus ojos miraban diagonalmente al otro lado de la calle.

Pese a lo quedamente que fue pronunciada, la palabra siguió a Mark al tiempo que el doctor Kent abría la marcha, a través del vestíbulo, en dirección a la salita de paneles blancos.

La puerta de la estancia estaba entornada. Mientras en el dormitorio privaba una iluminación mortecina que le confería un aspecto sombrío de lúgubres sugerencias, de la habitación con mobiliario Chippendale y candelabros y servicio de café de plata, emergía una luz deslumbradora, incluso a través del ojo de la cerradura.

—Fue una lástima —profirió Samuel Kent, bruscamente, en medio del salón—. ¡Sí! Prescindiendo de la opinión que nos mereciese la dama, fue una lástima.

—¿El qué?

—Amaba la vida, pero detestaba a la gente. A mi modo de ver, poseía todo cuanto puede desear una mujer: belleza, salud, inteligencia, educación, dinero, en una palabra, todos los dones de este mundo. Pero... mientras me hallaba ahí sentado, en esa mesa de comedor, comprendí, por su risa, que odiaba al género humano. ¡Fíjese usted!

Levantando levemente sus gafas con montura de concha, señaló, con ellas la hilera de caricaturas periodísticas dispuestas en marcos a lo largo de las paredes. Famosos personajes de la vida pública, de alto rango y condición, aparecían con traza de bufones, humorística interpretación que les salvaba de caer en lo grotesco.

El doctor Kent no parecía sentirse a sus anchas en aquel momento. Esbozando un imperceptible ademán, murmuró:

—No pretendo comprenderla del todo. Tan Sólo Swift podría haberlo hecho, o Schopenhauer, o algún otro despreciador del género humano. ¡Pero fíjese usted en eso! Así es como veía ella al mundo, o deseaba verlo.

—¿Insinúa usted que se vino a vivir aquí por tratarse de una comunidad ordenada y altamente respetable, para demostrar, por pura satisfacción personal, que no era tal?

—Ni más ni menos.

—¿Y en que consistía su «chantaje»? ¿En fisgonear los secretos de la gente, y en torturarla luego, amenazándola con revelarlos?

—Si. ¿Empieza usted a comprender, ahora? ¿Le sorprende aún que dijera que le gustaba el acero afilado?

Una vez superado el impacto de la revelación, Mark comenzó a comprenderlo todo perfectamente. En su memoria, repercutieron ecos del pasado: una referencia, una alusión, la inflexión de una voz. Las cosas inciertas trocábanse en incontestables realidades.

—Hablaré con absoluta franqueza —masculló—. Estaba, tan concentrado en esos otros cuadros, el dibujo de Goya y la pintura de Wiertz, que no acertaba a imaginarme a esa mujer más que como a una gran amante del placer. Pero, por supuesto, lo de la hechicería...

—¡Ahí está la cosa! —exclamó el doctor Kent.

—... lo de la hechicería constituía simplemente una mofa, una amarga parodia del ritual cristiano. Tenía esos cuadros de brujería con un doble fin. Para subrayar su pose de *femme fatale*, tal como se concibe vulgarmente, y, al propio tiempo, para escarnio conjunto de la vida y de la fe.

—Es posible. No he analizado aún el caso con la debida profundidad.-

—¡Pues debemos analizarlo! ¿Acaso no constituye una pista para dar con el posible asesino?

—¿Usted cree? Lo dudo.

—¡Pues no hay lugar a dudas! Es posible que Rosa LeStrange no hubiese tenido amantes. Pero es un hecho que alentaba a los hombres, según todo el mundo puede atestiguar. Cabe pues, la posibilidad de que su «chantaje por placer» pesara sobre algún hombre que hubiese perdido la cabeza e ido demasiado lejos al verse rechazado por ella. ¿No es ésa una de las cosas que sugiere usted?

Esta vez fue el doctor Kent el desconcertado. Una rara expresión, instantáneamente velada, asomó a sus ojos.

—¡Mi querido Mark! ¡Nada más lejos de mí que sugerir semejante cosa!

—Entonces, ¿qué clase de secretos buscaba de la gente?

—Confío en que de la «gente», no, sino de una sola persona entre nosotros, Al menos, así lo espero.

—¿Y quién era esa persona, doctor Kent?

Por espacio de unos instantes, sobrevino un silencio en el blanco salón, completamente espolvoreado de polvos para obtener huellas digitales, al igual que el dormitorio. El escritorio con cajones, instalado entre ambas, ventanas, presentaba indicios del registro de la policía.

—Ya le he dicho antes —repuso el doctor Kent, titubeando— que, aparte de poner de manifiesto el verdadero carácter de *miss* LeStrange, sólo estoy seguro de lo que *no sé*...

—¡Eso es lo malo!

—¿Por qué?

—Su descubrimiento no contribuye en gran manera a aclarar las cosas. Se ha limitado a soltar una serie de motivos, aplicables a cualquiera.

—¿Por ejemplo?

—¡Bien! Se me ha ocurrido pensar en el joven Frank Chadwick. Cuando le pregunté por Rosa, ante la farmacia Barney de Queenshaven, exclamó «¡Esa...!», dando la impresión de sentirse herido en su vanidad. Con personas de tanto amor propio como Chadwick, las mujeres no deberían jugar.

Una vez más, Mark hizo una pausa, en esta ocasión para reflexionar.

—¡De todos modos, un momento! —agregó, al fin—. ¡Eso tampoco vale! Chadwick no tiene nada que ver con el asunto. En cierto modo, le sucede lo que a Brenda; tiene una coartada más grande que una casa. Todo cuanto se me ocurre pensar es que estamos, si cabe, más despistados que antes.

—¡Vamos, no sea usted pesimista! ¡A buen seguro, la cosa no está tan mal como eso! ¿Y Fell, no ha llegado a ninguna, conclusión?

—Ha reconstruido todo el crimen, exceptuando el insignificante detalle de explicar lo de la habitación cerrada a piedra y lodo. Además, ha demostrado la presencia del asesino en el dormitorio, a medianoche. Creo que ha adivinado de quién se traía, pero no puedo asegurarlo...

—¿Que Fell conoce al asesino? —le interrumpió Kent, vivamente.

—Repito: no puedo asegurarlo. Otra cosa: ¿anda o no la policía tras nosotros? El doctor Fell...

En aquel momento, apareció el propio doctor Fell al otro lado de la entornada puerta.

Mientras hablaban, ambos hombres habían percibido sus inseguros pasos en el pasillo. Al parecer, dedicábase a examinar el pequeño comedor y la cocinita del fondo, porque Mark y el doctor Kent oyeron chirriar puertas.

Al presente, tras permanecer un buen rato inmóvil ante la puerta del salón, aumentando con ello el estado de tensión de Mark, empujó la puerta con un bastón, abriéndola suavemente de par en par.

Entonces, entró de costado, con su serie de barbillas erguida y una despiadada mirada asomando por encima de sus desequilibrados quevedos. Samuel Kent atacó inmediatamente.

—¿Es verdad, Fell? —dijo, secamente—. No quisiera hostigarle, ni siquiera en un asunto de esta clase. ¿Pero está, en lo cierto Mark? ¿De veras sabe usted quién es el asesino?

—¡No! —replicó el doctor Fell, mirando fijamente a Mark, al tiempo que golpeaba la delgada alfombra con la contera de su bastón—. Entre muchas posibilidades, cabe la de la culpabilidad de dos personas. Pero si mencionase a cualquiera de ellas, aquí y en este momento, me echaría usted ese candelabro por la cabeza. ¡Es más! Para descubrir la verdad, es preciso unir y encajar los dos aspectos del caso. No me sorprende su actitud. Pero, ¡rayos y centellas!, me hago cruces de Sam Kent.

Al propio tiempo, miró al doctor Kent con mirada incendiaria.

—¿Conque usted, señor, no desea hostigarme? ¡Muchísimas gracias! Mi gratitud colma abismos y se expande por los ámbitos celestiales. Especialmente por su extraordinaria prisa en facilitar información.

—¡He hecho lo que he podido, Fell! Cuando le telefoneé por vez primera a Nueva York, le dije...

—Me dijo usted muchas cosas. En nombre del sentido común, ¡hable usted con franqueza y diga lo que piensa! Aparte del crimen en sí, ¿cuál es el centro, y meollo de todo este asunto?

—La persona no muy propiamente denominada «el bromista del gimnasio» —respondió el doctor Kent, con la boca tensa.

—¿Cómo?

—¡Sí! *Miss Lestrangle* no era el «bromista», por supuesto. La suposición de Toby Saunders resultó absurda desde el principio. Pero *miss Lestrangle* había descubierto quién era el «bromista» en realidad. En su frenética búsqueda de secretos, descubrió el único secreto culpable existente aquí, entre nosotros. El asesino, la apuñaló para asegurar su silencio... ¿Puede usted rebatir esto?

El doctor Fell no respondió.

—Repito, ¿puede usted rebatirlo? —insistió Samuel Kent.

—Pues yo...

—Ignoro quién era el «bromista» —explicó el doctor Kent, con las gafas en alto—. Jamás he pretendido saberlo. Pero, si no quieren ustedes engañarse a sí mismos, desechen la palabra «bromista». Como he mantenido desde el principio, se llevaron a cabo dos tentativas premeditadas de asesinatos en el gimnasio. Por algún motivo, alguien intentó, primero, matar al viejo George Johnson, y, después, al joven Hubert Johnson.

»¿Usted cree, Fell, que se trataba de una broma? *Miss Lestrangle* fue asesinada porque sabía la verdad. Además, ¿olvida usted que anoche alguien arrojó un busto de yeso de veintiún kilos y pico sobre la cabeza de Judith Walker, en la biblioteca? En este momento, *mistress Walker* se halla en su casa, sin atreverse a decir todavía qué fue lo que la asustó tanto después.

Tras plegar sus gafas y metérselas de nuevo en el bolsillo superior de la americana, el doctor Kent indicó, con un ademán, las ventanas del salón.

Dichas ventanas ostentaban cortinas de terciopelo de color clarete, las cuales rara vez permanecían corridas. Así, pues, a través de las abiertas ventanas, en la bochornosa noche llena de cantos de grillos, los tres hombres vislumbraban la casa de Judith, con casi todas las ventanas iluminadas.

De ella no llegaba el más pequeño rumor.

—¿Por ventura es necesario que yo explique todo esto? —interrogó el doctor Kent, al ver que ni Mark ni el doctor Fell aventuraban ningún comentario—. ¡Maldita sea, Fell! ¡Creí que estaba usted de acuerdo!

—¡Atiza!... ¿De acuerdo en qué?

—¡En todo! Cuando nos hallábamos en Casa Mike, después de salir Mark para ver al joven Chadwick, parecía usted estar de acuerdo conmigo. Dijo usted que *miss* Lestrangle no era el «bromista» del gimnasio y que se habría rebelado ante la sola idea de ser tenida por tal. Hay que reconocer que no tenía inconveniente en que la gente murmurase de ella, ni tampoco en visitar secretamente la enfermería con Frank Chadwick...

—¡La enfermería! —interrumpió Mark, sobresaltando a sus dos compañeros—. ¡La enfermería!

Ambos doctores académicos se volvieron en redondo y le miraron curiosamente.

—Si lo que dice usted de Rosa Lestrangle es verdad —declaró Mark—, la cosa explica toda su conducta excepto esas visitas secretas a la enfermería.

—No acabo de comprender... —empezó el doctor Kent, con cierta aspereza.

Pero Mark, cortándole la palabra, insistió:

—¡No tenía ningún amante! ¿No es eso?

—En efecto —admitió el doctor Kent.

—Chadwick la visitaba constantemente; suponemos que intentó conquistarla; y (¡en cuanto a esto, no me cabe la menor duda!) se puso furioso al ver que ella se reía de él.

—¡No me interesa hablar de escándalos! —protestó el doctor Kent—. Al mismo tiempo... pues, sí, no dudo de que, en substancia, eso fue, ni más ni menos, lo que sucedió.

—Entonces, ¿por qué Rosa había de efectuar visitas secretas a la enfermería, con Chadwick o cualquier otro hombre? ¡Eso resulta absurdo! ¡Es increíble! ¿O acaso se figura usted que Judith Walker inventó toda la historia?

—Por desgracia, Mark, estoy seguro de que no hizo tal. ¡Oh, maldita sea! La propia *mistress* Hewitt, la esposa del Rector, vio entrar a *miss* Lestrangle en la enfermería con un joven no identificado.

Apenas Mark se dispuso a hablar, el doctor Kent levantó la mano para atajarle y proseguir:

—Le suplico que no me pregunte por qué la dama hizo semejante cosa. Creo

poseer un pequeño conocimiento de la naturaleza humana. Por otra, parte, no soy detective como Gideon Fell. Pero, en lo tocante a este punto, me permito aventurar un pequeño pronóstico. Descubrir el motivo de esas visitas secretas a la enfermería equivale a descubrir toda la verdad.

El doctor Gideon Fell, apoyado en ambos bastones, musitó, suspirando:

—¡Oh, Dios mío!

Samuel Kent, como si no diese crédito a lo que veía ni a lo que oía, dijo, palideciendo ligeramente:

—Le conozco a usted hace treinta y cinco años, Fell, pero nunca le había visto en este plan. ¿Cuál es el motivo? ¿No será porque considera usted que estoy completamente equivocado?

¡No, no, no! —rugió el doctor Fell—. Porque, sin saberlo, es posible que tenga usted toda la razón.

Procedente del otro lado de la calle, desde el húmedo hueco donde se posaba la niebla nocturna, llegó un grito de mujer.

Los tres hombres lo oyeron perfectamente, pues todas las ventanas estaban abiertas. Ninguno de ellos dudó de que procedía de la casa de Judith Walker, ni de que la mujer que lo profería era Judith.

Volviendo la cabeza, Mark miró por una ventana, en dirección al farol junto al sendero enarenado. Por espacio de unos instantes, no osó mirar hacia la casa de Judith. En lugar de ello, sus ojos se posaron en la gran haya, bajo la cual hablan estado hablando él y Judith el domingo por la mañana.

Tuvo el tiempo justo de ver la sombra de la cabeza de un hombre en el momento de ocultarse tras el tronco del árbol.

Alguien vigilaba la villa. Probablemente, llevaba un buen rato acechando y escuchando.

Mark no pudo detenerse a considerar la posible significación de todo aquello, porque el doctor Fell le gritó:

—¡Vaya usted inmediatamente a casa de *mistress* Walker! No creo que se halle en peligro, ¿pero quién soy yo para juzgar? Entretanto...

Mark precipitóse a la puerta.

—¿Entretanto qué? —oyó preguntar a Samuel Kent.

—Pues verá usted, señor —oyó contestar al doctor Fell, con voz fatigosa—. Mi única esperanza estriba en encontrar algún secreto en ese escritorio Chippendale situado entre las ventanas.

Mark no oyó nada más. En tanto descendía por el sendero, no notó siquiera el fresco del aire libre. Al llegar bajo el farol, se detuvo. Detrás del árbol no había nadie; la pavimentada calle semejaba desierta hasta que Mark percibió el suave zumbido de un motor.

El coche del doctor Kent se hallaba estacionado a la izquierda del sendero. Otro auto, estacionado delante de él, más allá del resplandor del farol, arrancó suavemente,

adquiriendo velocidad en dirección a Queenshaven.

Era un coche de la policía.

Pero, recordando el desesperado apremio de aquel grito procedente del otro lado de la calle, Mark pasó por alto la posible significación de la presencia de aquel auto de la policía en el lugar. De hecho, no tuvo que andar mucho para plantarse ante la puerta principal de la casa baja y larga.

Una vez allí, oprimió el timbre. Su repique resonó en el interior, como una cascada de cristalinas notas, pero la llamada no obtuvo respuesta. Mark aguardó lo que se le antojaron minutos, y que en realidad no fueron más que unos treinta segundos; luego, volvió a llamar, sin resultado.

—¡Y, no obstante, forzosamente había de haber alguien en la casa!

Cuando Mark pasó por allí a última hora de la tarde, *mistress* Kent y Carolina no se habían marchado aún. Judith seguía bajo los efectos del sedativo, atendida por su médico y por una enfermera especializada.

Mark retrocedió a examinar la casa.

Detrás de la misma había un huerto, en el cual las luciérnagas tejían efectos espectrales en los rincones oscuros bajo los árboles. Las iluminadas ventanas no tenían echadas las persianas, y por tanto, entreveíanse diversos ángulos de una serie de habitaciones pequeñas y algo deslucidas, y, además, percibíase el tic-tac de un reloj en el silencio.

Recordando lo sucedido en la biblioteca y temiendo los posibles acontecimientos de aquella noche, precipitóse a la puerta y manipuló el tirador. La puerta estaba cerrada con llave. Antes de entrar por una ventana, intentó una última llamada.

Por tercera vez, el campanileo del timbre resonó en el interior. Casi instantáneamente, incluso con cierta brusquedad, abrióse la puerta. En su marco, apareció la propia Judith Walker.

—¡Hola, Mark! —exclamó, alegremente—. ¡Cuánto me satisface verle! ¡Pase usted, por favor!

Al propio tiempo, empujó el cancel exterior.

La sensación de alivio hizo enmudecer a Mark, que llegó a la conclusión de que jamás sucedía nada de lo que uno esperaba. Cuando nadie preveía dificultades, éstas surgían. En cambio, cuando se presentían peligros, e incluso asesinatos...

—¡Judith! ¿Está usted sin novedad?

—¿Sin novedad? —exclamó Judith, riéndose sonoramente—. ¡Pues claro que lo estoy! Supongo que no piensa usted quedarse ahí plantado, ¿verdad? Vamos, pase usted.

—¿No me oyó usted llamar al timbre?

—Temo que, al principio, no. ¡Lo siento muchísimo! Verá usted: es que estaba arriba, en... en el antiguo despacho de Dan, y, desde allí, no lo oí.

—¿Ha gritado usted hace un rato, Judith, cosa de uno o dos minutos atrás?

—¿Grito? —repitió Judith.

Una vez más, su bronca risa repercutió como el eco de un timbre.

—Pues, no... no lo creo. ¿Por qué diablos había de gritar? ¿Pero no se decide usted a entrar?

Su silueta recortábase en la mortecina luz, aureolada de pálido cabello pelirrojo. Judith llevaba el mismo pijama de seda parda, con ribetes blancos, que lucía por la tarde, amén de unas zapatillas planas.

Incapaz de zafarse aún de aquella sensación de pesadilla, Mark entró en la casa, diciéndose que la mayor parte de los acontecimientos en curso semejaban consistir en apariciones inesperadas de gente en las puertas o ventanas.

No obstante, nada más acogedor y más opuesto al malsano ambiente de la villa de Rosa LeStrange, que la habitación en donde, entró. En otro tiempo, había sido la sala principal de una taberna: de ello eran indicios inequívocos el suelo embaldosado de piedra, la gran chimenea y el bajo techo con vigas.

Pero vistosas alfombrillas, estantes con libros de atractivas cubiertas, y búcaros de claveles rojos en hermoso contraste con dalias blancas, prestaban una nota de color a la vieja madera bajo la luz artificial. El reloj que batía en la estancia era, por supuesto, el reloj de pared que Mark había visto infinidad de veces.

—¿Gritado? —repitió Judith, súbitamente, como si no le hubiese oído antes.

—Sí. Alguien gritó. Todos lo oímos. Supongo que no está usted sola aquí, ¿verdad?

—¡Oh, no, por Dios! El doctor Maracot insistió en que se quedara *miss* Harding...

—¿La enfermera? ¿Dónde está en este momento?

—Ha ido a Queenshaven a buscar una receta del doctor Maracot. De todos modos, no sé por qué motivo se ha tenido que quedar.

Luego, tras sacar un papel doblado del bolsillo del pijama, Judith lo mantuvo en alto, exclamando:

—¡Wilkie Collins! ¿Sabe usted, querido Mark? Estoy tratando de resolver el misterio. ¿No le parece que es lo menos que puedo hacer, si de veras me considero inteligente? Dan habría sido de la misma opinión. Usted también está de acuerdo, ¿verdad? ¡Venga, venga usted aquí!

Al tiempo que hablaba, Judith le hizo una seña.

—La razón es muy sencilla —prosiguió, intentando en vano hablar con naturalidad—. Sé dónde aquella mujer encontró la llave de la enfermería, y sé dónde encontró la pintura luminosa. ¿Pero dónde, dónde escondió la pintura luminosa después?

Judith se volvió en redondo, a la luz de la lámpara. Y, por primera vez, Mark vio sus ojos.

CUARTA PARTE

EL INTRUSO

*¡Ábrete, cerradura, a la llamada del muerto,
soltaos cerrojo, tranca, pasador!
¡No os mováis, no os apartéis,
articulaciones, músculos o nervios,
al contacto de la mano del muerto!*

R. H. Barham
Leyendas de Ingoldsby

CAPÍTULO XVI

El gran reloj seguía emitiendo su monótono tictac.

—¿Se da usted cuenta? —insistió Judith, con voz queda—. No puede usted entrar en cualquier tienda y decir: «Quiero un poco de pintura luminosa». Ni siquiera puede adquirirla en una de esas casas donde venden artículos para magia. Tiene usted que escribir a una firma de Ohio, creo que a Columbus, y entonces ella se la envía. Es barata e inofensiva, con aspecto de pintura blanca corriente. Tal es lo que hizo Dan, cuando en cierta ocasión dimos una fiesta por Navidad.

Judith echó una rápida ojeada circular a la habitación.

—La llave de la enfermería procedía de la Administración. Allí guardan varias llaves de repuesto; Ni siquiera se darían cuenta...

—¡Judith! —interrumpió Mark.

—Ni siquiera se darían cuenta si alguien robase una, hiciese sacar copia de la misma, y luego reintegrase la original. Ni siquiera...

—¡Judith! ¿Quién hizo semejante cosa?

El gran reloj seguía emitiendo su tictac.

—¡Rosa LeStrange, naturalmente! Ella...

Mark no podía apartar la vista de sus ojos. Con anterioridad, en la Biblioteca Nueva, había visto las pupilas de sus ojos azules contraídas por el resplandor de la luz en un oscuro pasillo. Al presente, las tenía contraídas porque el doctor le había dado un sedante más fuerte que cualquiera de los barbitúricos.

Hasta entonces, Judith semejaba flotar en un sueño. Mark no pudo precisar en qué momento despertó del mismo, con la mente casi libre de la neblina originada por la droga.

—¡Mark! —susurró, con voz más normal.

Parte del brillo vidrioso de sus ojos había desaparecido, al igual que las azules ojeras de insomnio, que los cercaban.

—¿Cuando llegó usted aquí? ¡A ver, aguarde un momento!

Y, llevándose a la frente el borde de la mano en la cual retenía el papel doblado, agregó:

—¡Ah, sí! Llegó usted aquí y me preguntó algo. ¡Sí! Me preguntó usted si había gritado. Ahora recuerdo. Sí, grité: es absolutamente cierto. Grité. Pero no puedo recordar por qué.

—¡Descanse usted, Judith! ¿Por qué no se acuesta un rato?

—¡Oh, no! En realidad, he dormido demasiado. Phil Maracot me dijo que me convenía andar para eliminar el medicamento que me dio. ¿Pero, por qué grité?

—¡Escúcheme! Si no quiere acostarse, al menos siéntese. Procure tranquilizarse.

—De acuerdo —susurró, obedientemente.

Luego, se sentó con cuidado en el borde de un sofá. En la vieja habitación tan sólo se oía el movimiento del péndulo del reloj.

—¡Allí! —exclamó Judith, señalando la negra caverna de la chimenea.

Mark siguió la dirección de sus ojos, intranquilizándose aún más.

—La cosa comenzó ahí, ante el fuego, hace exactamente doscientos años este verano, cuando esta casa era la Taberna Lockarby. La lucha con espadas empezó ahí y terminó en el patio, bajo el estandarte inglés, donde aquel joven murió con la garganta atravesada de parte a parte. Ni las autoridades de la Universidad, ni las autoridades legales quisieron intervenir, por tratarse de una lucha justa. ¡Policía! Entonces no había policía, claro está. Hoy día no se permitiría un duelo así, ¿verdad?

—Naturalmente que no. Ahora, atienda usted, Judith...

—Entonces, ¿por qué grité? No creo que esta casa esté encantada, como se dice vulgarmente. ¿Por qué grité?

Se puede tratar con una persona en sus cabales o completamente fuera de ellos, pero aquel estado intermedio era capaz de enervar a cualquiera. Mark hacía votos por que la enfermera regresara cuanto antes.

—Lo que sucedió hace doscientos años carece de la menor importancia —instó, suavemente—. Lo mismo que el motivo que la indujo a usted a gritar. Lo único que importa...

—¡Ya sé! Ahora estoy perfectamente bien. Eso es precisamente lo que le he dicho a usted a su llegada. Lo importante es resolver el misterio de la habitación cerrada con llave.

—¡No! Eso tampoco importa. ¡Debe usted descansar!

—¡Oh, Mark! ¡Podré descansar cuanto quiera! Mañana me ausentaré. Pienso ir a Richmond, a visitar a mi hermana y a mi cuñado. Entretanto, ¿no quiere usted escucharme? ¿No quiere usted saber lo que vi anoche en la biblioteca?

Sobrevino un silencio, sólo quebrado por el tictac del reloj.

—No, Judith. No quiero saberlo.

—¡Qué raro! Todo el mundo se perece por enterarse.

—Pues yo no, Judith. Si sigue usted dándole vueltas al asunto, no sé recuperará nunca. ¡Descanse, descanse!

—Con todo, no tendría inconveniente en decírselo porque estoy *segura* de que no se lo contaría usted a nadie. ¡No debo, no debo decírselo a nadie! ¿Sabe usted? Pero el misterio...

—¡Olvide usted ese misterio, Judith!

—No, Mark. No diga eso. Mire esto.

Y desdoblando el arrugado papel que tenía en la mano se lo tendió.

En el papel, Mark reconoció la pequeña y pulcra escritura del difunto marido de Judith, el doctor Dan Walker. Recordaba haber dicho al doctor Walker todo cuanto se sabía respecto al plan del argumento de cierto libro. Pero había olvidado...

El papel en cuestión aparecía encabezado con las siguientes palabras:

Notas de Wilkie Collins para su proyectada novela, La llamada del

muerto, *redactadas y fechadas el 14 de diciembre de 1867.*

—¿Dónde ha encontrado esto, Judith?

—En el despacho de Dan, entre sus papeles. Creí recordar qué mi marido me dijo que usted le había permitido sacar una copia, pero no estuve segura de ello hasta que encontré esto. ¿Es una copia, verdad?

Tratábase, efectivamente, de una especie de copia. Por centésima vez, Mark leyó aquellas palabras breves, quebradas y, en ocasiones, ilegibles:

1. *Vista fuera o dentro, a través de ventanas, no puede descubrirse su presencia.*
2. *Intentad (tres palabras completamente ilegibles a continuación).*
3. *Un testigo digno de confianza. (¿George Hathaway?) atestigua haber oído el ruido de una lima aserrando los barrotes de una reja en la noche del crimen. Pero no hay ninguna reja en las ventanas de la habitación, ni en las del resto de la casa. Importante: mencionadlo, al menos, dos veces.*
4. *¿Encontraron la lima? ¡Innecesario!*

Eso era todo, aparte de una cuidadosa adición al pie del papel, en el pulcro estilo del difunto doctor Walker.

Copio lo que antecede, previo permiso de mi amigo Mark Ruthven. Las notas originales figuraban escritas en la guarda de un libro de la biblioteca de Wilkie Collins un ejemplar de la obra de Sheridan Le Fanu, Historias de aparecidos y Cuentos de misterio (Dublin, 1851), el cual fue vendido en pública subasta con la biblioteca, y hoy día es propiedad de mister Ruthven por su compra.

Mark leyó esta adición mientras el reloj proseguía su tictac y el ambiente de la casa le sugería actos de violencia en el pasado.

Judith, cuidadosamente instalada en el borde del sofá, con su pijama pardo y blanco, apeló a Mark como si aquello constituyese el único interés de su vida.

—Oiga, Mark: ¿qué significan esas notas?

—Lo ignoro.

—La lima *juega* un papel principal, según se desprende de la nota número cuatro. Y, a juzgar por la nota número uno, lo emplea en una ventana. ¿Pero cómo es posible cerrar una habitación con una lima utilizada en la ventana?

—No tengo idea.

—No obstante, usted dijo...

—Confío en que no interpretó usted mal mis palabras, Judith, como le ha ocurrido al doctor Fell. Cuando le dije que sabía las tres cuartas partes de la cuestión, me refería a los hechos, no al ardid.

—¿El doctor Fell? —exclamó Judith, levantando la cabeza, asombrada—. ¡Ah, sí! ¡Ya debe de estar aquí! ¡Nadie me ha dicho nada! ¿Ha llegado ya?

—Sí. Ahora está en la Villa Roja, diciendo algo de un escritorio.

—¿Qué opina de las notas?

—Aún no las ha visto. Dice que pueden esperar.

—Sin embargo, ¿no contienen ciertas pruebas? Anoche, en la biblioteca, me leyó usted una carta dirigida a Dickens. ¿Hay otras dos, verdad?

—Sí, hay otras dos. Pero no aportan ninguna ayuda. Versan únicamente sobre el argumento y los personajes, sin ninguna referencia a la habitación: no interesan en absoluto para nuestro particular problema.

Con la copia de las notas en una mano, Mark sacó de su bolsillo interior la copia mecanografiada de la primera carta, y, tendiendo ambos papeles, prosiguió:

—Todas las pruebas que poseemos de esa maldita novela están aquí, en estas dos hojas de papel. No podemos ir más allá.

—¿Acaso lo necesitamos? Si tiene usted alguna idea de cómo interpretarlas o cómo relacionarlas...

—Por última vez, le repito que no tengo idea —repuso Mark, espaciando las palabras, en un intento por mostrarse afable y reprimir la cólera—. Es más: a estas alturas, ni me interesa.

—¿Que no le interesa? —exclamó Judith, levantándose lentamente—. Le aseguro que me encuentro perfectamente y que, por tanto, no tiene usted necesidad de desviarme de la cuestión.

—No hago tal cosa. Le estoy diciendo la verdad.

—Pero si usted...

—¡Fíjese en esto! —interrumpió Mark, agitando ambas hojas—. Llevo cerca de un año devanándome los sesos con ellas. Como le dije a usted ayer por la mañana, he dado por sentado que debía de tratarse de algo absolutamente nuevo e ingenioso, con todas las pistas dadas. Lo he dado por sentado por la sencilla razón de que *El feldespato* reunía todas estas cualidades; ahora bien, aparte de esto, ¿tengo alguna razón concreta para suponerlo?

—¿La tiene usted?

—¡No! Excepto en mi imaginación, no tengo ninguna. Es posible que no haya ninguna pista y que la explicación se reduzca a un embuste.

Ni que se hubiese propuesto adoptar una táctica especial para retornar a su interlocutora al estado normal, cosa que no entraba en su ánimo, habría logrado resultados tan felices.

—¡No puede ser, Mark! ¡Eso es imposible! ¿No... no utilizó alguien el ardid en la vida real?

—Eso es también una simple suposición. Yo he andado repitiéndolo, como un imbécil, y tal vez inducido a alguien a seguir una pista falsa.

Y sosteniendo en alto ambos papeles, añadió:

—Todo cuanto puedo decir es que no hay ni una sola pista en estas hojas. Y que estoy harto y cansado de intentar descubrir alguna.

—¿Es ése el verdadero motivo, Mark?

—¿El verdadero motivo de qué?

—De que desee usted desechar el problema. ¿O bien se debe a que Brenda ha vuelto a su lado, como dice *miss* Harding, y es tal la obsesión que siente usted por ella que no *quiere* pensar en nada más?

Mark se dijo que aquella fuerte mujer, por lo regular tan segura de sí misma, podía sorprenderle en un grado mucho más elevado que la propia Brenda.

—¡Sea usted sincero! —instó. Judith, en tensión.

—¡Ya lo soy! ¡O, al menos, eso intento!

—¿Entonces, qué?

—Es posible que haya algo de verdad en lo que usted dice. Pero no es ese el motivo principal. Esta noche el doctor Gideon Fell ha reconstruido el crimen, demostrando cuan obtuso y torpe puede ser un ser humano; y conste, ¡voto al chápиро!, que lo soy.

—¡No diga usted eso, Mark! —protestó Judith.

—Lo digo porque es la pura verdad. Y, quienquiera que fuese el que cerró la habitación a piedra y lodo, me embaucó por completo en lo tocante al motivo por el cual substituyó un libro por otro. De no haber sido por una casualidad, es probable que, ahora, yo mismo pensase haber entregado un libro por otro...

Judith encajó su puño en la palma de la mano, al tiempo que Mark pronunciaba las palabras «entregado un libro por otro», dejando la frase en suspenso.

—Entregado... un... libro por... —repitió Mark, en voz alta e incrédula, sin apartar los ojos de la joven.

Luego, se interrumpió en seco. De haberse hallado una tercera persona presente en la habitación, habría observado en el ambiente un cambio tan palpable como la inminencia de una tempestad.

Mark se enderezó. Los surcos de sus mejillas tornáronse más profundos. Silencioso, con la vista fija ante sí, por encima del hombro de Judith, semejaba escuchar atentamente el tictac del reloj, en tanto transcurría segundo tras segundo. Después, su mirada se posó primero en la carta que sostenía en la mano derecha, y luego en las notas que conservaba en la izquierda.

—¡De modo que fue eso! —exclamó.

No tuvo necesidad de explicar a qué se refería, porque, casi sin transición, Judith murmuró:

—¿Lo ha adivinado usted? ¿Sabe cómo fue cerrada la habitación?

—Sí.

—¿Y era...? —agregó la joven, indicando los papeles que Mark conservaba en las manos.

Ruthven no respondió. Mantenía la cabeza erguida, con el abundante cabello oscuro bañado por el resplandor de la lámpara.

—¿Era...?

—¿La estratagema de Collins? ¿Acaso podremos tener la certeza de ello jamás? No, creo que podemos. Pero si fue su truco, Judith, puedo prestar juramento con relación a esto —y levantó la carta— y a esto —agregó, levantando las notas—. El patilludo personaje jugó limpio.

—¿Incluso en la carta dirigida a Dickens?

—¡Incluso en la carta dirigida a Dickens! Desde el principio, ha habido un hombre muerto merodeando ante la puerta y las ventanas, y llamando con toda su alma para entrar.

Pese al profundo silencio de la noche, no oyeron acercarse ningún coche a la Harley Lane, en otro tiempo llamada calle de las Tristes Ruinas. Tampoco oyeron los quedos y presurosos pasos de una persona en el espacio abierto que antiguamente había sido el patio de una taberna. Ni siquiera el tañido del timbre, elevándose y repitiendo sonoramente, consiguió captar la atención de Judith ni de Mark.

—Tengo que formular varias preguntas a Brenda, prescindiendo de cómo se lo tome —declaró Mark—. Debo hacerlo, insistir en ello, por su propio bien y protección. ¡No tendré más remedio!

—No, Mark —replicó Judith, en un tono distinto de voz—. No lo haga.

La salida sobresaltó a Mark, a pesar de su ensimismamiento.

—¿Que no haga qué, Judith?

—Llevar adelante este asunto. ¡Desista usted, por favor!

—¿Pero no es usted la interesada en el problema? ¿No es usted la que insistió...?

—¿Qué importa lo que dije? Usted no sabe lo que es capaz de hacer una mujer, cualquier mujer, cuando tiene la obsesión de... un hombre, aunque no sea ninguno en particular. No puedo hablar con más claridad, so pena de resultar cruda, pero, *por favor*, no lleve usted adelante este asunto.

Por segunda vez, sonó el timbre en una cascada de notas ascendentes y descendentes, seguido de una suave y, a un tiempo, perentoria llamada a la puerta.

A través de las ventanas, con las persianas echadas, pero abiertas, percibieron claramente la voz de *miss* Dorothy Harding, la enfermera especializada requerida por el doctor Phil Maracot.

—¡*Mistress* Walker! Si no le importa, ¿tiene usted la bondad de abrir esta puerta?

Fue Mark el que acudió a abrirla.

Miss Harding, con, el blanco uniforme contrastando con la oscuridad y un pequeño frasco envuelto, en la mano, se abstuvo de expresar claramente su pensamiento. Todo cuanto dijo, mientras la tensión iba en aumento, fue:

—Buenas noches, profesor Ruthven. Temo que el doctor Maracot se disgustaría

mucho si *mistress* Walker se trastornara con su visita.

—También yo lo sentiría, *miss* Harding. Supongo que *mistress* Walker... ya esta casi recuperada, ¿no?

—Esperamos que se recupere si sube a acostarse sin tardanza. Buenas noches, profesor Ruthven.

—¡Mark! —exclamó Judith.

—¡*Mistress* Walker! —profirió la enfermera, en el mismo tono tajante.

—¡Mark! ¡Prométame que no llevará usted adelante este asunto!

—No puedo prometer eso, Judith. Comprenda usted que no puedo.

—Es posible que tenga usted razón. De todos modos, mañana por la tarde tengo que ir a Richmond. ¿Me promete usted telefonearme allí, a casa de mi cuñado, a cualquier hora a partir de las seis?

—¡*Mistress* Walker!

—¡Y, por amor de Dios, no telefonee usted desde su casa! ¿Querrá usted hacerlo desde aquí? Esto quedará vacío; encontrará la llave debajo del felpudo.

—*Mistress* Walker —insistió la enfermera.

—¡Usted cálese de una vez! —gritó Judith, volviéndose a ella, con la cara pálida de ira—. ¿Me lo promete usted, Mark?

—Sí, Judith. Se lo prometo.

—Buenas noches, profesor Ruthven —repitió *miss* Harding.

Mark descendió por el sendero del exterior. Detrás de él, en el interior de una casa con las ventanas abiertas, sobrevino un forzado silencio, sólo quebrado por el tictac del reloj. Una vez en la Harley Lane, Mark miró insistentemente hacia la Villa Roja.

El coche del doctor Samuel Kent había desaparecido. Una breve inspección del lugar llevóle al convencimiento de que la villa se hallaba tan oscura, silenciosa y desierta como si jamás hubiese habido nadie en ella.

Mark, no tardó mucho en recorrer la distancia que le separaba de su domicilio. Tras echar una ojeada a la avenida de la Universidad, en dirección opuesta, comprobó que no se veía rastro del auto del doctor Kent.

Su reloj de pulsera marcaba las once y diez cuando entró en su casa.

En el saloncito, sentada en una butaca con funda blanca, de cara al arco abierto que daba al vestíbulo, Brenda acababa de encender un cigarrillo.

Las celosías estaban echadas. Tan sólo ardían las luces del vestíbulo, iluminando débilmente el vestido blanco de Brenda y dejando casi toda la sala en la penumbra. Pero la llama del fósforo iluminó brevemente el rostro de la joven; al tiempo que ésta se inclinaba un poco hacia delante con el rostro contraído, tenso, perplejo.

El fósforo se apagó. Brenda lo echó en el cenicero con soporte instalado junto a la butaca.

—El doctor Fell está en la habitación de los huéspedes —declaró, con voz forzada.

—¿Se ha acostado?

—Sí. Me... me rogó que te presentara sus excusas. Pero, como deseaba ver esas... esas notas sobre la proyectada novela de detectives de Collins, fui a buscar la copia mecanografiada de las mismas al archivo de tu despacho. ¿Hice bien, no te parece?

—Sí, muy bien.

Mark permanecía de pie, bajo el arco, proyectando su sombra sobre la silla donde se hallaba Brenda, en la oscuridad.

En la mano derecha conservaba las dos hojas de papel, las dos series de indicios. ¡Había llegado la hora de interrogar a Brenda con relación a las perspectivas que dichos documentos habían abierto en la mente de Mark! ¡Media docena de preguntas! Mejor dicho, dos o tres, simplemente para poner en claro todas las dudas y tranquilizar por completo el ánimo de su mujer (y el suyo propio).

Y, sin embargo, ante el ambiente de aquel salón, titubeó. Su mirada posóse alternativamente en los papeles y en la oscura imagen de Brenda.

—Querido —murmuró Brenda—, ¿no te parece que has estado mucho rato?

—¿Dónde?

—En casa de Judith Walker.

Brenda se puso en pie. Mark advirtió entonces que no llevaba un vestido blanco, sino una bata de seda blanca estrechamente anudada a la cintura.

—¡No me importa! —exclamó la joven, en tanto el cigarrillo cobraba un brillo más intenso bajo el influjo de un ademán—. Que conste: no me *importa*. ¿Pero no te alegras de verme?

Brenda esbozó otro ademán, como si se arrepintiese de algo que iba a decir. Luego, aplastó el cigarrillo en el borde del cenicero, entre una ardiente lluvia de chispas.

—Esta tarde, parecías contento —balbuceó—. ¡Dijiste que lo estabas! Pero, si no lo estás...

—¿Contento de verte? ¡Cielos! ¡Ven acá!

Brenda precipitóse a sus brazos.

Mark estrujó los papeles que tenía en la mano y los arrojó lejos de sí, en la oscuridad. ¡Al diablo las preguntas, las respuestas, y todas aquellas majaderías académicas! Aquello era lo único que importaba, ahora y siempre.

Y así fue como olvidó las preguntas, unas preguntas llamadas a ocasionarle algunos malos momentos antes de que los acontecimientos derivados del asesinato de Rosa Lestrangle tomasen su definitivo y funesto rumbo.

CAPÍTULO XVII

Cuándo los acontecimientos derivados del asesinato de Rosa. LeStrange tomaron su definitivo y funesto rumbo, hacia la puesta del sol del día siguiente, Mark Ruthven creíase preparado a afrontarlo todo, incluso la caída de un rayo.

Había hecho planes cuidadosamente. Podía decir, con toda verdad, que sabía tres cuartas partes de la solución. Y, al presente, había decidido arrancar toda la verdad a cierta persona, la cual sería persuadida a facilitarla.

Pero, en realidad, Mark no estaba preparado.

Al amanecer del martes, 20 de julio, cuando él y Brenda se durmieron, empezó a llover. Sumidos en la penumbra, arrullados por una lluvia gris, fina pero constante, no se despertaron hasta las doce y pico del mediodía, en que *mistress* Partridge (ayudada por una mujer de aspecto severo, pero competente, llamada *miss* Sweet) les llevó el desayuno.

Sobrevino una especie de caos doméstico. Enteráronse de parte de las noticias a través, de *mistress* Partridge y de *miss* Sweet, y del resto de las mismas a través de aquél rumor propio de las pequeñas comunidades que propaga las noticias más de prisa que las llamadas telefónicas efectuadas durante todo el día.

Tras dejar una nota de disculpa, el doctor Gideon Fell había salido a las diez a dar una vuelta por El Prado y sus edificios, acompañado del doctor Kent, así como a sostener una serie de entrevistas con cierto número de personas.

Brenda lamentóse, consternada, de su falta de hospitalidad, hasta que Mark logró tranquilizarla.

Aunque ambos sospechaban la inminencia de muchos contratiempos, Mark era el único que creía saber en qué consistirían éstos. Supieron que el doctor Fell estaba siendo agasajado con una copa de jerez y un *lunch* por el doctor Arnold Hewitt, en la suntuosa casa sita en lo alto de la avenida de la Universidad. A la una y pico, al ver a Brenda junto al teléfono con una larga lista de nombres en la mano, Mark apresuróse a intervenir.

—Un momento. ¿Qué estás haciendo?

—Escucha, querido: ¿no te parece que debemos organizar una especie de cena para esta noche? Claro está que el tiempo es muy justo para avisar a los invitados, y que debería haberlo hecho anoche, pero...

—No lo hagas.

—¿Que no haga qué?

—No organices nada. Al menos, para esta noche. Límitate a preparar una cena para nosotros tres: pongamos a eso de las siete.

—Pero, Mark, ¿ocurre algo?

Mas Ruthven no pudo decírselo. Y cuando la joven salió a hacer unas rápidas compras a Queenshaven, tras una serie de despedidas que semejaban preceder a un año de ausencia en Europa, su marido aún no le había hecho ninguna pregunta.

Hay veces, especialmente en los estados emocionales exacerbados; en que no se pueden formular preguntas. Parecería una injuria, una deslealtad, una traición imperdonable en el momento menos oportuno.

Además, se dijo Mark, furiosamente, en tanto se paseaba por el salón a las cuatro ciadas, las preguntas eran innecesarias. Cuando menos, con Brenda. Lo que planeaba...

Bien, lo que planeaba no podría decírselo ni siquiera al doctor Fell hasta después. Debía actuar por su cuenta; si todo el experimento le estallaba, no haría daño a nadie, excepto a él.

A las cinco en punto, un raro y misterioso silencio, extendido por toda la casa, despertó a Mark de su ensimismamiento, obligándole a hacer un alto en su paseo.

El murmullo de la lluvia había cesado. En el sombrío y nebuloso panorama, con agua gorgoteando y goteando aún de los aleros de los tejados, semejaba apuntar algún indicio de una tardía salida del sol. Cuando Mark tomó el teléfono, hacía un calor sofocante en el vestíbulo.

Antes de llamar a la persona que deseaba, Mark marco otro número. Debía formular una pregunta, cuya respuesta constituiría la pauta a seguir. Y la respuesta, como esperaba, fue afirmativa. Entonces, sin entretenerse, marcó el número deseado.

—¿Podrías arreglar las cosas para reunirte conmigo a las ocho de esta noche? —inquirió, tras los saludos de rigor.

Con suma atención, escuchó la inflexión de la respuesta. La voz familiar, rara y poco natural ahora que Mark sabía lo que aquella persona había hecho, preguntó el motivo de la solicitada entrevista.

—Temo que no pueda decírtelo por teléfono. Es demasiado importante. Pero, si prometo explicarte cómo fue llevado a cabo el truco de la habitación cerrada con llave, ¿accederás a verme?

—¿Dónde?

Mark estuvo a punto de contestar que «en la villa». Era en extremo adecuado que la reunión se celebrase allí, en compañía del espectro de una muerta. Pero entonces recordó a la policía, siempre presente, aunque invisible, siempre merodeando por las inmediaciones de aquella villa por algún motivo inescrutable.

Súbitamente, se le ocurrió que había un sitio mejor.

—Aquí no puede ser —explicó Mark—, porque Brenda estará en casa. Por obvios motivos, tampoco puede ser en la tuya. Reúnete conmigo en casa de Judith Walker... ¡No, no está! Se ha ausentado a primera hora de esta tarde y no regresará en varios días. Puedes estar seguro de que no se trata de ninguna intrusión pecaminosa.

—¿De veras se ha marchado?

—Sí —afirmó Mark, aclarándose una especie de estorbo que sentía en la garganta, al tiempo que notaba que sus sienes empezaban a latir—. Ha dejado la llave debajo del felpudo; y he prometido telefonarla a cualquier hora, después de las seis. ¿Estarás allí?

—¿Si voy, me contarás cómo fue cerrada la habitación? —preguntó la voz.

—¡Sí!

—Hasta las ocho —murmuró la voz.

—¡Hasta las ocho! —repitió Mark.

Acto seguido, colgó el receptor. Concentrado en escuchar a su comunicante, apenas había oído el rumor de la puerta anterior al cerrarse. Ante él, apareció el doctor Fell, con salpicaduras de lluvia en su traje de alpaca negra, en su espeso cabello e incluso en el bigote.

—¿Qué está usted haciendo, señor? —preguntó el recién llegado, procurando suavizar su recia voz.

—Lo mismo le pregunto —repuso Mark, colgando el receptor.

—Ha estado intentando, como me propuse desde el principio, evitar una inútil y horrible tragedia.

—¿Existe el peligro de otra tragedia?

—¡Un gran peligro! —respondió el doctor Fell.

Apretando los puños, Mark abrió la marcha hacia el salón.

—Resumiendo —prosiguió el doctor Fell, tras un fuerte jadeo—, le diré que he estado hablando, muy superficialmente, con todas las personas interesadas en este asunto. Por ejemplo, cambié unas palabras con *mistress* Walker, antes, aparentemente, de su partida para Richmond...

—¿Aparentemente? —repitió Mark.

—¿He dicho eso? La cosa se debe, sin duda, a que, al igual que el difunto Henry James^[4], atenuamos todas las declaraciones por si acaso entrañasen peligro de ir demasiado lejos en su significación.

—¿Existe algún otro motivo? —inquirió Mark—. Anoche me mandó usted a toda prisa al otro lado de la calle cuando Judith Walker lanzó aquel grito. Sigo sin saber lo que la afectó. Pero el caso es que, después, no me ha preguntado usted nada respecto al caso, ni formulado la más pequeña pregunta.

—No fue necesario —repuso el doctor Fell—. Me enteré luego, ¿sabe usted?

—¿Y también el doctor Kent?

Ambos tenían plena conciencia de estar hablando con frases deliberadamente veladas. De hecho, cada cual esforzándose en descubrir lo que sabía su interlocutor.

El doctor Fell observó a Mark, con expresión distante y algo aviesa.

—Me pregunto si mi generación será capaz de comprender nunca a la suya, o si la suya comprenderá a la mía. ¡Arcontes de Atenas!

Y tras exhalar un fuerte resoplido, el doctor Fell agregó:

—Me he permitido hacer esa vulgar reflexión, señor, porque esta mañana, he pasado una o dos horas en casa de Sam Kent. He conocido a su esposa, su hija, su hijo, e incluso a su perro...

—¿Y qué?

—Como detalle curioso —prosiguió el doctor Fell—, le diré que no

permanecemos en su biblioteca, como me figuraba, sino en lo que él denomina su «taller», un sótano muy seco y confortable: un lugar que, más que a hacer o reparar algo útil, se ordena al noble arte de haraganear. ¿Ha visto usted ese taller?

—Muchas veces.

—En este caso, supongo que sabrá usted la inmensa cantidad de papelotes y objetos en desorden que contiene.

—Sí —respondió Mark—. Y gran número de archivos, grandes y pequeños.

El doctor Fell permanecía de pie, junto a la mesita de café, frente al sofá con funda blanca instalado en el mirador. De su bolsillo sacó un cigarro puro de vistoso, precinto, envuelto en celofana, rasgó la envoltura de un tirón, y, levantando su serie de barbillas superpuestas, exclamó:

—¡Vaya, vaya! Veo que ha prestado usted muchísima atención a las notas de William Wilkie Collins y a la carta dirigida a Dickens.

—¿Y usted, no ha hecho otro tanto?

—¡Rayos y centellas, sí! Por cierto que esto me induce a llamar la atención sobre el hecho de que cualquier persona tiene acceso a una colección de reforzados archivos de acero. Permítame repetirlo: *cualquier persona*.

—En lo cual estoy completamente de acuerdo —convino Mark.

—No he mencionado este hecho —añadió el doctor Fell, con su declamatoria entonación— para llamar la atención sobre un particular objeto de ese taller o trapería o como quiera usted llamarlo, sino para recalcar, para hacer hincapié en la triste verdad de que nunca, jamás, una generación comprenderá a la otra. Considere usted a su amigo, Toby Saunders, pongamos por caso.

—¿Toby? ¿Qué pasa con él?

—El doctor Saunders llegó mientras Sam y yo nos hallábamos dando vueltas por el lugar, enzarzados, como de costumbre, en divagaciones filosóficas. Tras reunirse con nosotros, desenterró un par de revólveres.

—¿Revólveres? —exclamó Mark.

—Una vez más, le ruego que no interprete usted mal mis palabras —instó el doctor Fell, esbozando un ademán con el cigarro—. Eran viejos Webleys, revólveres de reglamento británicos, reliquias de los días en que Sam sirvió de alférez en la Primera Guerra Mundial. ¿Barruntó Toby Saunders, siquiera remotamente, qué Sam había servido en aquella guerra y ganado, además, la Cruz del Mérito Militar y la Medalla de Honor? No; no se le ocurrió. En lugar de ello, le asaltó una especie de miedo, no exento de pánico...

—¿Dice usted que miedo?

—En efecto. Miedo de que Sam, en algún arranque de enajenamiento, se saltase la tapa de los sesos o liquidase a toda su familia. ¡Tan poco, tan poquísimamente, comprendía a un hombre que apenas le lleva veinte años! En consecuencia, decidí llevarse las armas, juntamente con algunas cajas de municiones intactas desde 1917.

—¿A dónde quiere usted ir a parar con todo esto, doctor Fell?

—En su opinión —prosiguió el doctor Fell—, Sam Kent no era una persona de fiar en el manejo de las armas de fuego. ¡Ahora bien! ¿Acaso es de fiar para su uso el excitable Toby Saunders?

Mark echóse a reír, sin mucha convicción.

—Llevaba usted también mucha razón diciendo que su generación no comprendía a la nuestra —comentó—. Especialmente a Toby Saunders.

—Oiga usted, señor, ¿será usted tan amable de responder a mi pregunta?

—Entonces, la respuesta es: sí. Toby es mucho de fiar en lo tocante a toda clase de armas, hasta el punto de que puede desmontarlas y volverlas a montar con los ojos cerrados. Además, es capaz de dar en el blanco en una moneda de diez centavos a diez yardas de distancia, y en una de veinticinco centavos a veinte.

Percibióse el chasquido del encendedor de plata que el doctor Fell acababa de tomar de encima de la mesita. Tras aplicar la llama a su cigarro, el profesor despidió una bocanada de humo, exclamando:

—Esperemos que la cosa no llegará a eso.

—¿No llegará a qué?

—A ningún disparo de arma de fuego —contestó el doctor Fell—. Y, para proseguir con las sugerencias que le estoy exponiendo, quisiera llamarle la atención sobre el doctor Arnold Hewitt, el Rector del *Queen's*. He tenido el gusto de almorzar hoy con él y de hacer varios descubrimientos muy significativos. Sírvase usted recordar que nos las habernos con muchos problemas en este asunto. ¿Cómo fue cerrada la habitación? Este es uno. ¿Por qué fue trasladado el cadáver del sillón del tocador? Este es otro. ¿Cuáles son los dos aspectos del crimen que es preciso encajar y completar? Este es un tercer problema. Pero todos ellos se centran en torno a una imagen, la del asesino, y a una terrible pregunta: ¿quién apuñaló a Rosa Lestrangle?

Al llegar a este punto, el doctor Fell exhaló otra bocanada de humo, con un profundo suspiro.

—¿Tiene usted la impresión de que le estoy diciendo que la tierra es redonda y que la reina Ana murió?

—Sí, algo por el estilo.

—Con todo, es preciso puntualizar. Volviendo al doctor Arnold Hewitt...

—Supongo que no insinúa usted que es él el asesino —interrumpió Mark.

—No hay necesidad —replicó el doctor Fell—. ¿Pero qué papel juega en el asunto? No ha sucedido nada al azar; no hay nada fortuito. Existe, además, otra persona, cuyo importante papel en el caso no ha apreciado usted debidamente.

—¿De qué persona se trata?

—De Frank Chadwick.

Muy quedamente, no de puntillas, pero procurando no hacer ruido, Brenda atravesó el arco y quedóse de pie, arrimada a la pared.

Probablemente, acababa de regresar de efectuar sus compras, entrando por la puerta trasera, tras meter el coche en el garaje. Vestida de azul, Brenda escuchaba y

aguardaba, subyugada, evitando la mirada de Mark y, a un tiempo, buscándola constantemente.

Sin advertir su presencia, el doctor Fell prosiguió, haciendo una horrible mueca:

—Según mis noticias, Chadwick ha vuelto hoy por Queenshaven. ¡Arcontes de Atenas! ¿Por qué motivo estaba allí ayer?

—Eso es lo que yo quisiera saber —respondió Mark, sinceramente.

—Ayer, mientras nos encontrábamos reunidos en el College Inn, le rogó a usted que saliera, para celebrar una entrevista. Después, me puso usted al corriente de lo que había dicho. En realidad, le dijo a usted casi todo cuando me figuraba que le diría, excepto el motivo de su ida a Queenshaven. De todos modos, ¡rayos y centellas!, lo que dijo es digno de recordarse.

—¡Vamos, cálmese usted! —instó Mark, pensando más en el bien de Brenda que en el del propio doctor Fell—. Reconozco que me gustaría que ese joven recibiese una lección. Pero no tiene pelo de tonto; vela demasiado por su pellejo para permitirse siquiera el lujo de ser torito. Por consiguiente, jamás se hubiese atrevido a mentir respecto a su coartada para la noche del crimen.

—¿Necesitaba mentir?

—¿Cómo dice usted?

—¿Necesitaba mentir? —repitió el doctor Fell—. ¡Vamos, señor mío! ¡Reflexione usted! La hora efectiva del crimen...

Por primera vez, el doctor Fell advirtió la presencia de Brenda.

—¡Oh, señora! —exclamó—. Me figuro que soy un engorro intolerable.

—¡Nada de eso! —aseguróle Brenda, con toda sinceridad—. Sólo... sólo deseaba decirle qué cenaremos a las siete, si no tiene usted inconveniente.

—*Mistress Ruthven* —declaró el doctor Fell, tras una nueva pausa—. No quisiera resultar un aguafiestas, pero, si acepta usted mis excusas, tendré que retirarme después de cenar. ¡Maldita sea! ¡Ahora recuerdo que tengo una cita a las ocho! Por cierto que he encargado un taxi.

—¿Un taxi? ¿Por qué ha hecho usted semejante cosa? Nuestro coche está a su disposición; Mark puede llevarle a usted adonde guste.

—Eso es lo malo —intervino Mark—, que no puedo. Yo también tengo una cita a las ocho... ¿Adónde va usted; doctor Fell, si puede saberse?

—A Alexandria. ¿Y usted?

—Sólo a casa de Judith Walker. Debo... debo reunirme con alguien allí.

Y leyendo la expresión del rostro de Brenda, apresuróse a explicar, procurando no comprometerse demasiado:

—¡No, no es para ver a Judith! Judith está ausente. ¡Brenda! Abstente de formular preguntas por ahora. Lo que me propongo hacer es, principalmente, por tu bien.

—No entraba en mi ánimo formular ninguna pregunta. Jamás volveré a hacerlo, si ése es tu deseo. Ahora bien: esa cena no promete ser muy animada, ¿verdad?

De hecho, no lo fue. Por regla general, la única cosa que prefiere el doctor Fell a

comer y a beber, es hablar. Pero, ocupado en dirigir inquietas miradas a Mark, no hizo ninguna de las tres cosas; y otro tanto le ocurrió a su anfitrión.

Tampoco *miss Sweet* contribuyó a realzar mucho la cena. Pese a ser una excelente cocinera, tenía la mala costumbre de cantar lúgubres himnos en la cocina, tornando melancólicos incluso a los comensales, con su pésima voz de soprano.

En cuanto a *mistress Partridge*, por lo regular eficiente en el servicio de la mesa, rompió un plato. Brenda estuvo a punto de echarse a llorar. Casi constituyó un alivio la llegada de un taxi amarillo, tocando la bocina, al tiempo que frenaba en el encharcado pavimento.

—Señor —declamó el doctor Fell, emergiendo del otro lado de la mesa—, debo mantener en secreto el lugar de mi destino. Por tanto, no puedo permitirme el lujo de aconsejarle, o siquiera interrogarle a usted, respecto a su propia misión. Pero, si se propone usted hacer lo que me figuro...

—¿Sí?

—En ese caso, tenga usted cuidado. ¡Le encarezco que tenga usted cuidado!

—¿Pero qué le ocurre a usted, doctor Fell? —inquirió Mark, tras una rápida ojeada a Brenda—. ¿Cuántas veces he de repetirle que no existe el menor peligro?

—Para usted, no —repuso el doctor Fell, arrojando su servilleta sobre la mesa—. Pero es posible que lo haya para otra persona... También es posible que le vea a usted antes de lo que se figura.

La bocina del taxi repitió su llamada. Los cánticos procedentes de la cocina, elevándose por encima de una batahola de cacharros y sartenes reintegrados a sus alacenas, recreábanse en la tonada de: «Cristianos, levantaos y venced».

Tal era el estado de cosas cuando Mark, seguido por la ansiosa mirada de Brenda desde una ventana, salió de la casa poco después del doctor Fell.

Llegó antes de la hora convenida. Pero, antes, tenía que hacer otra diligencia. Una vez en la Harley Lane, pasó ante la casa de los Walker y dirigióse directo a la villa.

Mark no vio ningún indicio de que alguien, acechase la casa. La puerta anterior seguía meramente ajustada. Era la primera vez que iba allí solo, pero no se entretuvo mucho. Limitóse a entrar en el dormitorio y, tras hallar lo que buscaba, se lo metió en el bolsillo y volvió a salir precipitadamente.

Hacía mucho rato que había cesado de llover. Pero el empapado césped y los mojados árboles exhalaban aún un calor húmedo que ponía pegajosa la piel de Mark. Este encaminóse a la casa de Judith Walker.

Se detuvo, en la calle, frente al edificio.

Un automóvil, muy familiar, hallábase estacionado allí. De hecho, lo había visto ya al pasar ante la casa, camino de la villa. Evidentemente, la persona a quien había citado había llegado al lugar antes que él.

Además, aquella persona conocía la costumbre de Judith de dejar la llave de la puerta anterior debajo del felpudo.

No había nadie en el coche, ni tampoco en el jardín, en otro tiempo patio de una

taberna. De donde se infería que la persona con quien acudía a reunirse se hallaba en el interior de la casa.

De pie junto a aquel auto estacionado, Mark consideró lo que debía decir y en qué forma había de decirlo. Mientras procedía a seleccionar unas frases en su mente, su mirada erró a través de la ventanilla anterior del vehículo hasta posarse en el asiento de al lado del conductor.

Lo que vio sobre el mismo, cual cuidadosamente depositado allí por el chofer antes de apearse, le indujo a precipitarse al otro lado y a abrir la portezuela. Tomó los dos pesados objetos, y, examinándolos por separado, volvió a dejarlos en su sitio.

—¡Caramba! —exclamó Mark, en voz alta.

Luego, cerró la portezuela de golpe, con un gran ruido. Todas las advertencias, del doctor Fell le vinieron a la memoria, pese a no poder ni querer creerlas.

Un ancho sendero discurría en una longitud de más de dieciocho metros en dirección a la puerta anterior de la casa de ladrillo. Mark lo remontó lentamente, pasando ante el lugar donde antaño se alzaba la enseña del «George», desaparecida años antes de la Revolución.

Sin duda, al ausentarse, Judith habíase olvidado de cerrar las ventanas. Una vez más, de pie ante la puerta de la casa, Mark percibió el tictac del reloj de pared en el interior.

El felpudo estaba apartado a un lado y la llave había desaparecido. Por espacio de unos instantes, Mark creyó ver que se meneaba el visillo de una ventanita del piso. Sin duda, fue mera ilusión.

No se tomó la molestia de llamar al timbre. Limitándose a girar el pomo, entró en la semipenumbra de la antesala, y allí se quedó inmóvil, como si estuviese en presencia de un enemigo y no en la de un amigo. Se percibió el crujido, de una silla como si alguien se incorporase en ella.

—Hola, Toby —murmuró Mark.

Toby Saunders, con el rostro casi invisible en la oscuridad, se puso en pie.

—¡Bien! ¿A qué viene todo este misterio? ¿Qué tienes que decirme?

—Yo, nada —repuso Mark—. Eso tú; ¿qué tienes que *decirme*?

—¿A ti?

—Sí. Sé que tomaste esos revólveres Webley de casa de Sam Kent.

Y tras una breve pausa, Mark agregó:

—¿Pero por qué están ahora en el asiento anterior de tu coche? ¿Y por qué están cargados?

CAPÍTULO XVIII

—¿Me has hecho venir aquí simplemente para preguntarme por esos revólveres?

—¿Por qué los cargaste, Toby?

—¡Diablo! ¿Qué quieres que te diga? Me figuro que lo hice por la fuerza de la costumbre.

—¿Sólo por eso?

—¡Sí! ¡Atiende! —exclamó Toby, con voz áspera y apenas perceptible—. Esta mañana me llevé los revólveres de casa del viejo. Una vez en mi domicilio, procedí a limpiarlos, comprobando que estaban en bastante buen uso, pese a no haber sido utilizados en casi treinta años. Eso es todo. ¿Satisfecho?

Parecía tan sincero, que Mark, al menos en lo tocante a aquel punto, no pudo dudar más de él.

—¡Dejémonos de revólveres! —exclamó Toby—. ¿Y tú, qué haces aquí? ¿Por qué motivo hemos de reunirnos con este misterio en una casa ajena donde nadie pueda oírnos?

—Por eso precisamente, Toby.

—¿Eh?

—Porque la cosa debe quedar entre nosotros. Nadie más debe oír lo que voy a decirte. Y, sin embargo... sin embargo, no sé si voy a poder guardar el secreto. El doctor Fell lo sabe; salta a la vista que así es, a juzgar por lo que ha dicho; y todo el asunto parece destinado a trascender.

—¿Quieres decirme de una vez de qué demonios estás hablando?

—Sí. A condición de que tú, a tu vez, no tengas inconveniente en contestar a unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre el domingo por la mañana, antes y después de las seis y media, hora en que descubrimos el cadáver de Rosa LeStrange.

El gran reloj batía junto a la escalera. Toby, siempre erguido, introdujo las manos en los bolsillos del pantalón. La hebilla de metal de su cinturón relucía.

—Mientras me hallaba en el exterior de esa villa —prosiguió Mark—, tú y el doctor Kent surgisteis entre la niebla. Después, manifestaste que os dirigíais los dos a Queenshaven, a buscar los periódicos dominicales, cosa bastante razonable, pese a lo temprano de la hora; aquí no hay reparto de periódicos los domingos. ¿Pero quién sugirió que fueseis andando a Queenshaven, a por ellos?

—¡Ya te aclaré este punto! La que lo sugirió fue *mistress* Kent, para quitar de en medio al viejo y evitar que intentase prepararse el desayuno.

—No, *mistress* Kent no hizo tal cosa.

El péndulo del reloj batió dos veces.

—¿Me tildas de embustero, Mark?

—Sí, No tengo más remedio. Antes de telefonearte esta tarde, llamé a *mistress*

Kent para preguntárselo. ¡Un momento, Toby! —agregó Mark, levantando rápidamente la mano—. ¡No digas nada todavía! En realidad, debería haber comprendido la verdad el domingo por la noche, a raíz de algo que Carolina nos dijo involuntariamente, a Judith y a mí, en la biblioteca.

Mark seguía con la mano en alto, imponiendo silencio a su interlocutor. Los hombros de Toby aparecían más tensos.

—Todo cuanto hizo Carolina fue lamentarse del jaleo que armaba su madre por nada. «También le ha parecido mal que esta mañana Toby se llevase a padre a buscar los periódicos». Tal fue lo que nos dijo Carolina, sin sospechar la importancia de su declaración. Tú sugeriste el paseo a Queenshaven, Toby. *Mistress Kent* me lo ha confirmado.

—¿Y por qué diablos había de sugerirlo?

—¿Quieres que te lo diga?

—¡Si!

—Porque necesitabas tener un testigo, esto es, el doctor Kent, cuando pasases ante la villa a las seis y media. Entonces, podrías señalar la puerta anterior, que habías dejado deliberadamente abierta de par en par, y exclamar que pasaba algo malo dentro, consiguiendo con ello que el doctor Kent entrase a indagar lo que ocurría.

Toby sacó bruscamente las manos de los bolsillos. Una vez más, intentó hablar, sin conseguirlo.

—¡Aguarda, Toby! —le atajó Mark—. Desgraciadamente, aquel testigo no era mucho de fiar. Al doctor Kent le horroriza invadir casas ajenas. Cabía la posibilidad de que se negase a entrar por el mero hecho de ver una puerta abierta y una lámpara encendida; era muy capaz de oponerse, y, en efecto, poco faltó para que lo hiciera cuando llegó la hora.

»En consecuencia, te interesaba que yo también estuviese presente. Por eso me telefoneaste desde el domicilio del doctor Kent, poco antes de las seis y media. Hablaste con voz desfigurada, una voz más grave, envolviendo con un pañuelo el micrófono del receptor...

—¡Tú estás loco, Mark! —exclamó Toby, con un vivo ademán de la mano.

—¡No! ¡Nada de eso! ¿Quieres escucharme?

—Yo...

—Y, en plan de misterioso desconocido, me soltaste unas palabras ordenadas a sugerir que Rosa LeStrange se había suicidado, las cuales me indujeron a acudir a la villa a toda prisa, conforme tú esperabas. Pero, por desgracia, y por culpa de un sueño, interpreté en sentido erróneo lo que acababa de escuchar. Debido a lo cual, después te viste obligado a repetir, casi a voz en grito, que se trataba de un suicidio.

Mark dio un paso hacia la mesa.

—Hiciste todo eso, Toby, porque *tenías* que «descubrir» el cadáver. *Tenías* que tener testigos. *Tenías* que tener gente allí, cuando la habitación cerrada con llave fuese abierta, so pena de que fracasase todo tu plan.

—¡Grandísimo necio! —vociferó Toby—. ¿Insinúas con ello que yo maté a la mujer?

—¡No!

—Entonces, ¿qué juego es éste? ¿Qué quieres significar?

—¿Crees que disfruto con todo esto? ¿Crees que no sé que lo único que intentabas con ello era ayudarme?

El cálido y húmedo ambiente hallábase impregnado del perfume despedido por las flores del florero de la mesa. Mark notó que le resbalaba por la frente una gota de sudor.

—¡Escucha, Toby! ¡Retrocede a la noche del crimen! Cosa de una hora antes de que la mujer fuese apuñalada, la acusaste en su propia cara de ser el bromista del gimnasio. ¿Niegas que lo hiciste? Contesta.

—¡No! ¿Por qué he de negarlo? Rosa era, el bromista del gimnasio.

—¡Oh, no! ¡Nada de eso!

—¡Atiende, Mark...!

—Es la pura verdad. La mujer a la cual denominas nuestra Rosa era más perversa que una cobra. Le gustaba el acero afilado; y murió atravesada por él. Pero no era el bromista del gimnasio. Ahí está todo el quid de la cuestión.

—Repito que estás loco. Rosa era...

—Tú creías que era el bromista, conforme. Estabas sinceramente convencido de ello. Ahora bien: ¿qué sucedió a tu regreso a casa del doctor Kent, a las once y media? El doctor Arnold Hewitt estaba allí y os mantuvo despiertos a ti y al doctor Kent, charlando con vosotros hasta la una. Tal es la participación del doctor Hewitt en el asunto: como se hizo tan tarde, te quedaste a pasar la noche en casa del doctor Kent. Pero, como de costumbre, te remordía la conciencia, ¿no es eso?

—¡Sí, señor, pasé la noche allí, tal como te dije!

—¿Y qué más?

De improviso, Toby retrocedió un paso.

—No podías dormir —prosiguió Mark—. Sentías el horror de haberte extralimitado, emprendiéndola con Rosa. ¿Qué, sucedería si te daba por suicidarse? ¿Qué sucedería si, en efecto, se suicidaba por tu culpa?

»Así, pues, a las tres o las cuatro de la madrugada, te levantaste y te vestiste. Y volviste a pie a la villa, para ver si podías arreglar las cosas. Pero lo que hallaste allí fue algo mucho peor que un suicidio, ¿verdad?

»La encontraste muerta en la butaca, con una bata y unas zapatillas por toda indumentaria. A sus pies, veíase un libro manchado de sangre. Había sido apuñalada de una forma que no podía ser suicidio, sino únicamente asesinato.

»Por algún motivo, Toby, crees haber contraído conmigo una gran deuda de gratitud. No sé por qué, pero tú estás convencido de ello. Y te propusiste *no permitir* que aquello apareciese como un asesinato. Ibas a proteger a Brenda a toda costa. En consecuencia, lo dispusiste todo para que semejase un suicidio. Antes de seguir

adelante, ¡dime! ¿No fue eso lo que hiciste? ¿No fue ése el motivo que te indujo a hacerlo?

Toby exhaló un profundo y áspero suspiro.

—¡Sí! —confesó—. Y lo que es más: volvería a hacerlo otra vez. Lo creas o no lo creas, la única persona a quien me repugnaba engañar era a ti.

—¿Atendiste a todos los requisitos, Toby? ¿Incluso al truco de Wilkie Collins para cerrar por dentro la habitación?

—No sé lo que quieres significar con lo de «el truco». Hace cosa de un año, me enseñaste el material de un viejo barbudo, tanto si lo recuerdas como si no. Es posible que ello me sugiriese una o dos ideas. Pero conste que el truco en cuestión era de *mi cosecha*. No te preocupes, Mark: los polizontes no lo adivinarán en un millón de años.

—Esa es tu equivocación. Una vez se den cuenta de lo ocurrido, lo verán en seguida. Hasta yo podría haberlo adivinado el mismo domingo por la mañana, de no haber estado tan aturdido.

—¡No te engañes a ti mismo, Mark! Tú fuiste la primera persona que entraste en la villa el domingo por la mañana, tras cerciorarte de que las ventanas estaban cerradas. Te arrodillaste y miraste por el ojo de la cerradura. Y viste la llave en la cerradura, ¿verdad?

—Sí, vi *una* llave.

—¿*Una* llave?

—Eso he dicho, Toby.

—¿Y qué quieres decir con eso? Hay sólo una llave que encaje con la puerta del dormitorio. Resulta difícil de girar en la cerradura y no estaba forzada. Eso es tan cierto como el Evangelio, ¿verdad?

—¡Sí! Absolutamente cierto, siempre y cuando nos atengamos a lo meramente expuesto. ¡Ahí va la llave!

Tras rebuscar en su bolsillo, Mark sacó del mismo un objeto de metal y lo arrojó sobre la mesa, junto al jarrón de flores. El objeto sonó con un eco metálico. Su oxidada superficie brilló bajo la clara luz rosada que penetraba por la puerta...

—Esta es la llave del dormitorio —declaró Mark, señalándola—. He ido a buscarla a la villa hace sólo unos instantes. ¡Fíjate en ella!

—Bien, ¿qué le pasa a esa llave?

—Como casi todas las llaves de la época de 1920, tiene una tija absolutamente recta, sin pandeos ni irregularidades. El ojo es, poco más o menos, del mismo tamaño que el paletón, cosa que, sin duda, nos constaba desde el principio. De otro modo, siguiendo tus instrucciones, yo no podría haberme valido del extremo de un lápiz para tentar la cerradura.

»¿Recuerdas. Toby, que tú dirigiste todas las operaciones? Te arrodillaste ante una puerta cerrada con llave e introdujiste parte de una revista por debajo de la puerta. Mientras yo tentaba una determinada llave con el lápiz hasta conseguir que cayese

sobre; el papel, del interior, tú tiraste de éste, procurando cubrirlo con la mano. ¿Entonces, qué hiciste?

—¡Te entregué la llave!

—¿Y antes de entregármela? Tomaste la llave que yo había visto en la cerradura. Te levantaste, y, exhalando un profundo suspiro, te asestaste el puño derecho en la palma de la mano izquierda. ¡Así!

Mark encajó su puño en la palma izquierda, manteniendo un momento las manos juntas antes de separarlas.

—Fue entonces, y sólo entonces, cuando me tendiste la llave, diciendo: «Abre la puerta». Ese fue el truco, Toby. Ese fue el cambio. La llave que me entregaste era la verdadera, la que ahora está encima de esa mesa. Pero no era la misma que yo había visto en la cerradura.

Y tras una pausa, Mark concluyó:

—En una palabra, Toby: que la llave introducida en la cerradura era falsa.

—¡Imposible! ¡En ese caso, no habría encajado allí y tú te habrías dado cuenta de ello al tentarla con el lápiz!

—Al contrario. Casi cualquier llave de aproximado tamaño hubiese servido para el caso, con tal de adaptarla adecuadamente de antemano. Permíteme demostrarte cómo lo hiciste.

Mark tomó la llave de la mesa y, sosteniéndola a contraluz, deslizó el pulgar por la tija, desde el ojo hasta el paletón, de modo que el dedo tapase a este último.

—¡Supongamos que tienes otra llave en tu poder! La llave del salón de la villa, por ejemplo, falta ahora de la puerta. Lo sé porque anoche vi la luz a través del ojo de la cerradura mientras las luces estaban encendidas.

»Además, tienes acceso a una serie de limas de acero del taller del doctor Kent. La tarea de la adaptación puede prolongarse una hora; es posible que te haga sudar un poco; pero, al fin y al cabo, se trata de una magnífica lima de acero aplicada a hierro delgado y blando.

»Todo cuanto haces es cortar la tija a la altura del paletón. Este se desprende. Entonces te queda el ojo de la llave unido a su tija.

»Después, la cosa se simplifica más aún. Sales fuera; cierras la puerta; la cierras con llave desde fuera con la verdadera llave. A través del ojo de la cerradura, introduces la llave falsa en la cerradura y la dejas allí. Si alguien mira por el ojo de la cerradura desde fuera, no advertirá que no hay paletón; el ojo de la llave oscurece el otro extremo.

»*Vista fuera o dentro, a través de ventanas, no puede descubrirse su presencia.* Naturalmente; desde ambos lados semeja una verdadera llave. Cierta carta, escrita hace unos ochenta años, hace constar que las ventanas se hallan cerradas por dentro; pero, al propio tiempo, se abstiene de decir que la puerta ha sido cerrada por dentro también.

Una vez más, Mark hizo una pausa, y, tras arrojar de nuevo la sonora llave sobre

la mesa, agregó.

—Eso es lo que hiciste, Toby. La verdadera llave estaba en tu mano izquierda cuando tiraste de la falsa por debajo de la puerta. Con la derecha, sostuviste a esta última de forma que no se advirtiese la ausencia del paletón. Y cambiaste las llaves: eso es todo. ¿Reconoces que así fue?

—¡No! —replicó Toby, en un tono de voz que sobresaltó a Mark por su rareza.

—¿Y lo demás?

—¡Tampoco!

—Escucha, Toby: no intento ponerte en un aprieto, sino al contrario: ¡quiero sacarte del atolladero! La policía sabe que fue un asesinato.

—¿Conque la policía lo sabe, eh? ¡No me digas!

—Sí. Y desde el principio. En cuanto a nosotros, ahora lo sabemos todo, excepto el nombre del verdadero asesino...

—¡Ah, claro, eso no! —exclamó Toby, con aquella extraña y fantástica voz—. ¡Eso no! ¡Somos muy listos, pero eso no lo sabemos!

—Oye, Toby, ¿qué te pasa?

Entonces la voz de Toby le produjo el efecto de una bofetada en pleno rostro.

—*Grandísimo necio* —masculló Toby, pasando, de improviso, al otro lado de la mesa del florero. Entonces, a la luz rosada del crepúsculo que penetraba por la puerta abierta, Mark vio, por fin, su rostro.

—¡Grandísimo, necio! —repitió Toby—. ¿Acaso quieres que de tengan a tu propia mujer por asesinato? Será mejor que sepas de una vez que Brenda mató a nuestra Rosa. Hay impresiones tan inesperadas que, de momento, sólo provocan turbación, persistiendo hasta que se renueva la actividad cerebral. Cuando reaccionó Mark, farfulló:

—Supongo que no piensas insistir en ese disparate.

—¿A insistir? ¡Es algo que siempre ha estado latente!

—¿Estás loco, Toby?

—¡Ajá! ¿Dónde he oído eso antes? Atiende, Mark: ¿qué sabes, en realidad, de este asunto? ¿Te ha importunado la policía?

—No; ni siquiera me han interrogado.

—En cambio, a mí, me han acibillado a preguntas. ¿A qué hora, según tu poderosa clarividencia, crees que fue asesinada Rosa?

—Según el doctor Fell, el hecho ocurrió a las doce y media o acaso antes. Pero no pudo ser mucho antes; según el informe médico, fue de las doce y media en adelante.

—¡Pamplinas! —vociferó Toby.

Luego, reprimiéndose, añadió:

—Ese es el «veredicto» oficial. Pero lo cierto es que lo único que no puede precisarse es el tiempo; ningún médico forense puede ni podrá determinarlo con exactitud. Según la policía, Rosa fue asesinada a medianoche o poco después de medianoche. Ahora bien: ¿dónde estaba, Brenda a esa hora?

—Estaba...

—¿Dónde estaba Brenda a medianoche?

Mark sintió un temblor en las piernas y en la, garganta.

—En el exterior de la villa. Pero se hallaba a seis metros y pico de distancia de la misma, y, casi inmediatamente, subió al coche y se alejó del lugar. ¡No se acercó ni un paso más!

—¿Es eso lo que te ha contado?

—Toby, ¿insinúas...?

—¡Respóndeme! ¿Es eso lo que Brenda te ha contado?

—¡Sí! ¡Y es la verdad!

Con lentos ademanes, Toby metióse la mano en el bolsillo, al igual que hiciera Mark un poco antes para sacar la llave. Por fin, mostró algo enrollado semejante a una corta cinta para medir. Estaba hecho de tela, de una tela de color escarlata...

El extremo de aquella cinta se soltó, adoptando una tonalidad negruzca al resplandor de la luz procedente de la puerta, al mismo tiempo que Toby la desenrollaba para echarla sobre la mesa, junto a la llave.

—¡Sí! —exclamó Toby, sin exagerar el tono de su voz—. Es el cinturón de tela roja del vestido que llevaba Brenda la noche del crimen. No estaba seguro de cómo lo había perdido hasta que hablé con Judith Walker el domingo por la mañana. También Brenda ha estado conduciendo un coche.

El rostro de Toby, enjuto y pálido, sólo reflejaba, salvaje compasión.

—Ahora, saca conclusiones, Mark. Encontré este cinturón en la villa, a las dos de la madrugada, en el suelo, delante de la puerta del dormitorio donde Rosa fue apuñalada poco después de, medianoche.

Mark guardó silencio, mirando alternativamente el cinturón sobre la mesa y a Toby. Tras una vacilación, este último espetó:

—Tu reconstrucción de mi *proceder* ha sido bastante aproximada. Encontré a Rosa muerta: ¡eso lo has acertado! Pero eran las dos, no las tres o las cuatro; claro está que este detalle carece de importancia. Vi que había sido asesinada en el sillón, mientras leía. Así, pues, trasladé su cadáver al tocador, donde nadie, excepto ella misma, podía haberla matado. ¿Quieres saber qué más hice?

—¡Basta ya, Toby! ¡Basta ya!

—¿Por qué quieres que me calle? Antes has dicho que deseabas saberlo, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Cerré sus dedos en torno al mango del puñal —prosiguió Toby, tragando saliva—. Como la rigidez de la muerte comenzaba a manifestarse, los dedos quedaron trabados allí. Regresé rápidamente a casa de Sam Kent, en busca de una lima, y corté el paletón de la llave de la sala, para poner, en práctica mi truco de la habitación cerrada con llave. Y, hasta las cuatro dadas, no pude entrar en tu casa a cambiar *Armadale* por *La mujer de blanco*. ¿Que si hice todo eso? ¡Pues claro que lo hice! ¡Era la única solución decente!

Y tirándose del cuello de la camisa, agregó:

—Pero no pienso confesarlo públicamente. De eso, ni hablar. Tú eres el menos indicado para desearlo. ¿Por qué no te animas a ayudar a Brenda? ¡Idea algo! Si sospechan de ella, se acabará todo en cuanto den con la explicación de esa habitación cerrada con llave.

—¡Un momento! —exclamó. Mark, vivamente, girando sobre sí.

Su mirada clavóse en el ancho sendero de ladrillo que desembocaba en la Harley Lane, visible a través de la puerta abierta.

Un auto de la policía maniobraba en dicha calzada. Alguien, sentado al volante del coche, dijo algo ininteligible a la persona que acababa de apearse del vehículo. Esa persona era el doctor Gideon Fell.

Toby acudió a reunirse con Mark en la puerta.

Ambos contemplaron la lenta ascensión del doctor Fell hacia la casa por el sendero de ladrillo, en tanto el coche de la policía viraba a la derecha, hacia la Harley Lane, y se alejaba rápidamente en dirección a Queenshaven. La oscura mole del doctor Fell recortábase sobre el fondo de la luz crepuscular; no obstante, los dos hombres vislumbraron claramente la expresión de su rostro, una expresión que sugería desastre.

—¡Ah, vamos! —profirió el doctor Fell, abriendo el cancel—. Es posible que sus suposiciones se ajusten a la realidad. El hombre que conducía ese coche era el teniente Walter Henderson, con quien acabo de sostener una larga conversación confidencial...

CAPÍTULO XIX

Mark y Toby hablaron al unísono.

—Brenda... —empezó Mark.

—La habitación cerrada con llave... —dijo Toby.

Ambos se callaron cuando el doctor Fell, entrando en la casa, soltó el cancel tras sí, con un leve rumor. Luego, atisbando por encima de sus desequilibrados quevedos, pulsó un interruptor.

El suave resplandor de tres lámparas de sobremesa iluminó la vieja estancia con la gran chimenea y el cadencioso reloj. El doctor Fell echó una rápida ojeada a la escalera, como si sospechase vagamente que Judith Walker se encontraba allí.

En tanto la tensión de Mark iba en aumento y Toby daba idénticas muestras de ansiedad, la sombría y escudriñadora mirada del doctor Fell se posó en la mesa sobre la cual se hallaban el cinturón de Brenda y la llave del dormitorio fatal.

—¡Ah! —susurró el doctor Fell, sin más explicaciones.

—¿Ha ido usted a ver a la policía? —inquirió Mark.

—Al contrario —repuso el doctor Fell, con una especie de feroz afabilidad—. La policía, en la persona del teniente Henderson, me ha requerido a mí. A primera hora de la tarde, recibí una invitación para acudir al despacho del mencionado oficial. Allí, pues, es adonde fui. Ignoraba que aquí se conociesen mis pequeñas faenas detectivescas. En el despacho de *mister* Henderson, entre chupada y chupada de puro, y trago y trago de cerveza, me enteré de una o dos cosillas.

»Si tenía una alta opinión de la inteligencia de *mister* Henderson antes de conocerle, ni que decir tiene que ahora la tengo aún más elevada. Debo manifestarles a ambos, aquí y en este momento, que casi todo lo que saben ustedes del caso lo sabe también la policía. Nos encontramos en los aledaños del crimen, a un paso de descubrir la identidad del verdadero asesino.

—¿Pero cómo ha podido enterarse la policía...? —preguntó Mark, refiriéndose a su posible información respecto a Brenda y al misterio de la habitación cerrada con llave.

—¿Que cómo ha podido enterarse de tantas cosas? —inquirió el doctor Fell—. Mi querido señor, la chismografía del *Queen's College* y del Prado, es del dominio público en Queenshaven, y, por tanto, en extremo asequible a la policía. Además, aprovechando las puertas y ventanas abiertas que abundan con este, calor, habrán puesto espías en todas partes para escuchar las conversaciones. ¿Se acuerda usted de anoche?

—¿Se refiere usted al hombre apostado debajo del árbol, en el exterior de la villa cuando gritó Judith Walker y usted me mandó a indagar lo sucedido?

—En efecto —respondió el doctor Fell.

—¡Pero no descubrí nada!

—En cambio, yo sí —repuso el doctor Fell—. Anoche, mientras se hallaba usted

en esta casa, el teniente Henderson pasó a verme por la villa.

—¿No decía usted que le ha conocido esta tarde?

—¡Rayos y centellas! ¡No! Lo que he dicho es que esta tarde me ha invitado a su despacho. Pero la luz de su presencia brilló anoche en la villa, mientras Sam Kent y yo nos hallábamos discutiendo. El teniente Henderson limitóse a hacer una breve aparición. Pretextando que deseaba cambiar unas palabras conmigo, persuadió a Sam a que se retirase. Ante todo, presentó sus excusas por el hecho de que uno de sus hombres, de guardia ante la villa, hubiese asustado a *mistress* Walker...

—¿Asustado a Judith? ¿Cómo?

—¡Oh, mi querido amigo! —exclamó el doctor Fell, con otro fuerte resoplido—. La dama chilló, ¿recuerda usted? Pese a hallarse bajo los efectos de los narcóticos, hay que tener en cuenta que es de constitución nerviosa y que, además, sufre una sobreexcitación producida por el insomnio. ¿Le sorprende a usted, pues —agregó el profesor, señalando una ventana— que, al mirar por ahí y ver una figura agazapada detrás de un árbol, cerca del farol, experimentase semejante reacción?

—Pues, no; en cierto modo, no me sorprende. Pero...

—Supongo que *mistress* Walker se encuentra aquí en este momento, ¿verdad?

—¡Nada de eso! —replicó Mark—. No hay nadie en la casa, excepto Toby y yo. ¿En qué se funda usted para suponerlo?

—En nada. Una simple suposición. Eso es todo.

Mark y Toby cambiaron una mirada.

—Volvamos a la breve aparición de *mister* Henderson anoche —prosiguió el doctor Fell—. Le pregunté si solía poner en práctica aquella peregrina táctica de vigilar a los testigos en lugar de atosigarles a preguntas, como se dice, vulgarmente. A lo cual él replicó dos cosas capaces de impresionar a todo aquel acostumbrado a la rigidez de la ley inglesa. Primero dijo: «En este caso, consideramos que es lo mejor». Después: «Creemos en la justicia». ¡Rayos y centellas! ¡Justicia! Quizás fue una simple fanfarronada. No obstante, di crédito a sus palabras. Así, pues, esta noche, al discutir la posible identidad del asesino...

—¿Quién es el asesino? —inquirió Toby Saunders—. Tengo una teoría propia; pero no pienso exponerla. Me limito a interrogarle a usted.

—No hace ninguna, falta que la esponga usted, señor —masculló el doctor Fell, con reprimida violencia—. Si se refiere usted a *mistress*, Ruthven...

—Toby está convencido de su culpabilidad —interrumpió Mark, con la máxima calma posible—. He dicho antes, y lo repito, que es una suposición demasiado fantástica para concederle ningún crédito. Conozco a Brenda y me consta que no podría, no sería capaz de hacer una cosa como ésa. Por tanto, no vacilo en preguntar: ¿Es culpable Brenda?

—¡No! —repuso el doctor Fell; golpeando el suelo de piedra con la contera de un bastón—. Le prometí a usted que no sufriría ningún daño, y he cumplido esa promesa. Convencí a la policía de que su, esposa no tiene nada que ver con el asunto.

Lo hice a costa de otra cosa. Pero ya está hecho. *Mistress Ruthven* no es culpable de asesinato. Sólo es culpable de...

—¿De qué?

—De haber sentido vergüenza. Vergüenza de haberse acercado para nada a Rosa LeStrange. Vergüenza, me figuro, de haber entrado en aquella villa antes de dar media vuelta y echar a correr. Si no acertó usted, a darse perfecta cuenta de ello anoche, a raíz de su comportamiento en la villa, es que no la comprende usted tan bien como supone.

Y al ver que Mark hacía ademán de dirigirse a la puerta, el doctor Fell le detuvo con estas palabras:

—¡No! ¿Desea usted ir a su lado, ahora? ¿Comprende que ha estado usted demasiado abstraído en problemas académicos y en peligro de olvidarla con harta frecuencia? ¿Es ése su secreto? ¡Perfectamente! Pero no debe usted marcharse todavía.

Si, el cielo no hubiese estado tan despejado, pasando la tonalidad rosa a la rojiza y más brillante cada vez, en lugar de ensombrecerse, Mark habría tenido la sensación de que se avecinaba una tormenta.

—Es a usted, señor —murmuró el doctor Fell, volviéndose a Toby—, a quien le suplico que se vaya. Es más, se lo encarezco.

—¿Yo? —soltó Toby, retrocediendo hacia la mesa—. ¿Y por qué yo?

—¿No comprende usted por qué, señor?

—No soy tonto —repuso Toby, llevándose la mano al cuello de su camisa—. Si insinúa usted que habrá una revelación dentro de pocos minutos, por la cual nos enteraremos de quién es el asesino, me siento capaz de encajar el golpe como el que más. ¿Por qué he de marcharme?

—Porque, cuando eso suceda, debe haber solo dos personas presentes, aparte de un servidor. Una es Mark Ruthven, La otra, un hombre a quien espero aquí muy en breve.

—¿El asesino?

—Oiga usted, señor —gruñó él doctor Fell—. Ha sido usted un buen amigo y un fiel aliado. Con ese ardid de la habitación cerrada con llave, protegió usted a la esposa de su amigo incluso cuando la consideraba, y es posible que siga considerándola, culpable de asesinato. Por consiguiente...

El fiero ademán de Toby le interrumpió.

—¡Por todos los diablos! ¡Le he temido a usted desde que le encontré en casa del viejo esta mañana! Aunque de hecho, temía ya su reputación antes de entonces. ¿Ha resuelto usted el truco de la habitación cerrada con llave?

—Sí —declaró el doctor Fell.

—¿Y la policía?

—Sepa usted, señor, que existe una razón por la cual no puedo contestar a esa pregunta ahora. Tan sólo repetiré que, dentro de unos pocos minutos, espero la

llegada de un hombre... a quien usted conoce —agregó, tras un titubeo—. ¡Por tanto, váyase! Aunque no comprenda usted mi petición, aunque la considere fantástica o descabellada, ¡ahora, márchese!

Y Toby se marchó. A poco, su coche alejóse en dirección a la Avenida de la Universidad.

Al tiempo que lo miraba, el doctor Fell refunfuñó un juramento por lo bajo.

—Sin duda se dirige directo a presentar sus excusas a su esposa —dijo el profesor, dirigiéndose a Mark—. ¡Arcontes de Atenas! Se equivoca de rumbo.

—¿Acaso importa lo del rumbo?

—¡Sí!

—¿Cuál es el verdadero motivo que le ha inducido a usted a alejarle de aquí?

—Toby Saunders, amigo mío, es demasiado idealista. En la actualidad, está en plan de encubridor de los hechos en un caso de asesinato, cosa que no parece preocuparle en absoluto. En lo que él considera ser una buena causa correrá cualquier peligro y se arriesgará hasta la temeridad. Y, no obstante... no obstante...

—¿Qué?

—En varias ocasiones, le ha calificado usted de puritano, término que se me antojó un poco raro, tanto histórico como geográficamente, aplicado a un virginiano. No obstante, comprendo perfectamente lo que quiso usted significar; y lo que quiso usted significar es cierto. Él podía perdonar, por ejemplo que usted tuviese algo que ver con Rosa Lestrangle, según se figuraba. ¿Pero podría haber perdonado con idéntica facilidad que su esposa de usted hubiese tenido algo que ver con Frank Chadwick?

Mark volvióse en redondo desde el umbral.

—¿Brenda y Chadwick? —repitió—. ¿Ya vuelve usted a complicar las cosas? ¿Insinúa usted...?

—Siga, no se interrumpa.

—¡Bah! ¡No importa! Atengámonos a la pregunta de Toby. Vamos a ver, doctor Fell: ¿quién es el asesino?

—Ahora se lo diré —respondió el doctor Fell.

Con un distraído cabezazo, cual sumido en una profunda meditación, el doctor Fell dirigióse lentamente al sofá, donde permaneció inmóvil, con las barbillas gachas, durante lo que semejó una eternidad.

Por fin, levantando la cabeza, manifestó:

—Ha olvidado usted algo esencial, señor. Con tantos otros detalles, habitaciones cerradas con llave y substituciones de libros, se le ha pasado a usted por alto lo que le aseguré constituía la raíz, el meollo, el misterio central de todo.

»¿Quién era el bromista del gimnasio y por qué llevó a cabo todas aquellas travesuras aparentemente sin sentido? De hecho, puede usted creerme, esas fechorías distaban mucho de ser absurdas. En cierto modo, Sam Kent tenía razón en un punto. Cada acto obedecía a una razón real, frenética y desesperada.

»Es curioso que usted precisamente haya olvidado o pasado por alto este detalle, siendo así que adivinó usted una tercera parte de la verdad el sábado por la noche, cuando Toby Saunders le contó a usted por primera vez la historia del gimnasio. El domingo por la noche, *mistress* Walker le refirió la segunda parte de la verdad. Y anoche, estando yo allí, coligió usted la tercera y última parte.

»De hecho, se acercó usted tanto a la definitiva verdad, que se me pusieron los pelos de punta. ¡Ahora, reflexione!

»Cuando Toby Saunders le puso a usted en antecedentes del caso por primera vez, y le preguntó a qué atribuía usted las mencionadas fechorías, ¿qué respondió usted?».

La pregunta no tenía nada de retórica. Los ojos del doctor Fell hallábanse fijos en Mark, atentos y expectantes.

—Dije —contestó Mark— que la malicia del bromista no parecía apuntar directamente a George o Hubert Johnson, y, que en ese aspecto, era inútil buscar un motivo. Agregué que, en mi opinión, lo que se proponía el bromista era llamar deliberadamente nuestra atención respecto al gimnasio, centrando y dirigiendo nuestros pensamientos allí.

—¡Ajá! *Llamar deliberadamente nuestra atención respecto al gimnasio, centrando y dirigiendo nuestros pensamientos allí.* ¡Ahí, en esas palabras, está el quid de la cuestión!

—¡Sí! Pero no comprendo...

—¡Silencio! —ordenó el doctor Fell—. Ahora, imagínese que es el domingo por la noche y encuentra usted de nuevo a Judith Walker en la puerta lateral de la Biblioteca Nueva. Dentro, cerca de la puerta, cae un libro de una estantería. *Mistress* Walker está asustada, asegurando que hay alguien en la biblioteca. Usted intenta tranquilizarla, preguntándole la causa de su temor. Entonces, opta por preguntarle si está enterada de la historia de los acontecimientos del gimnasio. Al formularle esta pregunta, ¿qué respondió ella? ¿Lo recuerda?

Mark evocó una escena muy vivida en su memoria.

—Dijo que estaba enterada y que...

—¡Repita sus palabras exactas! ¡Recálquelas!

—Dijo: «¡Estúpidos, dibujos de la estatua del Fundador con pintura luminosa! ¡Estúpidas tretas para asustar a un pobre viejo y a un muchacho de dieciséis años! *Mistress* Hewitt, *mistress* Kent y *mistress* Mason no saben hablar de otra cosa».

—¡Magnífico! ¡Excelente! Luego, inmediatamente después, según usted mismo nos ha manifestado, Judith Walker dijo algo muy significativo. ¿Quiere usted repetirlo?

—Judith dijo así: «Menos mal que eso del gimnasio ha servido para algo bueno. Gracias a ello, la gente ha olvidado por completo lo de Rosa LeStrange y ese joven en la enfermería...».

—¿A qué se refería?

—Al hecho de utilizar la enfermería como centro de sus citas para lo que,

hablando, cortésmente, denominaremos una aventura amorosa.

—¡Exactamente! Ahora, relacionemos esos dos extremos. *«Era como si alguien se propusiese llamar deliberadamente nuestra atención respecto al gimnasio, dirigiendo nuestros pensamientos allí»*. ¿A qué obedecía el hecho? ¿Qué resultados alcanzó? *«Mistress Hewitt, mistress Kent y mistress Mason no saben hablar de otra cosa. Han olvidado por completo la aventura de Rosa LeStrange y ese joven en la enfermería»*. ¿Empieza usted a atar cabos?

—¡Sí! —afirmó Mark—. En otras palabras: ¿Sugiere usted que lo sucedido en el gimnasio fue desesperado esfuerzo por desviar la atención de lo sucedido en la enfermería y encubrir con ello una aventura amorosa que amenazaba convertirse en un escándalo?

—Ni más ni menos.

—En este caso, seguramente...

—¿El bromista del gimnasio estaba terriblemente desesperado? —concluyó el doctor Fell—. Sí, está usted en lo cierto, si es eso lo que ha querido significar. El bromista del gimnasio acabó cometiendo un verdadero asesinato.

Y, levantando la mano como para imponer silencio, el doctor Fell sugirió, con un pausado jadeo:

—Permítame resumir la situación tal como yo la vi cuando Sara Kent me telefoneó dos veces a Nueva York antes; de mi llegada aquí. Cierta joven y cierta mujer hallábanse embarcados en lo que, según su cortés denominación, podríamos llamar una aventura amorosa.

«El joven, como todos sabemos según propia confesión, era Frank Chadwick. Ahora bien: ¿quién era la mujer? Según dos testigos que aseguran haberla visto abrir la puerta de la enfermería con una llave, se trataba de Rosa LeStrange».

—¡Pero eso no puede ser! ¡En eso no estoy en absoluto de acuerdo!

—¿Por qué? —inquirió el doctor Fell, quedamente—. ¿Por qué no lo acepta?

—Porque, como dije anoche...

Mark se interrumpió en seco.

—¡Ah! ¿De modo que ahora empieza usted a recordar?

—Algo más que eso, señor. Lo he recordado todo en absoluto. Rosa LeStrange era... bien, llámela usted como quiera. ¡Pero jamás tuvo ningún amante! Todo su interés en la vida centrábase en crear dificultades y en reírse mientras, sus víctimas se retorcían de angustia. Le tenía sin cuidado que la gente pensase que se dedicaba a ir a la enfermería con un amigo, pero lo cierto es que jamás se le hubiese ocurrido ir allí para nada.

—¡Exactamente!

—Y, por consiguiente...

Mark volvió a interrumpirse.

—Por consiguiente —concluyó el doctor Fell—, una de dos: o bien los dos testigos mentían deliberadamente al identificar a Rosa LeStrange como la mujer que

acudía a las citas de la enfermería, o bien esos dos testigos, sinceramente equivocados, la confundieron con otra persona.

De improviso, Mark volvió la cabeza. Parecía haber oído el zumbido de un coche en la calle, pero, comprendiendo que se equivocaba, volvióse de nuevo a su interlocutor.

—En consecuencia —prosiguió el doctor. Fell—, es casi seguro que los testigos se equivocaban. Una mujer desconocida, distinta a Rosa LeStrange, se hallaba complicada en una intriga amorosa con Chadwick.

»En nuestro intento por determinar la identidad de esa mujer, contamos con varios indicios. ¿Por qué esa pareja se citaba en la enfermería? ¿Por qué lo hacía precisamente allí, un sitio tan insólito, siendo así que Chadwick posee un piso mucho más apropiado para el caso en Washington?

»Sin duda, insistió la mujer. Seguramente, ésta no podía, no se atrevía a ir a ninguna otra parte: cosa sumamente curiosa en sí. La interesada tenía la llave; por tanto, se trata de alguien estrechamente relacionado con la Universidad. Dadas las grotescas condiciones en que se desarrolló el asunto, cabe suponer que es una mujer de temperamento extraordinariamente apasionado, no obstante lo cual debía mantener su reputación de grandísima respetabilidad».

—¡Siga usted! —exclamó Mark, vivamente—. A buen seguro, posee usted otros indicios.

—¿Indicios? —repitió el doctor Fell—. Mi querido amigo: tenemos algo más que eso. Hasta ahora, me he limitado a describir mi estado de ánimo cuando llegué aquí y empecé a enterarme de las demás pruebas.

»Parecióme que el bromista del gimnasio era también el asesino. Y, no obstante, a primera vista, los detalles del asesinato no concordaban con esta concepción. La conducta del bromista había sido tosca y de brocha gorda, cual influida por esas novelas de intriga sangrientas y tremebundas. En cambio, el proceder del asesino fue un modelo de sutileza genial, totalmente diferente.

»Esto daba al traste con mi teoría. Eran dos piezas que no encajaban ni se correspondían entre sí. A menos que...

»A menos, se me ocurrió que, en la College Inn, hubiese dos personas complicadas en el crimen; mas no en calidad de cómplices o conspiradores. De hecho, no podían ser ni una cosa ni otra. Sus modos de proceder diferían demasiado.

»El verdadero asesino, tal como pensé al principio, era el bromista. El verdadero asesino entró en la villa y, tras apuñalar a la víctima, echó a correr. Horas después, una segunda persona tejió una telaraña estupenda para despistarnos con un falso suicidio. Considerando lo que hemos sabido desde entonces, apenas necesito hacer hincapié en ese punto. Toby Saunders, creyendo que protegía a la esposa de su amigo, protegía de hecho a otra persona. ¡Ironía de ironías! Mas, ¡rayos y centellas!, no la peor en esta amarga comedia de asesinato».

El doctor Fell se enderezó en su asiento.

—Oiga usted, doctor Fell —murmuró Mark, mirándole precacavidamente—. ¿Cuánto tiempo hace que está usted seguro de la identidad del asesino?

—Desde ayer, a media tarde.

—¡Sin embargo, ayer, a última hora de la tarde, en la villa dijo usted que lo ignoraba! ¡Aseguró que titubeaba entre dos personas!

Una vez más, se elevó la recia voz del doctor Fell.

—Mentí deliberadamente. Usted y Sam Kent se hallaban a un paso de la verdad. Supongo que, en esta investigación, ha quedado bien sentado que me he dedicado a ocultar la verdad en lugar de revelarla, excepto en los puntos susceptibles de ayudarnos en lo tocante a nuestros problemas con la policía. Cuando sepa usted por qué lo hice...

—No estaría de más que me lo dijese...

—Se trata de otra ironía. Profeticé que acaso mi actuación en este asunto pasaría sin pena ni gloria; jamás sospeché en qué grado. Soy un veterano, o, al menos, así creía. Pero el teniente Henderson me ha dejado tamañito. ¡Vive Dios! ¡Y de qué modo!

—¿Cómo?

—No creo que creyese ni por un momento en la culpabilidad de su esposa, amigo mío. Pero las apariencias la condenaban. De haberlo deseado, el teniente podría haber puesto en claro la verdad de su actuación. Yo no me atreví a correr ese riesgo.

«Y, en consecuencia, sabedor de que me constaba la inocencia de su esposa, me obligó a revelar quién era el culpable. Total que me venció. Ahora le suplico que no empiece usted a gritar y a gesticular. Es mejor que saque usted conclusiones personalmente. Ya le he dicho antes que, de un momento a otro, espero a cierta persona...».

—¿De quién se trata?

—De Frank Chadwick.

Mark no hizo ningún comentario, pero no pudo menos de pensar: «¡Siempre vamos a parar al mismo nombre!».

—Ahora, pasemos a considerar a Frank Chadwick y a esa misteriosa joven, *miss X* o *mistress X*, que ha mantenido relaciones amorosas con él. El propio Chadwick, frente a la farmacia de Queenshaven, le aseguró a usted que «tendría en cuenta la lección habida», jurando que jamás volvería a «fijarse en ninguna mujer de la Facultad». Después, echóse a reír, agregando que por nada del mundo «volvería a las andadas».

»Esa risa burlona nos proporciona más indicios. La joven en cuestión es una “mujer de la Facultad”, según usted, la esposa de algún profesor. Chadwick la ha seducido; la cosa ha constituido un agradable, pasatiempo para él; pero, ahora, se ríe. Por su parte, ella tiene más de un motivo para sentirse aterrada y atrapada. ¿Qué más podemos deducir de su persona?».

—Probablemente, muchas cosas. ¡Pero, eso no tiene objeto!

—¿Qué es lo que no tiene objeto?

—Dos testigos —respondió Mark— confundieron a *mistress* X con Rosa LeStrange. Por consiguiente, la mujer en cuestión debía de parecerse a Rosa. Y ahí está lo malo. ¡Qué aquí no hay ninguna joven que se parezca en absoluto a Rosa!

—Eso depende de lo que entienda usted por «parecerse»... Por ejemplo, ¿cuándo la vieron los testigos?

—¡Sólo de noche, por supuesto! —exclamó Mark—. Es posible que sólo la juzgasen por su estatura, tipo y color del cabello. De todos modos, estamos como antes. No hay...

—¡Un momento! Tenga usted en cuenta, asimismo, el carácter y la condición de esa mujer. Es a un tiempo voluptuosa e inexperta; se siente fascinada, y, no obstante, presa de profunda aversión por todo. Contra su voluntad, contra su conciencia, ha sido arrastrada a un juego, viejo para Chadwick, pero afrentoso para todos los valores de su mundo.

»La murmuración la amenaza por doquier en la Universidad. Tan sólo puede acallarla, mediante otra clase de sensación: travesuras de adolescentes, falsas tentativas de asesinato, a su modo de ver “inofensivas”. Piense usted en todo esto... y, luego, piense en Judith Walker».

Mark tuvo la impresión de que se resquebrajaba el universo.

—¿Judith Walker?

—Sí. Vuelva usted a formularse la pregunta que ha constituido un motivo tan constante de preocupación para todos nosotros. ¿Qué pudo haber visto *mistress* Walker en la biblioteca el domingo por la noche?

—¿Se refiere usted a lo que la asustó?

—¡No! —rugió el doctor Fell, dando un bastonazo en el suelo—. ¿Tenemos algún motivo para suponer que se desmayó por el mero hecho de asustarse? ¿Acaso ha dado la propia *mistress* Walker esa explicación?

—No; pero podemos dar por sentado...

—Preferiría que no diésemos nada por sentado, señor. Es un hecho que, unos minutos antes de desmayarse, tuvo un susto mayúsculo al ver que se le venía encima un busto de yeso derribado por un vagabundo, una especie de ratero, prendido más tarde por la policía, que ha contado todo cuanto sabía.

—¿Un ratero? —exclamó Mark—. ¿De modo que el incidente de la biblioteca no tiene nada que ver con el caso?

—¡Al contrario! Tiene muchísimo que ver con él, sólo que usted ha persistido en interpretarlo erróneamente. ¿Qué vio *mistress* Walker? No había nada en el almacén ni en la biblioteca cuya presencia allí no fuese absolutamente lógica. Por consiguiente, *mistress* Walker le vio sólo a usted, abriendo la puerta del almacén, y a *miss* Kent, tendiendo una llave hacia la puerta. Ahora bien: ¿por qué había de afectarla semejante cosa?

—¿Insinúa usted que mintió, que Judith Walker era el bromista del gimnasio y

también el asesino?

—¡No! ¡No insinúo nada de eso!

El doctor Fell exhaló un profundo suspiro, y, disponiéndose a levantarse, declaró:

—*Mistress Walker* comprendió, con espanto, que se había equivocado respecto a la mujer de la enfermería... y, al propio tiempo, adivinó otras cosas también. Vio a la única joven de estas inmediaciones que es alta, como Rosa LeStrange. Vio a la única joven con la misma clase de figura que Rosa LeStrange. Vio a una mujer cuyo corto cabello rubio se hallaba a la sazón cubierto con un chal de seda oscura, el cual, colgándole por la espalda, daba la impresión de una melena negra. Vio, en fin, a aquella mujer con una llave, cual si estuviera dispuesta a abrir la puerta de la enfermería.

El doctor Fell se puso en pie. Su rostro había perdido casi todo indicio de color.

—Vio a la hija de mi viejo amigo, a quien he estado intentando proteger. Vio al asesino. Vio a Carolina Kent.

CAPÍTULO XX

Carolina Kent.

Un horrible y persistente escalofrío de horror atenazó los huesos de Mark, resistiéndose a ceder.

—¡Compréndame usted! —exclamó el doctor Fell, con voz estentórea, como para ocultar su pesar—. Si queremos evitar una tragedia mucho peor que la primera, debemos comprender a esta muchacha mejor dicho, a esta mujer, tal como es, en realidad. No en balde conozco hace muchos años a Sam Kent y, por ende, a toda su familia.

»Carolina posee una mentalidad corriente, sin gran profundidad ni mucha imaginación, pero siente, es sensible, profundamente. La gente la considera una mujer práctica, y ella misma se tiene por tal, porque trata con tenderos, carniceros y horarios de ferrocarriles. Y, no obstante, es el reverso de la medalla.

»¿Cómo va a ser práctica? Tiene un padre para quien sus hijos son un misterio, y una madre que la ha guardado hasta la exageración. Hay disgustos si la muchacha se pone al volante de un coche. Hay disgustos si habla en tono de persona mayor, o si se aleja más de un centenar de metros de los dominios de la Universidad.

»Ha vivido demasiado sujeta, demasiado sojuzgada. Incluso su prometido, a quien ama entrañablemente, es una persona de estrictas ideas puritanas. Carolina tiene veintisiete años. Si a un tipo de mujer como ella se la trata como a un niño, no debe sorprendernos que se comporte como tal.

»En una palabra, que fue una presa fácil para Frank Chadwick y Rosa LeStrange.

»No hay pruebas, ni las habrá nunca, de que la perversa Rosa la arrojase deliberadamente en brazos de Chadwick, alentándola a seguir adelante, con la esperanza de dar un gran escándalo. Pero no hay otra forma de interpretar las acciones de Rosa, la cual permitió gozosamente que todo el mundo la tuviese por la mujer protagonista de aquellos secretos encuentros en la enfermería. Incluso dio una falsa explicación, relativa a su gusto por los amoríos en un “marco extraño o desusado”, cuando fue acusada de ello.

»Carolina reuníase con Chadwick en la enfermería por la sencilla razón de que no se atrevía a ir a ninguna otra parte. Imposible determinar cuanto tiempo se prolongó la cosa antes de que se propagasen los rumores, de que empezasen las murmuraciones, y de que Rosa LeStrange iniciase su campaña para aterrorizar a Carolina con malévolas insinuaciones de dar a conocer su conducta...».

—¡Un momento! —interrumpió Mark—. ¿Fue eso antes de la noche del crimen?

—¡Oh, mucho antes! No cabe duda que así fue; de lo contrario, Rosa no habría podido recrearse en atormentar a una víctima. A buen seguro, observó usted algo sobre este punto y hasta acaso lo vio con sus propios ojos, teniendo en cuenta lo que se dijo e hizo en su casa el sábado por la noche.

—Sí, observé algo, pero no vi nada. Con todo, ahora recuerdo...

Mark se interrumpió.

—¿Pero qué indujo a Carolina a hacer una cosa así? —dijo luego Mark—. ¿Quién le dio la idea?

—Usted —declaró el doctor Fell.

La cabeza de Mark latía como el tictac de un reloj.

—¡Le ruego que me perdone! —exclamó el doctor Fell.

Luego, dominando su pesar, aclaróse la garganta, en tanto proseguía, vivamente:

—No he hablado con la debida propiedad. Debería haber dicho: «Todos ustedes». ¡Su padre! ¡Su novio! ¡Judith Walker! ¡Usted! Todos se dedicaban a discutir novelas de misterio; e, inevitablemente, los mejores sistemas de desviar las sospechas.

»Eso es muy propio de las Universidades; y que no tengo nada que objetar a la forma más noble de distracción del trabajo académico. Pero lo oyó la persona menos indicada para ello, y, al buen tuntún, concibió la idea de soterrar una serie de fechorías con otra serie de fechorías “inofensivas”.

»Carolina, como ella misma le confesó a usted, no tenía paciencia para entretenerse en sutilezas. Su plan sería directo y propio de un colegial. Había nacido y crecido allí; el *Queen's College* ha sido su hogar y, en cierto modo, su patio de recreo. Los materiales de que se valió fueron pintura luminosa, recuerdo de una fiesta navideña, y un dibujo de la estatua del Fundador, la cual constituía un símbolo para ella desde su más tierna infancia. No tenía idea de que asustaría tanto al viejo George Johnson. Ella, la atlética y poco, imaginativa muchacha, no supuso ni por un momento que el joven Hubert no sabía nadar.

»Y luego, el sábado por la noche, en el salón de su casa...

»¡Recuerda usted, por su cuenta, lo que sucedió!

»El Rector encargó a Sam Kent que investigase aquellos incidentes. Sam los tenía por verdaderas tentativas de asesinato, tal como deseaba su hija. Pero entonces, en su casa de usted Toby Saunders expuso por primera vez su propia teoría.

»No eran tentativas de asesinato —declaró— sino obra de un “bromista” que, además de ser infinitamente cruel, debía de estar un poco perturbado, y que sin duda había llevado a cabo todos aquellos desaguisados por una razón que se imponía descubrir. Carolina protestó, absolutamente desconcertada, comprendiendo, con horror, la interpretación, que podía darse a su conducta.

»Sin embargo, eso no fue nada comparado con el sobresalto que se siguió. Su esposa de usted aportó una desmoralizadora sugestión acerca del bromista, diciendo así: “¿Por qué insiste usted en atribuir la hazaña a un hombre? ¿No podría haber sido, igualmente, una mujer?”.

»Y, sin motivo aparente, al oír esto Carolina Kent se puso blanca como el papel y empezó a protestar enérgicamente.

»Después, las cosas fueron de mal en peor. Toby Saunders, completamente ajeno al hecho de que su amada prometida no era en absoluto la mojugata muchacha que aparentaba ser, acusó a Rosa Lestrangle de las fechorías del gimnasio.

»Las relaciones entre usted y su esposa no contribuyeron a arreglar las cosas. Prefiero no insistir sobre este punto, en atención a usted; pero, ¡rayos y centellas!, no puedo pasar por alto el resultado de aquella pequeña escena. En un coche estacionado delante de la villa, Toby Saunders acusó a Rosa de ser el bromista... y lo hizo en presencia de Carolina Kent».

Mark comprendió perfectamente cuan apasionada podía ser Carolina bajo su impasible exterior. Recordábala claramente, sentada en el sofá, al lado de Toby, diciéndole: «¡Tú, Toby! ¡Siempre tú!», al tiempo que le tocaba la mano. Ahora...

Otra escena, que incluso había olvidado de contar al doctor Fell cruzó por su mente como un relámpago. El sábado por la noche, Rosa LeStrange había torturado, hábilmente a Carolina.

Recordó a Rosa en el momento en que le tendía el ejemplar de *Armadale*, mientras la joven se hallaba de espaldas a la puerta abierta de la entrada. Brenda y Toby estaban en el vestíbulo, en tanto Carolina aguardaba fuera. Al tomar el libro, Rosa volvióse a mirar a Carolina, por encima de su hombro derecho, y, levantando la voz, dijo:

«Me encantan los victorianos. ¡Llevaban una vida tan mojigata en público...!».

A Mark parecía oír la voz del fantasma de Rosa, pronunciando aquellas palabras, la misma voz que había oído la aterrada Carolina poco antes de que ella y Toby llevasen a Rosa en el coche a la Villa Roja, aquel sábado por la noche.

Fue como si el doctor Fell, al presente de pie ante la chimenea, hubiese leído en su pensamiento sin darse cuenta.

—Hasta entonces —manifestó el profesor—, Rosa LeStrange había estado gozando de lo lindo. Le constaba lo sucedido en el gimnasio y en la enfermería. Sin duda, aprovechaba la menor ocasión para mortificar a su víctima con el afilado acero de su ironía. No abrigaba aún el intento de traicionar a Carolina.

»Pero, he aquí que... Toby Saunders la acusó de ser el bromista.

»No debe sorprendernos que la afable Rosa se quedase estupefacta, privada de habla. Tampoco es de extrañar que sólo acertase a murmurar, con mirada incendiaria: “Mañana por la mañana, doctor Saunders, se enterará usted de algo”.

»Tal como usted y yo convinimos anoche, esa frase entrañaba una mortal amenaza.

»Aparte del propio Saunders, ¿qué otra persona oyó esa amenaza? Únicamente una persona: Carolina Kent. ¿En quién podría haber causado tanto efecto dicha frase? Al cabo de una hora, Rosa LeStrange fue acallada para siempre por una mujer cuya paciencia había llegado al límite. Por desgracia, Carolina pronunció más tarde unas palabras que revelaron todo el juego a Judith Walker.

—¿A Judith Walker? ¿Cuándo fue eso?

—A primera hora del domingo por la mañana. Usted estaba presente. Sam Kent telefoneó a su casa para explicar su ausencia, sin decir una palabra de muerte o asesinato. Como usted recordará, Carolina acudió inmediatamente a la villa en el auto

de Sam.

»*Mistress Walker* apresuróse a darle cuenta de lo que acababa de saber: que Rosa estaba muerta, apuñalada con un cuchillo que figuraba entre los objetos existentes en la villa. Carolina, presa de un estado de sobreexcitación, exclamó: “¿Muerta? ¿Desplomada en un silla? ¿Con qué cuchillo?”.

»Sin embargo, nadie había mencionado ninguna silla, cosa que *mistress Walker* apresuróse a hacer constar. Por entonces, por supuesto, todas las personas inocentes creían que Rosa LeStrange había sido apuñalada en el tocador, sentada en una banqueta que no correspondía a aquella descripción.

»Sólo dos personas, según nuestro análisis, podían saber que la víctima fue apuñalada en la butaca dispuesta en un rincón de la estancia: Toby Saunders, que cerró con llave la habitación, después de trasladar de sitio al cadáver; y el verdadero asesino, que dejó a la víctima allí».

—Reconozco que Judith es una mujer muy lista —masculló Mark—. Eso de que atase cabos en seguida...

—¡No, no, no! —corrigió el doctor Fell—. No hizo tal cosa, según me ha confirmado esta tarde. Estaba demasiado trastornada; además, había visto a su esposa de usted remontando el sendero de la villa, y este recuerdo obraba en ella como una auténtica obsesión.

»Por otra parte, pasó casi todo el día allí, en la casa, soportando los interrogatorios de la policía. Oyó todas las pruebas. ¿Qué papel podía representar una “silla” en él asunto? Por fin, empezó a atar cabos, con motivo de la impresión habida al darse cuenta de que la mujer que había visto entrar en la enfermería no era Rosa, sino Carolina; y de que Carolina había cometido algo más que un desliz. Lo cual colmó la medida, motivando el desvanecimiento de *mistress Walker* en la biblioteca el domingo por la noche.

»Confieso que mi estado mental durante todo el día del lunes, o sea ayer, a mi llegada aquí, fue tan espantoso como el de ella. Considere la horrible perspectiva. Sam Kent me había requerido. Reflexionando sobre el larguísimo relato que me dio en aquellas llamadas telefónicas a Nueva York, parecióme, en cierto modo, *posible*, que su propia hija fuese el bromista del gimnasio y tal vez el asesino.

»En cambio, Sam jamás abrigó la menor sospecha sobre este particular. Pese a su perspicacia en determinar el carácter de Rosa y en interpretar su personalidad, pese a su empeño en que no resplandeciese la verdad por considerar que esa mujer había llevado su merecido por su perversidad y su goce en la tortura ajena, jamás imaginó que la víctima de tal tortura pudiese ser su propia hija.

»Eso suele ocurrirles a todos los padres, por supuesto. Pero ello no contribuyó a remediar mi situación: Cada palabra, cada prueba, indicaban la intervención de Carolina. Y, no obstante, Sam insistía en descubrir la verdad, aun cuando no entrase en su ánimo revelarla públicamente.

»¡Arcontes de Atenas!

»Sí, en ocasiones, di la sensación de estar agobiado, espero que, ahora, comprenderá usted el motivo. El peor rato lo pasé anoche, en la villa. Sam le puso a usted en antecedentes del verdadero carácter de Rosa, indicando que la mujer había sido asesinada por alguien sometido a su chantaje espiritual.

»Cuando le llevó a usted a la sala de la villa para mostrarle las caricaturas dispuestas en marcos, no pude por menos que proferir la palabra: “¡Ciego!”, de una forma que salía del corazón.

»Con todo, no fue el peor momento. Poco después, usted y Sam entablaron una discusión acerca de la mujer de la enfermería. *Usted* declaró en tono retumbante que era imposible que Rosa hubiese visitado la enfermería con Chadwick; por su parte, Sam manifestó que descubriríamos la verdad si dilucidábamos el motivo de aquellas visitas secretas a la enfermería.

»Yo no pude menos de echar un terno, diciéndome que las pruebas contra Carolina Kent debían ser soterradas o destruidas a toda costa.

»¿Pero, cómo? Toby Saunders tenía la sincera convicción, y así lo manifestó casi a voz en grito, de que Rosa era el bromista. ¿Se aprovechó de esto Carolina? Seguramente, volvió a la villa a pie, desde su propio domicilio, a eso de las doce menos cuarto. Su padre, Toby Saunders y el doctor Hewitt hallábanse reunidos, discutiendo el caso; por consiguiente, la muchacha tuvo una magnífica oportunidad para escabullirse sin ser vista.

»¿Cabe la posibilidad, pongo por caso, de que Carolina llevase el frasco de pintura luminosa a la villa y de que lo escondiese allí, iras estampar en él las huellas digitales de la muerta? La policía efectuó un registro a fondo, es cierto. Por otra parte, Rosa le había rogado, en el indiferente tono en que una mujer suele dirigirse a otra, que fuese a buscar una señal para libros al escritorio.

»¿Cabía la posibilidad de que la pintura luminosa hubiese sido escondida en un departamento secreto de aquel escritorio Chippendale?

»Pues, no; no lo fue. De haber inflexionado un poco sobre ello, habríame convencido de la insensatez de esa idea tan melodramática. Carolina Kent, enloquecida por su atormentadora, cometió un asesinato. Pero jamás se le habría ocurrido endosar la culpa a otra persona de una cosa por ella perpetrada. Su única preocupación, a poco que recuerde usted su actitud en la biblioteca el domingo por la noche, era que Toby Saunders jamás se enterase de ello. ¿No es cierto?».

Mark, que había estado evocando hasta el más mínimo detalle de la escena al tiempo que el doctor Fell aludía a la misma, convino, con un ademán de asentimiento:

—Sí. En la biblioteca, Carolina estuvo a punto de traicionarse. Tenía verdadero empeño en que los ánimos se inclinasen por un veredicto de suicidio. Aún me parece oír su voz, exclamando: «Si continúa usted diciendo que es un asesinato, no conseguirá más que acarrear grandes males a una persona a quien profeso muchísimo cariño». Quería decir con ello que Toby jamás debía enterarse. ¿No ha podido usted

hallar ninguna prueba falsa para utilizarla en su favor?

—No.

—¿Ni idear algún medio de protegerla?

—Tampoco. Además, Judith Walker sabe que es culpable.

—¡Pero Judith no la delatará! Ahora comprendo lo que Judith dijo anoche, parte bajo los efectos de las drogas, parte con perfecta lucidez.

—*Mistress Walker* me ha dicho esta tarde —refunfuñó el doctor Fell—, que había dispuesto de gran número de medios para procurarse pintura luminosa y obtener un duplicado de la llave de la enfermería.

—¡Sí! ¡Se refería a Carolina! Y yo no caí en la cuenta de ello; me expresé con bastante acritud, y ella se recuperó lo suficiente para decir que aludía a Rosa Lestrage. ¡Pero no se refería a ella en absoluto! Entonces, cuando supo que yo había descubierto el secreto de la habitación cerrada con llave...

—Mi querido amigo —interrumpióle el doctor Fell—. ¡*Mistress Walker* no conoce el secreto de la habitación cerrada con llave!

—No; pero comprendió que yo lo había descubierto. Y, al darse cuenta, dijo...

La voz de Judith Walker llegó claramente, procedente de la escalera.

—¿Quiere usted que le diga lo que dije?

Mark volvióse en redondo. El doctor Fell levantó los ojos hacia la recién aparecida.

Judith hallábase apostada a media escalera; bajo la luz artificial, su rostro y sus ojos contrastaban vivamente con su vestido negro.

—No —murmuró la joven, con voz cavernosa—. No he ido a Richmond. No tuve valor. Creo que el doctor Fell sabía que me hallaba aquí desde que ha entrado en esta casa.

—¿Ha oído usted...? —empezó Mark.

—Sí —respondió Judith—. Lo he oído todo. Prometió usted telefonearme, Mark; pero estaba segura de que no se acordaría.

Y esbozando un vago, ademán, agregó:

—¡Sí! Voy a decirle a usted lo que dije anoche. Dije que no debía usted llevar adelante este asunto. Le dije que no comprendía usted de lo que es capaz una mujer cuando vive con la obsesión de un hombre, aunque no sea por ninguno en particular.

Muy cuidadosamente, Judith descendió el resto de los peldaños. Luego, prosiguió:

—Pues, sí. Me refería a Carolina. Pero igual podría haber estado hablando de mí misma.

Y, tras otro breve ademán, añadió, con cierta precipitación:

—Pero eso no importa. Lo que importa es una cuestión de pura justicia. Si Carolina mató a esa horrible mujer, no hizo más que lo que habría o debería haber hecho cualquier ser humano. Doctor Fell, ¿me permite usted una pregunta?

—No faltaba más —accedió el doctor Fell.

—A fin de proteger a Brenda Ruthven, que no es culpable, ¿se ha visto usted obligado a decir a la policía quién es el culpable? ¿Se propone la policía detener a Carolina?

—¡Oh, no! —protestó el doctor Fell—. Reconozco que me vencieron, *mistress* Walker, pero no hasta ese punto.

—¿No van a detenerla? —inquirió Judith.

—Quisiera llamarle a usted la atención —repuso el doctor Fell, cortésmente— sobre varios puntos. Primero: una investigación policíaca, sin grandes alharacas, conduciría muy pronto al esclarecimiento de la verdad, prescindiendo de mi posible revelación. Segundo: aun en el caso dudoso de que haya bastantes pruebas para procesarla por asesinato, existe una posibilidad contra mil de que el jurado la condene. Tercero: si la condenasen, tendrían que condenar también a Toby Saunders por encubridor del hecho. Y como, en este Estado, es difícilísimo condenar a un hombre por amparar y proteger a su prometida...

—¡Pero Toby no protegía a su prometida! —exclamó Mark—. Ahí está lo malo. ¡A quién creía proteger era a Brenda!

—Eso me consta, señor mío, al igual que a *mister* Henderson y a las autoridades detrás de él, aun cuando prefieren no tomarlo en cuenta. En resumidas cuentas: que no quieren llevar adelante el asunto. Y, cuando este su seguro servidor, mudo de asombro, acertó a preguntar el por qué de su actitud...

—¿Qué pasó?

—Recibí la respuesta más pasmosa que cabe imaginar en estos tiempos. Que ellos creen en la justicia.

—¿De modo que Carolina y Toby tienen alguna posibilidad de emprender una vida juntos?

—¡Caballero! ¿Se figura usted que soy un oráculo o un augur? ¿Cómo quiere que yo lo sepa? Si él la quiere de veras, es posible que así sea. Pero, antes de que eso pueda realizarse, hay que conseguir dos cosas. Debemos asegurarnos de que Chadwick no hablará...

—¡Chadwick! —musitó Mark—. Me había olvidado de él.

—Pues yo, no; puede usted estar seguro —replicó el doctor Fell, con expresión sombría—. Como habrá usted observado, he preferido que Saunders no le vea. Por cierto qué ya empiezo a impacientarme. Hace mucho pato que debería estar aquí.

—¿Qué sabe Chadwick de todo este asunto?

—Espero que no gran cosa. Eso es lo que me propongo descubrir. Finalmente, es preciso que Carolina Kent se lo cuente todo a Toby Saunders.

—¡Carolina jamás hará semejante cosa! —exclamó Judith, en son de protesta—. Hace un momento lo ha dicho usted mismo: la única preocupación de Carolina era ocultárselo todo a Toby. Jamás se lo dirá.

—No obstante, repito que debe decirselo —rugió el doctor Fell—. Es la única oportunidad de esa pareja. Si esa muchacha no se explica con relación al asunto de

Chadwick; si no consigue hacer comprender a su novio que todo fue una simple veleidad pasajera...

El doctor Fell se interrumpió, levantando vivamente la cabeza.

La rojiza luz del exterior habíase oscurecido, brillando con un resplandor fantástico y sobrenatural allende las copas de los árboles. Brenda Ruthven, ascendiendo, temblorosa por el sendero, abrió el cancel. Sus ojos se posaron en Mark; pero, desviándolos al punto, la joven farfulló:

—Carolina se lo ha dicho todo a Toby.

El cancel se cerró tras ella, ruidosamente. Brenda hizo una pausa para dominar su afanosa respiración. Luego, prosiguió:

—Toby ha ido directo a mi casa desde aquí. A todo esto, presentóse Carolina. No... no parecía la misma. Por lo visto, se figuraba que yo la había visto en la villa. ¡Nada de eso! Jamás se me ocurrió pensar que hubiese sido Carolina la... la autora de... de lo que sucedió allí aquella noche.

«Entré en la villa; confieso que lo hice. Pero no la vi, ni tampoco oí nada, excepto lo que ya dije. Tienes que créeme, Mark. Entonces, Carolina se lo contó a Toby; lo de Frank, en una palabra, todo. Jamás vi nada parecido al rostro de Toby. Se puso..., ¡no sé cómo explicarlo...!, se puso como gris...».

—¿Pero qué dijo Toby? —inquirió Mark, sintiendo una especie de náuseas—. ¿Ha reaccionado tan en contra de ella como era de temer?

—¿En contra *de ella*? —balbució Brenda—. ¡Oh, no! En contra *de ella*, precisamente, no.

En aquel momento, Brenda percatóse de la presencia de Judith; ambas mujeres titubearon.

—¿Pero qué hacen ustedes aquí? —interrogó Brenda—. ¿De qué se trata? ¿Qué sucede?

El doctor Fell impuso silencio a todos los presentes con un imperioso ademán.

—Estamos aguardando a Frank Chadwick, *mistress* Ruthven. Es preciso que ese joven no ocasione molestias a nadie. Permítame repetir que no creo que sepa gran cosa. Sospecho que fue dos veces a Queenshaven, a fin de ver a Carolina Kent y cerciorarse de que se silenciaba la intriga, siempre temeroso de su padre. Pero no se atrevió a presentarse en casa de la muchacha. En ese caso, no sería difícil garantizar su silencio acerca de...

—¿Frank Chadwick? —exclamó Brenda, casi a voz en grito—. ¡Pero si ese hombre está aquí!

—¿Aquí? —repitió el doctor Fell, sobrecogido.

—¡Sí! He visto su coche en la calle. ¡Debe de haber llegado hace un buen rato!

En el exterior, alguien se rió. Era la risa clara, sonora y retumbante propia de los jóvenes acostumbrados a salirse siempre con la suya en sus andanzas por el mundo. Chadwick en persona, con un traje de franela gris de impecable corte, entró pausadamente y les miró a todos con su fría expresión.

—Tienes razón, querida —dijo a Brenda, que, al verle, se apartó a un lado—. Llevo aquí un buen rato. Y conste que, sea quien sea ese vejestorio aquí presente, se equivoca de medio a medio. Porque ahora estoy casi al cabo de la calle de todo.

Fríamente, cerró la pesada puerta de la vieja taberna tras sí, absolutamente dueño de la situación. Ecos del siglo XVIII repercutieron en el aire al cerrarse la recia hoja.

—¿Puedo preguntar que se propone usted? —inquirió el doctor Fell, hablando con dificultad.

—¡Pues no faltaba más! —respondió Chadwick, lisonjeramente, mostrando sus espaciados dientes superiores—. Ahora bien: yo contestaré o no contestaré, según me venga en gana. Con todo, en el presente caso, será mejor que opte por lo primero. Le participo que Carolina Kent será procesada por asesinato.

—Pero la policía...

—No intente usted fanfarronear, amigo vejete —interrumpióle Frank, meneando la cabeza con un suave ademán burlesco—. Es posible que no quieran detenerla. Pero mi padre tiene mucha influencia y tendrán que hacerlo a la fuerza. Si ha sido lo bastante necia para perder la cabeza por *mí* y redoblar luego su estupidez hasta el extremo de matar, a una persona... ¡qué le vamos a hacer! Tendrá que tomar la medicina, ¿no es eso?

—Oiga usted, joven, supongo que no odia usted a Carolina Kent hasta ese punto.

—¿Odiarla, amigo? —repitió Frank—. No me interprete usted mal. Conste que no la odio en absoluto. Es una estúpida pelandusca de tres al cuarto: en cierto modo, me inspira lástima.

—Entonces, ¿por qué adopta usted, esta actitud?

—Pregúnteselo a Ruthven —sugirió Frank.

Sin perder su afabilidad, miró a Mark y a Brenda, alternativamente.

—¿Sabe usted, Ruthven? —masculló—. Tengo que ajustar una pequeña cuenta con usted, y también con nuestra querida Brenda. A mí nadie me molesta de rositas.

—No sea usted presumido —se guaseó Mark.

—Procure medir sus palabras, Ruthven. Conmigo no se puede jugar. Cuando Carolina sea procesada, se removerá mucho cieno, Si buena parte de sus salpicaduras les alcanzan a usted y a Brenda, y a nuestro queridísimo *Queen's College*, temo que tendrán ustedes que conformarse. Yo puedo aportar mucho como testigo. Y, entonces, ¿qué van ustedes a hacer?

—Ahora lo verá usted.

Frank se llevó la mano derecha al bolsillo de la cadera, con un rápido ademán.

—No lo intente —aconsejó.

Conservaba su radiante sonrisa, pero sus ojos aparecían crueles como los de un gato, y saltaba a la vista que hablaba en serio.

—Tengo algo en mi bolsillo. Y hay testigos que declararían que usted me atacó si me veo obligado a utilizarlo. Me figuro que no le gustan a usted las balas, ¿verdad, Ruthven?

—Pues...

—Claro que no —interrumpió Frank, con una sonrisa, a un tiempo indulgente y burlona—. Ya me lo esperaba. De donde se deduce que es preferible que todos ustedes se porten como unos buenos chicos. No me salgan con que mi padre me dará mi merecido. Le conozco. Pero esto vale la pena; y, al final, me perdonará. A mí todo el mundo me perdona. Bien, gracias amigos. Eso es todo cuanto tengo que decirles.

Su fría mirada vagó de rostro en rostro. Luego, tras esbozar una cortés reverencia, abrió la recia puerta y, empujando el cancel con el codo, salió al sendero de ladrillo.

Bruscamente, se detuvo, inmovilizándose. De su garganta pugnó por salir un grito entrecortado.

A veinte pasos de distancia, la reglamentaria para entablar un desafío, hallábase Toby Saunders.

En la mano derecha, Toby empuñaba el imponente Webley 45. En la izquierda, balanceándolo por el seguro del disparador, llevaba el otro revólver 45. Toby avanzó lentamente, acortando la distancia a seis metros y pico.

Mientras Frank permanecía inmóvil, paralizado, al igual que los demás que contemplaban la escena desde la puerta, Toby examinó detenidamente ambos revólveres. Luego de abrir sus cargadores para asegurarse de que estaban bien cargados, volvió a cerrarlos con un chasquido, y arrojó una de las armas ante sí, como si lanzase una herradura.

El oscuro acero relució en la rojiza luz antes de aterrizar en los ladrillos, a pocos palmos de Frank Chadwick, y deslizarse hasta sus pies.

—Recógelo —ordenó Toby, dejando oír su voz, al fin.

—Yo...

—He dicho que *lo recojas* —repitió Toby.

Al propio tiempo, echó su revólver a sus pies, a la misma distancia en el sendero. Y, sin perder de vista a Frank, aguardó a que obrase.

Mark Ruthven estaba como petrificado. Deseaba moverse, apartar a Brenda y a Judith de la línea de fuego, Pero el tictac del reloj en sus oídos, la visión de un duelo de espadas habido doscientos años atrás, persistían con idéntica intensidad en aquella vieja taberna; en vista de lo cual, Mark aguardó también... hasta qué Frank hizo un movimiento de cegadora rapidez.

Frank tendió la mano izquierda hacia la pistola en el suelo, con un lento ademán, Pero, al propio tiempo, su mano derecha voló al bolsillo inferior de su americana, y, sacando del mismo un colt automático del calibre 38, disparó cuatro tiros a Toby.

El automático despidió las balas a considerable, altura, casi al buen tuntún. Luego se atascó; los tiros estallaron en el aire crepuscular con ensordecedores estampidos, en tanto un remolino de pájaros emergía de los árboles, entre gran algarabía. Pero Toby seguía en su puesto, inmóvil e indemne, mostrando el brillo de sus dientes a través de una fugaz sonrisa.

Toby, capaz de atravesar con una bala una moneda de diez centavos a una

distancia inferior a la que le separaba de su adversario, inclinóse a recoger su revólver.

A todo esto, Frank intentó disparar de nuevo, fracasando en su intento. Estaba como inmovilizado. Tan sólo acertaba a gritar. Y seguía haciéndolo cuando Toby, apuntando cuidadosamente al centro de su frente, oprimió el gatillo.

No sobrevino explosión alguna. Sin dar crédito a sus oídos, Toby miró fijamente el revólver en su mano, con expresión desconcertada. No había contado con que, empleando municiones en reserva desde 1917, cabía la posibilidad de que fallase algún cartucho.

Frank tampoco oyó nada. Permanecía boca arriba, sobre el sendero de ladrillo, abierto de brazos y piernas, con el semblante contraído y amoratado, bajo los efectos de un fuerte desmayo.

—¡No! —gritó una voz detrás de Toby, al tiempo que éste levantaba el revólver otra vez.

Un coche de la policía acababa de estacionarse en la calle, detrás del Cadillac de Frank y del Chevrolet de Toby. Mark jamás había oído la voz del teniente Walter Henderson, pero adivinó al punto la identidad del hombre de elevada estatura que en aquel momento se apeaba del auto.

—No es preciso que lo haga, doctor Saunders —aconsejó el teniente Henderson—. Si lo que teme usted es que ese joven granuja hable más dé la cuenta, puede estar tranquilo: ahora, no abrirá el pico.

—¡Oiga usted, teniente! —exclamó Toby, acertando, al fin, a hacer uso de su voz—. Esta pelea...

—¿Qué pelea? —inquirió el otro, suavemente—. Yo no he visto nada.

Y, echando una ojeada a lo alto del sendero, gritó:

—Y ustedes, ¿han visto algo?

—¡No! —respondió el doctor Fell, con voz atronadora.

—Ya me lo figuraba —murmuró el teniente Henderson.

Y, antes de subir de nuevo al coche, volvióse una vez más para preguntar:

—A propósito, ahora, ¿me cree usted?

—¡Sí! —rugió el doctor Fell.

—Me lo esperaba —dijo el teniente Henderson, al tiempo que se metía en el auto—. Aquí somos una gente muy particular. Creemos en la justicia.

FIN



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<

[2] Famoso novelista inglés nacido en Londres en 1824. (*Nota de la Traductora.*) <<

[3] Nombre dado por los alemanes a la gran epidemia de Peste Oriental que azotó a Europa en el siglo XIV. (*N. de la T.*) <<

[4] Famoso novelista (1843-1916), hermano del no menos famoso filósofo americano, William James. Aunque nacido en Nueva York, Henry James adquirió la nacionalidad inglesa, naturalizándose en aquel país. (*N. de la T.*) <<